

El
VIOLINISTA
de PRAGA

MICHAEL CRANE

Lectulandia

La extraordinaria, bulliciosa y efervescente Praga, en otoño de 1787, se prepara para el estreno de Don Giovanni, la nueva ópera del aclamado compositor vienés Wolfgang Amadeus Mozart. En esa ciudad, en la que brillan la aristocracia y el clero y donde las clases populares celebran la fiesta por anticipado, alguien actúa en secreto asesinando de forma ritual; cada asesinato revela que matar le produce un placer infinito, casi erótico. Una extraña música de violín cargada de malos presagios; una ciudad de fiesta; una corte suntuosa en la que no falta el mítico Casanova... En medio de toda esa magia recreada con rigurosidad y sentido del humor, el joven Mozart se sumerge en la escritura de su nuevo trabajo. Ignora que todas las muertes guardan una particular relación con él.

Lectulandia

Michael Crane

El violinista de Praga

ePub r1.0

x3l3n1o 19.01.14

Título original: *Il violinista di Praga*

Michael Crane, 2007

Traducción: Barbara Burani

Editor digital: x3l3n1o

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

ACTO PRIMERO

Praga

4-14 de octubre de 1787

Escena Primera

Donde aparecen todos los personajes

1

—¿Quién me sigue?

El ruido de los pasos tras ella había terminado por insinuarse en su mente y ahora aquella pregunta le ardía en la garganta. Casi la ahogaba.

«¿Quién me sigue?», se interrogó de nuevo la chica.

Esta vez su inquietud aumentó.

Se volvió hacia atrás en dirección al callejón. En el empedrado, apenas iluminado por las farolas de aceite, vislumbraba tan solo unas sombras indistintas. Las luces danzaban sobre los viejos muros dibujando el perfil impreciso de alguna bestia innombrable.

Nunca debió permitir que aquel caballero la dejara sola.

Debería haberle pedido que la acompañara hasta el prostíbulo.

¿Cómo se le había ocurrido rechazar su ofrecimiento?

«Nunca os aventuréis a solas por los callejones de Malá Strana. Y menos en plena noche».

Las palabras de madame Zeltecna retumbaban en su cabeza. ¡Había sido una locura olvidarlas!

Aceleró el paso. Y el ritmo de las pisadas a su espalda aumentó.

Se detuvo. Y lo mismo hizo quien la perseguía.

La joven se arrimó a un muro para sumergirse en la oscuridad.

Intentó razonar.

Podía empezar a correr, pero no tenía esperanza de librarse de aquel hombre. Porque sin duda se trataba de un hombre. Ninguna mujer podía tener un paso tan pesado. Además, debía de ser fuerte. De pronto le volvió a la mente el recuerdo de las largas tardes de invierno en las que se entretenía contando historias junto con las otras chicas de madame Zeltecna. Se retaban a ver quién inventaba la más terrorífica. Cuando alguna sacaba la del loco sanguinario, ella la cortaba irritada: «¡Basta! Ya está bien de tanta tontería».

Las demás se reían, pero ahora...

La joven se llevó las manos al cuello. La blusa le apretaba. Empezó a sudar, pese a que el otoño ya había comenzado y venía acompañado de un frío penetrante.

De nuevo esos pasos, inseguros ahora. Su perseguidor no sabía qué dirección tomar.

«¡Abajo! ¡Hacia el río!».

Decidió dirigirse hacia el Moldava. Allí era más fácil esconderse. Inspiró a fondo y se preparó para correr...

—¡Eh, tú! ¿Qué haces aquí?

La chica se sobresaltó y luego miró al hombre de arriba abajo.

Un joven bien plantado que llevaba uniforme. Un guardia municipal.

Una risa nerviosa le sacudió el pecho. Se había llevado un buen susto por nada.

—¡Vuelve con tus amigas putas! ¡Rápido! —El agente le hizo un gesto decidido.

—Sí, señor, ahora mismo... —Se sentía tan contenta que no reparó en sus modales chabacanos. No le importaba nada. Ahora no. Lo único que quería era volver a casa. Así que se dirigió hacia el puente de Carlos. Tenía que cruzarlo porque el prostíbulo donde trabajaba se encontraba al otro lado del río.

Dieron las tres en el reloj de San Nicolás.

La noche se hacía cada vez más oscura. Esta vez la joven tiritó de frío. Se moría de ganas de meterse en la cama.

«Mañana se lo contaré todo a las demás. Y esta vez seré yo quien las asuste...». Observó la forma oscura de las estatuas del puente; se acercaban cada vez más.

Y se detuvo.

Aguzó el oído, aterrorizada. «¿Qué ha sido eso?».

Quería engañarse. Deseó engañarse con todas sus fuerzas. Aquellos pasos, los oía de nuevo. Habían vuelto.

Instintivamente se volvió a la derecha.

Evitó el puente y bajó hacia la isla de Kampa.

Caminaba deprisa, cada vez más, hasta que empezó a correr.

Esta vez no se detuvo a escuchar. No lo necesitaba.

Aquel ruido estremecedor, que la seguía, que no la dejaba ni un momento, se había convertido en un compás implacable. Cada vez más fuerte. Cada vez más cerca.

«¿Y ahora qué?».

La chica se acercaba a la punta del islote.

La tierra húmeda del sendero apagaba el ruido de sus pasos. Y no solo de los suyos. Y eso, si cabía, era aún peor. Miró desesperada hacia las ventanas de las casas ya lejanas. Ni una luz. Dirigió la mirada hacia los muros de las mansiones de los señores ricos que vivían al otro lado del canal. Nada más que oscuridad.

—¡Socorro! —intentó gritar, pero el chillido murió en su garganta—. ¡Socorro! —Esta vez la voz le salió fuerte y clara, sin embargo era inútil esperar que alguien se arriesgara a acudir en su ayuda.

Echó un vistazo a su alrededor. Allí no había farolas. Todo estaba envuelto en la oscuridad y el silencio.

«¡Tengo que moverme! ¡No puedo quedarme aquí parada!».

En el momento en que se separó del árbol en el que se había apoyado en busca de protección, un brazo fuerte la agarró por la cintura mientras una mano le tapaba la boca.

Notó el calor del aliento del hombre en su oído.

Sintió cómo las lágrimas de miedo y rabia se derramaban por su rostro.

Se retorció, forcejeó, pero no pudo impedir que el hombre la arrastrara hacia el agua.

Intentó morderle la mano, sin resultado.

Luego, un intenso dolor en la cabeza. Su agresor había reaccionado golpeándola con un objeto contundente. Notó un calor nuevo. Y comprendió que se trataba de su propia sangre.

El terror se apoderó de ella.

Mientras perdía el conocimiento sintió cómo su estómago se abría.

Su última percepción fue el sabor del agua del Moldava deslizándose por su garganta.

Tosió para escupir aquel líquido negruzco.

Eso fue todo.

2

—¿Quién la ha encontrado? Una mujer del pueblo dio un paso adelante.

—Yo, señor.

La mujer no levantaba la vista ni se atrevía a volverse hacia el canal.

El policía la observó con tranquilidad.

—Cuéntame todo lo ocurrido.

La mujer no se hizo de rogar.

—Esta mañana he bajado al río muy temprano... bueno —se confundió—, no tan temprano como otros días porque empieza a hacer frío...

Con un ademán de impaciencia el hombre exclamó:

—¡Venga! ¡Vayamos al grano!

La mujer se sonrojó y continuó decidida:

—Como decía, bajé al río para ir a trabajar. Aquí todas somos lavanderas. Pero no había ni empezado cuando vi eso... —e indicó con la mano la rueda del molino, ahí al lado.

—¿Y luego qué pasó?

La lavandera irguió la cabeza y contestó al policía:

—Nada... no, es decir, luego empecé a gritar... —Su tono se aceleró—: ¡Nunca había visto nada parecido, señor! ¿Por qué tenía que ocurrir aquí, en nuestra ciudad?

A su alrededor se oyó un murmullo de inquietud.

Pero el policía ya no los escuchaba.

Miró hacia la rueda del molino. Aprovechaba el agua del canal del Diablo, que separaba Malá Strana de la isla de Kampa.

La rueda estaba atascada.

Y con razón.

Unas piernas de mujer sobresalían del agua. Un par de zapatitos negros destacaban sobre el blanco de las largas medias. La falda se había deslizado y flotaba en la superficie del canal. Alguien había atado a la mujer a la rueda en esa posición obscena. El policía podía ver su melena ondear bajo el agua.

—Sacadla de ahí.

Al oír esas palabras, dos hombres se pusieron manos a la obra y la rueda del molino empezó a girar con dificultad, dejando a la vista el cuerpo que obstruía sus movimientos.

El cadáver de la mujer estaba atado por la cintura y por los brazos. Era joven. Muy joven.

—Ajustadle la falda. Quiero ver su rostro.

Dos agentes se acercaron a la chica y le descubrieron la cara.

Estaba blanca, con los ojos abiertos como platos y los labios apretados. Su larga melena goteaba emitiendo un leve chasquido, mientras un escalofrío recorría la muchedumbre que se había apostado a orillas del canal. El policía miró a esa gente con fastidio.

—Dispersadlos —ordenó. Luego cambió de opinión—: No, esperad —levantó la voz—, ¿alguien conoce a esta mujer?

Los presentes retrocedieron casi como si aquella pregunta representara una acusación.

Nadie contestó.

El policía levantó los hombros. Por un momento había esperado que funcionase.

—Que se vayan —ordenó, resuelto.

Volvió a observar el rostro de la joven.

No tendría más de veinte años. Sus rasgos eran delicados; sus manos, cuidadas. La ropa era coqueta pero no era propia de una gran dama. Sobre todo, ninguna señora de verdad habría merodeado sola por aquellos barrios de noche. No parecía de origen humilde, aunque por supuesto no era una aristócrata. Quizá fuera la hija de algún comerciante, de un mesonero, tal vez de un funcionario del Estado. Praga estaba llena de funcionarios que intentaban hacer carrera en la administración pública.

Si tenía un bolso con algún efecto personal, debió de perderse en el río.

—Desatadla. Se quedará en la morgue hasta que alguien venga a reclamar su desaparición.

—¡Señor! —Un subordinado se acercó con un trozo de papel en la mano—: Lo hemos encontrado aquí cerca. Estaba bajo una piedra, como si alguien lo hubiese dejado allí intencionadamente...

El policía giró el papel entre las manos, examinándolo con detenimiento. Luego sacudió la cabeza, perplejo.

—Llévadlo a la oficina. A saber qué significa...

3

El intendente Karl Maria von Weber acababa de cumplir cuarenta años y ya era el jefe del Consejo de Justicia de Praga.

Desempeñaba aquel cargo desde hacía unas semanas, desde que su antiguo superior había tenido que retirarse por motivos de salud. Por tanto, Von Weber ocupaba uno de los cargos más relevantes de la ciudad y dependía directamente del alcalde, quien no dejaba de jactarse de la autonomía y el poder que le otorgaba su posición. Cuando, tres años antes, el emperador José II había concedido a Praga el derecho al autogobierno, entre los aristócratas locales se desencadenó una guerra sin cuartel por el poder. Y sus secuelas aún se dejaban ver en las rivalidades entre las familias.

Sin embargo, en el otoño de 1787 las aguas casi habían vuelto a su cauce, así que Von Weber solo conocía esas historias de oídas. Él llevaba apenas seis meses allí y había sido nombrado directamente por Viena. Las credenciales ganadas como inspector jefe de la policía de Augusta le habían permitido llegar a Praga, la segunda ciudad del Imperio Habsburgo. Y entonces la suerte, en forma de unos desvanecimientos que aquejaban a su superior sin que los médicos pudieran ponerles remedio, lo había proyectado en poco tiempo al cargo que ocupaba ahora.

Cuando la tarde del 6 de octubre vio entrar en su despacho al alcalde Fritz Walther, no se sorprendió especialmente. El hombre se sentó frente a su escritorio, en el segundo piso del ayuntamiento de Staré Mesto, la Ciudad Vieja, y frunció el ceño. Von Weber no sentía mucha simpatía por él, pero sabía que entre sus obligaciones no escritas estaba la de darle ánimos. El alcalde se preocupaba constantemente por el aumento del crimen... y por mantenerse en el cargo.

—Ayer por la mañana encontraron el cadáver de una mujer en Kampa —dijo.

—Exacto... pero ¿usted cómo lo sabe?

Walther arrojó un periódico sobre la mesa.

—Es la edición del mediodía del *Prager Zeitung*. Lea abajo a la derecha, en primera página.

Von Weber echó un vistazo a donde le había indicado el alcalde. Era un artículo de apenas unas líneas. El título, «El triste final de una prostituta», parecía querer ocultar la brutalidad de los hechos. Pero el contenido, aunque frío y esencial, resultaba inquietante.

En la madrugada de ayer, poco después del amanecer, el cuerpo sin vida de una joven fue hallado a orillas del Moldava. La mujer, macabramente atada a la rueda de un molino en la isla de Kampa, fue asesinada durante la noche. La

causa más probable de la muerte parece ser el ahogamiento. La policía ha iniciado de inmediato las investigaciones, cuyos detalles se mantienen bajo la más absoluta discreción. Una de nuestras fuentes de confianza afirma que la víctima es una prostituta. Se espera que pronto la alcaldía proporcione más información al respecto.

—¿Quién les ha revelado todo esto? —prorrumpió el intendente.

—Es usted quien tiene que decírmelo —replicó secamente el alcalde—. ¿Y por qué diablos publican en primera página un suceso tan insignificante? De todos modos, no creo que una de las lavanderas de Kampa haya ido corriendo a la redacción para dar el soplo. Así que...

El magistrado le miró airado.

—¿Está usted insinuando que ha sido uno de mis hombres?

Walther cambió de tema y contestó preocupado:

—No importa. Está claro que mis adversarios no pierden ocasión para atacarme. Von Weber... quiero que investigue este caso...

—¿Por qué? —preguntó sorprendido el intendente—. Sabe muy bien que en Praga los asesinatos son bastante frecuentes. Me han descrito a la chica: no era una joven noble. Y tengo asuntos más importantes que atender...

—Este llegará a serlo si no encontramos cuanto antes al asesino de esa mujer.

El intendente se apoyó en el respaldo de su butaca. Miró, pensativo, al alcalde y preguntó:

—¿Quién le está presionando?

El hombre levantó los hombros.

—No es asunto suyo.

—¿No cree que saberlo facilitaría la investigación?

—No. Así que deje de hacer preguntas y póngase manos a la obra...

A Von Weber le habría gustado saber quién había obligado al alcalde a acudir a él. Pero si su superior quería jugar a policías y ladrones, no había ningún problema. Lo descubriría por sí mismo. Y tal vez, tras hacerle un favor a algún poderoso, conseguiría convertir ese engorroso encargo en un beneficio para su carrera. Así que dejó los papeles en los que estaba trabajando y convocó a su despacho al policía que el día anterior se había encargado de la chica muerta.

—Veamos, Bernard, ¿habéis hecho algún progreso?

El hombre se mostraba incómodo.

—No, señor, la verdad es que...

—¿Sí?

—Pues... Bueno, ya sabe, somos pocos y aquí hay mucho trabajo...

—¿La habéis identificado al menos?

—No.

El intendente suspiró.

—Llama a Heinz, el retratista, para que le haga un dibujo. Imprime cien copias lo más rápido posible y envía a los hombres a repartirlas.

—Pero, señor intendente, tenemos cuestiones más urgentes...

—No discutas las órdenes —replicó con dureza Von Weber—. A partir de hoy yo me haré cargo de este asunto.

—Sí, señor —contestó el policía con evidente sorpresa.

—Así me gusta, Bernard. Y ahora, dime: ¿hay alguna información más que debería conocer sobre el caso?

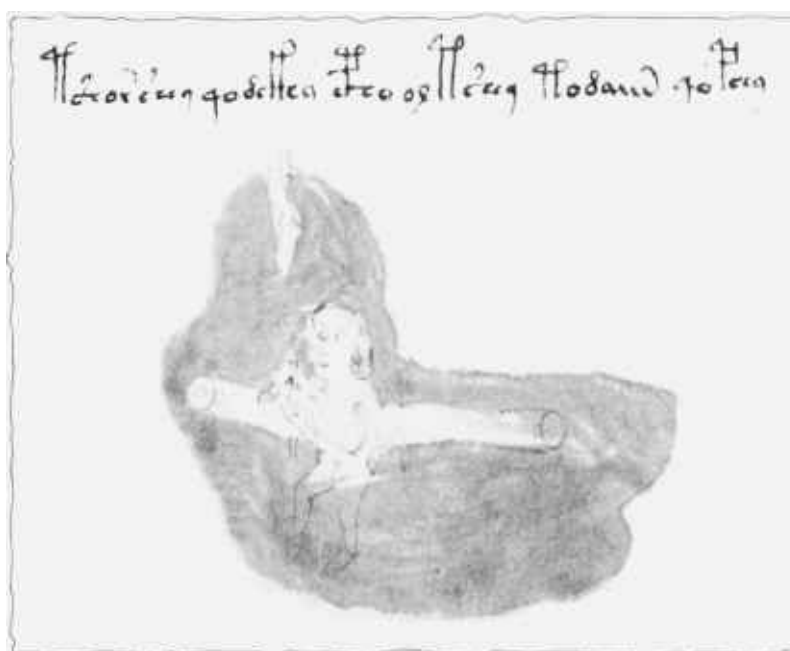
—Verá que he comunicado todo lo relevante en mi informe de ayer. —Hizo ademán de irse cuando de pronto le sobrevino un recuerdo—: Bueno, en realidad, intendente, he omitido algo...

Von Weber le escuchaba.

—Hemos encontrado un trozo de papel cerca del cuerpo...

El jefe del Consejo de Justicia estaba perplejo.

Seguía dando vueltas a la hoja dejada por el asesino a un paso de la víctima sin sacar nada en claro. Lo único de lo que estaba seguro era que se trataba de pergamino, no de papel. Una vez más observó aquel puñado de signos y el torpe dibujo que los acompañaba.



Podría tratarse de una frase. Pero dudaba, ya que lo que a sus ojos parecían cinco palabras distintas estaban formadas por caracteres incomprensibles. Y no había comas ni puntos. Tal vez aquellos signos, trazados a mano con extremo cuidado con tinta negra sobre fondo blanco, fueran una simple invención. O quizá encerraran un significado oculto relacionado con el homicidio.

El dibujo era igual de extraño. Una mujer desnuda y con el cabello suelto estaba sumergida hasta la cintura en una pila llena de líquido verdoso. ¿Agua? Tal vez. La misma agua del Moldava. Pero ellos habían encontrado a la chica con la ropa puesta. El dibujo estaba coloreado y parecía una representación de cómo había actuado el asesino.

Von Weber no lograba entender por qué el culpable había dejado aquel pergamino cerca del cadáver, bien sujeto por una piedra. Lo único que se le ocurría era que lo había puesto allí para que ellos lo encontrarán.

Sin querer, el intendente se llevó la mano a la sien izquierda. La cicatriz roja que de allí descendía unos centímetros hacia el pómulo y la mejilla, recuerdo de un encontronazo con un delincuente callejero, le dolía. No era una buena señal. De hecho, el dolor volvía a aparecer cada vez que las cosas se complicaban.

Von Weber decidió guardarse aquel descubrimiento para sí. De momento no hablaría del tema con nadie.

O, mejor dicho, con casi nadie.

4

Madame Zeltecna miraba sorprendida al intendente. Su experiencia con los policías era larga, y casi nunca agradable. Por lo general, intentaban poner trabas a su actividad. Casi siempre le imponían el cierre. Eran los mismos policías que, por las noches, dejaban a sus esposas en casa para acercarse a su *maison*. Cuando las protestas de la ciudadanía contra la degeneración de las costumbres sobrepasaban el límite, las autoridades los enviaban a cerrarle la puerta con un bonito sello de lacre. Y así como en otras circunstancias se habían mostrado amables, entonces las invitaban a recoger sus bártulos con modales bruscos y expeditivos.

En pocas palabras, detestaba a los policías. Mientras estaban de servicio, solo causaban daños. Y, fuera de servicio, actuaban como los más hipócritas de los hombres.

Pero este parecía distinto.

Había ido a verla por razones oficiales y se mostraba educado con ella.

—¿Le apetece otra taza de té, señor...?

—Von Weber, señora, Von Weber... No, no quiero más té.

La mujer volvió a fijarse en el intendente, sentado en una butaca de su saloncillo privado al otro lado de una mesita.

El hombre medía cerca de un metro ochenta. Su peluca, muy cuidada, y su ropa, del máspreciado terciopelo, daban la impresión de que llamarle policía sería casi un insulto. Debía de ser un funcionario muy bien posicionado. Y encima era muy atractivo. Las facciones regulares del rostro armonizaban una complexión bien proporcionada y musculosa. La mirada abierta, animada por unos ojos azules, enseguida creaba una impresión positiva e inducía a la sinceridad. El único elemento discordante era esa pequeña cicatriz en la sien. O quizá era eso lo que acentuaba su belleza.

El corazón de madame Zeltecna fue invadido por una cálida sensación de ternura, el mismo amor por el sexo masculino que la había empujado a abrir un prostíbulo tras dejar de ejercer la profesión ella misma. Y decidió que no merecía la pena andarse con rodeos.

—¿En qué puedo servirle, excelencia?

Von Weber decidió ser cauto.

—Se lo diré enseguida. Esta mañana uno de mis hombres ha pasado por aquí con el retrato de una chica. Vuestras trabajadoras la han reconocido...

La madama asintió.

La habían informado de inmediato de la visita del agente, y ya sabía que aquello no traería nada bueno. La verdad es que había empezado a ver venir los problemas en

cuanto se había dado cuenta de que faltaba Marie. Por desgracia, le resultaba imposible controlar todos los movimientos de las chicas. Intentaba poner límites, por su bien y también por la habilidad que tenían para meterse en líos, pero no podía convertirlas en esclavas.

—Dicen que se llama Marie... ¿Sabe dónde se encuentra?

Madame Zeltecna se encogió de hombros.

—No, y he de admitir que estoy bastante intranquila. Me preocupo por mis trabajadoras como si fueran mis hijas... pero le pido que no juegue conmigo, señor —concluyó, algo ruda—. Si está aquí significa que sabe mucho más que yo.

El hombre no replicó.

—Entonces, ¿qué le ha ocurrido a mi Marie? —preguntó la mujer.

Von Weber aguzó la mirada, preparándose para medir la reacción de la madama.

—Ha muerto —contestó con frialdad—; para ser más exactos... ha sido asesinada. La encontramos hace dos días en el canal del Diablo.

Madame Zeltecna palideció.

Encorvó la espalda y su figura se encogió. Fue como si por unos instantes se le cayera encima el peso de muchos años. «Si está fingiendo», pensó el intendente, «es una actriz realmente extraordinaria». Pero su dolor enseguida le pareció sincero.

—Ha sido por mi culpa —admitió en un susurro.

—¿Qué ha dicho? —inquirió Von Weber inclinándose por encima de la mesita.

—¡Ha sido por mi culpa! —respondió, y esta vez la mujer levantó hacia el funcionario unos ojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué?

El intendente había formulado la pregunta en un tono sosegado.

Ella se lo agradeció y empezó a hablar.

—Por lo general, no permito que las chicas salgan de la casa de noche. El otro día hice una excepción con Marie; ahora sé que me equivoqué.

—Explíquese mejor.

La mujer se hundió en la butaca.

—Era una noche especial. Estaba aquí... Bueno, tal vez convenga no dar nombres... Bueno, había venido un conde que celebraba su sesenta cumpleaños. Ya son unos cuantos años, y llevados estupendamente. Es uno de nuestros mejores clientes y soy incapaz de negarle cualquier capricho.

—¿Cómo se llama?

—¿Qué importa? —replicó la mujer—. Él no tiene nada que ver en esto.

—¿Cómo podéis estar segura? —insistió, impaciente, el funcionario. Quizá convendría recordar a la mujer quién estaba a cargo de la investigación.

—Espere y lo entenderá usted mismo —contestó ella.

—De acuerdo... siga.

—Pues bien —continuó madame Zeltecna—, todos los caballeros se encontraban en el salón y conversaban entre ellos y con las chicas. Solo aquí, y puedo decirlo con orgullo, se sienten de verdad en casa, libres de la etiqueta... ¡y de sus mujeres!

—¿Y Marie?

—Marie se retiró con el conde. Estuvieron juntos una media hora. Luego ella corrió a buscarme —el recuerdo hizo que los ojos de la mujer se llenaran de lágrimas una vez más— para enseñarme el regalo que le había hecho ese gran señor: un par de preciosos guantes de raso...

La madama sollozó, y Von Weber se acordó de lo que le habían dicho sus subordinados: aquellos guantes cubrían las manos cerradas de la víctima.

—¿Su chica estuvo con otros clientes?

Madame Zeltecna frunció el ceño. Al fin y al cabo, ese descaro era un rasgo común de todos los policías. Evidentemente, no bastaba una buena posición para convertir en caballeros a esa gentuza.

—Sí, con otros dos...

—¿Quiénes eran?

—El segundo formaba parte del mismo grupo de respetables caballeros. Un oficial de los húsares, un militar que se aburre mucho en esta ciudad.

—¿Y el tercero?

La mujer vaciló. Empezaba a dudar de la conveniencia de sincerarse hasta ese punto.

—¿Entonces? Ha dicho que se equivocó la otra noche. Deje que lo adivine: este último invitado tuvo el privilegio de acompañar a Marie fuera de la *maison*, ¿no es cierto?

Madame Zeltecna afirmó sutilmente con la cabeza.

—¿Y por qué motivo le concedió ese honor?

La mujer no se decidía a hablar. Von Weber se levantó, rodeo la mesita y le cogió una mano.

—Querida señora, le aseguro que confiar en mí solo le reportará beneficios.

Ella lo miró dubitativa y finalmente suspiró.

—Pagó por adelantado y no quería retirarse con Marie a una de las habitaciones. Conocía bien a la chica y pensé que no habría nada malo en dejarle tomar un poco el aire. Era una noche tan romántica...

—Sí, desde luego —comentó el hombre con sequedad. Y continuó—: ¿Ese hombre viene a menudo por aquí?

—No, ni siquiera es de Praga. Llegó a nuestra ciudad por primera vez el invierno pasado. Fue entonces cuando se hizo amigo de Marie. Ella le tenía mucho cariño...

—El nombre, dígame su nombre y el de los caballeros que estuvieron con la chica antes que él.

—Le diré solamente el nombre del tercer cliente.

—Me los dirá todos. —De la voz y del rostro de Von Weber ya había desaparecido todo rastro de amabilidad—. Necesitaremos interrogarlos. Dígame los nombres y no me haga perder más tiempo...

—¿Ya estamos de nuevo con las amenazas? —preguntó socarronamente la mujer—. ¿Qué va a hacer si me niego a hablar? ¿Cerrarme la *maison*?

—Algo mucho peor —rebatía el hombre—: En pocas horas toda la nobleza de Praga se enterará de que este no es un lugar seguro, y de que hay asesinos sueltos entre sus paredes.

A la vez que hablaba, el intendente extendió el brazo para señalar los frisos y las decoraciones que embellecían las paredes de la salita.

Madame Zeltecna palideció.

—Pero si decide colaborar —prosiguió el funcionario—, me encargaré de silenciar todo el asunto, y su actividad no saldrá perjudicada. Por otra parte —añadió, expeditivo—, ya he dado las disposiciones pertinentes para el entierro. Se celebrará mañana, como muy tarde. Nosotros tampoco tenemos interés en que empiecen a circular por la ciudad rumores sobre un asesinato tan brutal.

Al imaginar a su chica, la más alegre y cariñosa del grupo, reducida a un frío cuerpo sin vida tras una muerte violenta, los ojos de la mujer volvieron a humedecerse.

—¿Y bien? —Von Weber la miraba fijamente—. ¿Quiénes son nuestros tres caballeros?

Mari Maria von Weber era un hombre hecho a sí mismo. Hijo de un zapatero de Gotinga, había pasado su adolescencia admirando con mal disimulada envidia a los jóvenes que frecuentaban las aulas de la prestigiosa universidad local. Su aspiración era estudiar, porque solo una buena educación le permitiría progresar socialmente. Pero este deseo corría el riesgo de no convertirse nunca en realidad. A las personas de su condición se les negaba todo derecho a mejorar. No podía esperar enriquecerse, ni ennoblecerse. Solo la suerte habría podido ayudarle. Sin embargo, como le recordaba su padre para que mantuviera los pies en el suelo, la suerte nunca había estado del lado de su familia. Y habría hecho falta un milagro para que acabara llamando a su puerta.

No obstante, eso fue precisamente lo que ocurrió.

Un día, Karl Maria había llevado un par de botas nuevas al barón Hoffmanstein, el consejero del príncipe de Sajonia; era un hombre muy exigente, cuyo pie derecho, afectado por una leve malformación, se había convertido en una auténtica pesadilla para todos los maestros zapateros de la ciudad. Pero el padre del joven sabía cómo fabricar una buena horma, y gracias a su habilidad había confeccionado unas botas que el barón nunca se cansaba de llevar.

Por qué justo ese día le había tocado a Karl, y no a uno de sus hermanos, ir a visitar al noble nadie podría decirlo. Sin embargo, hacía tiempo que se había jurado a sí mismo que no seguiría los pasos de su padre. Aquella tarde el barón se percató enseguida de lo cómodas que eran sus botas nuevas, y su humor, generalmente irritable, cambió al instante. Su mirada, de pronto benévola, se posó sobre Karl Maria, quien a sus ojos tenía el mérito de haberle entregado el milagroso calzado. El buen humor recobrado, junto con la actitud emprendedora y alegre del chico, hizo mella en Hoffmanstein, quien decidió tomarlo bajo su protección.

Fue así como consiguió asistir a la facultad de derecho en la Universidad de Gotinga. Se aplicó en el estudio más que cualquier otro compañero, aun a pesar de tener que aguantar un sinnúmero de insultos, siempre relacionados con su origen humilde. Solo le quedaba un consuelo: cuando los demás se pasaban de la raya, bastaban su complexión y fuerza física para amedrentarlos y terminar con la burla.

Tras finalizar los estudios, le había resultado fácil entrar en las filas de la guardia imperial. Antes de trabajar en Augusta, había estado en Maguncia. Y por eso consideraba Praga como una desviación imprevista. De poco le valía que fuera una gran ciudad, llena de historia y animada por una sociedad culta y elegante. Él era alemán, y consideraba casi ofensivo que le hubieran enviado a administrar la justicia entre los checos. Poco menos que si le hubiesen relegado a un pueblo de provincia.

Su objetivo seguía siendo Viena, la capital imperial.

Por su parte, hacía todo lo posible para aumentar su influencia. Si madame Zelteca hubiese llegado tan solo a sospechar que aquel «von» había sido comprado a precio de oro, gastando los ahorros de diez años, tal vez le habría tratado con menos deferencia. De todos modos, Von Weber aprendió pronto a desenvolverse entre los aristócratas como uno más de ellos. Lo que no le correspondía de nacimiento, se decía, podía conquistarlo gracias a su talento y a una buena dosis de falta de escrúpulos. Sin olvidar que sus orígenes le daban una ventaja sobre los demás: de hecho, de los barrios populares de Gotinga le quedaba cierta actitud resolutiva, la capacidad de ir al grano y de penetrar en los aspectos más abyectos de la personalidad humana. Precisamente aquellos con los que un policía lidiaba a diario y que él había indagado desde los primeros años de servicio. Muy pronto había llegado a ser todo un experto en el análisis de la mente y de los comportamientos de sus adversarios, y esta habilidad se había convertido en una de sus mayores pasiones. Eran precisamente las intenciones del asesino lo que ocupaba sus reflexiones mientras abandonaba la casa en la que había vivido Marie. Razonaba con método sobre lo que había oído de la madama.

Nadie habría sido tan estúpido para salir con una chica de un prostíbulo, a la vista de todos, con el propósito de matarla unos minutos más tarde. Por tanto, el tercero de los clientes que Marie había encontrado la noche del asesinato le parecía el menos sospechoso. Los otros dos eran miembros muy respetados de la sociedad praguense. Por supuesto, habrían podido actuar de forma impulsiva, pero esta posibilidad chocaba con el hallazgo del pergamino, que debía de haber sido preparado con antelación. Sabía que tendría que oír a los tres para poder excluir su participación en el crimen. Pero antes debía hacer algo aún más importante.

Levantó un brazo y paró una berlina.

El intendente pidió que le dejaran en la plaza de Malá Strana.

Como había aprendido en el pasado, observar el escenario en el que se había cometido el crimen le resultaba de gran ayuda para formular hipótesis sobre los hechos y acercarse a la verdad. Y si se bajó de la berlina justo en aquella plaza fue porque sabía que el extranjero, el último cliente de Marie la noche de autos, se alojaba en los alrededores, en la residencia de una familia importante. Por tanto, se podía suponer que se había despedido de la mujer justo donde se encontraba él ahora, debajo de la iglesia de San Nicolás. Al mirar hacia arriba, podía vislumbrar las calles que conducían al castillo. Mientras que hacia abajo distinguía las callejuelas que llevaban a la isla de Kampa y al río Moldava.

«¿Por qué un caballero como él no le ofreció a la chica volver en su berlina?».

No podía creer que la hubiese dejado sola, a merced de los peligros de la noche.

Lo cual le llevó a deducir que debía de haber sido ella quien rechazara el ofrecimiento. Pero ¿por qué razón? El carácter bravucón propio de las mujeres de su clase, esa era la única explicación que se le ocurría. Estaba claro que no pretendía buscar a nuevos clientes de camino a Staré Mesto y al prostíbulo de madame Zeltecna. No hacía la calle y no iba a entregarse al primero con quien se cruzara.

«¿Qué hizo después de que su caballero se despidiera con una última reverencia?».

Pensó en el cadáver atado a la rueda del molino, allá en el canal del Diablo. Aquella estrecha franja de agua separaba Malá Strana de Kampa, y las lanchas cargadas de mercancías la recorrían todo el día de arriba abajo, para evitar surcar las corrientes no siempre seguras del Moldava. Las mismas lanchas iban y venían entre las dos orillas del río cumpliendo una función esencial: mantener conectado Staré Mesto, que se encontraba más allá del puente de Carlos, con Malá Strana y el castillo, que estaban en ese lado, donde se encontraba ahora. Recordó brevemente que desde su llegada a Praga oía hablar del proyecto de un nuevo puente sobre el Moldava. Pero de momento seguía en el aire.

Volvió al presente.

La joven se había dirigido hacia el puente de Carlos, pero antes de alcanzarlo tuvo que darse cuenta de que alguien la seguía.

«¿Por qué no intentó atravesarlo? ¿Por qué se desvió hacia Kampa?».

La isla era un lugar mucho más oscuro y peligroso. Aunque tal vez ese fuera el motivo por el que había decidido evitar el puente. Por las callejuelas y entre los árboles y los matorrales de la isla aún le quedaba alguna posibilidad de esconderse y huir de su agresor. En cambio, el puente no le ofrecería ninguna vía de escape. Con toda probabilidad también la había asaltado el temor de ser arrojada al río. Pero ¿de verdad había razonado con tanta frialdad? Lo dudaba mucho.

Los pasos de Karl Maria von Weber retumbaron sobre el empedrado. Ya no había luz y se percató, como acababa de hacer momentos antes en la berlina, de que aquella noche la oscuridad de Praga le parecía más opresiva que de costumbre. Se detuvo unos instantes cerca de la rueda del molino. Era allí donde habían encontrado a la chica. Asintió satisfecho: sus hombres habían borrado todo rastro del asesinato, y era mucho mejor así. De hecho, le habían informado de que la gente ya empezaba a acudir a ese sitio como si fuera un santuario o un lugar de peregrinación.

Reanudó la marcha.

Estaba seguro de que el asesinato no se había producido a orillas del canal. Con todas aquellas casas y ventanas a unos pasos existía el peligro de que hubiera algún testigo indiscreto. El hombre debía de haber seguido a la chica de cerca, acorralándola y empujándola hacia un espacio cada vez más reducido, hasta que había quedado atrapada en un rincón, sin duda oscuro y solitario.

«¡Aquí! ¡Tuvo que ser aquí!».

El intendente se encaminó hacia la punta meridional de Kampa.

Un par de veces corrió el riesgo de tropezar entre los arbustos y tuvo que avanzar con cautela para no golpearse la cabeza contra un árbol. Cuando llegó al límite de la isla, donde el terreno descendía con suavidad hacia el río, se detuvo. Las aguas del Moldava estaban en calma esa noche y murmuraban mansas a sus pies. Esa paz contrastaba ferozmente con lo ocurrido allí dos noches antes.

Miró a su alrededor contando tan solo con la pálida luz de un haz de luna.

Al día siguiente enviaría a sus hombres a inspeccionar la zona. Les ordenaría batirla palmo a palmo con la esperanza de encontrar algo relacionado con el asesino. Aunque sabía que se trataba de una posibilidad muy remota. Quien había sido capaz de realizar aquella macabra puesta en escena no era ningún despistado que dejara sus cosas olvidadas por ahí.

«La mató aquí, y el agua borró enseguida todo rastro de lucha... si es que hubo lucha. Luego la llevó a hombros hasta el molino...».

De hecho, en los alrededores del canal del Diablo no habían encontrado indicios de que el cuerpo hubiese sido arrastrado.

«Nuestro amigo es muy hábil y sabe improvisar...», reflexionó Von Weber.

Recordó también la incomprensible frase trazada sobre la hoja de pergamino. Y el dibujo, aparentemente inocente, que se tornaba terrible al relacionarlo con las circunstancias del asesinato. La mujer en la pila, que podría estar simplemente bañándose, era la mujer ahogada en las aguas del río.

Aquellos eran los únicos elementos de los que disponían hasta el momento.

Fue entonces cuando lo vio, a unos pasos de la orilla.

Estaba enganchado en las ramas bajas de un árbol: un lazo rojo arrugado, el adorno de una manga o de una falda.

Lo recogió y lo guardó en un bolsillo.

Apostaría a que era de Marie y que la joven lo había perdido durante su huida. De ser así, la reconstrucción de los hechos sería correcta. Aquel pensamiento lo reconfortó.

Se volvió hacia las luces e intentó alcanzar cuanto antes el camino de vuelta a casa.

6

—Discúlpeme, señor, pero he tenido unos días de permiso y he pasado la mayor parte del tiempo durmiendo. Hasta ayer no me enteré de lo ocurrido...

—No importa. Ahora estás aquí para informarme de los hechos. ¡Habla!

El joven irguió los hombros e intentó emplear un tono oficial.

—Me encontraba de servicio entre la iglesia de San Nicolás y el monte Petrin. Casi siempre me toca el turno de noche, y aquella es una zona conflictiva después del anochecer...

—¿Qué quieres decir?

—Voy solo, señor, y bastan dos borrachos con ganas de pelea para darme problemas.

El intendente resopló.

—Tienes buena planta... ¿Cómo te llamas?

—Karel Kovar, señor.

Al pronunciar aquellas palabras, el tono del policía se volvió desafiante.

—Hablas muy bien el alemán. ¿Dónde lo has aprendido?

—Aquí, señor, en Praga. Es mi ciudad; aquí es donde he nacido y donde quiero morir. Y...

El hombre se calló, avergonzado. Se dio cuenta de que estaba a punto de pasarse de la raya.

—Continua.

—Nada, señor. Siento haber interrumpido mi informe...

—Exijo que me digas qué te pasaba por la cabeza.

Era una orden.

Karel se maldijo a sí mismo y, como lo último que quería era enfrentarse al resentimiento de su jefe, intentó minimizar el asunto.

—Mi única intención era expresar una esperanza: que en el futuro su excelencia el emperador otorgue a mi lengua materna la misma dignidad que al alemán...

El hombre, al finalizar aquel alegato, se sonrojó. Von Weber asintió despacio.

—Muy bien, Kovar, no olvidaré tu desahogo. Ahora podemos volver al informe. Te escucho...

—Por supuesto, señor. Como le decía, me encontraba de servicio en el barrio de Malá Strana, en plena noche. Eran casi las tres y en la última hora no había ocurrido nada relevante. Tan solo había visto pasar las berlinas de algún grupo de nobles y ya había recibido dos veces la señal de reconocimiento desde las murallas de Petrin...

—¿Y luego?

—Luego aquella chica se dio literalmente de bruces conmigo. Parecía asustada...

—¿No le preguntaste si necesitaba ayuda?

El policía bajó la mirada.

—No, señor. Y después de que mis compañeros me contaran lo sucedido, lo lamenté profundamente. Entendí enseguida que se trataba de la misma chica.

El intendente se levantó de la butaca y se aproximó a la ventana.

—¿Por qué dejaste que se fuera?

—Era una mujerzuela, señor. Se notaba por cómo se movía y hablaba. Pensé que aún estaría buscando a algún cliente...

—Pero si tú mismo afirmas que parecía asustada...

—Sí, señor, es cierto...

El intendente se acercó al subordinado y lo miró fijamente.

—Era una puta y no merecía tu ayuda, ¿no es así?

El hombre se sonrojó de nuevo y no dijo nada.

Von Weber suspiró.

—Antes de volver a tu cuartel, dime si notaste algo raro. ¿Viste a alguien seguir a la chica? ¿Oíste unos pasos?

—Nada en absoluto. Por lo que me consta, aquella mujer estaba sola.

—De acuerdo. Puedes irte.

Kovar se despidió del intendente con una ligera reverencia, se dio la vuelta y salió de la estancia.

De nuevo a solas, Von Weber volvió a la ventana y observó al checo salir del ayuntamiento, acomodarse las colas de la chaqueta y dirigirse con paso marcial hacia la calle Karlova. A ese tipo, se dijo, le sobraba descaro, el mismo que le había permitido a él progresar en su carrera.

En realidad, el intendente no confiaba en los checos. No entendía sus modales ambiguos y no compartía sus intereses. Y, sobre todo, sabía que a muchos de ellos les habría encantado echar a patadas a los alemanes de la ciudad. Sin embargo, aquel joven podría resultarle útil para su oficina: ¿no había sido el propio José II quien había recomendado una mayor colaboración entre las distintas naciones del imperio? Pidió que le trajeran el expediente del policía. Luego, mientras leía, el reloj de péndulo de su estudio marcó las diez y le recordó que tenía un compromiso.

—¿Era suyo?

Madame Zelteca cogió de las manos del intendente el lazo de algodón rojo encontrado la noche anterior en Kampa. Lo apretó suavemente, como si se tratara de una reliquia, y asintió con la cabeza.

—Sí, era suyo...

La mujer se dio la vuelta para mostrarlo al grupo de cinco chicas que la acompañaba.

—¿Quién quiere quedárselo?

—Yo... era su compañera de habitación y a menudo se sinceraba conmigo...

Había hablado la más alta del grupo, con la voz rota por el llanto. Pero Von Weber solo pudo oír sus palabras. Las chicas de madame Zeltecna iban de negro, como su madama, con el rostro cubierto por un velo. La mujer depositó el lazo en las manos de la joven y se sorbió los mocos. Estaba a punto de decir algo, pero el intendente le dio una palmadita en la espalda.

—Vamos.

Cuatro hombres del barrio colocaron la caja de Marie sobre el carro descubierto, y el pequeño cortejo fúnebre arrancó dejando atrás la *maison*. Ahora que ya no les quedaban más lágrimas, las protegidas de madame Zeltecna avanzaban con compostura, de dos en dos, detrás de la carreta, que chirriaba por el camino. La última, la que había pedido el lazo, iba al lado de la madama. Tras ellas, y bajo la pertinaz llovizna de principios de octubre, desfilaban cuatro personas de edades y condiciones distintas. En último lugar, pero sin dejar de observar a los demás presentes, iba Von Weber, quien no tardó en darse cuenta de que una berlina los seguía con discreción a poca distancia.

La gente, al verlos pasar, se descubrían la cabeza con respeto. Todos dejaban de charlar y se hacían a un lado de la calle. Y mientras el caballo seguía el lento compás propio de la ocasión, Von Weber iba cavilando, concentrado en los demás, y se preguntaba si alguien entre ellos podría tener algún interés en asesinar a una pobre prostituta.

Descartó a las chicas del prostíbulo, a quienes, por mucho que sintieran rencor hacia Marie, consideraba incapaces de contratar a un sicario y escenificar el aparatoso espectáculo organizado por el asesino. Excluyó también a madame Zeltecna, por sus espontáneas manifestaciones de dolor y porque para ella Marie representaba una fuente de ingresos suficiente para hacerle olvidar cualquier animadversión. En cambio se fijó en las otras personas que habían acudido a aquel entierro de tercera categoría.

Solo una de ellas era mujer.

Alta, poco agraciada y de cierta edad, iba vestida con decoro pero sin elegancia. No había vertido ni una lágrima desde que el magistrado se había percatado de ella, pero se mostraba compungida como exigían las circunstancias. Su paso cadencioso, casi militar, llevó a Von Weber a pensar que se trataba de una institutriz o algo parecido.

De los tres hombres, dos tenían un aspecto absolutamente insignificante, y llevaban ropa de diario, como si acabaran de salir del trabajo. Parecían conocerse porque de vez en cuando intercambiaban alguna frase. Cuando los sorprendió sofocando las risas, el intendente comprendió que su interés por el funeral debía de

ser real pero meramente práctico. Sus caras y sus gestos no revelaban ni un atisbo de emoción.

Por el contrario, el último hombre sí que parecía interesante. Era un señor mayor, sin duda de clase alta. Tendría unos sesenta años, y su peluca, larga y ensortijada, estaba pasada de moda. Pero las prendas de raso, la capa y los zapatos que relucían bajo la lluvia eran muestras evidentes de su condición elevada. Von Weber sospechaba que la berlina que seguía al grupo era la suya. Luego se acordó de las palabras de madame Zeltecna y supo de quién se trataba.

El intendente se sorprendió al encontrarlo allí. ¿Era posible que el apego de un anciano a su favorita llegara hasta el punto de hacerle desear estar presente en su entierro? Además, daba muestras de un dolor sincero. No lloraba, pero el abatimiento y la consternación surcaban su rostro y delataban una profunda pena.

Cuando Von Weber volvió a la realidad tras sus reflexiones, se percató de que unos pocos minutos habían sido suficientes para que las casas empezaran a espaciarse y los grupos de gente atareada por las calles se hicieran menos numerosos. «Praga tampoco es tan grande», pensó el intendente. De hecho, pasada una media hora, ya habían cruzado la muralla oriental.

Allí se encontraba un pequeño cementerio inaugurado recientemente, al igual que muchos otros desde que las autoridades habían prohibido, sin excepciones, las sepulturas próximas a las iglesias. La lluvia se había vuelto más intensa, y cuando la carreta detuvo su marcha, se acercaron tres encargados municipales. Con gestos rápidos, y chapoteando en el barro, asieron con firmeza la caja y la llevaron hasta una fosa común. Tras aproximarse al borde, arrojaron dentro el cuerpo envuelto en un saco de tela blanca. El cadáver cayó encima de los muertos que lo habían precedido en aquellos días, produciendo un golpe sordo que provocó nuevas lágrimas en las mujeres del cortejo. Aquel lúgubre sonido recordaba a todas las chicas de la *maison* el destino que les aguardaba.

—¿Y el cura? —Fue madame Zeltecna quien formuló la pregunta. Y puesto que el sacerdote no aparecía, su petición se convirtió en un arrebató de rabia—. ¿Dónde está el cura, maldita sea? ¡Marie era católica! —Desde una casucha en el límite del cementerio salió un cura poniéndose la sobrepelliz. Llevaba en la mano el acetre del agua bendita. Apresuradamente, pronunciando las fórmulas rituales a medias, dio la vuelta dos veces alrededor de la fosa para dispensar la bendición a la muerta. Acto seguido, sin ni siquiera dirigir unas palabras a los presentes, volvió al cubierto.

Fue uno de los encargados municipales quien dio fin a la escueta ceremonia echando una palada de cal al fondo del agujero.

—Esto es todo, creo —dijo Von Weber.

—Sí, es todo —comentó madame Zeltecna.

La mujer y sus protegidas apretaron las manos y recibieron el pésame de los

demás presentes como si fueran los verdaderos parientes de la fallecida. Luego la madama cogió del brazo a una de las chicas.

—Ven, querida, volvamos al calor de nuestra casa. Ya no podemos hacer nada por Marie.

Y mientras el grupo se dispersaba, el intendente se acercó al caballero:

—¿El conde Hugo von Waldstein?

El noble se dio la vuelta sin mostrar sorpresa alguna.

—Soy yo.

—Mi nombre es Karl von Weber, soy...

—Conozco su fama. El alcalde me ha hablado muy bien de usted...

Von Weber intentó disimular su sorpresa.

—Me siento halagado. Lamento molestarle. Necesitaría intercambiar unas palabras con usted.

—Claro. ¿Quiere subir a mi berlina? Será un placer recibirle en palacio.

Un paje golpeó el bastón en el suelo y le indicó que esperara. En cuanto el sonido se difundió por la antesala, una serie de dobles puertas se abrieron de par en par frente a Karl Maria von Weber por obra de otros tantos domésticos. Enmarcaban una sucesión de numerosos salones y permitían apreciar de un vistazo buena parte de aquella ala del palacio Waldstein.

El conde, que durante todo el tiempo del trayecto en berlina se había mantenido en silencio, lo había dejado al cuidado de su personal de servicio delante de la entrada del primer patio, asegurándole que se verían en unos pocos minutos. Ahora el intendente estaba siendo escoltado a través de cada una de aquellas grandes salas de recepción. Desde las ventanas que se abrían hacia el interior vislumbraba los jardines de estilo italiano, mientras que la vista desde el lado exterior estaba dominada por las plomizas aguas del Moldava. Von Weber nunca había pisado aquellas salas. Tras su nombramiento como jefe del Consejo de Justicia de la ciudad de Praga, había esperado ser invitado a los periódicos bailes de familia. Pero estaba claro que su condición social aún no estaba lo bastante acreditada. Mientras levantaba la mirada para admirar los frescos de los techos, se dijo a sí mismo que aquel alarde de lujo y riqueza servía sobre todo para impresionarle. Rio amargamente para sí, y no sabía si lo que más le molestaba era ese superfluo paseo o el sutil sentimiento de envidia que empezaba a crecer en él hacia el aristócrata.

Sin embargo, cuando por fin llegó a su destino —un saloncillo decorado con tan solo tres butacas y una mesa de centro— se sintió desorientado. El conde, sin peluca y ataviado con una sobria bata, fue a su encuentro y le estrechó la mano, acogiéndole amablemente. Von Weber miró hacia la tercera persona que se encontraba en la sala y preguntó dubitativo:

—¿No sería mejor hablar a solas?

—¿Por qué? —contestó sorprendido el anciano. Luego presentó al recién llegado —: Querida, este es uno de los más valiosos colaboradores de nuestro alcalde y un fiel servidor del imperio. —Y dirigiéndose a Von Weber—: Señor, esta es mi mujer Antonieta.

El silencio cayó sobre el grupo.

El intendente no sabía por dónde empezar, y fue la condesa quien lo sacó de apuros.

—Hugo, tal vez sea mejor que expliques a tu invitado cómo están las cosas.

—Claro, claro —asintió Waldstein mientras se dirigía al cada vez más inseguro Von Weber, invitándole a sentarse.

Luego él hizo lo mismo.

—Mire, querido amigo, no sé qué decir... pero no quiero andarme con rodeos...

—Vamos, Hugo, no tengas miedo.

El noble lanzó una mirada agradecida a su mujer y se decidió a continuar.

—Aquella chica, intendente, era mi hija...

Por fin, sin previo aviso, la incomodidad reinante fue remplazada por las lágrimas, esas lágrimas que el anciano no había conseguido dejar brotar durante el entierro.

Fue la mujer quien le tendió un pañuelo, mientras que Von Weber, paralizado por la sorpresa, se quedaba una vez más sin palabras. Cuando se recuperó de su asombro, se levantó. Ahora era él quien se sentía desbordado por aquella situación embarazosa.

—Es mejor que les deje con sus ocupaciones. No hay nada más que añadir...

—¡Siéntese! —replicó el conde con repentina irritación—. Quería hablar conmigo y ahora tendrá que escucharme. Es necesario que lo sepa todo para poder despejar cualquier sospecha que amenace mi reputación.

Von Weber volvió a tomar asiento, en silencio, y el anciano continuó.

—Le contaré lo imprescindible. Después de la muerte de mi primera esposa, conocí a una mujer del pueblo. Fue una relación fugaz y sin futuro. Por mi posición, como comprenderá... Seré breve: ella dio a luz una niña, Marie. Murió de parto, que Dios la tenga en su gloria. ¿Qué podía hacer yo? Dejé la niña al cuidado de una buena familia de comerciantes, que la crio como a su propia hija. Siempre velé por ella, aunque en secreto, por supuesto, colmándola con todo tipo de regalos. Incluso llegué a espiarla sin que se diera cuenta. Cuando hace unos años sus padres le confesaron que era huérfana, y se negaron por orden expresa mía a revelarles que era carne de mi carne, ella huyó. Hace solo un año que la encontré, en la *maison* de madame Zeltecna. No quería decirle quién era. Pero deseaba conocerla y pasar tiempo con ella. Buscaba una manera de convencerla para que dejara aquella vida. Esa era la razón por la que frecuentaba el prostíbulo. Por supuesto, aunque me quedaba a solas

con Marie, no la tocaba siquiera con un dedo. Y todo de mutuo acuerdo con mi esposa. ¿No es así, querida?

La condesa asintió con un leve gesto y rozó suavemente la mano de su marido. El hombre tenía la espalda encorvada y los ojos arrasados por las lágrimas. El porte altivo del que había hecho gala en el entierro había desaparecido por completo.

—Si hubiese encontrado, en todo este tiempo, el valor suficiente para desvelar mi identidad, mi Marie estaría ahora aquí con nosotros... —El hombre sollozó. Luego volvió a dirigirse distraídamente al intendente—. ¿Tiene algo más que preguntarme?

Von Weber negó con un gesto y se levantó de nuevo, con la firme intención de marcharse. Dio un taconazo y se despidió de los anfitriones con una reverencia marcial.

—No creo que volvamos a molestarles... y no duden de que, en cuanto ponga mis manos sobre el asesino, ustedes serán los primeros a quienes informaré.

La pareja no replicó.

Von Weber se alejó pero, a escasos pasos de la puerta, se dio la vuelta.

—Conde Waldstein, ¿cómo se enteró de la muerte de su hija?

—Por el *Prager Zeitung* —contestó el hombre—. Cuando publicó la noticia de la muerte de una prostituta, enseguida empecé a investigar...

Ahora el intendente comprendía muchas cosas.

—Y fue usted quien...

El noble lo miró a la cara.

—¡Claro! Fui yo quien habló con el alcalde.

Von Weber saludó de nuevo y se dio la vuelta.

Como si alguien hubiese estado allí escuchando, la puerta se abrió sigilosamente en cuanto él se acercó. Esta vez, mientras volvía a atravesar los grandes salones, el magistrado no se entretuvo en reflexiones sobre la etiqueta y las costumbres sociales de la clase a la que pertenecían los Waldstein. De hecho, la inesperada novedad le proporcionaba una pista interesante: el asesino, al matar a la chica, en realidad podría haber querido atacar al conde. Sin duda esto aún no explicaba la macabra escenificación del crimen o el antiguo pergamino, pero era una posibilidad que no debía descartar.

Luego, Von Weber entendió que aquel nuevo elemento podía causarle más de un quebradero de cabeza. No le gustaba sentir el aliento de su superior en la nuca, ni mucho menos saber que la nobleza de Praga seguía el caso con expectación. Si no encontraba pronto un culpable, su vida se convertiría en un infierno.

El intendente rechazó la berlina; para salir de la propiedad, cruzó los jardines que había admirado a través de las ventanas. Como bien sabía, aquellos jardines habían dado mucho de que hablar en los ambientes aristocráticos de Praga. Se decía que el conde defendía con uñas y dientes el diseño a la italiana frente a las presiones y a la

insistencia de su círculo de amistades. Todos querían convencerle para que los convirtiera en jardines al estilo francés, según la moda que llegaba desde Versalles.

Von Weber sonrió de nuevo, aunque ya sin amargura.

Lo que le movía ahora era el sarcasmo: quién sabe si no sería un loco irresponsable el que llevara a Waldstein y a su grupo de aristócratas jactanciosos a preocuparse por algo un poco más serio que el diseño de un jardín.

Más tarde, aquel mismo día, tras una breve parada para comer en un mesón del centro, el intendente se dirigió al Clementinum. Después de la supresión de la orden de los jesuitas, decretada unos años antes, el colegio que habían creado a orillas del Moldava a mediados del siglo XVI había pasado a ser propiedad de la Universidad de Praga, y Von Weber solía pasarse por allí de cuando en cuando para consultar algún texto de derecho o mantenerse al día de los avances de la legislación penal europea. Sin embargo, ahora acudía al Clementinum animado por un interés muy especial, y sabía que solo en ese lugar encontraría a la persona que necesitaba. De hecho, el edificio albergaba una de las más amplias bibliotecas del Imperio Habsburgo, con decenas de miles de volúmenes. A su cabeza se encontraba el padre Raphael Ungar, un hombre erudito y afable, una auténtica institución en la ciudad. Hasta el punto de que nada más ser nombrado Von Weber en el cargo de colaborador del alcalde, Ungar había sido uno de los primeros en serle presentado.

El intendente se hizo anunciar en la conserjería y fue acompañado enseguida hasta el segundo piso del imponente edificio. El estudio del padre Ungar se encontraba en una esquina de la construcción, y desde sus ventanas el hombre podía divisar tanto a los estudiantes que recorrían los patios de la universidad como el ajetreo por las calles de Staré Mesto. Siempre repetía que observar a la vez esos dos mundos, tan cercanos pero tan distintos, y separados por un simple muro, le había enseñado mucho más que todos los libros que había leído.

—¿Qué puedo hacer por usted, intendente? —El tono del religioso era cordial.

—Es muy sencillo —contestó el funcionario mientras apoyaba en la mesa un sobre cerrado—. Ábralo y observe con atención su contenido.

Ungar cogió el sobre, lo sopesó con delicadeza y notó que llevaba impreso el escudo de la ciudad de Praga. Luego lo abrió y extrajo la hoja de pergamino hallada junto al cuerpo de Marie. Miró asombrado a su interlocutor.

—¿Habéis oído hablar del asesinato de esa prostituta?

—No... —respondió el religioso, y añadió—: ¿Desde cuándo una pobre meretriz es noticia? ¿Y por qué se ocupa personalmente del caso? Pensaba que el intendente del Consejo de Justicia tenía asuntos más importantes que atender...

Von Weber le contó con calma lo sucedido.

—Es por eso —concluyó— que he venido a verle. Nadie salvo yo sabe de la existencia del pergamino. Para mí es incomprensible, pero tal vez le diga algo a un estudioso como usted. ¿Puede ayudarme?

El padre Ungar analizó detenidamente la misteriosa hoja. Durante unos minutos tuvo en vilo al representante de la ley. Luego, cuando Von Weber empezaba a mostrar

signos de nerviosismo, el padre se rascó el mentón resoplando.

—Como ha dicho usted, se trata de un pergamino, pero no parece antiguo. No alcanzo a entender qué sentido tiene garabatear todo esto en un pergamino y no en una simple hoja de papel. Sin duda el dibujo está relacionado con el crimen, pero no puedo decirle a ciencia cierta si es fruto de la fantasía de su asesino o si ha sido extraído de un libro. Lo segundo parece más probable, ya que la ilustración viene acompañada de un texto concreto, aunque no recuerdo haber visto otras imágenes como esta...

—¿Y la frase? —lo interrumpió Von Weber—. Es la frase lo que más me interesa...

El religioso se quedó pensativo unos instantes; luego sacudió la cabeza.

—Usted la llama frase, y admito que estos signos parecen letras y que en conjunto dan la impresión de ser palabras. Pero ¿será realmente así?

—¿Qué quiere decir?

—Si no logramos interpretar estas líneas rectas, y estas curvas, tampoco podremos estar seguros de si forman parte de un alfabeto y de un lenguaje coherente.

El intendente, decepcionado, se acercó a la ventana que se abría al barrio y observó el torrente de sirvientes, tenderos y funcionarios que animaba la calle. Confiaba en que era su propia ignorancia la que frenaba las investigaciones. Pero no era así. Alguien mucho más instruido que él encontraba las mismas dificultades. Su mano subió nerviosamente hasta la cicatriz de la sien.

—¿Su conclusión? —le preguntó al religioso.

El otro se encogió de hombros al notar su contrariedad.

—Lamento no poder disipar enseguida sus dudas, pero déjeme un par de días —lo consoló— y estoy seguro de que seré capaz de darle alguna respuesta. Solo necesito consultar la biblioteca del Clementinum. Nunca me ha traicionado. Para ella no existen secretos ni misterios demasiado impenetrables.

—Bien —contestó Von Weber—, cuento con ello. Este mensaje estaba allí para nosotros...

—Haré todo lo posible —le aseguró de nuevo Ungar.

Mientras el intendente abandonaba la estancia con un saludo, el padre volvió a estudiar un texto recién publicado en Alemania para evaluar su contenido antes de aconsejar su adquisición por parte de la biblioteca.

Ni siquiera un crimen que se presentaba como un rompecabezas podía distraer al religioso de su pasión favorita, el estudio.

El regimiento de los húsares Grand Maximilian, al que le correspondía el honor de defender el castillo de Praga en caso de un ataque enemigo, estaba acuartelado a escasa distancia del perímetro de la ciudad. Cuando Von Weber se presentó frente a la

guardia armada, las sombras del crepúsculo ya se alargaban sobre la ciudad. Retuvo la berlina, e hizo bien: tras una breve espera, le comunicaron que el capitán Werner Heinkel y sus compañeros se encontraban en Staré Mesto, disfrutando de un permiso.

Después de que el oficial de servicio regresara al cuartel, el soldado que montaba guardia susurró al oído de Von Weber:

—Hoy el capitán celebra su veinticinco cumpleaños. —Le guiñó un ojo—. Y esta noche pagará la diversión de todo el mundo.

—¿Tienes idea de adonde iban?

El centinela se encogió de hombros.

—No ha dicho nada... pero me parece que van a menudo al León de Oro. ¿Sabe dónde está?

El intendente asintió y lanzó una orden al cochero.

Al volver a la ciudad tuvieron que sortear la cola de los últimos viajeros parados frente a la aduana de la puerta de Chotek. En su gran mayoría eran campesinos, que declaraban qué productos iban a transportar al interior de las murallas. Luego se las arreglarían para encontrar un sitio donde dormir y poder ser de los primeros en vender sus hortalizas en el mercado a la mañana siguiente. Esperaban con paciencia su turno y observaban indiferentes la berlina que los superaba con rapidez.

Von Weber empezaba a notar el cansancio. Había sido un día muy largo pero no quería volver a casa antes de haber hablado con el segundo cliente de Marie. Cuando la puerta del León de Oro se abrió a su paso, comprobó por qué las calles de Praga siempre parecían vacías: la gente se encerraba en las tabernas o se reunía en las casas. El León de Oro estaba a rebosar. La gran mesa que ocupaba el centro del local estaba rodeada por numerosos clientes que bebían codo con codo, aunque no se conocieran entre sí. Lo mismo pasaba con los taburetes adosados a la barra o con las mesas, pegadas las unas a las otras. Había tanta gente que resultaba casi imposible moverse.

Hacía calor.

El aire, irrespirable, estaba impregnado del humo de las velas. El intendente se desabrochó la capa.

Nadie se molestó en mirarlo, y pudo echar tranquilamente un vistazo a su alrededor.

Al fondo de la taberna reconoció a los militares.

Debían de llevar un buen rato allí, porque su mesa estaba cubierta de botellas de vino y ellos parecían encontrarse ya en un estado de semiinconsciencia. Llevaban las guerreras de los uniformes desabrochadas, las birretinas estaban apiladas en un rincón y los sables colgaban de sus caderas como cuerpos sin vida. Dos de ellos tenían la cabeza apoyada en la mesa.

—¿Quién de ustedes es el capitán Heinkel? —Al formular la pregunta, el funcionario dio un taconazo, pero nadie del grupo se dejó impresionar por aquel gesto

marcial.

—¿Y tú quién eres? —preguntó uno de ellos—. ¿El teniente de Pacotilla?

Sus compañeros se rieron estruendosamente. Von Weber frunció el ceño.

—Estoy buscando al capitán Heinkel. Es importante. Soy policía.

—Y yo soy el emperador José II...

Las carcajadas que siguieron a la broma fueron aún más ruidosas. El intendente estaba a punto de perder la paciencia.

—Sea quien sea el capitán Heinkel, que sepa que tiene que rendir cuentas de la noche que pasó hace poco en el prostíbulo de madame Zeltecna. La mujer con la que estuvo ha muerto. La han asesinado...

—¿Una puta? ¿Una puta ha muerto y tú vienes a estropear nuestra celebración en honor del bueno de Werner?

Esta vez nadie se rió.

—Soy yo a quien busca.

Mientras sus compañeros callaban, Werner Heinkel se dirigió a Von Weber con voz casi firme.

—¿Qué quiere de mí?

—Vamos a hablar afuera. Se le aclararán las ideas...

El hombre, un joven de largos bigotes y aspecto refinado, negó con la cabeza.

—¡No! Estos son mis amigos, y no tengo secretos para ellos...

—¡Bravo! —corearon los demás—. Demuestra a ese polizone de qué pasta estás hecho.

—Además —continuó Heinkel—, no tengo mucho que decir.

Hizo un esfuerzo evidente para concentrarse.

—La chica de la que me habla casi ni la recuerdo. Aquella noche pasé por tres burdeles, y el de madame Zeltecna no fue el último...

—Ya veremos si es cierto —repuso con sequedad, Von Weber—. Mientras tanto, cuénteme qué hizo exactamente después de dejar a Marie...

Werner Heinkel se levantó, ofendido.

—¿Duda de mi palabra, señor? Si lo desea, puede pedir a los oficiales aquí presentes que se lo confirmen...

—¡Claro, claro! —masculló uno de ellos—. Hemos seguido todos sus pasos, sin dejarlo solo ni un momento. No habría podido matar a ninguna prostituta.

El intendente dirigió a Heinkel una mirada interrogativa.

—Hemos organizado una pequeña competición —explicó el joven capitán, sin vergüenza alguna—, y la otra noche era mi turno...

—¡Es verdad! Era su turno, y que me parta un rayo si Werner no cumplió su deber como un verdadero hombre.

—¡Señores, brindemos!

Todos los oficiales se pusieron en pie.

—¡Brindemos! Brindemos con este asqueroso vino de Bohemia. Vale mucho, sabe a poco y te quema las entrañas.

—¿Qué has dicho?

La pregunta procedía de la mesa más cercana.

—He dicho: ¡brindemos...! —pero el militar no pudo acabar la frase, porque uno de aquellos hombres le asestó una palada en una pierna.

—¡Repite lo que has dicho, alemán de mierda!

Los húsares estallaron.

Von Weber no vio quién había sido el primero en lanzarse contra los militares. Y no hizo nada para intentar separar a los contendientes. Sabía muy bien que sus hombres solían volver con tremendas heridas de cuchillo de las peleas en las tabernas y en la calle. Y lo último que quería era llevarse una cuchillada en el estómago por aquella estupidez. Más aún cuando estaba claro que no podría sacarle nada más al capitán del Grand Maximilian.

Cuando consiguió llegar hasta la puerta del León de Oro, en el local se había desencadenado el infierno. Como siempre pasaba en estos casos, el motivo de la pelea ya no importaba y todos arremetían contra todos en una espiral incontrolable de la que las sillas y las mesas salían hechas añicos. Antes de abandonar la taberna, volvió a ver a los militares de pie encima de la mesa, defendiéndose a patadas de los ataques de la gente del pueblo. Por supuesto, nunca habrían usado el sable para contrarrestar la agresión de unas personas de tan baja estofa.

Luego cerró la puerta a su espalda. Y justo en ese instante, sintió que una mano se apoyaba en su hombro. Se dio la vuelta, preparado para protegerse de un golpe o un puñetazo.

—Tranquilícese... —Tenía enfrente a un oficial húsar.

—¿Qué quiere? ¿No me han dicho ya todo lo que sabían?

—No, hay algo más que debe conocer...

Von Weber aguzó el oído.

—Le escucho.

—Werner Heinkel tiene serios problemas con las mujeres...

—¿Y?

—La otra noche ninguno de nosotros lo acompañó. Cuando volvió al cuartel, completamente borracho, farfullaba insultos contra aquella chica... ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Marie...

—Eso es, Marie... Pues repetía que aquella puta se había reído de él, que lo había humillado y que merecía un castigo...

—¿Qué pasó luego?

El oficial sonrió con aire cómplice.

—Cuando supo que esa fulana había sido asesinada, pidió a todos los que le oímos desvariar contra ella que le apoyáramos y confirmáramos la historia que acaba de escuchar... por si alguien empezaba a hacer preguntas.

El intendente estudió a su interlocutor. ¿Por qué razón un oficial le contaba aquella historia, dando al traste con su reputación de hombre de honor?

El militar debió de intuir lo que se le pasaba por la cabeza al magistrado.

—Oportunismo —dijo simplemente—. Estamos en tiempos de paz y somos demasiados compitiendo por unos pocos cargos. Para mí es una razón más que suficiente...

Dio un taconazo, acompañado por el saludo militar.

—Y ahora, si me lo permite, desearía volver a entrar para prestar ayuda a mis compañeros. No querría que notaran mi ausencia...

El hombre se dio la vuelta y entró en la taberna.

Von Weber se encaminó hacia casa, pensativo.

Nunca dejaría de sorprenderse por las contradicciones del alma humana.

8

El Violinista empuñó el instrumento, sujetándolo con firmeza entre el mentón y el hombro.

Sostuvo con delicadeza el arco y cerró los ojos.

Entonces, como cada vez que se disponía a tocar, sintió un escalofrío que le subió por la espalda hasta convertirse en un hormigueo en la nuca.

Las primeras notas que emitió el violín sonaron inseguras.

Estaba distraído. El recuerdo de lo ocurrido hacía tres noches volvía a presentarse en su mente, vivido, lleno de color, relámpagos, luces.

Bajó a un lado el arco y abrió los ojos.

Quería revivir cada momento.

Primero la tensión de la caza: detenerse cuando su presa se detenía, acercarse para husmear su miedo, alejarse un momento para darle un respiro y luego volver a acosarla de cerca. Todo esto hasta mermar sus fuerzas, extenuarla y, finalmente, aniquilarla por completo.

Luego la excitación de la captura: cuando sus manos la habían agarrado, apresando su cuerpo en un abrazo que nada tenía de amoroso; y, a continuación, la habían apretado, cada vez más fuerte, sin dejarle ninguna escapatoria. Recordaba también la decepción que había sentido por su escasa resistencia. Se esperaba un combate más intenso, una lucha más encarnizada. En cambio, había percibido en ella casi un total abandono.

Para finalizar, el sublime momento del sacrificio: el sabor del agua del Moldava, con la que ella le había salpicado, el cabello que se removía enmarañado por la corriente, la tos y los escupitajos. Y aquellos brazos que se agitaban como a las quebradas mientras las gaviotas volaban sobre sus cabezas y él permanecía sentado sobre su espalda, esperando con impaciencia el último estertor.

Volvió a cerrar los ojos, insatisfecho.

Había durado demasiado poco.

Era lo único que lamentaba.

Y se dio cuenta de que no recordaba casi nada del recorrido entre la orilla de Kampa y el molino cerca del canal del Diablo. A saber qué pensaría la policía tras encontrar a la chica torturada de aquella manera.

Había salido para matar. Quería, debía matar. Porque tenía un plan y por fin había llegado la hora de actuar.

Pero solo el instinto, su maravilloso instinto, le había empujado hasta la rueda del molino. Allí había terminado su obra maestra.

Prostituta crucificada, piernas al aire, falda caída. Con el rostro congestionado

que ya empezaba a hincharse. Y los ojos salidos de las órbitas. Tuvo que volver a meterle la lengua en la boca. Desentonaba colgando entre los labios. Parecía la mueca de una niña demasiado crecida.

Luego el pergamino, cuidadosamente preparado...

En aquel momento la antorcha se apagó y su refugio se precipitó en la oscuridad.

No le preocupó. Aquella noche le resultaba familiar.

El Violinista volvió a levantar el arco.

Ahora que había matado por primera vez, estaba seguro de una cosa: le gustaba. Le había gustado todo, de principio a fin. De nuevo su expresión se ensombreció, porque había durado demasiado poco, pero en breve la decepción fue borrada por una nueva constatación.

Ahora su plan podría tomar cuerpo y convertirse en un juicio divino contra quien le había arruinado la vida. El mismo que merecía que él se la quitara.

Había temido por sí mismo. Había temido que no lo conseguiría, que dudaría, que se echaría atrás.

No había sido así.

Entendió que ya no iba a parar.

Iba a tejer la telaraña, a capturar la mosca, a matarla, sofocándola con el miedo.

Porque, para salvarse a sí mismo, tenía que eliminarle a él.

En la oscuridad, los dedos del Violinista recorrieron seguros las cuerdas. Las notas brotaron libres del instrumento, primero sosegadas y apacibles en un *adagio*, luego rápidas en el *andante*, y, finalmente, impetuosas en el *presto*, componiendo los movimientos de una serenata.

El Violinista se interrumpió de nuevo.

Lloró.

Lloró de alegría.

Una paz inexplicable se había apoderado de su alma.

Estaba seguro.

Algún día, él también sería como todos los demás.

9

La invitación le había sido entregada en mano, en un papel con el membrete de Villa Bertramka, escrita de puño y letra por la propia anfitriona. Habría sido descortés rechazarla. Además, era de lo más oportuna.

Así que aquella noche Karl Maria von Weber acudió a la fiesta de Villa Bertramka con un objetivo preciso: obtener una explicación del extranjero que, unos días antes, según madame Zeltečna, había llevado a Marie consigo. De hecho, sabía que se estaba alojando precisamente en aquel palacio.

No había sido una buena jornada.

Las investigaciones se encontraban en un punto muerto, y por la tarde el alcalde le había llamado a su despacho para darle una reprimenda.

Por su parte, él no había podido ofrecerle ninguna certeza. Salvo el conde Waldstein, las otras personas que habían asistido al entierro de la prostituta carecían de interés para la investigación. La mujer alta y poco agraciada era una voluntariosa dama de una sociedad fundada años atrás por la mismísima emperatriz María Teresa: se dedicaba a asistir a pobres infelices como la víctima, a la que había encontrado varias veces en vida sin conseguir reconducirla. Con respecto a los dos hombres, se trataba de comerciantes, un sombrerero y un sastre, que tenían deudas pendientes con la muerta y que no esperaban más que el momento oportuno para encararse con madame Zeltečna y exigirle que les pagara.

Se había empeñado en profundizar en la pista que apuntaba al capitán Heinkel. Como ya había comprobado, la ley del silencio vigente dentro del cuerpo de húsares no era ningún obstáculo. Y el móvil podía resultar más que creíble, tratándose de un hombre despechado y herido. Sin embargo, nada de eso justificaba el pergamino, con su extraño mensaje y el misterioso dibujo. Así que más valía resignarse y esperar que del Clementinum llegaran buenas noticias.

Cuando, tras atravesar las colinas de Smichov, la berlina se acercó a la verja de Villa Bertramka, Von Weber se obligó a relajarse y decidió que aquella noche disfrutaría de la buena música ofrecida por sus anfitriones. De ese modo descargaría un poco de tensión. Es más, decidió retarse a sí mismo: descubriría quién era el extranjero al que quería interrogar sin preguntárselo a nadie. El hombre que se encontraba en Praga desde hacía unos días y de quien toda la alta sociedad hablaba con admiración. El hombre en cuyo honor se celebraba aquella fiesta.

—Pase por aquí... —Un camarero apostado en la puerta recogió su capa y lo acompañó.

Villa Bertramka no era grande.

Una vez cruzado el umbral, el intendente recorrió en unos pocos minutos los

cuatro salones que acogían a los invitados a la velada. Las estancias eran de dimensiones reducidas, bastante cálidas y acogedoras. Y, ya fuera por encontrarse lejos del clima oficial de la ciudad, o por la abierta amistad que unía a todos los presentes, Von Weber se sintió a gusto enseguida.

—Usted es Von Weber, ¿lo he adivinado?

La pregunta le había sido formulada por una mujer de unos treinta años, menuda y regordeta, de rostro redondeado y mirada afable.

Le besó la mano.

—Lo ha adivinado. Pero ¿cómo lo sabía?

—Me lo ha revelado un conocido común —e indicó al padre Ungar, que los saludó agitando la mano derecha. El intendente le devolvió el saludo.

—Así que usted es nuestra anfitriona. Le estoy muy agradecido por haberme invitado...

La mujer le devolvió una jocosa reverencia.

—Soy Josepha Duschek, a su servicio. Pero no he sido yo quien le ha invitado. Es más, espero que esta compañía de intelectuales y actores no le incomode...

La mirada de Von Weber se ensombreció de inmediato. Sin decir palabra, mostró a la mujer la tarjeta que le habían entregado por la mañana.

—No es mi caligrafía —dijo ella tras examinarla, y agregó divertida—: Alguien nos ha gastado una broma... Pero venga, le presentaré a mi marido. Luego será libre de moverse como le plazca.

Franz Duschek apretó con vigor la mano del recién llegado. Unos veinte años mayor que su mujer, tenía sus mismos modales cautivadores y sus mismas pasiones. Von Weber sabía que eran dos de los músicos más destacados de la ciudad. Él era conocido como un virtuoso del piano y como profesor. Ella era una soprano muy apreciada y había cantado en numerosos teatros de Europa. Desde que se encontraba en Praga, el intendente no había tenido ocasión de frecuentar el ambiente de los artistas. Y ese era uno de los motivos por los que había aceptado la invitación recibida por carta.

Sin embargo, saber que alguien le había atraído allí intencionadamente lo ponía nervioso. Su propósito de relajarse ya se había esfumado.

—¿A qué viene ese aire preocupado, amigo mío?

Von Weber miró al padre Ungar.

—Se lo explicaré más tarde. Ahora podría presentarme a algunos de los caballeros que se encuentran en la fiesta.

—Eso está hecho —respondió el religioso, a la vez que lo cogía del brazo y lo conducía hacia el grupo de personas más cercano.

—Señores —los interrumpió el padre Ungar—, les presento a uno de los más valiosos funcionarios de Praga: Karl Maria von Weber, intendente del Consejo de

Justicia...

Todos le saludaron con una leve inclinación, acompañada por amables sonrisas. Entre ellos se encontraban el conde Franz Anton Nostitz, director del Teatro de los Estados Generales, el Conde Johann Joseph Thun, uno de los más importantes nobles de la ciudad, junto con su mujer, Maria Wilhelmine, y un italiano, Pasquale Bondini, el empresario encargado de la programación del mismo teatro. Este último, con el amaneramiento tan propio de los latinos, le hizo una profunda reverencia, acompañada por las risas de sus amigos.

—¿Le gusta la música? —preguntó Bondini a Von Weber en un paupérrimo alemán.

El intendente contestó con una sonrisa sosegada.

—Mucho, aunque los compromisos de mi cargo me impiden asistir a la ópera y a los conciertos con regularidad.

—Díganos, pues —intervino, curioso, el conde Nostitz—, ¿por qué un hombre como usted participa en una velada como esta?

Von Weber, entre serio y burlón, bajó el tono de voz.

—Efectivamente, estoy de servicio, pero les ruego que mantengan el secreto. Hay un sospechoso entre ustedes...

Los invitados se echaron a reír y se dieron por satisfechos. El intendente se disculpó y se apartó a un rincón de la sala para reflexionar sobre lo que estaba ocurriendo. Alguien había conseguido el papel con el membrete de Villa Bertramka y le había escrito. Con toda probabilidad, se trataba de uno de los presentes. Pero en ese momento en los salones se encontraban al menos setenta personas. Miró a su alrededor: demasiados rostros desconocidos. Fuera quien fuese el gracioso, debía de tener un buen motivo para gastarle aquella broma... Luego se acordó de que estaba allí para buscar a alguien en concreto. Estaba a punto de volver a reunirse con el resto de los invitados cuando una voz a su espalda le susurró al oído:

—¡Eh! ¿Me echaría una mano?

Von Weber se dio la vuelta frunciendo el ceño, pero la expresión risueña del hombre que tenía enfrente le convenció para prestarle atención. Su interlocutor tendría unos treinta años y era de aspecto bastante corriente, pero su mirada delataba una viveza extraordinaria. El intendente le sobrepasaba en altura al menos una cabeza.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó, cortés.

—¿Ve a aquella mujer? —y le indicó una joven vestida de rojo.

—Por supuesto —contestó. Era imposible no verla: ninguna señora respetable habría llevado un vestido de un color tan encendido y llamativo. Pero Von Weber se abstuvo de añadir esta consideración.

—Acérquese a ella y dígame que su marido se encuentra mal. Y, por favor, intente

disimular lo mejor que pueda.

—Pero... por qué...

—Vamos, hágalo —insistió el otro empujándole. Ya se reía al imaginar el efecto que causaría su broma.

El intendente, preguntándose qué intenciones tendría aquel hombre, se aproximó a la señora; por lo que había podido intuir, se trataba de su mujer.

—¿Madame?

—¿Sí? —La joven le dirigió una mirada interrogativa.

—No se impresione, madame... pero su marido no se encuentra bien, está en uno de los dormitorios...

—¿Cómo? —La mujer se alarmó—. ¿Wolfi se siente mal?

Acto seguido subió el tono para atraer a la anfitriona:

—¡Josepha! ¡Josepha! ¿Dónde estás? —Cuando la señora Duschek estuvo a su lado, la dama exclamó—: ¡Josepha! ¡Wolfi está mal! ¡Llévame a verlo!

La cantante la miró sorprendida.

—Constanze, querida, tranquilízate. Si quieres ver a tu marido solo tienes que acercarte a la orquesta...

Justo en ese momento los músicos que se encontraban al fondo del salón empezaron a tocar una melodía celestial. Von Weber vio al hombre de mirada vivaz dirigirlos con una mano, mientras que con la otra saludaba a su enfurecida esposa.

—¿Qué están tocando? —preguntó, fascinado, a la persona que tenía al lado.

—Es un aria de *Las bodas de Figaro*, ¡compuesta por el Maestro en persona!

Por tanto... aquel hombre era Wolfgang Amadeus Mozart.

—¿Homicidio?

Bastó aquella palabra para borrar del rostro del hombre la máscara de joven bribón que había exhibido hasta entonces.

—¿Homicidio? —repitió casi para sí mismo. Luego se sulfuró—. ¿Insinúa que fui yo quien mató a aquella chica?

Von Weber ignoró su reacción, mientras intentaba interpretar todo pequeño matiz en la expresión de Mozart. No dijo nada, a la espera de que el otro siguiera descubriendo sus cartas. Tan solo unos minutos antes, el hombre se había lanzado en una desenfrenada contradanza al compás de un arreglo de su propia música, obra de unos amigos praguenses. Ahora, nervioso y asustado, estaba frente a él en una salita reservada y no conseguía estarse quieto.

Tras cruzar varias veces la habitación a zancadas, Mozart admitió:

—¡De acuerdo! Visité a madame Zeltečna, pero no hice nada malo...

—Explíqueme todo desde el principio.

El compositor se detuvo y empezó a hablar con rapidez, como si quisiera zanjar el

asunto lo antes posible. Los demás le esperaban, y su ausencia causaría muchas especulaciones inútiles.

—Fue el día siguiente a nuestra llegada. Por la noche, mi mujer estaba cansada y se retiró, así que yo aproveché... pero no en el sentido que usted cree —añadió, irritado al notar la mueca de desaprobación del intendente.

—¿Ah, no? ¿Y en qué sentido?

Mozart resopló y sonrió con picardía.

—Lo crea usted o no, trabé amistad con aquella chica a principios de año, en enero, durante una estancia de unas semanas en Praga. Y, al volver, quise encontrarla de nuevo. Precisamente para no alimentar rumores, le pedí a madame Zeltečna permiso para llevarla fuera de la *maison* a dar un paseo en berlina. Eso es todo. Cuando, tras una larga conversación, llegamos cerca de la plaza de Malá Strana, pidió bajarse. No quiso que la acompañase de vuelta...

Von Weber no replicó. No creía ni una palabra de lo que le había contado el músico. Sin duda el cochero, de dar con él algún día, contaría una versión muy diferente de lo ocurrido en aquella berlina. Pero lo dejó correr.

—¿Sabía que la chica había muerto?

—No —contestó Mozart con aire molesto—. Desde que llegamos no hemos parado un momento. Un sinfín de conciertos, encuentros y ensayos. ¿Cree que me queda tiempo para leer el periódico? Estoy aquí para trabajar... —y concluyó con cansancio—: Además, ¿qué motivo tendría para matar a una joven indefensa como Marie?

El intendente escudriñó a su interlocutor.

—Todavía no lo he descubierto, pero ya podría formular alguna teoría. Por ejemplo, que la prostituta le amenazara con revelar a su mujer la relación... De todos modos, por lo que sabemos, usted fue el último en verla con vida y eso le convierte en un excelente sospechoso.

Mozart abrió los brazos.

—Pero, por Dios, ¿qué hay de tan extraordinario en la muerte de una prostituta? Hacen un trabajo peligroso y muchas mueren bajo los cielos de toda Europa.

Von Weber no pasó por alto el cinismo del compositor, pero no le contestó. Era inútil discutir con él: sabía que no podría detenerle. Aun así, quería quitarse una espinita. De modo que se sacó del bolsillo la invitación para la fiesta de Villa Bertramka recibida aquella mañana y se la plantó al músico en la cara:

—Ah, esta...

—¿La reconoce? —preguntó, sorprendido, el intendente.

—Por supuesto —rebatía Mozart—, la he escrito yo.

Von Weber se sonrojó, desorientado.

Al ver su expresión, el operista empezó a reír. Reía y reía, cada vez más fuerte,

mientras el funcionario sentía cómo la rabia crecía en su interior. ¿Qué estaba pasando? ¿Y por qué aquel tipejo se burlaba de él?

Cuando oyó una puerta abrirse a su espalda, su incertidumbre aumentó.

—¡Sorpresa, sorpresa! —Los invitados irrumpieron en la habitación y, entre gritos, rodearon a Von Weber y a Mozart, que no podía parar de reír. Por fin, después de tranquilizarse, preguntó al intendente:

—¿Le ha gustado la broma?

—¿Broma? —replicó el hombre con incredulidad—. ¡Ustedes están locos! ¡Estoy investigando un caso de homicidio!

—Lo sabíamos —intervino Josepha Duschek—, y también sabíamos que quería hablar con nuestro querido Wolfgang. Así pues, ¿qué mejor que invitarle aquí?

Von Weber, enmudecido por el asombro, miró a su alrededor. Todos sonreían orgullosos de su proeza. Luego reconoció entre las caras que lo observaban el rostro del capitán Heinkel, que le dirigió un saludo marcial, y el semblante compungido pero sereno del conde Waldstein. Estaban todos allí. La verdad empezó a tomar forma en su mente.

—Recuerde —comentó amablemente el conde Nostitz— que la buena sociedad de Praga es un círculo reducido y las noticias vuelan...

—Es verdad —añadió la condesa Thun—. También es cierto que todos hemos cometido alguna travesura. Aunque, en el fondo, lo que ha descubierto en estos días es poca cosa...

El magistrado empuñó la invitación y preguntó en un tono glacial:

—¿Quién de ustedes tuvo la idea de hacerme llegar esto?

Los Duschek y sus invitados se miraron sorprendidos. Luego, tras una breve pausa, empezaron a hablar todos a la vez. Nadie sabía decir con precisión a quién se le había ocurrido la idea.

—Pero ¿qué importa? —preguntó finalmente Nostitz.

—Exacto —agregó Mozart—, ¿qué importa? ¿No querrá detenernos a todos?

Los invitados se echaron a reír y, en breve, cada uno volvió a sus conversaciones. Von Weber, furibundo, se abrió camino entre las damas y los caballeros. Se estaba ahogando y necesitaba alcanzar la salida. Cuando por fin se encontró al aire libre, respiró hondo. La cicatriz palpitaba en su sien con violencia, y el dolor era insoportable.

Se sentía horrorizado por la insensatez y la superficialidad de esas personas.

Y una duda le atormentaba.

Algo no cuadraba en aquel estúpido capricho.

Quien había tramado en secreto para atraerlo a Villa Bertramka, ¿de verdad solo pretendía divertirse un rato a su costa?

Escena Segunda

**Cuando el misterio
se vuelve impenetrable y aterrador**

1

El Violinista apoyó el escoplo y el martillo sobre la mesa. Acababa de terminar su minucioso trabajo de tallado: los aros estaban listos para ser encolados al fondo. Para fabricar esas piezas, se había hecho con una valiosa madera de arce de los Balcanes, dura y densa, ideal para plasmar el sonido del nuevo instrumento. No le había resultado difícil obtener la cantidad necesaria. Presionó los aros sobre el fondo y limpió cuidadosamente la cola que sobresalía. Luego lo guardó todo para dejarlo reposar.

Admiró con emoción el comienzo de su obra.

La impaciencia lo consumía, pero no podía seguir ahora. Era demasiado pronto.

Reanudaría el trabajo en el momento oportuno. Y el resultado sería el primer violín fabricado por él. El símbolo de su nueva vida.

Apagó las velas. La luz le molestaba. Allí abajo solo quería oscuridad.

Se quedó pensativo.

Nunca antes se había encontrado con Von Weber y se alegró de haber creado la ocasión para hacerlo.

Había sido suficiente aquella sugerencia, formulada en voz baja y recogida enseguida por el círculo de los Duschek.

Luego, en Bertramka, lo había observado oculto tras sus amigos, invitados a la fiesta igual que él. Lo había mirado a la cara, examinándolo a fondo, inspeccionando cada pliegue de su rostro. Y lo había visto pasar de la seguridad al asombro, del asombro a la desorientación y luego a la rabia.

«¡Están locos!», había gritado.

Después de que el intendente saliera furibundo del salón, se había oído todo tipo de comentarios. Y él, al igual que los demás, había reaccionado con manifestaciones de las más variadas. Había torcido la boca en una mueca de sorpresa, había arqueado una ceja y desaprobado esa conducta tan ordinaria. Luego había preguntado a la persona que tenía al lado: «¿Qué habrá querido decir al afirmar que estamos locos?».

Su interlocutor, un joven vástago de la familia Thyssen, de cabeza hueca y más falso que un duro de plomo, había contestado con indiferencia: «¿Quién sabe? Que Dios nos proteja de la solercia de los policías».

Entonces se había dado cuenta de hasta qué punto, pese a las apariencias, estaba arraigado el desprecio contra Von Weber y los de su raza. Aunque el funcionario había hecho todo lo posible para ocultar la compra a precio de oro de su título nobiliario, todos estaban al corriente de sus orígenes humildes. Así que ya estaba sentenciado. No cabía duda de que estaba entre los notables de la ciudad. Sin embargo, su fortuna tenía los días contados, ya que no disponía de terrenos, casas y

cofres llenos de joyas y dinero para sustentarla.

En realidad, sospechaba que lo que irritaba a los nobles era constatar que aquel hombre hacía alarde de un temperamento ajeno a todos ellos.

Sentían envidia y miedo a que hombres como Von Weber pudieran reemplazarlos.

Ahora, mientras fantaseaba en el interior de su refugio, donde nadie podía verlo ni alcanzarlo, el Violinista reflexionaba sobre ese rasgo que compartía con el intendente.

Ambos eran de orígenes modestos.

Con una diferencia: hacía poco que él había descubierto quienes eran sus verdaderos padres.

Al recordarlo, tuvo un arranque de rabia.

Si no lo hubiesen desechado como a basura, aquel accidente del destino ocurrido años atrás a un hombre temeroso e indeciso habría dado otros frutos. Y él, que sin lugar a dudas era el más virtuoso del imperio, habría obtenido el reconocimiento que merecía frente al mundo. Un reconocimiento público y arrollador. En cambio, el único fruto nacido de aquel accidente era el odio.

El odio profundo que le empujaba a actuar.

Tenía derecho a resarcirse. A vengarse de la ignorancia, del dolor y de la falsedad. Por eso mataba.

Cuando el sentimiento de pena que albergaba hacia sí mismo se hizo insoportable, el Violinista buscó de nuevo la luz, y por fin abrió la partitura.

En el primer movimiento de aquella serenata, su favorita, había un pasaje que le obsesionaba. Un giro inesperado, que la mayoría de los músicos consideraban incongruente pero que a él le tenía totalmente subyugado, porque conducía la música a un terreno tenebroso y ambiguo, que no todo el mundo era capaz de apreciar.

Algún día tendría en sus manos el corazón de quien había escrito esa música.

Era su mismo corazón.

Sus manos se movieron seguras.

Pero cuando el arco descendió repentinamente del *sol* al *fa*, se detuvo jadeante.

De pronto el Violinista sintió, con una mezcla de excitación y angustia, que había llegado la hora de actuar.

Tenía que seguir tejiendo la tela que atraparía a su objetivo secreto.

2

—¡No, no, no! ¡Así no!

Mozart se llevó las manos a la cadera y observó a los tres cantantes sobre el escenario. Luego, paciente, explicó:

—Usted está aterrado —dijo dirigiéndose a Felice Ponziani—, porque su amo acaba de montar un buen lío. ¡Un homicidio, por Dios! ¡Hemos de sentir el miedo! Y debe marcar bien las notas, así: *En-el-pe-cho-del-es-pan-to-me-pal-pi-ta-el-co-ra-zón...* ¿Ha quedado claro?

Laporello afirmó con la cabeza y se dispuso a intentarlo de nuevo.

—¡Espere! Probaremos todos juntos... Usted, señor Bassi, recuerde que acaba de matar a un hombre. Está desafiando la ley de Dios y se siente desbordado por lo que ha hecho.

Puesto que Don Juan no daba muestras de entender, el compositor insistió:

—Tenga presente que en el escenario no debe limitarse a cantar. Usted es un actor y tiene el papel principal. ¿Me explico?

—Por supuesto, Maestro —contestó el italiano.

—Por último... —Mozart se aclaró la voz—, le felicito, Lolli, usted es un excelente Comendador... sobre todo porque no volveremos a verle hasta el final. ¡Y no añado nada más!

—¡No hay derecho! —estalló Lolli—. ¿Cómo se atreve a ofendernos así? He actuado en los escenarios de media Europa y nadie me había menospreciado de este modo.

—¡Porque nadie antes le había pedido lo que le pido yo ahora!

—¡Exacto! —intervino Bassi agitando las hojas de las partituras—. ¿A usted le parece que esto es música?

Mozart sonrió pero se pasó una mano por la frente. Empezaba a sudar. No había previsto tantas dificultades en los primeros días de ensayo. A ese ritmo, el *Don Giovanni* nunca iba a poder estrenarse el día 14. Tal vez había sido un loco al pensar que bastaría una semana para el montaje de la ópera.

—Explíquese mejor, por favor...

—La polifonía, querido Maestro, impone que las voces suenen juntas, que haya continuidad entre una y otra. Aquí vamos cada uno por separado. ¿Qué novedad es esta? ¿Y qué pensará el público?

El músico, desanimado, dejó correr el comentario.

—Cuando hayan probado de nuevo, verán que es una novedad positiva. De momento, nos tomaremos diez minutos de descanso... —dijo, y se dejó caer en la silla.

Ensayaban desde hacía dos días y le carcomían las dudas. No se trataba de la orquesta. Entre los instrumentistas del Teatro de tus listados Generales de Praga no había ningún virtuoso, y menos aún intérpretes apasionados. Pero todos hacían bien su trabajo y tocaban a primera vista sin esfuerzo. Incluso así conseguían crear la impresión de una buena armonía.

No. Su preocupación tenía que ver con la compañía de Bondini. El único valor de aquellos faranduleros era que se conocían y estaban acostumbrados a trabajar juntos. Por lo demás, dejaban mucho que desear; sobre todo, los tres cantantes con quienes acababa de discutir.

Luigi Bassi, por ejemplo, tenía apenas veintiún años y era un joven atractivo, cuyas cualidades eran apreciadas por toda mujer que se acercara a los camerinos. Por eso le había asignado el papel de Don Juan. También tenía una buena voz de bajo-barítono, que sin duda mejoraría con los años. Sin embargo, sus movimientos en el escenario eran inapropiados: tenía poca experiencia como actor, y Mozart dudaba mucho de sus cualidades dramáticas. Ponziani, como todos los italianos, ligaba tanto las notas entre sí que hacía ininteligible la recitación, con un efecto que él siempre había detestado, pese a que el público no dejaba de apreciarlo. En cuanto a Lolli... simplemente aquel hombre era demasiado mayor, incluso para el papel del anciano padre de Doña Ana.

—¿Va todo bien, Wolfgang?

Mozart se dio la vuelta. Detrás de él había aparecido el conde Nostitz. El compositor sabía cuánto significaba para el director aquel estreno, que debía convertir su teatro en el protagonista de las crónicas musicales de toda Europa; así que intentó mostrarse optimista.

—Con algún que otro esfuerzo...

El noble soltó una risita.

—Es más duro de lo previsto, ¿verdad? Pero estoy seguro de que lo conseguirán...

—Eso espero. Es que con estos italianos... —Mozart hizo un gesto de contrariedad.

—¿Qué problema hay con las mejores voces del continente?

—Las voces siempre son mejorables —puntualizó el compositor—, pero lo que realmente no funciona es el carácter. Son irascibles, se ofenden por cualquier cosa y no es nada fácil trabajar con ellos.

—Cuídelos —replicó el conde—, son nuestra mayor riqueza. Y lo último que deseo es que alguien se venga y abandone la ópera.

Mozart sacudió los hombros.

—Intentaré recordarlo.

Luego, al darse cuenta de que el director del teatro parecía dudar, le preguntó:

—¿Ha venido hasta aquí solo para ver cómo van las cosas? ¿O quiere decirme algo más?

—En efecto, tengo que comunicarle algo. —El noble dudo—. Es una buena noticia, aunque podría ponerle más nervioso de lo que ya está...

¡Adelante! —lo exhortó el músico sonriendo—. Después de todo, ¡no conozco dificultad que no pueda ser superada!

—¡Perfecto! Esta es la actitud correcta —se tranquilizó Nostitz—. Escuche: en los próximos días llegará a Praga la archiduquesa María Teresa de Toscana junto con su hermano, el, el archiduque Francisco. El alcalde, por petición de Viena, ha decidido darles la bienvenida dedicándoles precisamente la representación de su ópera. Eso significa que el *Don Giovanni* debe estar listo, sin falta, para el catorce. ¿Le ha quedado claro?

Mozart no contestó.

Le llenaba de orgullo saber que, incluso en la lejanía, el emperador José II seguía con benevolencia su trabajo y lo consideraba digno de alegrar la permanencia de los augustos sobrinos reales. El problema era que tenían menos de una semana para terminar el montaje, sin contar con la gran cantidad de música que aún le faltaba por escribir...

—Bien —dijo finalmente con una reverencia hacia el conde, informe al alcalde de que haremos todo lo posible para no decepcionar a sus altezas reales.

—¿Ha visto esto, Wolfgang? —La pregunta procedía de Josepha Duschek.

A última hora de la tarde de aquel sábado, tras salir exhausto del teatro, Mozart subió a la berlina que le habían cedido sus anfitriones y ordenó al cochero que lo llevara a Villa Bertramka. De hecho, estaba decidido a pasar el domingo en el campo, cerca de su mujer y sus amigos, para dedicar la mayor parte del tiempo a componer. De esta manera también renunciaba al apartamento que los mismos amigos le habían puesto a su disposición en la ciudad, en la calle Jakubská. Sin duda, desde allí habría sido más fácil llegar al teatro, que se encontraba a dos pasos. Sin embargo, las distracciones también habrían sido mayores. Y para él era imposible ignorar las distracciones. Incluso a riesgo de pagarlas bien caro, como había pasado con su visita a Marie. Todavía podía oír los gritos atronadores de su mujer, que le había descargado encima todo el peso de su dignidad herida. En todo caso, consideraba cerrado el episodio, ocurrido apenas un par de días antes. Y si pasaba el domingo en Villa Bertramka, estaba seguro de que aplacaría las iras de Constanze, además de centrarse en el *Don Giovanni*.

En aquel momento estaban cenando los cuatro solos, Constanze, Josepha, Franz Duschek y él.

—No, no he tenido ni un segundo para mirar los periódicos —contestó el músico.

—Me refiero a este artículo —añadió la mujer mientras daba golpecitos con el dedo sobre la primera página del *Prager Zeitung*—, léalo...

Mozart dejó a un lado el tenedor y cogió la hoja.

—Mmm... —observó, divertido—, el titular es llamativo...

—Vamos, Wolfi, léelo para todos...

—De acuerdo —accedió Mozart, acariciando la mano de su mujer.

Acto seguido, se puso en pie y declamó con voz impostada:

—«Asesinos sueltos por las calles de nuestra ciudad...». ¿Soy lo bastante tenebroso?

—¡Sigue, sigue!

Las investigaciones sobre el asesinato de la prostituta cuyo cadáver fue hallado hace unos días en los alrededores del canal del Diablo todavía no han producido resultados. Sin embargo, nos ha llegado la noticia de que este caso, aparentemente de poca importancia, ha sido asignado a Karl Maria von Weber, el intendente del Consejo de Justicia y la máxima autoridad civil en materia de seguridad. Acogemos con especial satisfacción esta iniciativa, muy insólita para nuestro ayuntamiento. Según nuestros cálculos, en los últimos años se cometieron en Praga 68 homicidios, y tan solo en 24 casos los culpables fueron llevados ante la justicia. Von Weber, que se distinguió en el servicio de policía de Maguncia y Augusta, será sin duda capaz de arrojar luz sobre este crimen. Mientras tanto, nos tomamos la licencia de sugerir al alcalde que refuerce el cuerpo policial. Menos palabras y más vigilancia, nos gustaría decirle. Numerosos asesinos aún andan sueltos por las calles de nuestra ciudad. Los praguenses tendrían derecho a caminar tranquilos por la vía pública, de día y de noche. Además, el aumento de la delincuencia no hace más que mermar la confianza de la población en sus gobernantes. Sobre todo, la confianza de cuantos tienen voz y voto. A buen entendedor...

—Interesante, ¿no les parece?

Mozart volvió a sentarse y dirigió la mirada hacia sus compañeros de mesa.

—Desde luego —reflexionó Franz Duschek—, y bastante extraño. La muerte de una prostituta no debería ser noticia. Aunque, por lo visto, quienes financian el *Prager Zeitung* quieten utilizarla para poner en apuros al alcalde...

—Eso explicaría —intervino Josepha— por qué la otra noche aquel policía se puso tan nervioso... Pero, querido —preguntó la mujer a su marido—, ¿de verdad crees que pueden sospechar de Wolfgang y del conde Waldstein? Me parece ridículo. Pensándolo bien, podría haber sido el capitán Heinkel; él está acostumbrado a matar en su trabajo, ¿no es cierto?

—Querida mía. —Duschek se rió de corazón—. El capitán mata en combate. Es

un hombre de honor. Lo conozco desde que su regimiento se estableció en Praga hace cuatro años, y sé que nunca caería tan bajo...

—Entonces, ¿por qué vuestro magistrado ha molestado a tanta gente respetable? —preguntó Constanze Mozart.

—La respuesta está en aquel artículo —reiteró el anfitrión señalando el periódico—. Todo parece indicar que las preocupaciones del intendente tienen más que ver con las intrigas políticas de Praga que con el asesinato de... ¿cómo se llamaba, Wolfgang?

El músico se sonrojó.

—Marie —musitó—, se llamaba Marie y era...

—¡Basta ya! —lo interrumpió con frialdad su mujer—. Ya hemos dado suficiente espectáculo ante la buena sociedad praguense. Y puedes dar gracias de que no hiciese enseguida el equipaje para regresar a Viena.

—Te lo repito —se quejó el compositor—, nos limitamos a conversar. ¿Por qué nadie me cree?

—¡Porque todos sabemos que eres un libertino!

—Ya está bien, Constanze —rogó Josepha—. Yo creo en las palabras de su marido... De todas formas —añadió, poniéndose amistosamente del lado de su invitado—, opino que vivir con un artista de esta envergadura, tan expuesto públicamente, obliga a aceptar algún que otro compromiso...

—Así es —intervino Franz Duschek—. Podemos considerar que el haber quedado tan en evidencia en este caso es un castigo suficiente para Wolfgang. Y usted, querida —bajó el tono como si fuera a revelar un secreto—, no dude nunca de una cosa: todos sabemos que el pilar de la familia Mozart es usted, Constanze. ¿Le basta con esto?

La joven aceptó el cumplido con un gesto silencioso... y su marido dio un profundo suspiro de alivio.

—¡Muy bien! —El anciano virtuoso, satisfecho por haber rebajado la tensión, hizo una seña al camarero—. Con respecto a Von Weber, me imagino que a la hora de cumplir con sus cometidos se limita a seguir las pistas más evidentes.

—En otras palabras —interpretó Mozart—, va bastante perdido...

—Exacto. Tengo toda la impresión de que no sabe con qué carta quedarse. Tal vez deberíamos echarle una mano... —concluyó con guasa Franz Duschek.

—¡Dejémonos de bromas! —ordenó Josepha—. Ya lo hemos ayudado invitándolo aquí, y no me parece que le sentara muy bien. Ahora lo mejor es que no interfiramos más en su trabajo. —Luego se levantó para añadir—: Pongámonos más cómodos y no nos entrometamos en cosas que en el fondo no nos incumben...

Mozart se miró al espejo en la noche de aquel provechoso domingo.

Sentado debajo de un emparrado en medio de los campos que rodeaban Bertramka, había compuesto música durante toda la mañana acompañado por las risas y las charlas de Constanze y Josepha. Las dos mujeres se habían sumado a los hombres y a las campesinas de la propiedad, que pisaban la uva bohemia para obtener el mosto. De sus cantos, del «la la la» que entonaban, había surgido un pequeño milagro.

Sin previo aviso, en su cabeza las notas se habían convertido en una melodía distinta, y había acabado escribiendo frenéticamente la música de «Finc’han del vino». Lo tenía claro, ese debía ser el acompañamiento para la juerga nocturna de Don Juan junto a las campesinas. Una escena que habría podido desarrollarse ahí mismo, entre aquellas colinas, bajo la luna y lejos de miradas indiscretas.

Mozart vio reflejada en el espejo la imagen de su mujer, ya dormida.

Y examinó su propio rostro.

Con gestos medidos volvió a colocarse la peluca que acababa de quitarse, se observó de tres cuartos, imaginando que tenía al lado a un grupo de villanos ebrios, atontados por el sueño, y mimó el mudo canto de placer de Don Juan.

Un violento deseo lo sacudió. No el de poseer una mujer, sino el de alejarse de ahí. Estaba cansado, mucho más de lo que pensaba. Y estaba descontento. Se ahogaba.

Miró el perfil de Stanzi, envuelta en las sábanas. La esposa que no le era fiel y a quien él tampoco era fiel, pero de la que no podía separarse. Y que controlaba su vida, imponiéndole reglas que él solo no lograba aplicarse. Era ella, había dicho Franz Duschek, el pilar de la familia Mozart.

El compositor sonrió entre dientes: aquella versión de los hechos le venía como anillo al dedo.

Se levantó y salió de la habitación.

Mientras cruzaba el umbral de Villa Bertramka, el propio Franz Duschek apareció frente a él como un fantasma.

—Querido amigo —le dijo—, pida que me preparen una berlina de dos caballos y dígame a mi mujer... —añadió con un leve titubeo— que he preferido volver a la ciudad esta misma noche, a fin de poder llegar más rápido al teatro mañana...

Duschek lo miró aspirando con calma de su pipa.

—Haré lo que me pide —accedió al final—, pero tenga cuidado, Wolfgang, y no vuelva a meterse en líos.

—¡Señores! ¡Señores! Un momento de atención. —El maestro de ceremonias aplaudió, visiblemente emocionado, consiguiendo interrumpir las charlas de los numerosos invitados reunidos en la velada. Todos se agolparon a su alrededor.

—Los mejores encuentros siempre se hacen ya bien entrada la noche. Es por esto

que nuestro amigo no había llegado antes...

—¿Quién es? ¿Quién es? —preguntaron mientras se pasaban la noticia unos a otros.

—¡Señores! Aquí tienen al hombre más amado y fascinante de Europa. El hombre que ha vivido más aventuras que nadie y cuya existencia vale mil veces más que las nuestras. ¡Señores! ¡Les presento al gran Giacomo Casanova!

El anuncio fue acogido con aplausos frenéticos y gritos de asombro, que alcanzaron su clímax cuando todas las luces se apagaron y el italiano hizo su entrada en la sala.

En la oscuridad, acompañados por el sonido de las trompetas, tres jóvenes maquillados a la manera de los moros avanzaron hacia la compañía sosteniendo cada uno un gran candelera.

Tras ellos, dos caballos de mentira provocaron risas descontroladas. Guarnecidos con los arreos más suntuosos y extravagantes, relinchaban y pataleaban contra cualquiera que se acercara para tirarles de la cola o de las crines.

Por último, desfilaron despacio cuatro mozos semidesnudos, cuyo aspecto parecía una fiel reproducción de los últimos y escandalosos frescos descubiertos en Pompeya: iban ataviados con túnica, taparrabo y sandalias, y aguantaban el peso de un escullo de bronce. Encima de él, erguido como una vela, iba, fiero y silencioso, Giacomo Casanova.

Una larga capa carmesí lo cubría hasta los pies. Los zapatos de punta, las medias negras, los primorosos lacitos en los pantalones y la chaqueta verde esmeralda creaban un conjunto nunca visto en aquel salón.

Su rostro, indiferente, impasible frente a las aclamaciones de quienes lo rodeaban, estaba marcado por profundas arrugas. El abundante maquillaje en sus ojos y boca lo convertía en un ser a medio camino entre el varón y la mujer, mientras que un gran tricornio de largas plumas le daba un aspecto de rey.

—¡Giacomo, Giacomo! —gritaban los nobles de Praga.

Se lanzaron contra los portadores disputándose el escudo e intentando bajarlo para que aquel ser inmortal pisara su mismo suelo.

Cuando finalmente Casanova estuvo en medio del grupo, al alrededor se hizo el silencio. Todos esperaban una palabra definitiva. Porque esto era lo que se fabulaba en Europa: que Casanova era capaz de iluminar con su sabiduría los corazones de los desorientados. Y el veneciano habló:

—Busco entre ustedes al austríaco de quien se dice que compone la mejor música del mundo. Si la historia de su nueva ópera me gusta, le concederé mi amistad.

Todos miraron alrededor.

—¿Dónde está Mozart? ¿Wolfgang, dónde estás?

El compositor dio un paso adelante y se deshizo en una profunda reverencia

frente al italiano.

—Señor —confesó—, si no puedo aspirar a su amistad, me conformaría con tener su magnífica capa. O, por lo menos, con saber qué sastre podría confeccionarla para mí...

—¡Bravo, bravo! —chillaron entre risas los demás, y añadieron—: ¡La historia! ¡La historia del *Don Giovanni*!

—Sí —confirmó Casanova—, cuénteme una bonita historia. Conozco muchas pero nunca me canso de escuchar más. Por eso me he unido a ustedes esta noche.

Los pajes volvieron a encender las velas, que formaron un círculo alrededor de los dos hombres.

—Pues bien, señor —empezó Mozart—, esta es la historia de un hombre que no se conoce a sí mismo ni a sus límites. Es la historia de un hambre que acaba por matar al hambriento, pero no sin antes causar muchas víctimas inocentes...

—¡Es el apetito de los hombres verdaderos! ¡Siga! —exclamó el italiano.

—Don Juan —continuó Mozart, mientras se movía entre los invitados como si actuara— es víctima de una pasión insaciable: debe poseer a las mujeres. Y debe hacerlo porque, como él mismo dice, quien se mantiene fiel a una sola se muestra cruel hacia las demás... ¿No les recuerda a alguien?

Todos, Casanova el primero, le rieron la gracia.

—Un criado, Leporello, de carácter pálido y envidioso, le sigue la corriente, tal vez porque le gustaría ser como él. Doña Elvira, abandonada por Don Juan, persigue al caballero por el escenario con la intención de reconquistar su amor. Los campesinos Zerlina y Masetto, y los nobles Doña Ana y Don Octavio, han sido varias veces víctimas del apetito de Don Juan y lo buscan para castigarlo por sus fechorías. Porque él es malo, señor. —Y la voz de Mozart se convirtió en un susurro—. Y, cegado por el deseo, ha matado al Comendador, el padre de Doña Ana...

Un grito de sorpresa corrió entre los invitados.

—¿Se puede permitir que un delito como este quede impune? —preguntó el compositor.

—¡Claro que sí! —afirmó, decidido, Casanova—. En la vida y se inclinó hacia el grupo con una sonrisa ambigua, —muchos asesinos quedan en libertad...

—Pero no en el teatro... —le contradijo Mozart.

—¿Por qué no? ¿Cómo termina su historia?

—El Comendador vuelve de entre las tinieblas para obtener justicia, esa justicia que los hombres no consiguen darle. El orgulloso Don Juan se niega a arrepentirse y su adversario, el hombre al que ha matado, lo arrastra consigo al infierno, entre fuegos, llamas y explosiones diabólicas. Así es como termina la historia del gran insolente. Les dejo a ustedes decidir si es más digno de admiración por su audacia o de desprecio por su inmoralidad...

Mozart inclinó la cabeza en medio de los aplausos.

Cuando la ovación terminó, se oyó, por encima de las demás, la voz de Giacomo Casanova:

—¿Y cuál de estos personajes es usted, mi talentoso joven? ¿El amante Don Juan o, tal vez, el caballero Don Octavio?

—¡No, no! —replicó el compositor—, yo soy Leporello, el criado temeroso que se limita a cumplir con su deber. Yo escribo música para servirle, ¡no pido nada más!

Nuevas risas y aplausos saludaron esta ocurrencia.

Luego alguien incitó:

—¡Al billar, al billar!

—¡Sí! ¡Al billar! —se emocionó Mozart. El músico se subió a una mesa para que todos pudieran verlo e hizo una reverencia a Casanova—. He aceptado su desafío, señor, y espero haberlo superado...

—Con creces —contestó el otro entre murmullos de aprobación—, y se ha ganado mi confianza...

—Muy bien, porque ahora soy yo quien le reta a usted. El billar es un juego noble que sin duda será de su agrado.

—Por supuesto, así que voy a enfrentarme con usted —rebatía Casanova—, pero con una condición.

—¿Cuál?

Alrededor volvió a hacerse el silencio.

—Que juguemos por dinero. Y que apostemos un tálero de María Teresa por cada bola entronerada.

Nadie pudo contener su asombro: era una cantidad excesiva y fuera de lugar para un simple pasatiempo entre hombres de bien.

—¡Mi señor! —se justificó Mozart—, los artistas siempre estamos sin blanca. Todo el mundo lo sabe. ¿No podríamos limitarnos a los florines? No deja de ser una cantidad suficiente para satisfacer vuestras bien conocidas necesidades económicas...

El veneciano no replicó y, mientras todo el mundo se reía, fulminó al compositor con la mirada.

—¿Piensa retirarse y salvar igualmente su honor?

—¡Eso nunca! Acepto...

—Yo le avalaré. —La voz resonó desde el fondo de la estancia y todos se volvieron hacia el hombre que había hablado.

Mozart lo observó a la luz de las velas.

—Sea cual sea su identidad, ¡se lo agradezco, misterioso amigo! Y le garantizo que si perdiese, le devolvería su dinero antes de mañana al mediodía.

Así que, mientras el alboroto de voces aumentaba y sonaban las dos, empezó la partida de billar más larga que nunca se había jugado en Malá Strana.

3

El hombre estaba pacíficamente sentado en el banco de la iglesia de Santiago, al fondo de la nave izquierda, oculto tras una columna.

Cuando se dio cuenta, el sacristán no pudo disimular su asombro. Él mismo se había encargado de abrir la iglesia y se preguntaba cómo habría entrado aquel feligrés.

Mientras se dedicaba a la más tediosa de sus tareas —rascar la cera caída a los pies de los muchos pequeños altares laterales—, no perdió de vista al hombre.

Pasó a su lado y delante de él varias veces.

La postura de recogimiento, el rostro sereno, los ojos entreabiertos, todo hacía pensar en un peregrino que, por fin, había dejado todas sus preocupaciones en las manos de Dios.

La amplia capa con capucha que envolvía su cuerpo y que le cubría la cabeza sugería que estaba allí desde muy temprano, desde las horas más frías de la mañana.

«Pero ¿por dónde habrá entrado?».

La única posibilidad, se dijo el sacristán, era que alguien le hubiese abierto desde el cercano convento de los minoritas, cuyo claustro comunicaba con la iglesia.

«¿Y por qué tan pronto?».

El religioso se acercó al desconocido; tal vez necesitara confesarse.

—¡Señor!

El hombre no se inmutó.

—¡Señor! ¿Me oye?

Ninguna reacción, ni siquiera un gesto.

El sacristán, alarmado, lo cogió del hombro para sacudirlo.

El cuerpo estaba frío.

De pronto le invadió el miedo y lo zarandeó con más fuerza.

—¡Señor, por el amor de Dios! ¿Se encuentra bien?

El extraño peregrino se dobló de lado, rodó sobre el banco y se derrumbó sobre el suelo con un ruido sordo. La capucha se cayó hacia atrás y el sacristán se llevó los puños a la boca.

—¡Dios mío! ¡Socorro, socorro!

—¡Usted estaba allí con todos los demás, padre Ungar! ¿Estaba al tanto de esa fanfarronada?

—No, querido amigo, no sabía nada de la broma que habían decidido gastarle. Por supuesto, de haberme enterado, se lo habría dicho...

El recuerdo de lo ocurrido unos días antes aún le dolía a Von Weber. No le cabía en la cabeza que aquella gente pudiera ser tan estúpida, y se devanaba los sesos intentando adivinar la identidad del instigador de la burla del grupo de Bertramka. No podía evitar pensar que detrás de todo aquello había algo más. Pero no conseguía dar una forma más precisa a esa intuición.

Mientras tanto, seguía con su trabajo.

El día anterior había obligado a Werner Heinkel a ausentarse de los ensayos de un desfile. Todos los militares se preparaban para recibir a la archiduquesa María Teresa y al archiduque Francisco: lustraban los mosquetes, sacaban brillo a los sables y rescataban de los baúles sus uniformes de ceremonia. El oficial de los húsares no había mostrado ninguna sorpresa al enterarse del chivatazo de uno de sus compañeros. Ni siquiera había preguntado cuál de los militares que lo acompañaban en el León de Oro era el traidor. Había admitido sus problemas con las mujeres pero se había reído de las conjeturas del intendente.

—No diga estupideces —había replicado—. Es cierto que aquella chica me humilló y me insultó. Es verdad que me entraron ganas de darle una buena bofetada. También confieso que, cuando supe del homicidio, pedí a mis camaradas que olvidaran mis delirios de borracho. Pero todo lo demás es una simple tontería...

El capitán había recuperado la lucidez y la soberbia que le faltaron en la taberna, y amenazó incluso con desafiar a Von Weber a un duelo si insistía en su culpabilidad. Al no haber conseguido sacarle nada, lo único que le quedaba al intendente era, una vez más, aquella hoja de pergamino.

Era el único indicio al que agarrarse.

Por tanto, aquella mañana había decidido poner fin a la espera y acudir al Clementinum. Quería saber si el padre Ungar había logrado algún avance.

—Sígame —dijo el religioso.

Y acompañó al esperanzado funcionario bajo las altas bóvedas de la biblioteca de la universidad.

Sin proferir palabra, el padre Ungar trepó por una de las numerosas escaleras utilizadas para consultar los volúmenes colocados hasta la altura del altillo, que permitía acceder a los libros de las estanterías más elevadas. Justo de debajo de un letrero que rezaba *Terrae Incognitae*, extrajo un pesado tomo de piel. Cuando lo abrió frente a él, Von Weber pudo leer en el frontispicio: *Geographia Antiqua*, del abad Otto Hradisch, impreso en Heidelberg en 1648. Miró perplejo al padre Ungar y este se apresuró a pasar las páginas hasta llegar a la mitad del libro. De los minuciosos grabados que acompañaban el texto, uno en particular había llamado su atención. Se encontraba en la sección dedicada a la mítica isla de la Atlántida: una mujer de tez oscura se bañaba, junto con muchas compañeras, en un pantano muy parecido a la pila de líquido verdoso representada en el pergamino que habían hallado junto a

Marie.

Se la indicó... y el intendente no hizo nada por disimular su decepción.

—¿Eso es todo?

El religioso asintió.

—Es un parecido muy vago, lo reconozco, pero creo que nos indica que nuestro asesino se ha inspirado en fuentes auténticas. En cuanto a la Atlántida, de la que ni siquiera podemos probar su existencia, opino que se trata de una referencia casual. No veo ninguna conexión con la Praga de nuestros días... Es probable que lo haya hecho sin ninguna razón concreta...

—Al contrario —afirmó, decidido, Von Weber—, tenía una motivación perfecta... —El intendente vio en los ojos de su interlocutor un brillo de curiosidad—. Ha dejado que encontráramos el dibujo justo al lado del cadáver. Esto significa que ese hombre sabía que iba a matar a una mujer, y sabía que ahogaría a su víctima...

El religioso escuchó con atención la explicación del intendente y se declaró admirado por su capacidad de análisis. Von Weber eludió el comentario, y señaló la estantería en la que estaba colocado el libro.

—¿Cree que puede haber algo más?

El padre Ungar se encogió de hombros.

—De momento es lo único que he encontrado... ¿No ve cuántos libros tenemos aquí? —e indicó la biblioteca como para decir que tardaría años en verificar todas las fuentes.

—¿Y esa extraña escritura?

—No le puedo decir nada más, excepto que difiere de todo lo que he visto hasta hoy. Sin duda se trata de una frase coherente, y su aspecto me hace pensar en un alfabeto parecido al nuestro. Por tanto, excluiría los ideogramas asiáticos y todo tipo de escritura antigua que no tuviera solo valor fonético, como el alfabeto cuneiforme mesopotámico o los jeroglíficos egipcios. Pero tampoco se parece en nada a las lenguas alfabéticas de nuestro tiempo. Para sacar algo en claro, debería intentar traducirla...

—En otras palabras, ¿tratar de reconstruir el alfabeto y el significado de las letras?

—Exacto.

—¿Y cuánto tiempo podría llevarle?

El padre Ungar abrió los brazos.

—¿Quién sabe? Un mes, un año... En realidad es un trabajo casi imposible partiendo de una muestra tan limitada. Podría acabar siendo una pérdida de tiempo. Así que le daré un consejo...

—¿Cuál?

—Quisiera enviar... —pero el religioso no pudo terminar la frase.

—¡Intendente, intendente! —Uno de los subordinados de Von Weber había irrumpido en la biblioteca. El magistrado lo observó: el hombre había corrido, su uniforme estaba desarreglado, y no pudo evitar percatarse de su expresión angustiada.

—¡Señor, por favor! ¡Venga conmigo enseguida!

Aún a media mañana, la luz seguía entrando con dificultad por los altos ventanales que iluminaban las naves de la iglesia de Santiago. El interior permanecía sumergido en la penumbra, y Von Weber necesitó unos instantes para acostumbrarse a aquella oscuridad.

Luego vio a sus hombres reunidos cerca de la pila bautismal y se les acercó.

—Hemos vuelto a colocarlo tal y como lo encontró el sacristán...

El intendente no necesitó darse la vuelta: a su espalda oía con claridad el castañeteo de los dientes del aterrado religioso.

Sin embargo, no notaba nada raro en aquel cuerpo recogido en la oración, así que ordenó:

—¡Destapadlo!

Con un movimiento rápido de la mano, un policía retiró la capucha que cubría la cabeza del cadáver. Von Weber dio un salto hacia atrás.

—¡Maldita sea! ¿Y esto qué es? —Nunca había visto nada parecido.

Una fina y brillante rueda de hierro había penetrado con sus dientes afilados en el cráneo del hombre.

Quienquiera que la hubiese clavado debía de tener una fuerza considerable. La rueda se había hundido en el hueso hasta casi la mitad de su circunferencia.

La víctima debió de morir en el acto.

—¿Ha notado, señor, que no hay rastro de sangre?

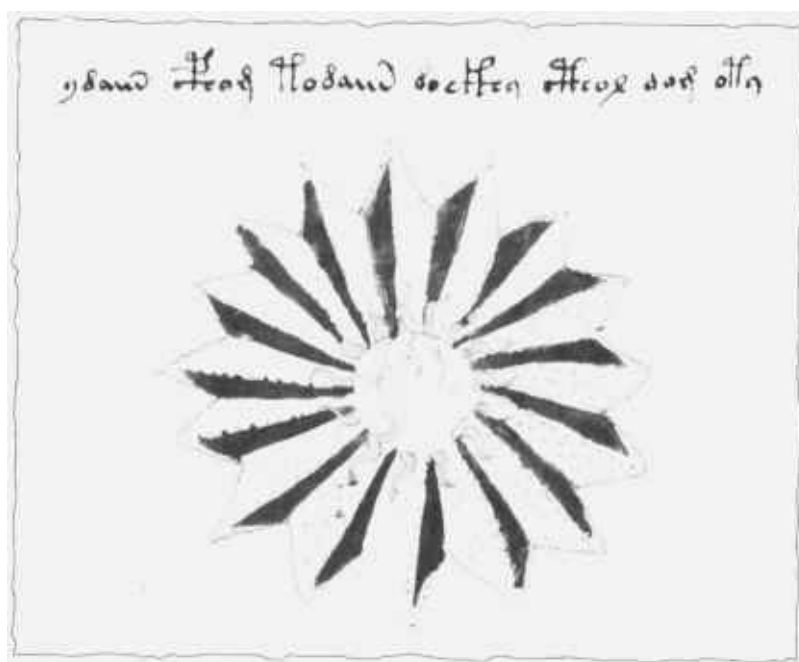
Era cierto.

Demostrando una atención desmedida hacia su víctima, el asesino se había esmerado en limpiar la herida y en borrar todo resto de sangre. Era difícil imaginar el retorcido mecanismo mental que había originado esa muestra de escrupulosidad. Tras interrogar brevemente al sacristán, Von Weber entendió que el delito no se había consumado allí, sino en algún lugar cercano, y que el cuerpo había sido transportado hasta la iglesia más tarde, para convertirlo en el protagonista de aquella macabra representación. De pronto el funcionario volvió a acordarse del cadáver de Marie, arrastrado por los senderos de la isla de Kampa. Aquel parecido le dio escalofríos.

—¡Señor, venga aquí!

El intendente se acercó al altar de Santo Domingo, tan solo a unos pasos del banco en el que el asesino había colocado al muerto. De entre los pies del santo, como si de un blasfemo ex voto se tratara, sobresalía una hoja de pergamino. Von

Weber la agarró nerviosamente y le echó un rápido vistazo, temiendo lo que iba a encontrar.



En la hoja había una frase escrita en el mismo alfabeto incomprensible utilizado en el pergamino que habían encontrado cerca del cuerpo de la prostituta. Y otro dibujo de líneas toscas. Una especie de sol, en cuyo interior podía verse un rostro humano de semblante serio. Del sol sobresalían unos grandes rayos, entre los cuales destacaban varios puntos: no habría sabido decir qué representaban.

El intendente, aturdido, se sentó.

La muerte de Marie no era un hecho aislado. Los dos delitos estaban relacionados. Von Weber volvió a fijarse en el pergamino y, en la penumbra de la iglesia, se dio cuenta de que un detalle lo diferenciaba del anterior. La frase y el dibujo misteriosos iban acompañados por unas líneas en alemán trazadas con mano firme y letra clara. Era evidente que el asesino ya no se conformaba con enviarles mensajes cifrados.

CUANDO SEA LUNA LLENA MI OBRA SE HABRÁ CUMPLIDO

El magistrado tuvo un arrebato de rabia que lo obligó a contenerse para no romper la hoja en mil pedazos.

Ya más tranquilo, volvió sobre sus pasos y se inclinó sobre el cadáver, observando su cara con atención. El hombre aparentaba unos cincuenta años. De frente amplia, nariz ligeramente achatada y labios delgados, tenía unos finos bigotitos que embellecían sus facciones. Era probable que no se hubiese enterado de nada y

que la muerte lo hubiera sorprendido sin avisar. Estremeciéndose por el horror, el jefe del Consejo de Justicia intuyó que el asesino se había quedado la peluca como trofeo de su victoria.

—¡Quitadle la capa!

Las prendas eran de buena factura, aunque no elegantes. Se podría decir que era un hombre pudiente que no se preocupaba por vestir a la moda. La chaqueta estaba abierta y el cuello de la camisa desabrochado, como si hubiera salido a la calle después de una noche de diversión.

No sabían quién era. No sabían por qué lo habían elegido como víctima. No sabían qué pasaba por la mente del homicida.

Von Weber se dejó caer en un banco, lleno de angustia.

Entendió que una amenaza terrible se cernía sobre Praga.

Y en cuanto a él, en las semanas siguientes se decidiría su carrera.

4

La empinada escalera de madera subía hasta lo más alto de la torre, y Karl Maria von Weber se detuvo para recobrar el aliento. Miró hacia arriba y atisbo un escotillón. Desde el otro lado llegaba el tenue ruido de unos pasos agitados, como de alguien sumido en sus reflexiones o que estuviera muy nervioso. El intendente miró de reojo su reloj de bolsillo: estaban a punto de dar las doce y él no había parado desde primera hora de la mañana.

Tras volver a su despacho desde la iglesia de Santiago, había pedido que copiaran la indescifrable frase hallada a los pies de la talla de Santo Domingo y que se la enviaran cuanto antes al padre Ungar. Luego, presa de una profunda inquietud, había decidido salir él mismo rumbo al Clementinum, llevando consigo la nueva hoja de pergamino. Sin embargo, esta vez no buscaba al director de la biblioteca.

Cuando por fin terminó de subir todos los escalones que conducían a lo alto de la torre, de sesenta y ocho metros de altura, golpeó los puños con fuerza contra el escotillón.

Los pasos se detuvieron. La persona que se encontraba allí arriba se acercó a la pequeña abertura y levantó el picaporte.

La portezuela se abrió de par en par y, al igual que le ocurrió en la iglesia donde se produjo el último homicidio, Von Weber tuvo que acostumbrar sus ojos a la oscuridad.

Dudó unos instantes.

—¿Qué hace ahí? —preguntó impaciente una voz—. Suba ya.

El funcionario apretó la mano extendida hacia él y accedió al estrecho espacio de la cúpula, reino de Ferdinand Schönfeld.

Cuando pudo distinguir mejor lo que tenía a su alrededor, notó que sí había algo de luz: el sol entraba por una rendija desde la pared de la derecha y se proyectaba sobre un listón de madera, que llevaba varias marcas y atravesaba todo el suelo hasta subir a lo largo de la pared opuesta.

—Mi reloj de sol particular —explicó Schönfeld—. Le ruego que tenga un poco de paciencia...

A las doce, mientras en el aire repicaba el sonido de las campanas procedentes de las iglesias alrededor del Clementinum, la luz del sol iluminó la marca que indicaba la mitad del día. Schönfeld resopló satisfecho.

—No conozco un método mejor para comprobar la precisión de los relojes de Praga —dijo. Luego se acercó a la ventana y abrió hacia el exterior los postigos que, hasta aquel momento, habían mantenido la estancia a oscuras. Solo entonces Von Weber se percató del gran telescopio que apuntaba su ojo hacia el cielo.

Schönfeld notó la expresión admirada del magistrado.

—Este telescopio —explicó acariciando el instrumento— tiene la lente más grande y mejor pulida de todo el imperio... Y ahora, dígame, ¿qué espera obtener el jefe del Consejo de Justicia de un astrónomo?

Von Weber se sorprendió.

—¿Cómo sabe quién soy?

El hombre sonrió.

—Usted no recuerda haberme visto, pero yo sí le he visto a usted. También soy un apasionado de la naturaleza humana y he seguido las tres conferencias sobre la mente criminal que impartió el año pasado aquí, en el Clementinum. Me parecieron muy interesantes...

—Por desgracia —respondió apesadumbrado el intendente—, en estos días me doy cuenta de que mi conocimiento del tema es en gran medida insuficiente.

Schönfeld asintió.

—El padre Ungar me ha hablado de su problema...

—Bien —replicó el funcionario—, así que no harán falta explicaciones —y entregó al astrónomo el pergamino que el homicida había dejado cerca del cadáver del hombre encapuchado.

—Necesito que me confirme un sencillo dato —dijo—, pero no solo eso. En primer lugar, la próxima luna llena será a finales de mes, ¿es así?

Schönfeld echó un vistazo al pergamino y leyó la frase en alemán.

Respondió enseguida.

—Se lo confirmo, y sin necesidad de consultar un calendario astronómico —contestó pensativo—, ahora es luna nueva y tendremos el primer cuarto alrededor del veinte... Sí, la luna llena brillará en el cielo de Praga el veintinueve de octubre. Aunque no creo que haya subido hasta aquí para preguntarme algo que ya había comprobado por su cuenta.

—No, es cierto —admitió Von Weber indicando de nuevo la hoja—. Observe el dibujo. Es por esto por lo que he venido a verle. ¿Qué le recuerda?

Ferdinand Schönfeld se aproximó a la ventana y examinó con mayor atención el trazo negro sobre el fondo blanco opaco del pergamino. Luego se encogió de hombros.

—Me recuerda un sol, como probablemente también a usted. Pero su aspecto es tan basto que podría ser obra de un niño...

—Un niño —replicó el funcionario— no habría dibujado los rayos de esta forma: son grandes y de dos tonos de gris distintos. Además, ¿qué representan todos esos puntos entre los rayos? ¿Sus estudios del cielo no le sugieren nada?

El astrónomo reflexionó:

—Los puntos entre los rayos podrían ser pequeños cuerpos celestes, meteoritos...

O puede que estrellas... como para indicar que nuestro sol es la mayor entre las luces que iluminan el firmamento. —Un brillo de curiosidad encendió su mirada—. ¿Y si el asesino afirmara que el sol es el centro de nuestro universo? Tal vez lo que pretende es propugnar la superioridad de los descubrimientos de Galileo y Copérnico frente a la antigua concepción tolemaica. Muchos oscurantistas aún creen en su validez...

—¿Usted defendería sus tesis científicas matando? —preguntó, escéptico, Von Weber.

La mirada de Schönfeld se ensombreció.

—Ya ocurrió en el pasado, ocurre hoy y seguirá ocurriendo. De todos modos —el hombre se concentró en un detalle del dibujo—, pensándolo bien, lo que más me llama la atención es esta especie de cara en medio del sol...

—¿Por qué?

—Porque no tiene nada que ver con la astronomía. Y salvo que fuera un intento de desviar la investigación con una pista falsa, todo parece indicar que se trata de una referencia a la alquimia. Desde hace siglos, el sol de rostro humano es el símbolo de los esfuerzos de quienes intentan convertir la piedra en oro...

—¿Alquimia? —El intendente estaba sorprendido—. ¿A qué se refiere?

—¿Desde hace cuánto se encuentra en Praga?

—Seis meses —contestó Von Weber.

—Poco, muy poco —concluyó Schönfeld—. Quizá haya llegado el momento de que conozca de cerca los secretos de esta ciudad. En el pasado, Praga fue durante mucho tiempo el reino de la magia y de los alquimistas, y tal vez en el fondo todavía lo sea...

El alcalde Walther tenía el primer pergamino en la mano izquierda y el segundo, en la derecha. Los observaba con la mirada asombrada y el ceño fruncido, intentando desentrañar su significado más recóndito. Estaba turbado y no hacía nada para disimularlo. Tras unos instantes, dejó ambas hojas en la mesa y leyó en voz alta, lentamente:

—«Cuando sea luna llena, mi obra se habrá cumplido». —Miró a Von Weber y preguntó alarmado—: ¿Qué significa todo esto?

El intendente bajó la mirada. Era inútil aventurar hipótesis aún aproximativas y tal vez erróneas. El único resultado sería generar el miedo alrededor de la mesa.

—¡Espero una respuesta! —El alcalde levantó la voz y todos los notables de la ciudad se removieron en sus sillas.

Von Weber respiró hondo.

—La persona que ha sido hallada muerta esta mañana en la iglesia de Santiago no llevaba consigo ningún efecto personal, así que no hemos podido identificarla. Nos mantenemos a la espera de que alguien denuncie la desaparición de su marido o de su

padre. La presencia del pergamino en el lugar del delito vincula, sin duda, este homicidio al de la prostituta asesinada la semana pasada: la misma mano ha redactado la frase y ha realizado el dibujo. Además, como han oído, nos enfrentamos a una amenaza, formulada con claridad en nuestro propio idioma. Les recomiendo encarecidamente que no hablen de esto con nadie...

Y mientras pronunciaba las palabras que parecían probar su propia ignorancia, Von Weber se esforzó por mirar sin vacilar a los invitados a aquella reunión: Konstantin Neurath, jefe del Consejo de Ley, y Baldur von Schirach, que encabezaba el Consejo de Comercio. Su ojos también se posaron sobre el quinto hombre sentado alrededor de la mesa. Le había sido presentado como el duque Heinrich Graf von Spee, primo del emperador José II y enviado directamente desde Viena. Su sola presencia, justificada por la inminente llegada de la archiduquesa María Teresa y de su hermano, el archiduque Francisco, era suficiente para causar revuelo entre las autoridades ciudadanas. El asunto de los dos delitos relacionados entre sí no podría haberse producido en un peor momento.

—¿Por qué nos ha ocultado el pergamino? —bramó el alcalde.

—Yo no les he ocultado nada —rebatía tajante el intendente—. No había elementos que me hiciesen pensar que el asesinato de la prostituta iría a más...

Fritz Walther se inclinó hacia él. Era evidente que lo único que le hacía controlarse era la presencia del ilustre visitante.

—Y ahora, ¿qué piensa hacer?

—Continuaré con las investigaciones.

Von Weber sabía que, en realidad, solo la captura del homicida podría dejar satisfecho al alcalde. Aun así, intentó tranquilizarlo.

—La siguiente luna llena será el día veintinueve. Estoy seguro de que antes de esa fecha conseguiremos entender las intenciones del loco que ha maquinado este plan...

—¿Qué acontecimientos tenemos programados para finales de mes? —preguntó el alcalde a sus funcionarios, haciendo caso omiso de las palabras alentadoras del intendente.

—Nada muy trascendente —observó Neurath mientras consultaba una libretita—. Se celebrarán la apertura del año académico en la Universidad Carlos, los tradicionales mercados de los sábados y la fiesta de la comunidad husita.

—Se trata —confirmó Von Schirach— de citas anuales, y no entiendo de qué manera podrían despertar la atención de un loco...

Walther reflexionó unos instantes, luego suspiró.

—Como puede ver —dijo dirigiéndose en un tono esperanzado al primo del emperador—, sea quien sea el que nos ha lanzado este desafío, no parece estar interesado en los archiduques. Su visita a la ciudad tendrá lugar entre el catorce y el dieciséis, durante tan solo dos días, y mucho antes... —el alcalde dudó—, mucho

antes de la próxima luna llena. Espero que esta circunstancia le reconforte...

Todos observaron al duque Graf von Spee.

El hombre había llegado a la ciudad el día anterior y se alojaba en el Palacio Real, dentro del castillo. El que se estaba celebrando en el ayuntamiento de Staré Mesto era su primer encuentro oficial con las autoridades de Praga, y no pudo esconder su enfado.

—Señores, les confieso que el clima de esta reunión se aleja mucho de lo que había esperado. Si este es el nivel de seguridad que el autogobierno garantiza a los praguenses, aconsejaré de inmediato a los emperadores que restablezcan a su comisario plenipotenciario en la ciudad. Con respecto a sus altezas reales —puntualizó con orgullo—, en este momento están viajando hacia Praga. Han dejado Hungría y llegarán aquí el día catorce, según lo establecido y como ustedes saben hace tiempo. Desde luego, no van a dejarse amedrentar ni a cambiar sus planes por las amenazas de un lunático. Por lo demás —afirmó con una nota de sarcasmo—, yo no soy un experto en astronomía y no pienso confiar a vuestra policía la seguridad de los príncipes. Tras escucharles, he decidido asignar a los miembros de la realeza una guardia personal. Yo mismo escogeré a treinta húsares del Grand Maximilian.

El duque se levantó, dio un taconazo y abandonó la sala en medio del silencio general.

La humillación había sido tan intolerable que nadie se atrevió a hablar durante unos minutos.

—Von Weber —dijo finalmente el alcalde—, ¿en qué punto se encuentran las investigaciones sobre el homicidio de esa mujer?

—Estoy esperando que los expertos del Clementinum me den una respuesta sobre el alfabeto desconocido empleado por el asesino. Hasta que descifremos esa frase, el enigma estará lejos de resolverse. He interrogado a quienes vivían con la prostituta y la conocían bien, y a los que la vieron durante su última noche de trabajo. Algunos tenían un móvil para cometer un crimen de forma impulsiva, pero no para matar en dos ocasiones. Además —añadió pensativo—, ninguno de ellos parecía tener la mente enfermiza, y muy lúcida a la vez, necesaria para concebir un plan tan retorcido. En mi opinión —concluyó—, nos enfrentamos a un reto sumamente difícil...

—Muy bien, Karl —observó, irónico, Von Schirach—, si vuestra intención era la de reconfortarnos, sin duda lo habéis conseguido...

—En lugar de especular sobre la mente de ese desgraciado —exclamó, exasperado, el alcalde—, ¡póngase manos a la obra con todos los hombres de los que dispone! Hay que evitar cualquier problema durante la visita de los archiduques. No quiera Dios que el asesino nos esté tomando el pelo y que su verdadero objetivo sean los príncipes.

—Haré todo lo que esté en mis manos... —contestó con sequedad el intendente.

—Una cosa más, Von Weber. —La voz de Fritz Walther se volvió más baja y amenazante—. En estos días he recibido muchas protestas de parte de distintas personalidades. Sus costumbres privadas son precisamente eso: privadas. No lo olvide. La próxima vez, antes de incordiar a ilustres ciudadanos como el conde Waldstein, consúltelo conmigo.

—Sabe muy bien que todo ha empezado por voluntad del propio conde...

El alcalde prefirió ignorar la provocación. Luego, al ver que el intendente se estaba levantando, le conminó a que se detuviera y añadió:

—Escuche mi última recomendación... Del grupo de personas a las que no debe importunar también forma parte Mozart. Es uno de los más grandes músicos de nuestro tiempo, ha venido a Praga para escribir una ópera que estará dedicada a los archiduques y es el menos sospechoso de haber cometido estos asesinatos. Además, goza de la protección de los condes Thun y de todos los demás nobles que lo han acogido y lo conocen...

—Desde luego, unas referencias intachables...

—¡Váyase! —gritó Walther—, y no vuelva sin traer resultados.

Durante sus estudios, Von Weber había leído el *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, de Rousseau, que circulaba a escondidas por las aulas de la Universidad de Gotinga. Al igual que el filósofo suizo, se había convencido de que el hombre nacía bueno. Era la sociedad la que, cuando crecía, lo hacía competir con sus semejantes y lo convertía en malo. Él mismo lo había vivido en carne propia: sin una considerable dosis de malicia, no habría podido, en su momento, conquistar la benevolencia del barón Hoffmanstein, y menos aún conservarla. Sin mencionar la miseria y el embrutecimiento de los ambientes criminales, que había frecuentado durante mucho tiempo, sobre todo en los primeros años de servicio: eran capaces de convertir en delincuente incluso al chico con mejor disposición.

Precisamente de ahí venía su pasión por el estudio de la naturaleza humana y, en particular, de la mente criminal. Se había convencido de que, para capturar a un asesino, era necesario entender de dónde venía, qué quería y por qué razón hacía lo que hacía. Y penetrar en sus pensamientos era más necesario cuanto más difícil resultaba llegar hasta él, como ahora. Solo si reconstruía sus razonamientos y analizaba minuciosamente sus motivaciones, podía esperar detenerle. En definitiva, tenía que ponerse en su lugar.

Sin embargo, escudriñar la mente responsable de las mortíferas representaciones escenificadas en el canal del Diablo y en la iglesia de Santiago le parecía de lo más complicado. Y la posibilidad de llegar a las causas de su furia, aún más remota. No le quedaba otro remedio que admitirlo: sin duda se encontraba frente al asesino más temible contra el que había luchado nunca. Y corría el riesgo de que sus esfuerzos no dieran resultado.

Esto era lo que pensaba Von Weber mientras dejaba la oficina del alcalde.

Por si fuera poco, después del crimen en la iglesia sentía que el asesino le había lanzado un desafío personal. Ahora entendía la sensación de malestar que había experimentado en Villa Bertramka: detrás de la invitación a la fiesta debía de encontrarse aquel perturbado. Fuera quien fuese, había decidido competir con él. Y casi notaba su aliento en la nuca. Él era el policía, pero se enfrentaba a la paradoja de estar en el lugar del culpable acorralado: no sabía qué hacer, adonde ir ni a quién dirigirse.

En Maguncia y Augusta, una vez terminados los años felices de la universidad, Von Weber se había dado de bruces con la dura realidad. Para capturar a un delincuente necesitaba testigos. Otra posibilidad era que el culpable dejara en el escenario unos rastros tan evidentes que fueran suficientes para incriminarlo: a diferencia de lo que había hecho su hábil asesino. O lo mejor de todo: tenía que

sorprenderlo in fraganti. El intendente no sabía cómo iba a conseguir solucionar el caso. De momento, lo único que sabía era que no tenía nada a lo que agarrarse. Necesitaba desesperadamente una ayuda externa. Por eso había estallado de alegría cuando por la tarde le habían comunicado que el padre Ungar había solicitado un encuentro con urgencia.

Nada más entrar, por segunda vez en el mismo día, en la biblioteca del Clementinum, vio que el religioso se le acercaba con los brazos abiertos. Estaba visiblemente excitado.

—Karl, he descubierto algo interesante, un detalle que también ha tenido delante de sus ojos pero que las prisas, seguramente, le impidieron ver...

Von Weber no contestó y se acercó al escritorio del fraile.

Como acababa de hacer el alcalde, el religioso había puesto una al lado de la otra las copias de los dos pergaminos encontrados en el canal del Diablo y en la iglesia de Santiago. De esa forma podía comparar los mensajes cifrados y los misteriosos dibujos. La advertencia en alemán era otra historia.

—¿No nota nada?

El funcionario observó con atención las hojas y lo entendió enseguida.

—¡Una de las palabras se repite idéntica en las dos frases!

—¡Exacto! —exclamó, satisfecho, el padre Ungar—. ¡Aquí la tiene!



—Ahora, fíjese bien —continuó el sacerdote—: Tiene cinco letras y la primera es mayúscula. ¿Esto qué le hace pensar?

Von Weber notó que el resto de palabras, incluidas las primeras de cada frase, empezaban por minúscula.

—Me lleva a creer que pueda tratarse de un nombre...

—¡Exacto!

El funcionario levantó la mirada.

—Pero ¿a qué puede referirse? ¿A un lugar?, ¿a una persona?, ¿o algo más?

—Todavía no lo sé —dijo el erudito negando con la cabeza—, pero vamos a descubrirlo... Además —añadió—, como puede ver, las letras de la palabra recurrente se repiten varias veces dentro de los dos textos.

Era cierto.

—¿Y eso qué implica?

—Refuerza la tesis de que se trata de un alfabeto, y no de signos arbitrarios. Y significa que, si consigo traducir ese único vocablo, habré dado un paso decisivo para

la interpretación de toda la frase.

—¿Cómo lo conseguirá?

El padre Ungar lo miró fijamente a la cara, meditabundo.

—Cuando esta mañana se ha ido corriendo, estaba a punto de proponerle algo. Si accede, enviaré por diligencia postal la copia de los dos pergaminos a Viena. Allí, los mejores traductores de Europa se enfrentan al babel de idiomas que hoy invade nuestro continente. Conozco a uno que se formó en la Universidad de Praga y que en los últimos años ha demostrado ser muy hábil en la interpretación de los idiomas extranjeros. ¿Me permite que le pida su opinión? Mientras tanto, intentaré hacer todo lo posible para desvelar la fuente y el secreto de los dibujos...

—Haga lo que considere oportuno —dijo Von Weber—, y considérese libre para actuar según su criterio. —Luego, al notar la expresión ensimismada del sacerdote, le preguntó—: ¿Hay algo más?

—Sí —contestó el padre Ungar—. ¿Se ha fijado en el rostro delimitado por este sol?

—Hace unas horas hablé del tema con el astrónomo Schönfeld. En su opinión, se trata de un símbolo alquímico, sin duda relacionado con la historia de Praga. Es una pista en la que quiero trabajar cuanto antes... —El sacerdote pareció dudar.

—¿Qué pasa? ¿La interpretación de Schönfeld no le convence?

—Sí, sí, la alquimia es una posibilidad. ¡Aunque tengo la impresión de que aquí hay algo más! —dijo clavando la mirada en el funcionario.

—Explíquese bien...

El padre Ungar cogió el pergamino.

—¡Mire esto! Por lo general, el sol alquímico tiene un rostro sereno, incluso sonriente, y muy estilizado. Este, en cambio, es un semblante fruncido, grave, y sus rasgos no están esbozados; todo lo contrario, parecen mucho más cuidados que el resto del diseño. Se podría llegar a pensar...

—¡Que se trata de un retrato!

—¡No, Karl! —negó de nuevo el fraile—. El homicida deja mensajes a la policía, ama el riesgo, le desafía a usted y a toda la ciudad... ¡Creo que este es su autorretrato!

El intendente dio un paso atrás. Tomó el pergamino en la mano y examinó la cara enmarcada en el sol.

Si lo que sugería el padre Ungar era cierto, estaba observando a su adversario.

Von Weber se concentró.

—Su hipótesis es verosímil. Y también creo entender qué sentido podría tener una decisión de este tipo...

—Sí —los ojos del sacerdote brillaban—, este hombre multiplica su desafío y lo lleva a muchos niveles diferentes...

El intendente empezó a recorrer a grandes pasos el centenario suelo de madera de la biblioteca.

—Las frases misteriosas son la clave para interpretar y romper la cadena de delitos. De algún modo, representan un desafío a sus mismas víctimas, ajenas al peligro...

—¡Primer nivel! —concluyó el padre Ungar.

—El mensaje en alemán es un desafío a la ciudad entera, a las autoridades de Praga, a sus habitantes, al primo del emperador, al propio José II... y este sería el segundo nivel.

El religioso asintió.

—Pero este rostro, si realmente es el autorretrato del asesino, es un desafío dirigido directamente a mí.

—¡Exacto! Y ya hemos llegado al tercer nivel de esta contienda...

Von Weber observó de nuevo el pergamino.

Reflexionó en voz alta:

—Nadie realiza un retrato que no pueda compararse con el modelo... —Levantó la mirada hacia su interlocutor—. ¡El asesino está entre nosotros! ¡Y me pide que lo busque!

—¡Encuéntrelo, intendente! Antes de que sea demasiado tarde...

A la vista de la rueda dentada todavía clavada en el cráneo del muerto, la mujer se desmayó y cayó al suelo sin soltar ni un gemido.

—¡Es ella! ¡Corre a llamar a Von Weber!

Era la última hora de la tarde, y mientras su compañero intentaba con torpeza despertar a la madura señora, el policía recorrió a toda prisa el camino que separaba la morgue de la facultad de medicina del ayuntamiento de Staré Mesto.

Sin embargo, cuando el intendente se encontró frente a la mujer en el sótano de la universidad, tuvo que solucionar un problema imprevisto.

—¿Cómo se llama?

Silencio.

—¿La víctima es su marido?

Ningún gesto, ni afirmativo ni negativo.

La mujer no dejaba de llorar y, en respuesta a las preguntas del magistrado, sacudía la cabeza sin proferir palabra. Hasta que, tras secarse las lágrimas, su expresión se endureció. Con dificultad, como si tuviera que vencer su propia resistencia, articuló con repulsión:

—*¡Ich spreche kein Deutsch!*

Von Weber y los dos policías abrieron los ojos, estupefactos.

Era checa.

—¡Llamad a Kovar!

Esperaron y, mientras aguardaban en silencio, bastaron unos pocos minutos para que bajo la bóveda de ladrillos de aquella fría sala la tensión llegara al límite. La mujer se retorció las manos desesperadamente, los dos agentes no podían parar de moverse de un lado a otro y la sábana blanca que cubría el cadáver, iluminada por una única lámpara de aceite, proyectaba un destello inquietante sobre el suelo y la pared. El intendente, inmóvil en su silla justo delante de la señora, percibía ese malestar pero no sabía cómo hacerle frente. Su único consuelo era pensar que al menos aprovecharía al máximo los servicios del policía checo. Ojalá sus cualidades fueran equiparables a la arrogancia que había mostrado unos días antes.

Cuando Kovar llegó, por fin se disipó la tensión.

El hombre uniformado ocupó el sitio de su superior y se sentó a unos pocos centímetros de la mujer.

—Pregúntale si este desgraciado es su marido.

Ella contestó que sí.

—Que nos diga cómo se llamaba y a qué se dedicaba.

Por lo que parecía, el nombre del muerto era Jan Kozeluch, de profesión mayorista de madera.

—Pregúntale cuándo lo vio por última vez.

Dijo que la noche anterior, horas después del crepúsculo: se preparaba para salir de casa.

—¿Y adónde iba?

No lo sabía. Sin embargo, al responder, la voz de Kovar sonó dubitativa.

—¿Qué ocurre?

El policía miró al intendente.

—Creo que miente.

Von Weber reflexionó unos instantes. Necesitaba vencer la resistencia de aquella mujer. Enseguida.

—Dile que no tiene nada que temer de nosotros, que haremos todo lo posible por descubrir quién ha matado a su marido y que su ayuda va a ser imprescindible. Tenemos que saber adonde se dirigía ayer por la noche y con quién iba a reunirse.

Kovar se dirigió a la viuda en un tono cautivador, pero ella no pareció dejarse persuadir por su compatriota. Más bien al revés. Cuando pudo replicar, lanzó una retahíla de frases vehementes y entrecortadas, y empezó a gesticular con fuerza. Señaló dos veces a Von Weber y luego al esposo fallecido. Finalmente, una vez terminada la invectiva, se recogió en sí misma y empezó a llorar de nuevo. Estaba claro que no tenía ninguna intención de volver a hablar. Kovar se dirigió a sus compañeros:

—Dice que ustedes tienen la culpa de todo...

—¿Y por qué razón?

—Según ella, su marido siempre ha sido un hombre respetable, pero un día entendió que necesitaba la amistad de los alemanes para ampliar su negocio. Desde entonces, derrochó mucho dinero en regalos y favores. Afirma que quería llegar a ser proveedor del ejército. La señora... —el policía vaciló—... la señora está segura de que fue un alemán quien lo mató.

—Una razón de más para que nos diga adonde iba el marido ayer por la noche.

—No confía en nosotros y en nuestros métodos...

El intendente perdió la calma. Maldijo para sus adentros a los checos y su orgullo nacional. Luego ordenó con dureza:

—Dile que si no coopera, incautaremos todos los bienes del marido hasta que se solucione este asunto. Pregúntale si quiere acabar en la calle...

Kovar se sulfuró.

—¡Pregúnteselo usted!

—De acuerdo, de acuerdo —accedió el funcionario—. Amenázala solo con el incautamiento. A ver si se decide a hablar...

El checo tradujo para la mujer las palabras de Von Weber.

Ella entrecerró los ojos, llena de rabia. Luego, mirando hacia la pared, pronunció solo dos palabras:

—Červená Lhota.

El jefe del Consejo de Justicia miró perplejo a su subordinado.

—¿Qué es?

—Un club social de hombres, muy exclusivo. Lo gestionan unos checos, pero la mayoría de los clientes son alemanes...

—¡Vamos!

Tras una escueta reverencia ante la viuda, de nuevo llorosa, los dos abandonaron el tétrico sótano de la universidad.

Se sentía agotado.

Habían transcurrido doce horas desde su primera visita al padre Ungar, y le parecía que aquel encuentro, así como el descubrimiento del cadáver en la iglesia de Santiago, había ocurrido hacía días. Pese a todo, no quería volver a casa antes de haber solucionado esa última cuestión. Ahora que sentía sobre él la mirada de todo el mundo, no podía permitirse cometer un error. En realidad, solo necesitaba una cosa: tiempo para recomponer las piezas del mosaico. Pero nadie iba a concederle el margen suficiente para actuar con calma. Ningún problema, se dijo Von Weber mientras caminaba rápido al lado de su joven subordinado, la inspiración le llegaría sobre la marcha. O, por lo menos, eso era lo que esperaba.

—¿Qué significa Červená Lhota?

—Es el nombre de una localidad en el sur de Bohemia —contestó Kovar—; es posible que el propietario sea de esa zona.

Una vez llegaron a su destino, llamaron repetidamente a la puerta con violencia, sin obtener resultado.

Aunque la noche ya estaba avanzada, el club parecía desierto, como si todo el mundo se hubiese citado para mucho más tarde de las doce.

—¡Policía! ¡Déjenos entrar! —gritó por fin Kovar en checo, y las puertas se abrieron de par en par.

Un criado, bastante molesto porque esperaba a los socios y lo habían interrumpido mientras ordenaba el local, les indicó que pasaran a un amplio salón. Una vez allí, mientras Kovar se quedaba de pie, Von Weber se dejó caer pesadamente en un sillón. Hundido en su asiento, suspiró y echó un vistazo a su alrededor.

Se encontraba en Praga desde hacía seis meses y nunca había sospechado la existencia de un sitio tan reservado.

Levantó la mirada al techo, pintado con frescos que representaban escenas mitológicas: reconoció a Hermes, mensajero de los dioses, y a las Parcas que tejían el hilo de sus inescrutables designios. Luego reparó en los frisos de las columnas que flanqueaban los grandes ventanales, y en las pesadas cortinas adamsadas que protegían de la luz y de las miradas indiscretas. El suelo estaba cubierto de alfombras orientales y, en las paredes, se podían admirar muchos lienzos con paisajes de grandes dimensiones. En conjunto, el salón transmitía una impresión de calma y discreción. Probablemente lo que requerían los acomodados socios del club, que acudían a él para evadirse de las aburridas costumbres y de las obligaciones cotidianas.

Luego el intendente se levantó, atraído por el billar.

Empuñó una bola que se encontraba en el lado corto de la mesa que tenía más cerca, y la hizo rodar lentamente hacia la banda opuesta. La esfera rebotó una, dos, tres veces hasta acabar en la tronera.

—Un golpe excelente —aprobó a su lado una voz apenas audible—, ¿dónde aprendió?

Von Weber se dio la vuelta, sorprendido. No había oído acercarse a nadie.

—En Augusta, con mis hombres. Pero, desde que estoy en Praga, aún no he encontrado a adversarios con quienes medirme. ¿Usted quién es?

—Pavel Rozincki, el propietario.

—¿Habla mi idioma?

—Por supuesto —contestó el encargado encogiendo los hombros—. En esta ciudad es difícil hacer negocios si no se conoce el alemán. Sin hablar su idioma, también resulta complicado entrar en el círculo de la gente que cuenta...

—La gente que viene aquí, quiere decir...

—Exacto.

—Es muy extraño —afirmó el magistrado—. Es la segunda vez en menos de una hora que oigo a alguien halagar la capacidad comercial de los alemanes...

Rozincki pasó por alto el comentario.

—Si usted frecuentara más mi barrio no le parecería tan insólito. Todos queremos progresar, ¿no? Por supuesto, siempre hay alguno de nosotros que utiliza el alemán para servir mejor a los extranjeros... —e indicó a Kovar, que los miraba vigilante desde el otro lado de la sala, a la espera de nuevas órdenes.

—Ese es un muy buen policía —comentó Von Weber—. Y ahora dígame si un tal Jan Kozeluch vino aquí ayer por la noche...

—¿Jan se ha metido en algún lío?

—Ha muerto.

El hombre no se inmutó.

Sin embargo, como no contestaba y se limitaba a jugar con las bolas de billar, el intendente lo apremió:

—Le aconsejo que colabore, por su propio bien.

—Lo último que deseo es entorpecer el trabajo de la policía —dijo Rozincki—; si el club tuviera que cerrar, mis socios lo lamentarían mucho. Solo estaba recordando los acontecimientos excepcionales de ayer. Ni siquiera en mi local es muy común asistir a una partida de billar como la de la pasada noche... —y se inclinó sobre la mesa verde a la vez que entroneraba una bola.

—¿Y Kozeluch?

—Oh, Kozeluch... —El encargado volvió a mirar a Von Weber—. ¡Kozeluch era un cretino! ¡Le repetí mil veces que no prestara dinero al primer desconocido que se cruzara en su camino!

Escena Tercera

**Donde se produce
un inesperado cambio de programa**

1

El Violinista se acomodó contra el respaldo del sillón. No cerró los ojos porque no hacía falta: a su alrededor reinaba la oscuridad.

Extendió las manos hacia el manuscrito, buscando las pesadas hojas que lo componían. Quería sentir, una vez más, el placer que le producía aquel contacto. Bajo la yema de sus dedos, los pliegues del pergamino se convertían en relieves, que él conocía y podía nombrar uno a uno. Percibió las esquinas redondeadas de las páginas y los bordes consumidos de las costuras. Las miniaturas desfilaban lisas bajo su mano, mientras que los complejos caracteres que inspiraban su obra se confundían entre sí.

Iba a pasar página cuando otra sensación se apoderó de él. De pronto, en el mundo provisional y finito creado por la falta de visión, en el mundo de oscuridad que había querido como refugio, también el olfato adquirió un peso que nunca había tenido antes.

Se concentró. Claro, estaba seguro...

Por primera vez descubrió que era capaz de distinguir el olor del manuscrito del de la piel desgastada de la encuadernación, y este último del hedor mucho más penetrante de las velas colgadas en las paredes y del humo. Intuyó que empezaba a producirse un milagro: la compenetración con el instrumento de muerte que el destino había puesto en sus manos.

Ahora sus poderes se multiplicarían.

Sonrió.

Sabía que muchos le considerarían un loco.

También sabía que estaba completamente lúcido.

Entonces abrió de par en par los ojos de la mente.

Vio sus manos aún sobre el pergamino y examinó con atención la página que había abierto al azar para emprender aquel viaje de los sentidos. Era el misterioso y extenso capítulo sobre astronomía del que había extraído la enseñanza necesaria para matar a aquel miserable comerciante. Estrellas y planetas, cometas y cuerpos celestes, lejanos en el espacio y en el tiempo del sol terrestre, lo miraban desde aquella arca de sabiduría que unas manos desconocidas habían recopilado siglos antes. Eran simples dibujos, pálidos simulacros de los astros que colgaban de la bóveda celeste, que, sin embargo, para él eran reales, los signos de un destino que por fin se iba cumpliendo.

Sugerida por aquella visión, una melodía sencilla como las leyes esenciales del cosmos fue tomando forma en su mente.

Se movió en la oscuridad. Agarró el violín con ímpetu e improvisó a partir de las tres notas que resonaban en sus adentros con insistencia. Se dedicó a variar la

melodía, con acentos siempre nuevos y originales, hasta que los dedos empezaron a dolerle. Durante casi una hora la música brotó vehemente y apasionada del instrumento. Pero no pensó en transcribirla. No quiso verterla en el pentagrama. Como se lo había jurado a sí mismo hacía tiempo, nadie iba a ejecutar jamás sus composiciones.

Nadie.

Acercó la luz a la mesa.

Terminó de entallar el filete: el corte oscuro de doble línea surcaba el fondo y la tapa armónica.

Cogió la tapa y la estudió con atención. Examinó su convexidad, se cercioró de que la curvatura de las eses fuera perfectamente simétrica y comprobó la barra para asegurarse que la reforzara como correspondía.

Luego colocó el alma, preguntándose una vez más cómo aquella barrita de madera que unía el fondo a la tapa armónica podía tener tanta importancia para el sonido del instrumento.

Admiró la veta recta y regular de las nuevas piezas, cuyo material procedía de los abetos rojos que poblaban los bosques del norte de Italia. Aquella madera ligera, resistente y elástica, era capaz de transmitir mejor que cualquier otra las vibraciones que luego se convertirían en música.

Finalmente, aseguró la tapa armónica a los aros y al fondo.

Estudió la nueva criatura, atrapada en las mordazas.

El primer violín fabricado por él empezaba a tener el aspecto deseado.

Crecerían juntos.

Bien se merecía aquella satisfacción.

2

En la mañana de ayer, el destacado comerciante de madera Jan Kozeluch, uno de los habitantes más influyentes de Nove Mesto, apareció muerto en la iglesia de Santiago. Este respetable ciudadano no tenía enemigos conocidos y, por lo que parece, el asesinato no fue la consecuencia de un intento de robo. Fuentes informadas de los hechos nos han revelado que cerca del cadáver fue hallado un mensaje amenazante contra las autoridades. El intendente del Consejo de Justicia, Karl Maria von Weber, no quiso desvelar ningún detalle sobre las investigaciones.

El Prager Zeitung desea expresar aquí toda su preocupación por un acontecimiento tan cruel e insensato, que además se produce a pocos días de la visita de los archiduques de Toscana, sobrinos de nuestro sagrado emperador José II. Vuelven a plantearse las dudas sobre la actuación de las autoridades, que nosotros habíamos puesto de manifiesto apenas la semana pasada, cuando la víctima de la mano asesina había sido una prostituta. Frente a la deplorable ineficacia de las medidas de seguridad pública adoptadas por el ayuntamiento, nuestro deseo es que sea el cielo quien proteja la ciudad de Praga de todo acontecimiento luctuoso durante los días de la visita real.

Quien nos protegerá de nuestros gobernantes seremos nosotros mismos, cuando corresponda. Por fortuna, en esta ciudad los cargos públicos se conceden por un plazo de tiempo limitado. No lo olviden, sus señorías de Staré Mesto.

Tras leer el artículo en voz alta, el funcionario arrojó la hoja sobre el clavecín.

—¡Por esto tiene que hablar! Y si no habla, ¡le voy a llevar directo a la cárcel!

Un murmullo de sorpresa se escuchó entre cantantes, músicos y trabajadores del Teatro de los Estados Generales de Praga. Muy pronto el desconcierto dejó paso a la indignación.

—¡Deje en paz al Maestro!

—¡Váyase y déjenos trabajar!

—¿Está usted loco?

Cuando los gritos volvieron a convertirse en bisbiseo, y este acabó apagándose, Mozart, que hasta ese momento no había proferido una sola palabra, apoyó las manos en el teclado e interpretó un motivo alegre. Tenía la mirada encendida.

—*El intendente quiere saber...* —canturreó mientras a su alrededor empezaban a oírse risas contenidas—... *De mis deudas quiere saber...* —El compositor hizo una breve pausa—. ¿Usted quiere saber cuánto le debía a ese mayorista de madera? ¿O se

conformaría con que declarase aquí, delante de todo el mundo, que cuando lo vi por última vez, lo juro en nombre de Dios, aún estaba vivo?

Como Von Weber no contestaba, Mozart continuó:

—*El era un rico señor; yo, un pobre compositor* —hizo una rima, y prosiguió acelerando el ritmo—: *Yo me gano mi dinero, de esto puede estar seguro.* —Luego, al compás de un final ritmado—: *Pero no mato... no, no mato.*

El músico se levantó de golpe, volcando el taburete, para recibir los aplausos del público.

—¡Basta!

El grito que había interrumpido la diversión de aquel insólito público no procedía de Von Weber.

—¡Stanzi! ¿Qué haces aquí?

La mujer del músico avanzó por la platea y descendió hasta el foso de la orquesta.

—¡Wolfi! Déjate ya de comedias y aclara enseguida todas las dudas del intendente.

El magistrado hizo una reverencia a la joven mujer.

—Puedo apañármelas yo solo, señora, pero se lo agradezco de todas formas.

Y dirigiéndose a Mozart:

—¿Qué tiene que decir?

El compositor abrió los brazos.

—De acuerdo. ¿Qué quiere saber?

Mientras la compañía se dispersaba, dudando sobre cómo aprovechar la pausa imprevista, el jefe del Consejo de Justicia dijo:

—Deseo que me cuente todo lo ocurrido esa noche, hasta el último detalle.

Al ver que Mozart seguía dudando, Constanze lo cogió tiernamente por un brazo.

—¡Vamos, Wolfi! Luego podrás volver a tu música.

El austríaco suspiró y por fin se decidió a hablar.

—Ese bribón de veneciano y yo jugamos al billar desde las dos hasta las cuatro de la mañana. Al final de la partida, yo iba en desventaja por doce golpes. Así que, en ese momento, mi deuda con Kozeluch, hasta entonces un desconocido para mí, ascendía a nada menos que doce táleros de María Teresa. Me imagino que esto ya lo sabía...

Constanze Mozart abrió los ojos como platos, desesperada: aquella historia era totalmente nueva para ella.

—¡Wolfi! ¿Cómo has podido hacerlo?

El marido, por su parte, no tuvo el valor de mirarla a los ojos.

—El propietario del club afirma que prometió saldar su deuda antes de la mañana de ayer. También dijo que le oyó todo el mundo...

—Así es.

—¿Y cómo pensaba solucionarlo?

—Muy sencillo. Estaba seguro de ganar.

—No debe de haber sido un momento fácil cuando se dio cuenta de que Casanova era más hábil que usted...

Mozart resopló impaciente.

—Querido intendente, usted valora los hechos a posteriori, porque sabe muy bien que ese buen hombre ha muerto. De todos modos, pese a perder contra Casanova, no me preocupé lo más mínimo. Mucho antes de abandonar el club, había obtenido de Kozeluch la autorización para aplazar el pago de la deuda hasta después del estreno de *Don Giovanni*. Cuando el empresario Bondini me pague, podré resarcir a todos mis acreedores... Y, por supuesto, en este caso tampoco me eximiré de mis obligaciones: la viuda del comerciante recibirá lo que le corresponde.

El intendente habría dado cualquier cosa por meter entre rejas a aquel hombre tan superficial y presumido. Pero no podía. No tenía ninguna prueba. Y si solo hubiese osado hacerle pasar una noche en el calabozo para darle una lección, habría tenido que enfrentarse a la ira de toda la alta sociedad de Praga. La sensación de impotencia que lo invadía debía de revelarse en su expresión, ya que Mozart hizo una profunda reverencia y le preguntó dócilmente:

—¿Puedo hacer algo más por usted, gran consejero de justicia?

Esta última broma consiguió arrancar unas risitas incluso a Constanze.

Von Weber sacudió la cabeza.

—No. Usted ni puede ni quiere hacer nada por mí...

Aun así, antes de irse, se acercó a Mozart y le desafió:

—Cuando esta historia acabe, le espero en mi casa para una partida de billar. Le dejaré una ventaja de doce táleros de María Teresa.

—Como usted quiera... —contestó Mozart, indiferente a la provocación.

Antes de que el intendente alcanzara el fondo de la sala, las notas del clavecín llenaban el aire. Los ensayos estaban a punto de reanudarse.

Ferdinand Schönfeld le había sugerido que investigara en el ambiente de los alquimistas. Y el padre Ungar había formulado una hipótesis extraordinaria: que el rostro enmarcado en el sol fuera el autorretrato del asesino.

Aquella mañana, mientras se dirigía al teatro para interrogar a Mozart, Von Weber había tomado en consideración las dos posibilidades y había llegado a la conclusión de que ambas merecían su atención. La segunda, sobre todo, le parecía fascinante. Sabía que ningún delincuente llevaría su desafío hasta el punto de manifestar su verdadera identidad. Pero el juego le intrigaba, y mientras caminaba, repasó mentalmente los rasgos de todas las personas con quienes había coincidido durante la investigación. No encontró ningún parecido con el rostro del pergamino, pero tomó la

determinación de archivar aquella cara en un rincón de su memoria, a la espera de que desvelara su secreto.

Mientras tanto, tras salir del teatro con la sensación de que Mozart se le había escurrido de las manos como una anguila, entendió que no podía ignorar las preocupaciones del alcalde y de sus consejeros por la seguridad de los archiduques. No quería darles mucho crédito, pero no podía permitirse subestimarlas: si estaba equivocado, podría producirse un auténtico desastre. Así que, después de volver a la oficina, mandó llamar a Kovar, en quien había decidido depositar su confianza sin reservas, y le explicó lo que necesitaba.

Fue así como, un par de horas más tarde, un distinguido y apuesto burgués se presentó en la puerta de Frantisele Kanka, un conocido agitador y líder nacionalista que intentaba encauzar todo el descontento del pueblo de Praga para dirigirlo contra las autoridades alemanas de la ciudad.

Solo quien lo conocía bien habría identificado bajo el atuendo de buen corte del visitante al policía checo Karel Kovar.

Kovar conocía aquella parte de Praga como la palma de su mano porque era allí donde había nacido, en Nove Mesto, la Ciudad Nueva, dos calles más arriba del portal frente al que estaba ahora. Y siempre había visto en la Narodna —la gran calle que separaba el barrio alemán de Staré Mesto del de Nove Mesto, de mayoría checa— un obstáculo más difícil de superar que el propio Moldava. Cuando por fin la había cruzado para alistarse en las filas de la policía municipal, había sentido que desembarcaba en un mundo nuevo.

Al oído del joven no había llegado el ácido comentario formulado la noche anterior por Rozincki, el propietario del club que había sido escenario de la última jugada del comerciante de madera. Aunque, de haberse enterado, lo rebatiría. Él no había aprendido alemán para servir mejor a los extranjeros: simplemente lo utilizaba para hacer carrera, y por ese mismo motivo seguía estudiándolo. De esa manera, tal vez en el futuro, el mando de la policía de Praga recaería en un checo, como debería haber sido desde el principio. El día en que había dejado atrás la Narodna no había renegado de su comunidad, sino de los métodos de los más obtusos de sus representantes. Por ejemplo, Frantisele Kanka, quien se obstinaba en soliviantar a sus compatriotas y en organizar ridículas tramas secretas sin comprender que aquellos alfilerazos no causarían ningún daño al gran e insensible cuerpo del Imperio Habsburgo. Solo desgastándolo y minándolo desde dentro se conseguiría derrumbarlo. De ninguna otra manera.

—¿No sabe que la policía de José II me controla día y noche?

—Lo sé muy bien —contestó el visitante con indiferencia—, pero a nadie se le puede prohibir recibir las visitas de sus parientes. Por suerte, ya acabaron los tiempos

del absolutismo...

Al oír esa broma, Kanka soltó una amarga carcajada.

—¿Y cuál de mis parientes sería usted?

—Yo soy Joacquir Hrubesh, un lejano primo vuestro de Pilsen —contestó Kovar—, aunque, para ser exactos, somos hermanos de sangre... —y mostró a su anfitrión una hoja doblada en cuatro y fileteada en negro—. Esto para que no piense que soy un vulgar agente de policía que ha venido a provocarle...

Kanka hizo un gesto de sorpresa.

Había reconocido el diploma de pertenencia a los Hermanos Bohemios. Extendió la mano, lo cogió y estudió con atención la fórmula que él mismo había ideado años atrás. Todo era auténtico, incluidas las firmas al final del documento y el sello con el león checo encadenado y sin corona, símbolo de la libertad perdida que luchaban por recuperar.

—¿Por qué ha venido hasta aquí?

—Para traerle esto —contestó el hombre de provincias, a la vez que le arrojaba una bolsa que tintineó al caer encima de la mesa.

—¿Qué debería hacer con su dinero? —replicó Kanka, de nuevo a la defensiva.

Kovar se le acercó.

—Todo el mundo en Pilsen y en las ciudades vecinas sabe que se está preparando un gran golpe. Los archiduques llegarán pasado mañana a Praga y los Hermanos Bohemios no dudan de que no se desaprovechará esta ocasión... —Señaló la bolsa rebosante de monedas—. Con el dinero que liemos recolectado para usted, le resultará más fácil comprar el silencio o la complicidad de los guardias y de quienes trabajan en el castillo...

Kanka desató los cordones que cerraban el inesperado regalo y dejó caer sobre la mesa un puñado de piezas de oro. Aquel hombre tenía razón: con todo ese preciado metal a su disposición para ablandar las conciencias, le resultaría más sencillo realizar sus nuevos proyectos.

Levantó la vista hacia el visitante.

—Acepto el dinero de los Hermanos de Pilsen. Dígales que en los próximos días les daremos una grata sorpresa... y lo mismo vale para los archiduques. No puedo desvelarle exactamente de qué se trata, pero quiero que sepan que las esperanzas de los checos no se verán frustradas. Ahora váyase. Muchos ojos indiscretos vigilan esta casa y lo último que deseo es alertarlos...

—¿No puede adelantarme algo más? ¡Los afiliados de la región están dispuestos a acudir en masa a Praga para sublevarse!

Kanka sonrió y apoyó afectuosamente una mano en el hombro del conspirador.

—Nada de acciones precipitadas, Hrubesh, nada de acciones precipitadas... Váyase, ¡adiós!

Después de que el visitante se fuera, Kanka se aproximó a la ventana y lo observó subir con seguridad, a grandes pasos, por la calle que conducía a la Narodna y, de ahí, a Staré Mesto.

—Un auténtico imbécil, ¿no te parece?

El checo se volvió hacia su compañero, que emergió de una habitación cercana.

—Un auténtico imbécil, sí, pero solo porque las noticias viajan más rápido de lo que cree. De no ser así, habríamos picado...

Apenas una semana antes todo el entramado de los Hermanos Bohemios de Pilsen había sido desmantelado, y la terrible noticia, pese a los intentos de la policía por mantenerla en secreto, había llegado hasta Praga en menos de cuarenta y ocho horas.

—¿Karl ha salido?

—Sí, se le ha adelantado pasando por la puerta de atrás...

—Me juego la cabeza —observó Kanka meditabundo— a que lo seguirá hasta el ayuntamiento de Staré Mesto. Ese es uno de los nuestros, pero apataba a policía. Se ha vendido a los alemanes, sabe Dios por qué...

—¿No le has dicho demasiado? —dudó el otro.

Kanka negó con la cabeza.

—¿Por qué? No le he revelado nada que esa gentuza ya no sepa. Ya lo verás... —añadió con un guiño—, todos recibirán la sorpresa que les corresponde. La visita de este amigo se resolverá con una ganancia redonda para nosotros. Su dinero nos viene de perlas...

—¿Has sido lo bastante persuasivo?

Kovar ya había recuperado su uniforme y se regodeó recordando la escena.

—No lo dude, señor. Debería haber visto la cara que puso cuando le dije que todos los checos estábamos dispuestos a correr a Praga. Estaba a punto de echarme los brazos al cuello...

—¡Bien! Ahora ve. Te llamaré en cuanto te necesite de nuevo.

El intendente del Consejo de Justicia de Praga conocía de sobra la actitud pasional y la imprudencia de los nacionalistas. Por eso los despreciaba y podía prever exactamente lo que harían. Kanka y sus cómplices, favorecidos por aquella financiación inesperada, se lanzarían a la acción sin pensar y desafiarían a todo aparato represor municipal. Y si lo que planeaban era un atentado contra las altezas reales, él los sorprendería con las manos en la masa.

Mucho más peligroso que organizar una sencilla redada preventiva y llevar al calabozo al mayor número posible de esos criminales. Casi como jugar con fuego.

Pero mucho más eficaz.

Atraparía a Frantisek Kanka y a todos los peces gordos y los enviaría a Viena, bajo la custodia de la policía secreta.

Y, por un tiempo, el foco de rebelión que alimentaban en Praga se apagaría.

3

—Intendente, no quiero ser indiscreto pero... ¿podría decirme cómo va la caza?

—¿Qué caza?

—¡La caza del asesino de la luna llena!

Von Weber, atónito, levantó la cabeza del plato, y dejó el tenedor y la carne suspendidos en el aire.

La inesperada pregunta, poco más que un susurro, había sido formulada por el mesonero.

—¿Asesino de la luna llena?

—El mismo —confirmó el hombre. Se inclinó hacia la mesa e indicó la sala llena de gente—; aquí no se habla de otra cosa...

El intendente bajó el tenedor; el apetito se le había pasado de golpe.

—¿Por qué lo llaman así?

—¿No es el que ha prometido armar una buena antes de la luna llena?

—Y usted ¿cómo lo sabe?

El mesonero se encogió de hombros, pero Von Weber no tardó en adivinarlo. El hombre, cuyo local se encontraba justo delante del ayuntamiento de Staré Mesto, había oído, o escuchado a hurtadillas, los discursos de quienes atravesaban la pequeña plaza para ir a comer a su local.

Al ver que Von Weber no le contestaba, insistió:

—¿Entonces? ¿No puede tranquilizarnos? No falta mucho para la luna llena...

El intendente echó un vistazo a su alrededor. Recayeron en él todas las miradas.

Se sintió incómodo. No estaba acostumbrado a dar explicaciones a la gente de a pie, y habría sido demasiado difícil aclarar cómo estaban las cosas. Difícil e inútil. Además, no podía: si algo de la investigación aún estaba bajo secreto, le correspondía a él preservarlo.

Se levantó.

—Esto es por su asado —dijo tirando una moneda encima de la mesa—, e intente mantener la boca cerrada. Si la noticia llegara a extenderse al resto de Praga, vendría a pedirle cuentas personalmente...

Para asombro de los parroquianos, salió del local sin más, dando un sonoro portazo.

«Asesino de la luna llena», reflexionó nervioso. ¿Podía imaginarse un nombre más estúpido y a la vez más eficaz para levantar pasiones y despertar la curiosidad del populacho?

Von Weber no pudo contener su irritación al caer en la cuenta de que no podía dedicarse a la investigación, ni elaborar un plan para detener la oleada de

maledicciones que, por culpa del mesonero, iba a extenderse como un reguero de pólvora por las calles y los barrios vecinos, hasta abarcar toda la ciudad. De hecho, había tenido que ceder a las presiones del alcalde Walther; y ahora, tras salir del mesón, se dirigía a toda prisa al castillo para un imprevisto e indeseable encuentro con el duque Heinrich Graf von Spee.

El funcionario ascendió por la colina que dominaba el Moldava. Cuando llegó a la puerta de Palacio Real, pidió paso para acceder a la que, hasta las primeras décadas del siglo xv, había sido la residencia de los soberanos del Sacro Imperio Romano.

El duque no le hizo esperar.

—Querido intendente —lo saludó sin más preámbulos que un apretón de manos—, ¿sabe por qué le he mandado llamar?

Von Weber recordaba muy bien las apreciaciones nada halagüeñas que el noble había dirigido a su policía apenas dos días antes, y prefirió no contestar.

El duque sonrió y prosiguió, fingiendo no haber notado aquella muestra de hostilidad.

—Los miembros de la familia real llegarán aquí el catorce por la mañana y se irán el dieciséis por la tarde. En su viaje de regreso a Viena atravesarán Hungría y pasarán por Praga. Durante su breve estancia se alojarán en el Palacio Real. ¿Está al tanto de todo?

Esta vez el intendente se vio obligado a contestar afirmativamente.

—Por supuesto.

—Bien —continuó el duque—. A lo largo de esos tres días aparecerán en público una sola vez. El día de su llegada acudirán al Teatro de los Estados Generales para asistir al estreno de la nueva obra de Mozart. Por lo demás, se limitarán a celebrar encuentros privados con la nobleza y los notables del lugar...

—Me han informado —replicó Von Weber con una nota de impaciencia en la voz.

—Pues bien —concluyó por fin Graf von Spee—, esta es la razón por la que le he convocado aquí. Deseo que la noche del catorce usted se incorpore a la escolta personal del archiduque Francisco, desde el momento en el que el cortejo real deje el palacio hasta su regreso. Y durante todo el tiempo que dure la representación, claro.

—Pero... —El magistrado trató de interrumpirlo.

—Lo que dije delante de vuestro alcalde no ha cambiado. Treinta húsares, escogidos entre los más fieles y capaces, se encargarán de proteger a los príncipes durante su permanencia y estarán presentes en la ópera. Aun así, necesito un control más cercano... y he pensado que sería un gran regalo que el emperador pusiera la vida del archiduque en manos del responsable de la seguridad ciudadana... es decir, de usted...

Von Weber pensó con preocupación en el misterioso homicida, que aquella noche se movería a su antojo mientras él no podría abandonar ni un momento al ilustre

visitante. Así que intentó oponerse.

—Tendré que hablarlo con el alcalde...

—El alcalde ya lo sabe —intervino el duque—, y está de acuerdo. Sea cual sea la identidad de quien conspira contra Francisco de Habsburgo, tanto si se trata de un asesino psicópata como de un grupo de esos fanáticos nacionalistas que pueblan los bajos fondos de Praga, usted deberá ser el último obstáculo que encuentren en su camino. Del resto se encargarán los húsares. Vuestra policía se quedará en la retaguardia...

El intendente soportó aquel insulto descarado sin chistar; tan solo un leve rubor encendió sus mejillas.

—Acataremos sus órdenes. Yo me encargaré de la seguridad del archiduque, como usted desea.

Sin embargo, justo antes de despedirse con un rígido saludo militar, una duda lo asaltó y le preguntó directamente:

—¿Quién se ocupará de la seguridad de la archiduquesa María Teresa?

—De ella se hará cargo el capitán Werner Heinkel, del Grand Maximilian. Se ha ofrecido personalmente y ha obtenido el encargo tras superar la dura competencia de muchos compañeros. En este sentido, no tenemos nada que temer...

El hombre lo esperaba a las siete de la tarde bajo las bóvedas de la iglesia de San Francisco de Asís.

Eso era todo.

No llevaba firma, ni sello, ni otro indicio que desvelara la identidad del remitente. Había encontrado la carta sobre su mesa tras volver a la oficina, y cuando había preguntado al guardia de servicio quién había pasado a dejársela, este no había sabido contestar. Tal vez, pensó Von Weber, el primo del emperador tenía razón: la disciplina y el control no eran cualidades propias de la policía praguense.

Ahora, mientras merodeaba entre las naves de la iglesia franciscana, a orillas del Moldava y justo en la entrada del puente de Carlos, se preguntaba si no habrían querido gastarle una broma. De hecho, a las siete no había nadie esperándole.

La única ruidosa presencia era la del sacerdote, que, con una larga vara de hierro, cerraba las altas vidrieras de las capillas laterales. Von Weber observó los gestos hábiles del hombre, perfeccionados con la práctica. Luego se aproximó al altar mayor, mientras un creciente nerviosismo se apoderaba de él, y se preguntó si no sería mejor regresar al ayuntamiento.

—Me alegro de que haya venido. —La voz amplificadas por el eco de la iglesia vacía retumbó a la espalda del funcionario, quien se dio la vuelta.

Detrás de él se encontraba el propio sacerdote.

—¡Usted!

El otro asintió.

—Soy el padre Erasmo, y usted debe de ser el jefe del Consejo de Justicia...

—Exacto... pero...

—Entenderá enseguida por qué no he podido formularle una invitación, por así decirlo, oficial. Tenga un poco de paciencia. Sígame...

El sacerdote cerró los dos últimos ventanales, los más alejados del altar, aseguró con un pesado cerrojo el portal de la iglesia y apagó con un matacandelas los diez bajos candeleros que iluminaban el templo. Dejó solo dos encendidos: el que iluminaba el tabernáculo y el que se encontraba a la izquierda del coro e indicaba el acceso a la residencia canónica. Cuando se dirigió hacia él, Von Weber no se quedó atrás.

—Ahora, hable... —El magistrado, sentado a los pies de un crucifijo de madera, observaba al religioso.

Era evidente que el cura se sentía violento y no sabía por dónde empezar. Se retorció las manos sin parar y miraba alternativamente al Cristo crucificado y al jefe de la policía de Praga. Por fin, casi mascullando, admitió:

—¡Vino a verme!

—¿Quién?

—Él, el hombre al que está buscando...

Von Weber se levantó de golpe, volcando la silla.

—¿Y qué quería?

El sacerdote lo miró desconcertado.

—¿No se lo imagina? Quería confesarse...

El intendente se acercó a la ventana. Fuera ya era de noche, y la canónica, que se abría sobre un jardín sin alumbrar, parecía sumergida en la más profunda oscuridad.

Von Weber se obligó a controlarse. Volvió a sentarse, paciente.

—Usted me ha pedido que viniera, y eso significa que quiere ayudarme. Así que le pido que me cuente todo lo que le ha dicho, sin omitir ningún detalle que pueda llevarnos hasta él. ¡Adelante!

El hombre lanzó una mirada al crucifijo, dudando si romper el secreto sacramental. Luego superó sus últimas dudas y empezó a hablar:

—Ha ocurrido esta mañana, durante las dos horas que dedico al confesionario cada día antes de comer. Yo ya estaba sentado en mi sitio y acababa de despachar con una anciana feligresa cuando, a través de la celosía, oí a un hombre arrodillarse.

—Es inútil que le pregunte por su aspecto, ¿verdad?

El hombre negó con la cabeza.

—No le vi la cara, y él mismo me suplicó en nombre de Dios que no lo espíara mientras se iba. Accedí.

Von Weber ocultó su decepción e insistió:

—Estoy seguro de que se habrá quedado con algún dato importante. ¿No recuerda nada?

El sacerdote reflexionó, y un brillo encendió sus ojos.

—Sí... al arrodillarse se dejó caer, como si le costara mucho esfuerzo. Y jadeaba... de forma casi imperceptible, pero ¡jadeaba!

Así que era de complexión robusta, o tenía alguna minusvalía física, tal vez una cojera. También podría ser un hombre mayor: eso explicaría su forma de respirar. Sin embargo, Von Weber tuvo que controlar su excitación y reconocer que esas intuiciones no tenían fundamento alguno. ¿Cómo era posible que un cojo, o un viejo, venciera la resistencia de Marie y del corpulento Kozeluch y se ensañara con ellos de esa forma?

El intendente no sabía qué pensar.

—Repítame lo que le dijo...

—No daba la impresión de sentirse abatido. Me habló con una voz monocorde, profunda... y tranquila. No parecía apesadumbrado o fuera de sí por haber segado la vida de un hombre y de una mujer. Después de las fórmulas rituales, confesó los dos delitos, solo eso, y ningún pecado más, pero no me contó nada de lo ocurrido en las dos noches de los crímenes. Luego pidió la absolución.

—¿Y usted? —preguntó Von Weber, desconcertado—. ¿Cuál fue su reacción?

—Yo... —el cura palideció visiblemente y tragó saliva—... lloré por él, en silencio, mientras hablaba. Me pregunté si de verdad estaba arrepentido de lo que había hecho y mi respuesta fue que en su voz, y, por consiguiente, en su corazón, no había ningún rastro de remordimiento. Sin embargo, no me atreví a preguntárselo porque temía su respuesta...

—¿Qué pasó luego?

—Le pedí que se fuera y no volviera. No le di la absolución... —y añadió con voz temblorosa—: Hoy he comprendido que no tengo la fuerza suficiente para soportar el peso de pecados tan terribles. Solo Dios puede juzgarlos y perdonar.

El intendente permaneció largo rato en silencio. Finalmente se levantó.

—¿Cree que matará de nuevo?

El sacerdote contestó sin dudarle:

—Sí.

—¿Volverá a confesarse?

Esta vez tampoco dio muestras de vacilación:

—Volverá. Siento que lo necesita, pese a la ausencia de arrepentimiento.

—Y usted, ¿qué piensa hacer?

—Seguiré echándole hasta que note en su voz algún indicio de cambio.

Antes de salir de la canónica, Von Weber preguntó:

—¿Por qué me ha hecho venir hasta aquí?

Esta vez el cura no pudo encontrar enseguida las palabras adecuadas.

—Tenía un peso encima y quería descargarle con usted —admitió—. Trata con criminales todos los días y estoy seguro de que su alma no se verá tan turbada como la mía por esta historia.

—Cuando vuelva, ¿me avisará?

El hombre afirmó con la cabeza.

—Sí...

—¡Coma, señor, coma! Seguro que estas no le sentarán mal... ¡Incluso puede que calmen alguna de sus preocupaciones!

La cocinera le sirvió un plato de salchichas humeantes. El perfume de las manzanas, que Herta cocía al fuego y casi dejaba derretir junto al chucrut, despertó el apetito que los cotilleos del mesonero de Los Tres Avestruces habían apagado.

Dio las gracias a la mujer y empezó a comer con avidez.

Von Weber vivía en un piso de seis habitaciones, muy acogedor, que le había proporcionado el ayuntamiento a su llegada a Praga. Se encontraba en el patio de Tyn, de manera que distaba solo unos pasos de la plaza de Staré Mesto y de su lugar de trabajo.

En realidad, seis meses no habían sido suficientes para que aquella casa se convirtiera en su hogar. Tal vez la causa era que pasaba muy poco tiempo allí; estaba fuera todo el día y a menudo dedicaba los fines de semana a visitar, por placer o por compromiso, a los muchos conocidos con quienes se trataba desde que vivía en Praga. Otros días prefería distraerse con alguna comedia o con un paseo por las afueras de la ciudad. Aunque a veces se paraba a pensar que si esa casa no le resultaba familiar era porque no la compartía con nadie. De hecho, pese a que se acercaba a los cuarenta, aún no se había casado. Gotinga, Maguncia, Augusta y ahora la capital checa: una vida tan errática no favorecía las relaciones estables. En más de una ocasión había encontrado a alguna joven de la buena sociedad capaz de despertar no solo su pasión, sino también sus sentimientos. Sin embargo, por un motivo u otro, nunca se había comprometido. En pocas palabras, cuando la chica le gustaba, los padres de ella solían rechazarle por no considerarlo a su altura. Cuando el objeto de deseo era él, las jóvenes que le demostraban interés pertenecían a una clase demasiado humilde para convenirle a un funcionario en rápido ascenso. Fuera cual fuese la razón de su celibato, la más perjudicada era la casa. Si, pese a todo, su apartamento tenía algo de calidez e intimidad doméstica, el mérito era de Herta y de su marido, Horst, que se encargaba de hacerle de camarero, asistente y, en ocasiones, cuando los problemas en el ayuntamiento se le hacían insoportables, también de confidente.

Tras llenar el estómago al final de un día convulso, Von Weber se sentó frente al

espejo de su habitación y llamó a Horst con un gesto de la mano. Él se acercó solícito.

—¿Mañana por la mañana no tendrá tiempo, señor?

—No, he de salir muy pronto. Por favor, ayúdeme...

El criado se puso de pie detrás del intendente y, armado de peine y cepillo y con suma paciencia, empezó a deshacer los nudos que el viento del día otoñal había formado en su peluca. Desenrollaba cada rizo con los dedos, procurando tirar de ellos lo menos posible para no molestar al señor, sumido en sus pensamientos.

—Horst —pronto Von Weber levantó la mirada—, si mataras a alguien, ¿por qué lo harías?

El hombre observó al intendente en el espejo.

—Es una pregunta insólita, señor. De todas formas, creo que podría matar si me lo ordenaran, como cuando era soldado, o por un arrebato... si estuviera muy, pero que muy enfadado...

—En ese caso, ¿perderías el control hasta el punto de llegar a matar?

—No lo descarto, señor.

—Supongamos que no fueras militar y que mataras más de una vez... En ese supuesto, la rabia del momento tendría muy poco que ver... ¿Podrías matar más de una vez, Horst?

El criado se tomó su tiempo antes de contestar a la nueva pregunta.

—Tal vez sí, señor. Pero en mi corazón ya debería estar determinado a matar a más de una persona...

—Te refieres a que tendrías un plan preciso, un proyecto...

—Claro —asintió Horst—, pero no solo eso.

—Es decir que sentirías una rabia tan grande que podrías llegar a matar varias veces. Incluso organizarías un plan para conseguir desahogar tu rabia.

—Exacto, señor.

Von Weber reflexionó unos instantes antes de resumir:

—Un hombre tan resentido con el mundo que sería capaz de convertirse en un asesino, y de matar una, dos, tres veces...

—Digámoslo así, señor...

El criado siguió en silencio con su trabajo unos minutos más. Luego dejó a un lado el cepillo y su gesto marcó el final de aquel breve intercambio de confidencias.

Horst quitó delicadamente la peluca de la cabeza del intendente, que pasó la mano por su ralo cabello rubio.

—¿A qué hora quiere que le despierte mañana, señor?

—A las seis, como todos los días.

—Bien. Le deseo buenas noches, señor.

Von Weber no contestó.

Cuando Horst cerró la puerta del dormitorio, él todavía permanecía delante del espejo.

Con la cabeza entre las manos, se preguntaba cuál sería la causa de toda aquella rabia.

4

—Es un rondó, querida Teresa —explicó Mozart con amabilidad—, y hemos de mostrarnos contentos para alegrar al público. Pero también nos encontramos al final de la obra, y no puede olvidar todo lo ocurrido hasta ahora. ¿Comprende?

Teresa Saporiti, la soprano que interpretaba el papel de Doña Ana, cerró los ojos para buscar la concentración necesaria en medio del bullicio del teatro. Luego asintió.

—Bien —aprobó el músico, contento—. Probemos una vez más...

Mozart apoyó los dedos en las teclas del clavecín, tocó con gracia los últimos compases de la introducción y dio a la soprano la nota correcta. Entonces las pícaras palabras de «*Non mi dir, bell'idol mio*» resonaron en la sala y se impusieron poco a poco al murmullo, hasta que la compañía entera se quedó escuchando cómo Doña Ana rechazaba al pobre Don Octavio y posponía indefinidamente la boda tan deseada por el noble.

Al darse cuenta del silencio que acompañaba al ensayo, Mozart miró a su alrededor y vio que, aunque la música estuviera pensada para divertir, parte del público se abandonaba a las lágrimas. El compositor miró con gesto triunfante a Lorenzo da Ponte, que estaba de pie a su lado, y tocó el resto del aria con mucho sentimiento.

Luego, mientras Saporiti recibía una ovación apoteósica, se dirigió al italiano:

—¿Ha visto, abad?

Da Ponte sonrió.

—No se podría esperar un resultado mejor...

—Es cierto —confirmó Mozart—. Un éxito insuperable. Se han emocionado —dijo distraído, a la vez que improvisaba una variación sobre el tema—, pero no por el fracaso de Don Octavio, sino por el de Doña Ana. En el fondo se queda con las manos vacías porque no ha sabido cómo comportarse ni con Don Juan ni con su prometido, mucho más comedido pero también más insípido que nuestro protagonista...

El músico se levantó con una sonrisa e hizo una reverencia a Da Ponte.

—Su libreto, abad, es realmente superlativo...

El italiano correspondió al gesto imitándolo.

—Me alegro de que sea de su agrado. —Luego señaló el escenario del teatro, en plena ebullición—. ¿Todo esto debe llevarme a pensar que la ópera se estrena mañana?

—Pues... ¡No!

Al oír aquella inesperada respuesta, Da Ponte dio un salto hacia atrás.

El libretista había llegado a Praga un par de días antes, preparado para recibir los

elogios y la parte de gloria que le correspondía por su obra. Como ya había trabajado con Mozart, estaba seguro de que la música sería inmejorable y de que el *Don Giovanni* tendría un éxito indiscutible de crítica y público. Además, ¿los habitantes de esa ciudad no habían demostrado ya en el pasado su amor incondicional por Mozart? Por otro lado, no había notado ninguna dificultad que pudiera entorpecer la preparación del espectáculo.

—Maestro —se apresuró a contestar, alarmado—, algún retraso, alguna imprecisión en el montaje, no son nada del otro mundo. Se trata de un estreno, el público lo comprenderá...

—Oh —respondió el compositor—. Estos cantantes son cabezotas, pero aprenden, y la orquesta solo espera un gesto por mi parte...

—¿Entonces?

Da Ponte no entendía, pero cuando los labios de Mozart se abrieron en una risita inesperada, como la de un muchacho que acaba de hacer una travesura, una intuición se abrió paso en su mente.

Su rostro se ensombreció.

—No me lo puedo creer —susurró—. Dígame que no es cierto...

La risita se había convertido en una sonora carcajada, y toda muestra de bochorno había desaparecido de la expresión de Mozart. Si esa era la reacción de Da Ponte, pensó, a saber qué cara pondría el director del teatro. Podía dar por seguro que Nostitz se desmayaría. Quizá lo mejor fuera no turbarlo con aquellas nimiedades...

—Pues, sí —admitió abriendo los brazos—, todavía me queda mucha música por escribir. Pero usted —pidió, burlón, bajando la voz con aire conspirativo— debe prometerme que no le dirá nada a nadie. Yo me encargaré del conde Nostitz...

El libretista se quedó boquiabierto mirando a su amigo.

Luego una risita empezó a aflorar también en sus labios, antes insegura, luego más fuerte, hasta que Da Ponte se abandonó a una risa irrefrenable.

Mozart nunca dejaría de sorprenderle.

—¿Y usted qué le ha dicho?

—Le he dicho lo siguiente. —El compositor adoptó su expresión más inocente—: «Conde Nostitz, el maestro escenógrafo no sabe lo que quiere, los actores de la compañía de Bondini son unos indisciplinados y cantan siempre a su manera, la orquesta es inexpresiva y todo lo que toca suena igual...».

—¿Y él?

—Él —contestó Mozart desternillándose— casi se moría de vergüenza; estaba sulfurado y no entendía si le hablaba en serio o en broma. —Antes de continuar, el músico se encogió para imitar al noble—: Al final se llevó las manos a la cabeza, desesperado, y me preguntó: «Y ahora ¿qué hacemos?».

Los presentes callaron.

En la sala del Cervená Lhota se distinguió claramente el repicar de un gran reloj de péndulo, que marcó la medianoche. Era un día de cierre, pero Pavel Rozincki había abierto solo para aquellos tres clientes selectos.

—Claro —dijo Da Ponte, que esperaba aquella respuesta desde la tarde—, Nostitz tiene razón. Mañana llegan los archiduques. ¿Qué les ofrecerá?

—Sí, Mozart —intervino Casanova, sorprendido por encontrarse delante de un hombre que tenía casi sus mismos recursos—, ¿qué va a hacer?

El músico levantó una copa de vino, contempló el líquido oscuro a través de la luz de un candelero y los miró sonriente.

—Muy sencillo, amigos: representaremos *Las bodas de Figaro*. Esto fue lo que le contesté al conde.

—¿*Las bodas de Fígaro*? —Constanze, tras despertarse ante la llegada del marido, bostezó maravillada.

—Sí —contestó Mozart mientras se preparaba para acostarse—. Es nuestra única posibilidad. Además, Bondini y los suyos conocen bien la ópera. La han representado varias veces este año. Lo mismo puede decirse de la orquesta...

—Pero ¿el conde Nostitz no se ha opuesto?

—¡Al contrario! Una vez superado el desconcierto inicial, me dio las gracias por la idea. Según se dice, la archiduquesa María Teresa y su hermano nunca han asistido a *Las bodas de Fígaro*, así que para ellos será un regalo tan valioso como el *Don Giovanni*...

Ahora Constanze estaba completamente despierta.

—Pero hay algo que no entiendo —protestó—. Parecía que los ensayos estaban muy avanzados, y el montaje también...

Luego se acordó de que, en los últimos días, su marido había empezado a llenar partituras a un ritmo endiablado.

Y lo comprendió todo.

Agarró al músico del brazo y lo obligó a darse la vuelta.

—Wolfi, ¿le has dicho la verdad? —preguntó, temiendo ya su respuesta.

Mozart bajó la mirada y se quedó mudo. La presión sobre su brazo aumentó.

—¡Contesta!

Mozart resopló.

—Sí, sí... le he contado cómo estaban las cosas. Le he explicado que en los últimos meses en Viena estuve demasiado ocupado para dedicarme al *Don Giovanni* como habría querido. ¿Acaso no es cierto?

—¿Cómo reaccionó él?

El compositor sonrió.

—Se puso completamente colorado y, si hubiera podido, me habría despedido en el acto. Luego se dio cuenta de que no tenía elección y, como hombre de mundo que es, acabó pidiéndome ayuda...

Constanze había vuelto a recostarse sobre la almohada.

Mozart se metió en la cama y se acurrucó contra su cuerpo.

—Ya sabes que hago todo lo que puedo. Sabes que pongo lo mejor de mí...

El sueño lo venció enseguida.

Mientras, su mujer se quedaba con los ojos abiertos y la mirada fija en el techo.

5

Aquella mañana había oído en la ciudad que iba a haber un cambio en el programa. En lugar del *Don Giovanni*, que aún estaba sin acabar, se representaría *Las bodas de Figaro*.

No le parecía tan mal.

Incluso lo prefería.

Ya había visto el *Fígaro* el diciembre anterior, y le había dejado aturdido. Aquella música, tan sencilla pero tan profunda, le había tocado el corazón definitivamente. Y aquella misma noche de casi un año antes, había entendido que debía reaccionar, moverse, demostrar a todo el mundo que era dueño de su vida y que podía controlarla. Incluso era capaz de imponerse sobre la vida de los demás.

De las escenas de *Las bodas de Fígaro* había nacido en él el deseo de convertirse en un hombre nuevo.

Se levantó de la butaca, asustado.

Un ruido imprevisto había llegado a sus oídos de entre la penumbra.

Luego escuchó el correteo de un ratón.

Tal vez la única criatura que compartía con él aquel antro oscuro.

Se preocupó. Había sentido miedo. Un error.

Pese a sus esfuerzos, no conseguía dominar del todo sus emociones, y bastaba un ratón para demostrarle que la lucha por controlar sus sentidos aún sería larga.

Era la mente, se dijo a sí mismo, su propia mente, su primer adversario.

¿Cuándo sería capaz de someterla a su voluntad?

Buscó una vela en la oscuridad y la prendió.

Luego encendió una antorcha que colgaba del muro de ladrillos desnudos e irregulares.

La reconfortante presencia del violín, apoyado en un tapete a unos pocos pasos de él, lo tranquilizó.

Se acercó a un mísero perchero del que descolgó sus prendas más valiosas. Para aquella importante velada, decidió ponerse un conjunto comprado el año anterior en la mejor sastrería de Viena: chaleco, chaqueta y pantalones, todos de terciopelo azul bordado de oro.

Ningún criado le ayudó a vestirse, a acomodarse la peluca y los zapatos. No importaba. Llevaba casi toda la vida haciéndolo solo.

Miró de reojo su reloj de bolsillo.

Eran las seis de la tarde.

Se echó descuidadamente la capa sobre los hombros y empuñó una antorcha para abrirse paso hasta la superficie.

El Violinista se puso en marcha.
Aquella noche tenía una entrada para la ópera.

6

Había visto al emperador una vez.

Había sido de cerca, en Viena, durante la festividad de San Esteban. Una de las pocas ocasiones en las que el soberano se mostraba al pueblo, durante una celebración que todos sentían como propia. Entonces también José II invocaba la protección del patrono de la ciudad, y en ese acto de sumisión se mostraba igual que los demás.

Un alemán entre alemanes.

Lo había visto mientras salía de la puerta de los Gigantes de la catedral y se encaminaba hacia la multitud exultante. Alto y de buena planta, de rasgos marcados y sonriente, se había detenido unos instantes y había levantado un brazo, agitando la mano en señal de saludo. Luego se había puesto los guantes, había intercambiado un par de frases con el obispo que le seguía de cerca y se había aproximado al coche de caballos, desapareciendo de su vista.

Para captar aquella imagen fugaz, había renunciado a la misa y había acudido con mucha antelación frente a la fachada de Steffi, como solían llamar familiarmente los vieneses a su catedral, junto con muchos otros ciudadanos y visitantes.

Ahora, sentado en la carroza descubierta de los archiduques, Von Weber observaba las facciones de Francisco, intentando buscar algún parecido con José II. Sin embargo, no encontró ninguno, pese a que el joven era hijo de Leopoldo, gran duque de Toscana y hermano del emperador.

El intendente se giró hacia la calle.

La muchedumbre acompañaba el paso de la carroza lanzando gritos y ondeando pañuelos, y Francisco respondía contento, asomándose primero a la izquierda y luego a la derecha. A su lado, su hermana saludaba con más compostura pero se mostraba igual de feliz por aquella acogida.

—¡Los praguenses nos quieren! —exclamó el archiduque casi sorprendido, dirigiéndose a Von Weber.

—¡Es natural, alteza! —contestó él levantando la voz para superar el clamor que los rodeaba—. Saben que un día los gobernará...

—¡... y han comprendido —terminó la frase el cuarto ocupante de la carroza, el capitán Heinkel—... que será un monarca justo!

Francisco sacudió la cabeza como si no se diera cuenta de todo lo que estaba ocurriendo, y volvió a dar las gracias al pueblo.

Oscurecía.

Mientras tanto, el cortejo de guardias a caballo y carrozas ocupadas por militares, nobles y autoridades civiles, avanzaba despacio por el largo recorrido que llevaba

desde el castillo hasta el puente de Carlos, de allí a la Karlova, a la plaza de Staré Mesto y, finalmente, al Teatro de los Estados Generales de Praga. El intendente se preguntaba cuál sería el motivo que llevaba a tanta gente a exaltar a un muchacho imberbe como aquel.

Von Weber suspiró.

Tal vez, se dijo, era la misma esperanza que años atrás había hecho que él emprendiera el viaje de Gotinga a Viena para poder lanzar una fugaz mirada al emperador José II.

La esperanza de que la autoridad escogida por Dios los salvara a todos.

¿Y si la vida de la autoridad se le encomendaba a un simple policía?

Cuando llegaron al teatro, la oscuridad había caído sobre Praga, pero el edificio refulgía de luces. En su interior, a medida que avanzaban por los pasillos, Von Weber oía crecer el murmullo excitado de la buena sociedad, que aguardaba impaciente la aparición de las jóvenes altezas reales.

La salva de aplausos que estalló en la sala enguinaldada a la llegada de la pareja fue ensordecedora. Todos se levantaron de las butacas, de los palcos y del foso de la orquesta, donde los músicos se pusieron en pie empuñando sus instrumentos.

Los gritos de bienvenida, las bendiciones, los besos y las palmadas no habrían cesado si el propio archiduque Francisco no hubiera extendido los brazos hacia el público, pidiendo silencio.

—¡Gracias! —exclamó—, en nombre de mi hermana María Teresa y en el mío. Si mi padre, el emperador José II, estuviera aquí en este momento, se sentiría muy orgulloso de la ciudad de Praga.

Acto seguido, el joven se volvió hacia el escenario, dio las gracias a los orquestales y se sentó en el centro de la primera fila. A su derecha se acomodó la archiduquesa, y a cada uno de sus costados se colocaron Von Weber y el capitán Heinkel. A su lado se fueron sentando todos los que habían participado en el cortejo, empezando por el alcalde Walther y el duque Graf von Spee, hasta llegar a Neurath y Von Schirach, intendentes de los consejos de Ley y de Comercio, y al obispo Krantz.

Luego, en los pocos minutos que mediaron antes del comienzo de la ópera, Von Weber, que sentía crecer en su corazón un estado de nerviosismo insoportable, intentó abarcar con la mirada todo el teatro para comprobar que la situación estuviera bajo control. Vio a los treinta húsares del Grand Maximilian distribuidos entre el público; atisbo al padre Ungar sentado cerca de los condes Thun y de los Waldstein; observó a los señores Duschek charlar con sus amigos artistas, y contó al menos a una docena de sus hombres vigilando sigilosamente todas las salidas. Kovar, a quien había asignado la delicada tarea de asegurarse de que nada fallara en el escenario, le hizo una señal cómplice entre bastidores.

Fue entonces, en el instante en que sus ojos se posaban sobre Constanze Mozart, quien ocupaba uno de los mejores palcos, cuando Von Weber escuchó al alcalde Walther preguntar nervioso:

—¿Dónde está el Maestro?

—¡Esta es la última!

—¡Cálmese, Nostitz! ¡El público aún no está a punto!

Detrás de Mozart, que observaba el patio de butacas del teatro desde el proscenio, el director no pudo contener un gesto de exasperación. Lo atrajo hacia sí y casi gritó:

—¡Está violando toda norma de protocolo! ¡Tenía que estar allí con la orquesta a la llegada de los archiduques, para saludarles junto al resto del público! ¿Quién se cree que es?

El compositor se giró hacia el conde, sonriente.

—¡Yo soy Mozart! ¡Ahora se lo demostraré!

El músico enfiló el pasillo que llevaba de la escena a la orquesta y, cuando estuvo bajo la luz de los focos, se volvió hacia la gente de Praga.

—¡El Maestro!

La voz serpenteó entre las filas de butacas y la sala se encendió de entusiasmo.

—¡Fí-ga-ro, Fí-ga-ro, Fí-ga-ro!

El público no paraba de ovacionarlo.

Solo cuando estuvo seguro de que la aclamación había superado la que acababan de dedicar a los archiduques, Mozart se dirigió a los músicos.

El silencio invadió el teatro.

Las luces se apagaron.

Y Wolfgang Amadeus Mozart pidió a la orquesta un *pianissimo* al unísono.

Empezaba la obertura de *Las bodas de Figaro*.

Von Weber no oyó la música, no escuchó el canto ni disfrutó de las escenas.

No notó las risas del público, ni su asombro.

A lo largo de toda la representación, dedicó una atención obsesiva al chico sentado a su derecha. Sentía que el archiduque y él eran la misma persona, que Francisco era su aliento, su corazón, sus nervios. Rezó para que no le ocurriera nada malo o, por lo menos, para ser capaz de inmolarse en su lugar.

Sumido en la oscuridad, el intendente conjeturaba.

¿Por dónde llegaría el peligro?

Volvió a pensar en el asesino de la luna llena, como lo había llamado el mesonero de Los Tres Avestruces, en las frases y en los dibujos misteriosos. En su mente se materializó la imagen del cuerpo de Marie, atado a la rueda de molino, y aquella terrible estrella dentada, un sol de hierro clavado en el cráneo de Jan Kozeluch. Aquellos pensamientos prefiguraban terribles desgracias que, según los temores del

alcalde, amenazaban con abatirse sobre las altezas reales. Pero ¿cómo se defenderían?

Aquel hombre podría ser cualquier persona, y esconderse en todas partes. Incluso podría estar sentado a su lado disfrutando del espectáculo, listo para poner en práctica sus amenazas... Mientras la ópera avanzaba, Von Weber se detuvo a observar la penumbra a su alrededor. Cuando vio que Heinkel introducía disimuladamente la mano derecha bajo la casaca, le invadió el pánico al pensar que extraería un puñal. Pero se avergonzó enseguida de ese temor. El militar sacó de su bolsillo un pañuelo bordado y se lo ofreció a la archiduquesa María Teresa, que le devolvió una agraciada sonrisa.

El intendente fue asaltado por la duda de que Kanka y sus seguidores hubieran conseguido introducirse en el teatro pese a los controles. Y odió a Mozart, que, con su ópera en cuatro actos, le obligaba a mantenerse alerta durante tres interminables horas. En aquellos momentos nada consiguió aliviar su miedo. Allí, bajo los deslumbrantes focos del Teatro de los Estados Generales, cualquier atentado parecía posible, todo nacionalista podía atacar a sangre fría.

Von Weber se secó el sudor, que emanaba abundante por debajo de su camisa. Aquel suplicio no terminaría nunca.

Luego una mano lo sacudió.

—¡Intendente! ¿Se encuentra bien?

El funcionario miró atolondrado al alcalde, que se levantaba.

—¿Adónde va?

—¿Qué quiere decir? ¡Nos vamos! ¡Se acabó! La ópera ha terminado...

Von Weber se giró hacia la sala y oyó apagarse el ruido de los aplausos. Las luces del escenario y de la platea se habían encendido y sus vecinos de asiento ya estaban de pie. Todos estaban pendientes de los movimientos de los archiduques, que charlaban con el conde Nostitz y con Mozart, porque nadie estaba dispuesto a dejar el teatro antes de que se fueran sus altezas reales. Cuando por fin una última lluvia de aplausos entusiasmados despidió al joven Francisco y a su hermana, que abandonaron el teatro en dirección a su carroza, el duque Graf von Spee se acercó al intendente. Tras apoyarle la mano derecha en el hombro, le susurró al oído:

—¡Un trabajo excelente! Ya me encargaré de que las autoridades de Viena tomen buena nota de ello.

Fuera de sí, el hombre se apresuró a despedirse de amigos y conocidos y se alejó a pie del teatro.

Cuando estuvo lejos de miradas indiscretas, se apoyó en un muro y se desabrochó el cuello de la camisa. Pese al frío penetrante de la noche, se estaba ahogando.

Se había sobrestimado a sí mismo.

Caminó tambaleándose como un borracho hasta que se vio obligado a sentarse en

los escalones de un portal. Aquella música lo había devuelto al año anterior, a su vida pasada y a su estadio de larva. De nuevo se sentía impotente, una vez más percibía su incapacidad frente al desafío que le lanzaba el destino.

Se levantó.

No podía volver a casa y exponerse a las luces del mundo.

Tenía que refugiarse en su secreto.

Tardó más de una hora en alcanzar la muralla meridional de la ciudad.

Allí surgía la fortaleza de Vysehrad, el lugar donde, según la leyenda, casi mil años antes, la princesa Libuse había soñado con la fundación de Praga y donde se había vertido mucha sangre antes de que surgiera, más al norte, el castillo. Ahora la fortaleza ya había dejado de ser un baluarte contra el invasor, pero su silueta, oscura e imponente, aún se recortaba en el cielo nocturno.

El hombre se adentró por el largo pasadizo subterráneo.

Alumbrándose con una antorcha, consiguió llegar hasta su escondite.

Una vez allí, antes incluso de quitarse la capa, asió el violín y empezó a mover frenéticamente los dedos sobre las cuerdas.

No consiguió sacarle ningún sonido inteligible: el arco golpeaba las cuerdas sin resultado. Esa incapacidad le desorientó.

Luego se acordó de Susana, la mujer de Fígaro que engatusa a Querubín cantándole «*Venite, inginocchiatevi*». Aun sin tener delante la partitura, recreó aquella maravillosa música con facilidad, de oídas. Las notas resonaban en su mente, los acordes nacían solos y la melodía parecía iluminar y llenar de vida la penumbra.

Por fin el Violinista se sentó, apaciguado.

Aquella terrible reminiscencia del pasado había desaparecido.

Seguiría por su camino.

Como debía. Como estaba escrito.

—¡Ah! Respirad, queridos amigos, ¿no es una noche maravillosa?

Mozart llenó sus pulmones del aire nocturno, subió al parapeto del puente de Carlos y abrió los brazos, a la vez que se ponía de cara al viento y observaba las aguas del Moldava, que se arremolinaban a sus pies.

—Pues yo tengo algo de frío —protestó Constanze—, ¡y me duelen los pies! ¡No entiendo por qué no hemos cogido una berlina!

—Para que nuestro amigo Mozart pudiera disfrutar un poco más de su merecido triunfo... Es más, ¿sabe lo que le digo? —Casanova trepó al parapeto mientras su larga capa se inflaba tras él—. ¡Yo también quiero saborear el aire de Praga!

—¡Eh! ¡No van a dejarme aquí abajo!

El abad Da Ponte saltó al lado del veneciano y se asomó al río. Extendió los brazos al viento, feliz por los aplausos recibidos en el teatro, y admiró la danza de las

blancas gaviotas que planeaban sobre ellos.

—Parecen... —una risita sacudió a Constanze a la vista de aquel trío tan animado — parecen estatuas del puente... sí, son como estatuas de puente... —y soltó una carcajada—. ¡Están locos! ¡Locos de verdad!

—¿Crees que alguien que no esté loco podría conquistar al público como lo hemos hecho nosotros esta noche? ¿Los visteis? ¡No dejaban de aclamarnos! ¿No tengo razón, amigos?

—Tiene razón, Mozart...

—¡Mucha razón!

—¿Tú qué opinas, Stanzi? ¿También nos harán una estatua para adornar el puente de Carlos?

Como la mujer no contestaba, el músico preguntó:

—¡Stanzi! ¿Dónde te has metido?

Se dio la vuelta y se sobresaltó por la sorpresa.

—¿Y bien?

Al oír aquella voz gutural, Da Ponte y Casanova también se giraron, y cuando vieron quién estaba junto a la mujer de Mozart, bajaron al empedrado.

—¿Y bien? —El policía reiteró su pregunta pero nadie contestó.

—Somos extranjeros —empezó a decir Constanze—, estamos volviendo...

El marido le apoyó una mano en el brazo, la hizo callar y empezó a silbar un motivo. Primero bajo, luego con más decisión.

El policía escuchó desconfiado... pero enseguida su mirada se llenó de asombro, mientras se quitaba la gorra y empezaba a silbar a su vez. Luego se despidió con una reverencia y volvió a su ronda.

Cuando lo vieron desaparecer en dirección a Staré Mesto, seguía silbando.

Entonces Casanova también se quitó el sombrero, inclinándose con una profunda reverencia.

—¡Maestro! —le reconoció a Mozart—, usted se ha ganado un premio inestimable: ¡el amor de la gente de esta ciudad!

El intendente se abrochó la capa hasta el mentón.

Había rechazado la berlina para poder ir a casa caminando; pero, aunque se trataba de un breve paseo, casi se arrepentía de su decisión. Parecía que de pronto el invierno había llegado a Praga. El clima, que al entrar en el teatro aún se anunciaba suave, se había recrudecido debido a unas ráfagas de viento helado.

Von Weber había decidido regresar a pie porque quería reflexionar sobre los acontecimientos de la noche. Debía admitir que la enhorabuena del primo del emperador lo halagaba y, con un poco de suerte, podría dar un nuevo empujón a su carrera. Pero no estaba tan seguro de poder atribuirse el mérito. Sabía que la presión a

la que había estado sometido había mermado su frialdad. Pese a toda su concentración, no recordaba casi nada de lo ocurrido durante las tres horas que había durado el espectáculo. Temía que, de tener que enfrentarse a un peligro concreto allí, delante del escenario, su reacción no habría sido lo bastante rápida.

Fue justo mientras se interrogaba sobre su sangre fría cuando oyó unos pasos a su espalda.

Se detuvo para escuchar mejor.

Los pasos no cesaron. Al contrario, se acercaban cada vez más, pesados y amenazantes.

Von Weber sintió un escalofrío. No tenía ninguna intención de sacrificarse como tercera víctima de aquel loco asesino.

Dobló la esquina y se escondió en la oscuridad.

Se mantuvo a la espera, aguantando la respiración, hasta que los pasos lo alcanzaron. Entonces, de un salto, salió al descubierto, agarró al hombre por el pescuezo y lo arrastró contra la pared.

—¿Quién eres? ¿Por qué me sigues?

—¡Señor! —contestó el individuo casi sin aliento por la fuerza con la que lo apretaba—, le estaba buscando... ¡Suélteme, por favor!

Estupefacto, Von Weber lo dejó libre.

De pronto reconoció su voz y sus facciones. Delante de él estaba uno de sus hombres, de paisano, como todos los que lo acompañaban en el Teatro de los Estados Generales.

No se disculpó, sino que le preguntó nervioso:

—¿Qué ocurre?

El otro se repuso y habló.

—En cuanto usted se fue, llegó un mensajero desde el castillo...

—¿Y qué decía?

—Esta noche, aprovechando la escasa vigilancia, alguien ha vaciado un depósito lleno de municiones. Cuando el robo ha sido descubierto, los ladrones ya se habían esfumado. No sabemos quiénes son, pero han dejado esto en el lugar de crimen... — entregó al intendente una hoja de papel.

Von Weber se acercó a la luz de una farola y palideció.

Aquel era el diploma de pertenencia a los Hermanos Bohemios. Lo abrió nervioso. Al final del documento reconoció el sello con el león checo encadenado y sin corona, y leyó el nombre del afiliado: Frantisek Kanka.

Enfurecido, el intendente arrugó la hoja y la arrojó al suelo.

Esos delincuentes se habían burlado de él.

Sus adversarios se multiplicaban.

ACTO SEGUNDO

Praga

15-24 de octubre de 1787

Escena Primera

Tres buenas pistas y una broma acertada

1

Von Weber extendía las manos hacia la chimenea y observaba las llamas. Se esforzaba por seguir el hilo de sus pensamientos hasta el final, después de haber dedicado más de una hora a recopilar en una hoja nombres, fechas y circunstancias de una trama ya muy enredada.

El amanecer apenas conseguía abrirse paso entre los densos nubarrones.

Tras los acontecimientos de la noche anterior, la tormentosa velada en el teatro y la noticia del inesperado éxito de los patriotas bohemios, el hombre no había podido conciliar el sueño y, al cabo de unas horas agitadas, se había encerrado en su estudio cuando aún era de noche, con la esperanza de concentrarse.

Ahora buscaba un momento de paz, pero nuevas preocupaciones le acuciaban: pronto la alarma por el robo de municiones en el castillo iba a extenderse por toda la ciudad, y sin duda le esperaba una tensa reunión con el alcalde y los demás notables. Le exigirían garantías y un aumento de la vigilancia, pasando por alto las preguntas más inquietantes sobre la estabilidad política de la segunda ciudad del imperio. Aunque nos les serviría de nada: iba a ser imposible impedir que todo el mundo se enterara de lo ocurrido, o negar que el golpe reforzaba de manera imprevisible las conspiraciones patrióticas que amenazaban la paz en la frágil comunidad de Praga.

El emperador José II había hecho mucho para que la capital del antiguo reino de Bohemia pudiera disfrutar de una autonomía más que formal, y así era como se lo agradecían.

Sin embargo, el intendente no lograba pensar en estas cuestiones. Se preocupaba por su situación. Aquellas horas se estaban revelando fundamentales para su carrera, y él se sentía acorralado e incapaz de enfrentarse a los acontecimientos. Tenía que solucionar el caso del asesino a toda costa, pero se había equivocado por completo de estrategia al decidir provocar a los patriotas checos que tramaban contra el orden establecido en la ciudad.

Con eso era suficiente para que el alcalde lo denunciara a las autoridades imperiales.

Mientras seguía inmerso en sus reflexiones, llamaron a la puerta.

«Aquí está», pensó, a la vez que daba la orden de entrar.

Karel Kovar se detuvo frente a él en posición de firmes.

—¡He venido enseguida, señor!

—Era tu deber —contestó fríamente el magistrado.

El policía se preocupó: su superior le había mandado presentarse con urgencia y

ahora le hablaba en tono severo.

—Lo sé todo —se apresuró a añadir—, y estoy aquí porque me siento responsable de... mi fracaso.

Esa leve vacilación era más elocuente que muchos discursos. Von Weber sonrió y miró a su subalterno.

—De nuestro fracaso, querrás decir...

—Señor...

—Tranquilo, Kovar, no hay nada que temer. Has actuado bajo mis órdenes y lo has hecho bien. La idea era buena y ambos la compartíamos, pero está claro que nuestros adversarios estaban menos despistados que yo. Mientras me afanaba en intentar solucionar esos terribles homicidios, ellos se han aprovechado de mi distracción.

Von Weber se sentó, sin invitar a su subalterno a que hiciera lo mismo. Clavó su mirada en el joven y añadió en tono serio:

—En primer lugar, por supuesto, debo pedirte que no hables con nadie de tu visita a Kanka. Seamos claros, cualquier indiscreción podría acabar con mi carrera, pero yo sabría contra quién vengarme, ¿no es cierto?

La amenaza era explícita. El joven asintió.

—Bien —comentó, escueto, el magistrado—. Y ahora, querido Kovar, ¿tienes alguna idea sobre cómo salir de este embrollo y tranquilizar a las autoridades de nuestra noble ciudad?

Kovar se animó y abandonó la rigidez de su postura.

—Estoy seguro de que no le diré nada nuevo, es decir... nada en lo que no haya pensado ya.

Ahora el joven empezaba a confundirse. Von Weber lo invitó a continuar.

—Habla. No te preocupes de lo que yo pueda o no pueda haber pensado.

—Bueno, me parece que todo está claro...

El intendente arqueó una ceja, pero el policía no se dio cuenta de la ironía que asomaba en el rostro de su superior. Entusiasmado por su discurso, en un momento dado llegó incluso a apoyar las manos en el borde del escritorio.

—Vamos a ver: Kanka y los suyos deciden rechazar la mano que les tiende el emperador. Entonces, ¿qué hacen? Cometan dos homicidios que ponen patas arriba toda la ciudad: una prostituta que recibe a clientes alemanes y un comerciante que presta dinero a los alemanes.

—En ambos casos podríamos objetar que el dinero no entiende de lenguas ni de razas, mi buen Kovar.

—Pero ¡no se trata de eso! Han dejado claro que no van en contra de los buenos checos que se quedan entre los suyos y se ayudan unos a otros, y al mismo tiempo han aumentado la tensión en torno a la visita de los archiduques. Nuestra respuesta ha

sido intentar provocarles con mi visita a Kanka, pero también nos hemos centrado en la seguridad de los príncipes y ellos han robado las municiones...

Von Weber sonrió. En el fondo aquel joven le gustaba. Además se le ocurrió que, aunque el hombre que tenía enfrente no parecía llegar demasiado lejos en sus razonamientos, su entusiasmo le convertía en una ayuda muy útil, sobre todo ahora que ya había decidido cómo emplearlo.

—¿Y bien? —preguntó en tono resolutorio al policía.

Kovar se cuadró de nuevo.

—Eso es todo, señor. Me mantengo a la espera de nuevas instrucciones.

Von Weber volvió a sonreír.

—Y tengo unas cuantas, Kovar, aunque me parece que no van a gustarte.

El policía no perdió la compostura. El intendente continuó:

—Como ya te has comprometido y parece tener las ideas tan claras sobre el vínculo entre los Hermanos Bohemios y los homicidios, te ordeno que investigues tú mismo en el entorno de los rebeldes de la ciudad. Perseguirás a aquellos señores y a su cargamento de armas y guiarás a un grupo de hombres de confianza y adecuados para esta misión. Quiero resultados en un tiempo breve; mejor dicho, hoy mismo: registros, incautaciones, arrestos. ¿Alguna pregunta?

El joven tenía la mirada fija al frente. Se quedó un largo rato en silencio, luego preguntó:

—Ha dicho hombres adecuados, pero ¿para qué?, si puede saberse.

Von Weber dudó solo un momento.

—Adecuados porque todos serán checos y habrán nacido en la ciudad o, como mucho, en sus alrededores.

En el rostro de Kovar se dibujó una amarga sonrisa, pero Von Weber no le permitió ningún comentario.

—Lo que quiero decir es que un investigador alemán, al cargo de policías alemanes, no podría obtener resultados satisfactorios. Y tú lo sabes: solo unos checos pueden investigar eficazmente a personas que pertenecen a su propio pueblo.

Von Weber se levantó. Sabía que sus palabras sonarían desagradables, pero había llegado el momento de pasar a la acción.

—No soy un necio, Kovar. Sé muy bien que te estoy pidiendo que traiciones a tus hermanos en nombre de los odiados opresores. Es una responsabilidad grave, pero yo me veo capaz de asumirla por el bien de todos. ¿Qué piensas?

—A sus órdenes —fue la escueta respuesta del policía.

Von Weber lo presionó:

—¿Sabes que de esta manera te crearás muchos enemigos y expondrás a tu familia y a tus amigos a represalias?

—Sí.

—La comunidad de la que formas parte podría acabar muy dividida, y es posible que esta misma oficina sea acusada de querer avivar el conflicto y crear nuevos desórdenes. ¿Lo entiendes?

Kovar miró a su superior a los ojos.

—Señor, creo en la posibilidad de vivir juntos, bajo una autoridad legítima y razonable, sobre la base de un entendimiento más amplio que la simple pertenencia a una nación.

Von Weber se sorprendió. La defensa abierta y argumentada de aquella convicción política lo cogió por sorpresa. Observó a su interlocutor. ¿En sus ojos había idealismo o una ambición ciega y exacerbada como la suya?

Karel Kovar sostuvo su mirada.

—Bien —dijo el intendente—, como he dicho, empezarás enseguida. Me comunicarás cualquier novedad, incluso la más insignificante. Y no tomes ninguna iniciativa relevante sin antes consultarlo conmigo. Tú y tus... cinco hombres deberéis guardar la máxima discreción. ¿Todo claro?

—Todo claro —confirmó el policía.

—No lo olvides. —Von Weber abrió uno de los cajones de su escritorio y extrajo una hoja, que entregó al joven con un gesto seco—. Tu investigación será transversal, como la mía. Así que mira con atención y dime qué opinas.

En la hoja habían sido copiadas con sumo cuidado las dos misteriosas e indescifrables frases utilizadas para firmar los homicidios. También había una copia aproximativa de los dibujos.

El policía cogió aquel papel y lo examinó durante unos instantes bajo la primera luz de la mañana. Luego levantó la mirada.

—No me dicen nada —contestó.

—A mí tampoco, de momento. Pero el asesino, o los asesinos, han usado este código para desafiarnos y tal vez, como has dicho, para distraernos. Quédate esta hoja, yo también tengo una copia. Utilízala para intentar comprender mejor su trampa. Y no vayas enseñándola por ahí si no es necesario; la gente ya empieza a tener ideas extrañas...

Luego el intendente se sentó y explicó con detenimiento a Kovar en qué punto estaba la investigación. No le hizo falta mucho tiempo. En unos minutos ya había terminado.

—Por desgracia, esto es todo. Si tu hipótesis acerca de la culpabilidad de tus compatriotas es correcta, serás tú quien la confirme y quien reciba los honores que mereces.

Sin más palabras, Kovar se despidió.

Von Weber le vio salir.

«Corre detrás de tus hermanos», pensó, «así tendré toda la libertad para seguir

otra pista».

En cuanto se fueron los archiduques, en el ayuntamiento se celebró una reunión. Al alivio por el buen éxito de la visita oficial se unió la rabia por el revés provocado a la guarnición ciudadana y por la inesperada prueba de orgullo patriótico de la que todos los praguenses ya estaban al tanto. Fue casi imposible convencer al duque Graf von Spee para que no le diera al emperador un informe negativo de la situación.

—Las fuerzas de policía acaban de apuntarse un rotundo éxito contra los insurgentes en Pilsen —recordó el alcalde Fritz Walther—. El intendente Von Weber nos asegura que el robo de la noche pasada es el último coletazo de una organización ya descabezada, cuya acción se ha visto favorecida por unas circunstancias excepcionales. Él mismo ya ha dado disposiciones para proceder a la búsqueda y captura de los culpables. Mientras, en la ciudad no se registran señales preocupantes; todo lo contrario: la población ha celebrado abiertamente la visita de los amados miembros de la familia imperial y les ha dedicado una cálida acogida, como usted mismo pudo comprobar.

A la vez que el alcalde avanzaba en su discurso, el intendente lo acompañaba con enérgicos gestos de aprobación y muestras de seguridad.

Graf von Spee declaró que abandonaba la ciudad consciente de las dificultades a las que se enfrentaba una joven administración autónoma. De todos modos, era innegable que la visita de Francisco y María Teresa de Habsburgo había sido un triunfo.

—De momento —concluyó el noble alemán—, esta comunidad aún merece la confianza que la casa imperial a la que represento concede a sus buenos súbditos, sea cual sea su nación de pertenencia.

El tono con el que pronunció sus palabras sonó benévolo, y la tensión se deshizo al instante.

Una vez terminado el encuentro, Von Weber solo tuvo que aguantar una breve retahíla de consejos por parte del alcalde.

«Si supiera que he provocado a los Hermanos Bohemios y les he pagado en lugar de ordenar su detención preventiva...», pensó, divertido, Von Weber.

Sin embargo, cuando salió del ayuntamiento se dio cuenta de que no estaba de buen humor. Su cicatriz palpitaba, mientras la mente trabajaba sin descanso en busca de una solución.

Sobre el mediodía, el magistrado cruzaba con paso decidido la plaza de la Ciudad Vieja, sumido en sus pensamientos. Una voz educada interrumpió sus reflexiones y detuvo su caminar.

—¿Intendente Von Weber?

Se dio la vuelta. Frente a él se encontraba un paje, vestido con extravagante elegancia.

—¿Habla conmigo?

El individuo hizo una reverencia.

—Si me permite, mi amo desea invitarle a su mesa —dijo señalando la dirección de la que procedía. Se hallaban frente al reloj astronómico de la torre del viejo ayuntamiento. Delante del célebre monumento se encontraba uno de los cafés más elegantes de la ciudad. El criado había indicado ese local, y allí, sentado a una de las mesas visibles a través del cristal, un hombre intentaba atraer la atención del funcionario con gesto cortés.

—¿Quién es su amo? —preguntó Von Weber aguzando la vista. No lograba reconocer al hombre que le hacía señas.

—Es el señor Casanova —contestó el paje, mientras se encaminaba hacia el café con el aire de estar acostumbrado a despertar la máxima curiosidad con ese nombre.

El intendente entró en el local y se aproximó al desconocido. El caballero lo estudiaba desde su mesa con una amable sonrisa, pero no se había puesto en pie. Al contrario, cuando tuvo a Von Weber más cerca, le habló con cierta familiaridad, como si todo el mundo tuviera que sentirse honrado por ser invitado a su mesa.

—¡Intendente! ¡Qué placer! Siéntese aquí.

Von Weber ya estaba pensando: «¿Qué querrá este individuo de mí?», pero el otro no le dio tiempo a replicar ni a excusarse por sus numerosos compromisos.

—Siéntese, siéntese. Es una gran suerte para usted que le haya visto pasar... —Y frente a la mirada algo perpleja del alemán, que se disponía a sentarse, añadió—: ¡Claro! ¡Es así! Piense que, de no haberle reconocido, habría ido hoy mismo a visitarle. —Luego se dirigió al camarero y, acto seguido, de nuevo a Von Weber—: ¡Algo de beber para mi invitado! ¡Ahora mismo!... ¿Café? Es de su agrado, ¿verdad?

—No lo tomo a menudo...

Pero el veneciano ya asentía en dirección al camarero y, satisfecho, retomaba su discurso:

—Vamos a ver, tenía que verle sin falta porque usted me debe unas disculpas.

Eran palabras desafiantes, que contrastaban con su tono de voz y su alegre sonrisa.

—No entiendo —empezó a decir Von Weber—, prácticamente no le conozco...

—¡Esa es la cuestión! —se animó el veneciano asestando un golpe en la mesa.

Por un momento Von Weber tuvo la impresión de encontrarse en el teatro. El hombre que le hablaba, ya algo mayor pero elegante, con el rostro empolvado y una llamativa peluca de reflejos anacarados, debía de ser el protagonista de una comedia: el celoso tutor de una joven en edad de casarse sobre la que él habría puesto su

incauta mirada, o algo por el estilo. Sin embargo, fueran cuales fuesen sus pensamientos o su estado de ánimo, quien lo había invitado parecía estar completamente centrado en sí mismo.

—Me debe unas disculpas porque soy el único hombre en la ciudad, y puede que en todo el imperio, capaz de ayudarle y usted se niega a recurrir a mí.

—Perdone, pero ¿ayudarme a qué?

—¡A desvelar el misterio de los temibles mensajes del asesino de la luna llena!

Aquello era demasiado. El intendente hizo ademán de levantarse, irritado, sin ni siquiera preguntar a su interlocutor cómo había conseguido enterarse de los detalles de la investigación. Pero el hombre no parecía estar dispuesto a discutir ni sobre ese tema ni sobre ningún otro. Sin preocuparse de resultar agresivo, le agarró una mano y la retuvo entre las suyas. Luego le miró fijamente y susurró:

—Si se levanta, renunciará para siempre a la posibilidad de avanzar en su búsqueda.

Algún que otro cliente ya empezaba a observarlos desde las mesas cercanas, atraído por aquel comportamiento insólito. Von Weber optó por ser amable:

—Perdóneme, señor, pero, como usted mismo parece pensar, mi investigación no puede sufrir más interrupciones.

—Y no habrá ninguna —le cortó el presuntuoso caballero—. Así que, para que no perdamos más tiempo, dígame a quién le ha mostrado los mensajes cifrados del asesino.

Era imposible eludir la respuesta; además, estaba claro que el secreto alrededor del caso había sido más que aireado. Von Weber contestó a la pregunta:

—Al padre Ungar, bibliotecario del Clementinum, el más reconocido experto en documentos antiguos y en idiomas de la ciudad.

—¡Así que a un cura! —protestó Casanova.

—Sí, un cura. ¿Le sorprende?

—Me sorprenden los límites que usted mismo se impone, señor. —Era una acusación. Ahora Von Weber empezaba a enfadarse, pero el italiano siguió con su discurso, pasando por alto la reacción de su invitado—. Existen saberes de los que los indignos están convenientemente excluidos, y los sacerdotes se cuentan a menudo entre ellos: gente que se cierra en torno a posturas preconcebidas, siempre en busca de herejías, ¡que niega la libertad de la ciencia!

—Es posible, pero el padre Ungar...

—El padre Ungar es uno de los mejores, lo sé, le conozco. Aun así, puede que no frecuente los ambientes adecuados, ¿entiende?

A Von Weber no se le escapó la indirecta.

—Mientras que usted...

—Yo, señor, conozco artes mágicas y tradiciones esotéricas, y tengo acceso a

lugares secretos, que, pese a serlo, pronto iluminarán Europa con una luz deslumbrante. —Esta vez su tono era triunfal.

Casanova se aproximó con aire cómplice al rostro fruncido del magistrado.

—El desafío que los asesinos han lanzado a la ciudad se origina en sus secretos más profundos, o por lo menos hace referencia a ellos. ¿No lo entiende?

El intendente endureció el gesto.

—Lo único que entiendo es que se está jactando de conocer elementos útiles a la investigación. De manera que hable claro u ordenaré que le detengan por encubrimiento.

Toda la rabia reprimida por el ambicioso hombre de ley estaba contenida en aquellas palabras. Su interlocutor dudó y se puso serio. La amenaza había surtido efecto.

—No tenía intención de...

—¡Sí que la tenía! ¡Ya estoy harto de bromas! ¿Quiere mostrarme algo? ¡Entonces hágalo o deje de hablar! —Von Weber se levantó, exasperado.

El italiano no intentó detenerle. Parecía pensativo. Luego, antes de que el magistrado pudiera alejarse, añadió con ímpetu:

—De acuerdo, señor. Hay algo que quiero enseñarle. Pero según mis condiciones. ¿Le interesa?

El intendente resopló. Llegó el café. Se sentó y se dispuso a escuchar.

2

El aire frío de la noche penetraba en la berlina por una ventanilla abierta. Pero lo que más le preocupaba no era la temperatura del carruaje. Karl Maria von Weber no dejaba de pensar que sería inapropiado que le vieran cruzando la ciudad en aquella curiosa condición. Iba vendado. Una ancha bufanda de sede negra le ceñía la cabeza, y por eso procuraba mantenerse sentado con la cabeza bien apoyada en el cojín. Para verlo, habría hecho falta introducir la cabeza por la ventanilla.

Volvió a considerar el riesgo que corría. El, un oficial público, estaba acudiendo junto con un conocido aventurero a la reunión secreta de una cofradía ilegal.

Mientras la berlina avanzaba, el magistrado reflexionaba sobre ese día. Después de la conversación con Casanova y del acuerdo alcanzado con él, la tarde también le había reservado más de una sorpresa.

Aún no eran las tres cuando en su oficina había irrumpido Karel Kovar, agitado e incapaz de contener su entusiasmo.

—¡Mozart le mintió! —había exclamado sin más rodeos.

Von Weber había observado a su subordinado con atención.

—¿Mintió? ¿Respecto a qué?

—Respecto a la víctima que encontramos en la iglesia de Santiago. Hacía tiempo que se conocían, al menos desde el anterior viaje del músico a Praga, cuando vino aquí en enero y febrero de este año.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque he encontrado esto —y el policía había entregado a su superior una libretita muy gastada por el uso.

—Léala. Hay notas sobre varias cuestiones de negocios: ventas de madera, suministros, precios, transportes... pero se entremezclan con otros apuntes referidos a asuntos más confidenciales: parece que se trata de préstamos con usura. ¿Lo ve? Hay cifras, porcentajes, plazos, sin ninguna referencia a una u otra mercancía.

Era cierto. Aquellas paginitas, escritas con una letra menuda y desordenada, eran el diario de un hombre muy ocupado.

—¿De dónde ha salido esto? —preguntó Von Weber.

La mirada de Kovar se llenó de orgullo.

—He hablado de nuevo con la viuda. Le he dicho... que usted no tenía ninguna intención de esclarecer el asesinato de un honesto comerciante checo y ella ha decidido colaborar... conmigo.

Von Weber había preferido ignorar el tono triunfante de su subordinado y el odioso mensaje implícito en sus palabras. Mientras tanto, leía esas páginas dedicando especial atención a las notas que resumían el último año de actividad de la víctima.

Tras llegar al período que coincidía aproximadamente con la primera estancia de Mozart en Praga, le resultó evidente la razón por la que Kovar había actuado con tanta premura. De hecho, en un momento dado, Kozeluch había anotado en la libreta una cantidad considerable, omitiendo todo detalle relacionado con la naturaleza de la transacción. A la cifra iba asociado un nombre: «W. A. Mozart».

El intendente había observado al joven checo, que le miraba satisfecho, a la espera de algún comentario.

—Muy bien, muy bien.

Luego se había sentado y, por primera vez, había invitado al policía a hacer lo mismo. Juntos resumieron la situación:

—Ahora hay tres pistas: la política, que apunta a Kanka y a sus cómplices; la esotérica de los mensajes misteriosos y, finalmente, la de nuestro genio musical. Parece que Mozart quiere aprovechar su fama para jugar con la justicia, si solo es alguien que sabe más de lo que dice, o con la vida de los demás, si es él el asesino...

Tres pistas.

Y ahora, mientras la berlina daba rodeos sin otra finalidad aparente que confundir a su ciego e inquieto pasajero, Kovar seguía escarbando en la primera. Él, convencido por un arrogante charlatán, se dedicaba a la segunda.

La tercera, no sin cierta satisfacción, se la reservaba para el día siguiente, e iba palpando el bolsillo interior de su chaqueta donde guardaba la pequeña libreta del comerciante asesinado.

Por fin se detuvieron. Su acompañante lo ayudó a bajar de la berlina y se alejó. No se oía ni un solo ruido, y en el silencio Von Weber reconoció el sonido de las aguas del Moldava que chocaban contra el casco de un barco. «Quieren... ¡tirarme al río!», pensó, y se detuvo, inseguro.

Pero la voz y la mano de Casanova vencieron sus dudas.

—¿Qué pasa? El río dio vida a vuestra amada ciudad, así que no va a hacerle daño a usted.

Subieron al barco y zarparon. Lo pilotaba un barquero experto y silencioso.

El viaje fue largo. Cuando desembarcaron y comenzaron a caminar, Von Weber ya había renunciado a intentar reconstruir el recorrido que le habían obligado a seguir.

Se detuvieron de golpe. Entonces le asaltó el recuerdo de la broma que el asesino le había gastado en Villa Bertramka y el magistrado dudó de nuevo. Pero esta vez quien lo había invitado, convenciéndole para que le siguiera, se había presentado en persona y ahora estaba allí a su lado.

El italiano llamó a una puerta con tres golpes secos y bien marcados.

Silencio.

Al cabo de un rato, llamó otra vez: mismo número de golpes, misma cadencia y misma energía.

De nuevo silencio y, para Von Weber, oscuridad absoluta. Ya empezaba a preguntarse por qué llamaban a una puerta tras la cual no había nadie cuando la escena se repitió idéntica por tercera vez.

En ese momento la puerta se abrió y una voz profunda, tal vez camuflada por una máscara, preguntó:

—¿Qué buscan?

Casanova contestó:

—¡La luz!

Y sin mediar más trámites, les dejaron entrar. La puerta se cerró a sus espaldas y el hombre que los había recibido ordenó:

—¡Liberadle! Ha errado lo suficiente en la oscuridad.

Al fin desataron el nudo detrás de su nuca y Von Weber se encontró en un cuartucho de paredes desnudas y amueblado con una simple mesita. La estancia estaba iluminada por una sola vela, que el hombre sostenía con una bujía para examinarle la cara. Eran tres: él, Casanova y el misterioso personaje, que, como había imaginado, llevaba puesta una máscara negra.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el hombre que ocultaba su rostro.

—Soy Karl Maria von Weber —contestó él sin añadir nada más, siguiendo las recomendaciones de Casanova.

—¿Por qué has venido?

—Para conocer la luz, para encontrar el camino, para renovar la vida.

El otro asintió.

—Solo es el comienzo. Has pasado de la ceguera absoluta a la tenue lumbre de esta débil llama. ¿Continuarás?

—Sí. Quiero conocer, y decidir.

El hombre pasó la vela a Casanova y prosiguió tajante:

—Desabróchate la chaqueta y la camisa.

Von Weber obedeció y ofreció al hombre que le interrogaba su pecho desnudo. El otro desenvainó un cuchillo que llevaba colgado de la cintura y apoyó la punta de la hoja a la altura de su corazón. El intendente no se lo esperaba. Notó el pinchazo del arma pero no se movió. La presión aumentó ligeramente pero no se apartó, con la mirada fija al frente como un militar durante un desfile. Una gota de sangre empezó a resbalar por su piel. El hombre musitó una fórmula en un idioma desconocido, luego retiró el arma y la limpió con un pañuelo blanco, manchándolo para luego doblarlo y dejarlo sobre la mesita.

Acto seguido, el individuo que lo estaba examinando le dirigió una última pregunta:

—¿Obedecerás a un maestro escogido para ti por esta santa hermandad?

—Lo escucharé y me someteré a las pruebas que él escogerá para mí.

—Tu maestro se encuentra en esta habitación. ¿Lo reconoces?

Casanova miró a su protegido con una sonrisa. Todo estaba ocurriendo según lo previsto.

El Violinista acarició la oscuridad con la mirada y saboreó el silencio que lo envolvía. Hacía tiempo que se había acostumbrado a reencontrarse consigo mismo en aquella paz: era como un adelanto de la muerte, de donde él, sin embargo, podía salir a su antojo al asumir su identidad y al simular ser uno más entre la multitud. Entonces era imposible distinguirlo del resto, aunque él permanecía poderosamente solo, porque era el único.

Sonrió.

La ciudad estaba alborotada.

Desde el amanecer, aquel Kovar le seguía la pista, volvía sobre sus pasos, husmeaba.

Los austríacos habían reforzado la guarnición, aunque los archiduques ya se habían ido ilesos, y satisfechos.

Von Weber, su hombre, hurgaba en las tinieblas.

Volvió a sonreír.

Buscó en la oscuridad y encontró el instrumento. Acarició la brillante superficie de la caja armónica y repiqueteó suavemente la madera con los nudillos. El resultado fueron unos pocos golpes sordos.

«Ya te daré yo una melodía que justifique tu existencia», pensó. «Y será la única que tocarás».

Con los otros violines se puede tocar cualquier cosa. Pero el camino de la verdad es uno, y cuando se eleva su voz, todas las demás callan.

Para siempre.

—¿Una biblioteca? —Von Weber no se lo creía.

Casanova sonrió.

—¡Claro! Se habla de una enseñanza, ¿no? Se habla de discípulos. Así que he aquí una de las herramientas privilegiadas de la enseñanza: ¡la memoria!

Los dos avanzaron por la amplia sala.

—Observe los manuscritos más antiguos —continuó su guía—, es por esto que hemos venido.

Iluminado por el candelera, que su acompañante sostenía procurando no ensuciar nada, Von Weber apartó la mirada de las altas estanterías llenas de libros y dirigió su

atención a una hilera de vitrinas que ocupaba el centro de la habitación.

«Debe de tratarse de una mansión nobiliaria», pensó mientras avanzaba sin hacer ruido sobre una espesa alfombra, bordada con símbolos que nunca había visto. Pese a todo, le resultaba imposible hallar algún indicio para identificar el lugar en el que se encontraba. Las ventanas estaban ocultas tras un pesado cortinaje y no se oía ningún sonido procedente del exterior, ni de las otras habitaciones o de los pasillos.

Sus reflexiones se vieron bruscamente interrumpidas cuando su guía, con aire triunfante, lo condujo frente a una de aquellas vitrinas.

—¡Aquí la tiene! —exclamó—, esta es la fuente de inspiración de vuestro asesino.

Von Weber se asomó y no pudo reprimir un gesto de sorpresa. Delante de él tenía un antiguo pergamino, sobre el que una mano desconocida había compuesto un texto de al menos veinte líneas utilizando los mismos misteriosos caracteres empleados en los mensajes que acompañaban los crímenes del canal del Diablo y de la iglesia de Santiago.

Observó con atención. Al lado del escrito había un dibujo, una planta que el intendente era incapaz de reconocer. La habían representado con la misma precisión de un botánico que registra un nuevo descubrimiento: desde las raíces, largas y filamentosas, hasta el tallo, del que sobresalían hojas lanceoladas y unas extrañas bayas blancas y rojas, reunidas en gruesos racimos. La planta era larga y se enroscaba alrededor del texto, rodeándolo casi por completo.

Durante un largo momento, Von Weber tuvo la impresión de encontrarse en el interior de la mente de su enemigo.

—Es... ¡es el manuscrito del asesino! —exclamó.

—Por supuesto. Se lo había dicho, ¿no? Ha hecho bien en enseñarme aquellas frases y aquellos dibujos. Estaba seguro de que podría ayudarle.

—¿Y dónde están las otras hojas?

—Lo desconozco. Como puede ver, en las otras vitrinas se conservan textos más completos, por lo general obras enteras. Son raros tratados de alquimia, de astrología... tal vez también de magia. Sin embargo, este es el único texto del que se conserva una sola página... y no sabemos qué significa.

—¿Es el original?

El italiano frunció el ceño. Parecía que nunca se había planteado la cuestión. Hizo un gesto evasivo.

—¿Hay alguien a quien podamos pedir más noticias sobre este manuscrito?

Casanova negó con la cabeza.

—Imposible. Pero no piense que no me he informado. Créame: aquí lo único que encontrará de este texto es la hoja que está viendo.

El hombre le pareció sincero. Von Weber volvió a examinar el pergamino.

—Así que el asesino tiene el resto del manuscrito... y sabe qué significa, cómo se lee.

—Eso parece.

El intendente miró al experto esoterista de fama europea y le desafió.

—Entonces se trata de un auténtico iniciado, ¡alguien mejor que usted!

El italiano acusó el golpe y contestó resentido.

—Existen infinidad de misterios, señor. Nuestro pasado esconde mucho. Hasta que se demuestre lo contrario, este no me parece más valioso que otros.

Von Weber asintió y volvió a mirar la página.

—Ya. No parecía ser valioso. Hasta hoy. —Luego, de pronto, se demudó. Alterado, agarró al italiano por las solapas.

Casanova se asustó.

—Pero ¿qué hace? ¿Se ha vuelto loco?

El intendente no vaciló. Empujó al hombre contra la pared, aproximó la cara al semblante desconcertado de su presa y espetó:

—Ahora, señor, me explicará por qué me ha traído hasta aquí como si fuera un niño que juega a la gallina ciega para mostrarme una página, una sola, del mismo manuscrito utilizado por el asesino. ¿Quiere que piense que sus hermanos están implicados en los delitos?

—¡Claro que no! —protestó el italiano.

—Y entonces, ¿cuál es el propósito de esta visita a un lugar al que no sabría regresar? ¿Acaso he de volverme loco intentando localizarlo de nuevo en las próximas semanas, mientras el asesino, o los asesinos, siguen actuando a sus anchas? ¡Conteste!

Casanova intentó reaccionar.

—Suélteme o gritaré, y mis hermanos no tardarán en llegar. Es gente poderosa, se arrepentirá.

Von Weber redujo la presión, pero sin dejar de sujetarlo.

—Quiero una respuesta convincente a mis preguntas —le amenazó.

Su interlocutor recobró parte de su seguridad.

—Solo quería que comprendiera que el asesino se presenta como alguien que sabe cosas que la mayoría ignoramos. Usted mismo lo ha dicho: posee las otras páginas, o tal vez todo el manuscrito, y lo usa para amenazarnos. ¡Eso es todo! Y ahora, si no quiere que los dos nos metamos en un buen lío, suélteme y salgamos de aquí.

Von Weber sonrió.

—Nos iremos, señor, pero a cambio de dos condiciones: yo copiaré el texto contenido en esa vitrina y en los próximos días usted se mantendrá a mi disposición para colaborar cuando sea necesario, y a cualquier precio. ¿Entendido?

Su tono no admitía réplica. Casanova accedió.

Con el papel y la tinta que le consiguió su guía, Von Weber hizo una copia de la misteriosa hoja. Mientras reproducía las frases, se dio cuenta de que en aquella página no aparecía la palabra con la mayúscula sobre la que el padre Ungar había atraído su atención.

Luego el intendente dejó que le vendara antes de salir.

Volvieron al río por un camino distinto y se embarcaron de nuevo, entregándose a la corriente y a las manos del experto barquero.

No hablaron hasta que se encontraron de nuevo en la berlina. En ese momento Von Weber intentó aclarar al menos una parte de sus dudas.

—Me imagino que será inútil pedirle información sobre aquella logia y sus miembros.

Casanova estaba fuera de sí.

—Inútil, por supuesto. El secreto me vincula. También puede ordenar mi detención por pertenecer a una asociación prohibida por el Estado, pero entonces debería explicar cómo lo ha descubierto. En definitiva, ¡yo que usted no me mostraría tan desagradecido!

En los labios del intendente se dibujó una sonrisa.

—Claro que no; al contrario, le estoy muy agradecido. Pero no olvide nuestro pacto y no intente dejar la ciudad. Esta noche la pasará en mi compañía, y a partir de mañana aceptará la escolta de un buen policía praguense.

El italiano replicó de forma socarrona:

—Hace falta mucho más para mantenerme a raya. Conseguí escapar de las prisiones de la República de Venecia, ¿sabe? Además, no olvide mis amistades: puedo poner en su contra a muchos nobles importantes de esta ciudad. ¿Quiere que siga ayudándole? Entonces acepte lo que pueda darle en el momento en que lo haga, ¿lo comprende?

Von Weber asintió. Era cierto. Toda Praga, con sus tramas y sus secretos, parecía querer desafiarle.

«Veremos», se dijo para sus adentros, «veremos quién se sale con la suya».

Entonces, en un tono más sosegado, preguntó a su acompañante:

—¿Muchos miembros de la buena sociedad de Praga forman parte de logias como la que me ha mostrado?

Casanova sonrió abiertamente.

—Su carrera corre el riesgo de estancarse, precisamente porque usted no pertenece a ninguna, amigo mío. Todo hombre de éxito forma parte de una sociedad de socorro mutuo. No hay nada malo en eso, me parece.

El intendente no hizo más preguntas.

Estaba solo, lo sabía. Pero apretó los puños: no era su costumbre abandonar la

lucha.

3

Al día siguiente, el padre Ungar se vio obligado a dejar todos sus compromisos porque Von Weber le había llevado la hoja manuscrita al amanecer.

—Es otro texto más extenso escrito en aquel misterioso lenguaje. Ahora, como esperaba, tiene más material para intentar descifrarlo —dijo sin dejarle tiempo a replicar. Luego salió y le dio una orden precisa—: Quiero algún resultado antes de esta misma noche. Nos encontraremos aquí sobre las siete, el doctor Schönfeld, usted y yo.

Una hora más tarde, en el Teatro de los Estados Generales, se respiraba un ambiente inmejorable. Después del éxito de la réplica del *Fígaro*, los ensayos del *Don Giovanni* se habían reanudado con gran energía.

La novedad del día era una cancioneta recién compuesta por Mozart, con la que el protagonista, siempre a la búsqueda de nuevas conquistas, intentaba convencer a la criada de Doña Elvira de que se asomase a la ventana de una posada.

Bassi cantó el motivo sin esfuerzos y acompañado solo por la guitarra.

Todos los presentes escucharon divertidos. Con aquel expediente, el malvado seductor recurría a un sentimentalismo falso y empalagoso para conseguir sus objetivos, depreciando una vez más toda regla de la caballería:

*Tú que tienes la boca más dulce que la miel,
tú que el azúcar llevas en el corazón,
no seas, vida mía, cruel conmigo:
muéstrate al menos, mi bello amor...*

La interpretación terminó con un fervoroso aplauso. También Mozart asintió complacido en dirección al cantante. Por su parte, el italiano se alejó enseguida del escenario con aire molesto y contrariado.

Solo el músico, el claro destinatario de aquel enfado, y Von Weber, que estaba allí y no quitaba el ojo de encima al Maestro, se percataron de su comportamiento. Todos los demás estaban ocupados en parodiar la cancioneta: los hombres ya se la dedicaban a las mujeres presentes, entre las que se encontraba la señora Mozart junto a algunas amigas.

Mientras seguía a Mozart, que se había dirigido rápidamente hacia los camerinos, Von Weber oyó la voz satisfecha del conde Nostitz, que se congratulaba con Da Ponte:

—¡Esta la cantarán todos los enamorados de Praga!

—Pero, vamos a ver, ¿usted nunca está contento!

Mozart se enfrentaba a Bassi, quien estaba sentado delante de él y le miraba con dureza, con la larga peluca en una mano como si estuviera a punto de despojarse para siempre de su personaje. El cantante estaba fuera de sí.

—Le pido un aria, una verdadera aria con la que poner a prueba mis dotes de cantante, y usted ¿qué me ofrece? ¡Una cancioneta! ¡Todos los demás ya la han aprendido! Podría cantarla incluso un barquero, ¡y es exactamente lo que va a pasar!

Mozart estaba furioso.

—Estoy harto de sus caprichos. Es el protagonista de esta... ¡de esta obra maestra! ¿Lo entiende?

—Esa es su opinión, pero en la ciudad ya circulan comentarios escépticos, ¿sabe? Era imposible no percatarse del tono envenenado del cantante.

—¿De verdad? Veamos, ¿qué es lo que dicen?

—Que la ópera no tiene una identidad definida: la música y las situaciones son las de una ópera *buffa*, pero, en realidad, es una tragedia. Encima, después del *Fígaro*, tenemos a otro noble como protagonista, pero es un depravado sin escrúpulos, que, además, se dedica a satisfacer sus vicios con mujeres de todo tipo, convirtiéndolas a todas en putas. Con la nobleza ya se la jugó una vez, Maestro, ¡yo que usted no me atrevería una segunda!

Hubo un instante de silencio.

Llamaban a la puerta, cada vez con más fuerza. Sin embargo, en lugar de contestar, Mozart volvió a enzarzarse en la discusión. Aquella pausa de reflexión no le había servido para calmarse.

—Ah, ¿eso es lo que dicen? Pues que sepa que, una vez más, lo que le convencerá será la música, no la política.

La réplica del cantante fue instintiva y desafiante.

—Para que fuera cierto haría falta tener a un músico de verdad.

Mozart no hizo nada por contenerse. Un segundo después, ya había levantado al italiano de la silla y lo zarandeaba con todas sus fuerzas, sujetándolo por las solapas de la chaqueta.

—Pero ¡qué sabrá usted de música!, ¡qué sabrá usted!

En aquel momento la puerta se abrió de golpe y Von Weber irrumpió en la pequeña habitación. Enseguida agarró al músico por los hombros y le habló con vehemencia:

—¡Señor! ¡Cálmese! ¡Estas no son maneras!

Cogido por sorpresa, Mozart ni siquiera se giró, sino que dio un codazo para intentar liberarse, golpeando al intendente en la nariz. El hombre gimió de dolor y se

echó atrás, llevándose las manos a la cara.

Cuando el Maestro se dio cuenta de lo que había hecho, se detuvo, confundido, y sin dejar de jadear por la rabia que se había apoderado de él, miró al recién llegado con incredulidad.

—¿Usted? Perdóneme... pero ¿qué hacía aquí? —preguntó, de nuevo irritado.

También el cantante observaba curioso al individuo que había interrumpido su pelea.

Von Weber sacó un pañuelo del bolsillo y empezó a secar el hilo de sangre que salía de su nariz.

Mozart cambió enseguida de expresión y de tono de voz.

—Pero... ¡usted está herido!

El intendente lo fulminó con la mirada.

—Es evidente que no tengo que interrumpirle cuando intenta solucionar sus disputas con quienes le deben obediencia. Es así como se comporta cuando monta en cólera, ¿no es cierto?

La pregunta llevaba implícita una amenaza que el compositor no pasó por alto.

—¿Ha venido de nuevo... por mí?

Von Weber adoptó un tono más oficial y se dirigió a Bassi.

—¿Puede hacerme el favor de dejarnos solos, señor?

El cantante salió lanzando una última mirada desafiante a Mozart.

El Maestro comentó lo ocurrido.

—Ahora se irá por ahí a hablar mal de mí y, lo que es peor, de mi ópera.

—Tiene otras cosas de las que preocuparse —le interrumpió el intendente a la vez que le pasaba una libretita—. Tome y lea el testamento de un hombre brutalmente asesinado.

El músico frunció el ceño y se dispuso a hojear el cuadernillo. Después de examinar un par de páginas, su frente se relajó. Von Weber no le quitaba ojo de encima, pendiente de sus cambios de expresión.

Mozart levantó la mirada.

—¿No pensará...?

—No pienso nada. Hay unas notas que coinciden con el período de su permanencia en Praga para el *Fígaro* entre enero y febrero.

El compositor vaciló. Sin dejar de taparse la nariz con el pañuelo, el intendente le arrancó la libreta con impaciencia y la depositó en un tocador para buscar nerviosamente la página que le interesaba. Tras encontrarla, la abrió delante de su interlocutor.

—Dígame, ¿quién se benefició de este préstamo? Es una buena cantidad, ¿no le parece?

El otro leyó e hizo una mueca, como si se encontrara frente a un desagradable

imprevisto.

En aquel momento llamaron a la puerta y, desde fuera, una voz preocupada llamó su atención.

—¡Maestro! Todo el mundo está listo en el escenario como usted ha pedido: Lolli, Bondini... Bassi también. ¿Qué les digo?

Estaba claro que la furia del barítono italiano se había sofocado enseguida.

Mozart se volvió hacia Von Weber, quien no dejaba de mirarle.

—¡Voy ahora mismo! —contestó. Luego le dijo a Von Weber—: Déjeme seguir con mi trabajo, señor. No puedo huir, ¿no le parece? Un hombre como yo siempre está en el centro de las miradas de todo el mundo.

—Aunque tiene sus secretos —replicó el intendente con dureza. Luego continuó en un tono práctico—: Vaya, pero me quedaré en la sala, y después de los ensayos tendrá que explicarme por qué me ha mentado, ¿entendido?

—Entendido. —El Maestro se marchó.

Mientras recorrían el pasillo, y el sonido de los instrumentos que intentaban afinarse se hacía cada vez más claro, Von Weber se dio cuenta con asombro de que Mozart ya estaba pensando en la música que estaba a punto de dirigir.

4

Ahora el Violinista se encontraba a plena luz. La misma luz que ilumina a todos los seres vivos. La que permite a cada uno de ellos moverse en la sociedad, ser visto y reconocido, pero también disfrazarse, si quiere, para mostrar su mejor cara o disimular frente a los demás sobre su verdadera identidad.

Sonrió, y su mirada complacida se habría confundido con la de las damas y los caballeros presentes en la sala si hubieran podido ver el lugar donde se había guarecido, y desde donde espiaba a todo el mundo sin que nadie detectara su presencia.

Sonrió porque sus nuevos invitados habían llegado como tenía previsto, y él los había seguido a escondidas hasta allí. El engranaje que movía el mecanismo que él había activado imprimía a los acontecimientos el ritmo establecido.

Mientras tanto, la música seguía. Los instrumentos buscaban la armonía.

Ahí venía el Maestro.

Una nueva escena. Interesante.

Aunque ahora él ya empezaba a tener su propia música, y sobre todo lo demás pronto descendería el silencio.

Mozart volvió a su sitio frente al clavecín, en medio de la orquesta. El ruido cesó y él se dirigió a los tres cantantes del escenario:

—Vamos a ver, ensayaremos una nueva escena, la quinta, y luego enlazaremos con la siguiente, hasta el aria «*Vedrai, carino*» de Zerlina. Las juntaremos porque es fundamental conseguir un efecto cómico realmente eficaz: Masetto recibe una buena paliza de Don Juan, que cree tener enfrente a Leporello; luego Zerlina le consuela pero, al mismo tiempo, parece burlarse un poco de él. Así se entiende que es ella quien lleva la voz cantante en la pareja. ¿Está todo claro?

Los cantantes se dispusieron a interpretar su parte.

En el clavecín, Mozart empezó a ejecutar el recitado de Don Juan y Bassi comenzó:

¡Silencio! Déjame oír. ¡Magnífico!

¿Conque debemos matarle?

El público empezó a reírse. Una vez más, la situación creada por el músico y el libretista se anunciaba hilarante.

El único que no participaba del buen humor colectivo era Von Weber, que se

había sentado en la platea, pero al fondo, donde nadie pudiera molestarle mientras meditaba sin perder de vista al músico.

De pronto, a su espalda, las cortinas que separaban la sala del *foyer* se abrieron para dejar paso a dos hombres. Los recién llegados avanzaron con suma discreción y se sentaron en la fila detrás de la suya. El magistrado se concentró en su conversación.

—Está ensayando —dijo uno de los dos.

—Sentémonos aquí, que no nos vea. Le daremos una sorpresa.

—Oye, ¿por qué no silbamos al final de la escena, como aquella vez? ¡Va!

—¡Silencio! Sí, de acuerdo. Pero ahora calla, quiero entender qué pasa... ¿Quién recibe esa paliza? ¿Don Juan?

—¿Qué dices? Don Juan será el que pega, ¿no crees?

En ese momento uno de los dos tocó el hombro de VonWeber, que, aún dolorido por el golpe en la nariz, se dio la vuelta contrariado.

El individuo lo miró sin saber qué pensar. Era un joven de aspecto muy elegante y a la moda. No debía de tener más de treinta años. Un noble, sin duda. Su amigo también daba la impresión de pertenecer a su mismo entorno.

—Disculpe... ¿me permite? —empezó el joven—, soy el conde Hans Kleber, y este es el conde Sebastian von Nyemer. Venimos de Viena. Somos amigos de herr Mozart, el compositor.

—Mis respetos, señores —contestó el magistrado, educado pero escueto—. Soy Karl Maria von Weber, intendente del Consejo de Justicia de Praga.

Aquel título pareció impresionarles, porque lo miraron sin saber cómo actuar.

Pero en ese momento, de la orquesta surgió la música que acompañaba la suave aria de Zerlina. La soprano comenzó a cantar y los dos se volvieron hacia el escenario, como si de repente las presentaciones con aquel personaje de la ciudad carecieran de todo interés.

Von Weber observó sus rostros, que en un instante pasaron de ser los de dos jóvenes ricos y nobles, protagonistas de la vida social, a convertirse en los de dos adoradores de una religión llena de misterios. Luego él también miró a Zerlina, que se movía con gestos dulces y picaros a la vez.

El aria no le parecía sublime en absoluto. Era ligera. Agraciada. Pegadiza. Pero estaba claro que los dos nobles vieneses se esperaban que todas las notas compuestas por Mozart fueran especiales, únicas y capaces de inspirarles.

Tanta devoción le irritó.

Al final de la interpretación, como de costumbre se oyeron aplausos y comentarios divertidos. Los caballeros sentados detrás de Von Weber se deshicieron en elogios por lo que acababan de estudiar, mientras que Mozart, bajo la atenta mirada del magistrado, gesticulaba para explicar algo a los músicos y dar

indicaciones a los intérpretes.

—Este es su registro más alegre —explicó uno de los caballeros con aire experto—. Toca este tipo de música para cautivar a todo tipo de público: nobles y gente del pueblo, humildes y poderosos, porque los divierte a todos, sin distinciones, burlándose de las convenciones y despertando las emociones más fáciles...

A continuación hubo una pausa cargada de significado, tras la cual el noble, entusiasmado, reanudó su discurso con profunda convicción:

—Pero no es esta su verdadera alma.

Von Weber, quien, pese a darles la espalda, no había dejado de seguir la conversación, no pudo evitar intervenir. Se volvió hacia el joven entendido y le dirigió una pregunta tan seria como su investigación:

—Disculpe, se lo pregunto porque yo también, a mi manera, tengo mucho interés por este célebre músico. ¿Por qué dice que el aire jocoso y despreocupado, tan propio de Mozart, no es su verdadera alma? Ese hombre, por lo poco que le conozco, parece vivir solo en función de la satisfacción del momento.

El otro sonrió comprensivo.

—Entiendo. Es la impresión que herr Mozart provoca en todos los que no le conocen bien... Adora las bromas, los disfraces, las fiestas, el carnaval, los chistes y las situaciones más ambiguas. Pero tiene un alma mucho más profunda.

—¡Kleber! ¡Von Nyemer!

Los dos jóvenes señores se levantaron de golpe, abrazaron a su ídolo y le dirigieron los más afectuosos cumplidos junto con un benévolo reproche:

—¡Ah! ¡El burlón de siempre! En Viena decía que sería una tragedia, con el noble lujurioso castigado por la justicia divina, ¡y lo primero que vemos es que es él quien se divierte a costa de los demás!

Mozart estalló en una sonora risotada.

—Créanme, amigos, si solo se hubiesen atrasado unos días, habrían visto cómo las llamas del mismísimo infierno se elevaban para envolver a nuestro noble lujurioso.

Los otros dos también rieron con gusto. Uno de ellos comentó:

—Entonces, por lo que parece, debemos tener miedo, ¿no es así?

Von Weber también se había puesto de pie y observaba serio a los tres hombres, que bromeaban y se daban palmadas en el hombro. Solo una vez terminados los saludos, Mozart pareció darse cuenta de su presencia y se recompuso, adoptando un tono más formal.

—Señor intendente, permítame que le presente...

—Ya he tenido el honor —lo cortó él. Luego miró al músico con una mirada cargada de segundas intenciones—: Ahora, si no le importa, me gustaría continuar con nuestra charla...

La reacción de Mozart a su petición fue asombrosa. Sonrió, abrió los brazos y preguntó:

—Pero ¿de verdad es tan urgente? ¿Adónde quiere que vaya? Usted me tiene en jaque pero le faltan pruebas para detenerme, ¿no es así?

Los dos nobles vieneses miraron con asombro a su amigo y luego a Von Weber.

—¿Qué significa? —preguntó Von Nyemer.

El magistrado entrecerró los ojos y ponderó su respuesta.

—¿Puedo hablar de este tema delante de sus amigos?

Mozart no perdió su aplomo. Era como si la presencia de aquellos dos jóvenes admiradores le hubiese dado nuevas energías y ahora se sintiera capaz de enfrentarse al mundo entero.

—Hable sin tapujos —dijo—, no tengo secretos para ellos. Es más, pronto nos iremos juntos de esta insólita circunstancia. —Y ostentando la mayor seguridad, casi en tono de divertido desafío, explicó a sus dos visitantes—: Señores, este diligente guardián de la justicia está convencido de que, en los últimos días, he matado a una prostituta y a un honesto comerciante de madera.

Los dos se sorprendieron.

Von Weber frunció el ceño. Pero en ese momento no podía olvidar la recomendación del alcalde Walther de dejar en paz a Mozart, y sintió que aún no era lo suficientemente fuerte para atacar a aquel hombre. Así pues, decidió cortar la conversación:

—No es necesario entrar en detalles, me parece. Solo le diré lo que ya sabe con la recomendación de que reflexione sobre ello: no tengo un culpable, señor, pero sí un móvil... —y mostró de pasada la libreta de Kozeluch—. Además, a usted le gustan los misterios, ¿no es cierto? Y es miembro de sociedades... secretas...

—¿Entonces? —lo apremió Mozart.

—Entonces, aunque tiene amigos dignos de confianza —dijo señalando a los dos caballeros—, y pese a que aún cuenta con el apoyo de las autoridades civiles, le aconsejo que pase cada hora de los próximos días en compañía de testigos fiables, que puedan dar buena cuenta de sus movimientos. Por mi parte, no descarto la posibilidad de ponerle bajo la vigilancia de dos de mis mejores hombres.

Mozart asintió:

—De acuerdo, pero... ¿hasta cuándo?

Von Weber escudriñó al sospechoso.

—Digamos... ¿hasta la próxima luna llena?

—¡Claro que sí! —exclamó el Maestro, sin dar muestras de haber quedado impresionado por esa respuesta. Luego se dirigió a sus amigos con la misma alegría de hacía un momento—: Parece una broma, ¿verdad? ¡Hasta la próxima luna llena!

Los tres saludaron con un simple gesto al detestable defensor del orden público y

se encaminaron hacia el escenario, cogidos del brazo.

Von Weber los miró alejarse. Luego, un segundo antes de abandonar la sala con un suspiro, captó con el rabillo del ojo un movimiento en uno de los palcos de los pisos superiores. Como si alguien se apresurara a esconderse después de haberse asomado.

Mientras abría las cortinas y se dirigía hacia la salida, olvidó esa fugaz impresión.

A última hora de la tarde, Von Weber, Schönfeld y el padre Ungar se reunieron en el estudio del bibliotecario. El hombre expuso los resultados de sus investigaciones. Estaba bastante satisfecho:

—No puedo afirmarlo a ciencia cierta, pero todo me lleva a pensar en un códice del que existe un solo ejemplar y que pertenece a la historia de nuestra ciudad. Un códice que ya no se encuentra en Praga desde hace tiempo o que, por lo menos, no debería estar aquí. Cuando me ha dado a entender que existe una biblioteca secreta, custodiada celosamente por una secta de iniciados que practican saberes alquímicos, astrológicos y mágicos, no he podido evitar pensar en la legendaria colección de manuscritos de Rodolfo II, el emperador loco de principios del siglo XVII. Todo un protagonista de nuestra historia. Los praguenses lo aman porque trasladó la capital de su vasto reino de Viena a Praga; fijó su residencia aquí junto a una fastuosa corte que se instaló en el castillo. Su decisión contrarió a los alemanes, que incluso intentaron sublevarse, exactamente como lo hacen hoy los checos humillados...

—¿Y cómo se vincularía ese príncipe con nuestro manuscrito?

—Por el hecho de que, durante muchos años, Rodolfo reunió en Praga a alquimistas, magos y astrónomos de toda Europa. Buscaba verdades ocultas, conocimientos que le convirtieran en el amo del mundo. Adquiría en todas partes libros y códices de idiomas y tradiciones de lo más dispares. Y nuestro manuscrito sería uno de ellos: uno de los más raros y, al menos para él, de los más valiosos. De hecho, estamos hablando del códice que el emperador compró por la fabulosa cifra de seiscientos ducados de oro a dos nobles ingleses. Estaba escrito en una lengua desconocida y embellecido con dibujos de símbolos mágicos, animales y plantas fantásticas, esferas celestes y mujeres desnudas. Los dos ingleses presentaron aquel manuscrito como un texto de época medieval, y puede que sea cierto. Pero nadie lo supo nunca, por la sencilla razón de que nadie pudo leerlo.

—¿Y de dónde ha obtenido todas estas noticias? —preguntó el astrónomo.

El padre Ungar abrió un cartapacio que tenía encima de su escritorio y pasó a los invitados, manejándola con sumo cuidado, una hoja que mostraba los signos del tiempo.

—De una carta fechada en 1666. En aquel año, el rector en funciones de nuestra

universidad, Joannes Marcus Marci, envió a Roma el manuscrito adquirido casi un siglo antes por el emperador y, hasta entonces, conservado en esta misma biblioteca. Como no conseguía leer el idioma en el que estaba escrito ni encontrar a quien lo descifrara, el rector pidió ayuda al más célebre criptógrafo de su tiempo, el padre jesuita Athanasius Kircher, un hombre erudito y de mente abierta, famoso también por los viajes al Lejano Oriente que emprendió antes de establecerse en Roma hasta su muerte.

Von Weber se animó.

—¿Y el jesuita consiguió leer el texto?

—Parece ser que no. No tenemos noticias al respecto. Es más, por lo que sé, el manuscrito nunca fue devuelto. He controlado en los registros de las bibliotecas de Praga: en aquel período, y hasta años posteriores a la muerte de Joannes Marcus y de Athanasius Kircher, no queda constancia de él.

Von Weber se levantó y dio unos pasos hacia la ventana.

—Todo un misterio... —comentó Schönfeld, fascinado.

Por mi parte, puedo asegurarles que nunca he oído hablar de este códice ni soy capaz de leer una sola línea del texto... No hay que descartar que se trate simplemente de uno falso, fabricado con habilidad por los dos ingleses para estafar al emperador, ávido de secretos.

Von Weber se volvió hacia los dos estudiosos y preguntó al padre Ungar:

—Habéis tachado de loco al emperador, ¿por qué?

—Porque, conforme fueron pasando los años, se vio afectado por una forma muy grave de melancolía, como la llamaban en aquella época. Se aisló en el castillo y cortó toda relación tanto con sus amigos como con sus enemigos. Se cuenta que vivió durante mucho tiempo en silencio y envuelto en la oscuridad. Al final, quien hizo pública su locura fue el hermano, el archiduque Mateo, quien de esa forma consiguió arrebatarse la corona de Bohemia y todo poder efectivo.

El intendente sonrió.

—Un loco, pues... Así que también nuestro asesino, que usa aquel misterioso códice para dejarnos sus mensajes, podría ser solo un lunático...

—Puede —admitió el padre Ungar—. El caso es que no sabemos si es capaz de leer el texto que utiliza. Tampoco sabemos si es el texto lo que le inspira, lo que le empuja a matar.

—De todos modos, no hay duda de que el códice le sugiere las modalidades de los homicidios —concluyó Von Weber. Luego apartó esos pensamientos y se preparó para salir.

—Gracias, señores. Y usted, padre Ungar, siga investigando. Si tuviéramos algún fragmento más del códice, o incluso el libro entero, podríamos reconstruir al menos en parte el plan de nuestro hombre: las próximas víctimas, la manera en que las

matará...

El padre Ungar suspiró. La interrupción de sus estudios se prolongaba.
—Haré todo lo posible —contestó, paciente—. Haré todo lo posible.

5

Jan Kollovrat trabajaba de cochero en Praga desde hacía más de veinte años. Le gustaba su trabajo.

Los conductores de berlinas privadas, propiedad de familias nobles y ricas, miraban a la gente como él, de arriba abajo, porque, decían, ellos no tenían que soportar los caprichos constantes de los clientes que recurrían a los carruajes públicos. En parte tenían razón: se trataba en su mayoría de burguesuchos o pequeños terratenientes de provincia, que llegaban a la ciudad para hacer alguna gestión, casi siempre nerviosos y preocupados solo por regatear el precio del trayecto.

Sin embargo, él también tenía clientes que pedían ser acompañados hasta los rincones menos conocidos de la ciudad, a los locales donde había diversión de verdad o a citas clandestinas con misteriosas figuras femeninas, que esperaban a sus amantes en algún lugar apartado. Y no se trataba solo de gente del pueblo o de oficiales sin blanca de la guarnición. Por la noche podía ocurrir que fueran precisamente los nobles o los señores quienes ocultaran sus desplazamientos. Salían de sus palacios con todo su séquito y pedían que los llevaran a salones conocidos por toda la familia, y sobre todo por sus esposas. Pero, al cabo de poco más de una hora, fingían tener otro compromiso mundano, bajaban a la calle sin llamar la atención y tomaban un transporte más anónimo, dejando a menudo una buena propina al desconocido conductor que los llevaba al burdel, a alguna mansión de las afueras o al edificio donde aquellos ricachones mantenían a una bailarina o a una cantante en un bonito apartamento.

Parecía que esa noche las cosas también irían así. Se encontraba en la Ciudad Vieja y recorría despacio la calle Celetná, cuando dos jóvenes muy bien vestidos lo pararon con gestos llamativos. Él bajó enseguida del pescante y abrió la puerta para dejarles subir. Los hombres pasaron delante de él sin ni siquiera mirarle: un indicio seguro de nobleza, pensó, y de nobleza alemana.

Los dos bromeaban, excitados por alguna nueva idea con la que transcurrir la noche en compañía. No estaban borrachos, notó Jan con su mirada experta, por lo menos, no mucho. Estaban muy alegres, como si estuvieran a punto de disfrutar de un plan muy divertido.

—¿Adónde vamos? —preguntó con deferencia.

Uno de los dos se asomó por la ventanilla y lo miró con una expresión curiosa. Estaba indeciso y, tal vez, avergonzado. Jan tuvo tiempo para pensar que, en realidad, los dos ya habían bebido más de lo que dejaban ver. Luego el joven recuperó algo de lucidez y, esforzándose por mantenerse serio, dijo:

—La respuesta a su pregunta es un acertijo. ¿Podrá con él?

Jan sonrió paciente.

—Lo intentaré, señor.

El otro continuó:

—A ver... —luego se interrumpió y se dirigió a su compañero—. ¿Qué dices? ¡Lee bien, que este señor no tiene tiempo que perder!

El otro noble también se asomó por la ventanilla. Había reído tanto que tenía la cara colorada y los ojos vidriosos, pero comenzó a leer con cierta seriedad de una hoja que tenía en la mano y que exponía a la luz de la calle.

—Bueno... dice: «Es la parte oscura de la más noble morada, y la gloria del lugar no consigue alumbrarla. Aún no es luna llena, y no esperéis que el astro venza, la oscura sombra mortal de la tercera torre. Si descubris el lugar, alejaos de ella: lo necesario para que resplandezca la luz, obra del hombre, se encuentra en la primera torre de la serie».

Tras terminar la lectura, el cliente levantó la mirada.

Jan reflexionó durante un largo instante. Comprendía parte de la adivinanza, pero no toda.

—Se habla del castillo, me parece: el edificio más ilustre de toda la ciudad. Acerca de las torres, tengo algunas ideas pero no comprendo por qué insiste tanto sobre la oscuridad. Las torres se encuentran al norte y al este. Allí hay un largo foso: se llama foso de los Ciervos. En realidad es una estrecha hondonada de laderas escarpadas que delimita un lado de los muros. ¿Qué dice de la tercera torre?

—Que tiene una sombra mortal...

—¿Y de la primera, por la que deberían empezar?

—Que puede hacer resplandecer la luz, obra del hombre...

La expresión de Jan se iluminó.

—¡Claro! —exclamó satisfecho—, ¡es la torre de la Pólvora! Allí guardan las armas y las municiones de la guarnición: hay suficientes para hacer saltar por los aires todo el castillo, ¡con lo de la luz se quedan cortos!

Luego se aproximó a la ventanilla con un aire misterioso.

—Imagínense, señores, que durante el reinado de Rodolfo II, el emperador loco, allí trabajaban noche y día los alquimistas, intentando crear la misteriosa piedra del sol. Y la torre de la sombra mortal no puede ser otra que la torre de Dalibor. Hasta hace unos años, se utilizaba como cárcel. Ahora la han clausurado, pero allí, en el pasado, los prisioneros sufrían terribles torturas. ¿Conocen la leyenda de su primer ocupante?

—No, cuéntela —lo animaron los extranjeros.

—Dalibor era un caballero de Kozojedi que fue condenado a muerte en tiempos del rey Vladislav. A la espera de la ejecución, lo bajaron a una celda subterránea, que aún existe. El único acceso es un pequeño agujero en el techo. Para matar el tiempo,

aquel noble aprendió a tocar el violín tan bien que la gente se reunía a los pies de la torre para escucharlo. Algunos le llevaban comida: en esa época, a los prisioneros se les dejaba incluso morir de hambre...

—¿Qué pasó luego?

—El condenado sucumbió a manos del verdugo, pero, desde entonces, hay personas que juran que, en las noches de luna llena, el caballero vuelve para tocar su instrumento.

Hubo un momento de silencio. La explicación había sido muy bien recibida.

—Muchas gracias, buen hombre, ¿cómo se llama? —preguntó uno de los dos nobles.

—Soy Jan Kollovrat. A su servicio, señor.

—Bien, Jan, aquí tiene —dijo el otro entregándole una moneda—, esto es por haber solucionado el acertijo. Somos dos caballeros de Viena de visita en la ciudad y nos gusta descubrir sus lados más misteriosos. Ahora nos llevará a los lugares que nos acaba de describir: al foso de los Ciervos, a la altura de la primera torre, la de la Pólvora.

—Pero no hay nada que ver allí. Quiero decir, es una zona muy oscura, además... corren el riesgo de que, si se acercan a las murallas, a alguien del regimiento de guardia se le ocurra dispararles. Hace unas noches hubo un robo de municiones, ¿saben? Un golpe de los Hermanos Bohemios, según dicen...

—¡Vaya sentido del humor que tiene Mozart! —comentó el otro joven.

—Ya —reiteró el segundo con una sonrisa—, nos obliga a esta caza del tesoro y además nos pone en peligro. Asesinados por un centinela alemán en Praga, ¿qué te parece? En los salones de la capital comentarían la noticia durante meses.

—¿Entonces? —preguntó Jan, que no entendía los comentarios y tan solo esperaba cerrar un buen negocio.

—Entonces, no se preocupe. Llévenos lo más cerca posible de aquella torre y déjenos visitar el lugar. Usted se quedará esperando, apartado, para que no le ocurra nada malo. Nadie le verá. Se trata de un juego, ¿comprende?

—Comprendo —concluyó el cochero con una nueva reverencia. Luego se subió al pescante, sacudió las riendas y guió los caballos hacia el puente de Carlos y el castillo.

Jan ordenó a los caballos que se detuvieran. Luego miró delante de él con una expresión perpleja. La oscuridad que los envolvía era casi total, pero, en un punto del camino que bordeaba el lado norte del castillo y que se alejaba de la ciudad, había dos antorchas encendidas clavadas en el suelo, como si indicaran un límite que no debía ser superado.

—¿Es aquí? ¿Hemos llegado? —preguntó uno de los pasajeros.

—Sí, señor. La torre de la Pólvora es la que se ve allá abajo. Solo está iluminada en parte, a la altura de los puestos de guardia. Pero fíjese en aquellas dos antorchas a lo largo del camino... —y, a la vez que hablaba, el cochero hizo avanzar despacio los caballos.

Los dos jóvenes se asomaron desde la berlina y se animaron.

—¡Mira, Hans! ¡Mozart nos da la bienvenida!

Los dos bajaron. Estaban muy satisfechos. Llegaron hasta donde se encontraban las dos antorchas y cogieron una cada uno.

—Al final no estaremos del todo a oscuras —se dijeron.

Uno de los dos se acercó al conductor, le dio otra moneda y lo tranquilizó.

—Ahora quédese aquí y no se preocupe. Nosotros hemos de superar una prueba. Luego regresaremos y nos llevará de vuelta a la ciudad por la misma tarifa que suele aplicar por todo el trayecto y por la espera, ¿le parece bien?

Jan no tuvo tiempo de contestar. En ese momento, el otro joven llamó de nuevo la atención de su compañero.

—¡Sebastian! ¡He encontrado el siguiente mensaje!

Ambos, ignorando a su acompañante, se centraron en la hoja, que había sido clavada al tronco de un árbol cercano al camino, justo en el punto en el que se encontraban las antorchas.

—¡Bah! Otro misterio: «Quedaos en el lado oscuro. La luz que brilla allí arriba es engañosa: puede atraer, pero también dar la muerte. Vosotros, en cambio, id de la primera a la tercera torre lanzando señales de paz, como las cometas que calientan el rigor de la espera de quienes vigilan. Y, ocurra lo que ocurra, no tengáis miedo: el premio os espera».

Un momento de silencio. Luego los dos comenzaron a interrogarse:

—¿Qué opinas? —dijo Hans, que era quien había leído la nota.

Sebastian reflexionó:

—¿Por qué la luz que brilla allí arriba debería darnos la muerte?

—Lo único que se entiende es que tenemos que bordear el foso ahí abajo y... hacer señales con las antorchas.

—Bien, vamos... ya entenderemos el resto. Si es una broma está bien congeniada, yo solo quiero terminar la caza.

Sin volver a mirar atrás, emprendieron el descenso. Atravesaron la espesura de un bosque y salieron al descubierto justo delante de la torre, que se levantaba imponente en la orilla opuesta del foso.

Lo avistaron casi enseguida.

La noche era fría. El capitán Werner Heinkel recorría despacio el camino de ronda que se abría sobre el foso de los Ciervos.

De vez en cuando respondía al saludo de algún centinela. Más a menudo lo ignoraba.

Estaba de mal humor.

Después de haber formado parte de la guardia de honor de los archiduques en su visita a la ciudad, había creído que pronto se libraría de la monótona vida de la guarnición. Pero el coronel Godei no pensaba igual. Ninguno de sus subordinados, había dicho, conseguiría avanzar en su carrera sin asumir los deberes del soldado raso, incluso los más rutinarios.

Heinkel sonrió para sí mismo. El viejo oficial se había dado cuenta de las rivalidades que enfrentaban a sus colaboradores y había decidido solucionarlo a la vieja usanza: humillándolos a todos para que nadie exacerbara el conflicto.

Además, acababan de sufrir el revés del robo de las municiones...

Estaba a punto de llegar a la torre de Dalibor cuando ordenó a un soldado que se hiciera a un lado. El hombre se irguió en posición de firmes.

—¡Todo en calma, mi capitán!

Miró hacia fuera a través de la tronera. Era de noche y no se veía nada. Pensó de nuevo en lo que se había atrevido a proponer, sin éxito, al coronel: solo una patrulla en el exterior podría garantizar una vigilancia eficaz. Por supuesto, allá fuera el terreno era accidentado, pero esto no debía disuadirles, puesto que los rebeldes se habían aprovechado precisamente de su inacción.

Se despidió del soldado y reanudó su recorrido y sus reflexiones. En ese momento, uno de los guardias que se encontraban próximos a la torre de la Pólvora dio la alarma:

—¡Alto! ¿Quién va? ¡Identifíquense!

Heinkel volvió sobre sus pasos, a la vez que gritaba las primeras órdenes a los soldados, que lo miraban inseguros.

—¡Mantened la cama! ¡Fijaos en el terreno que tenéis delante!

Llegó jadeante al lado del centinela que había avisado del peligro y lo interrogó con la mirada.

El hombre contestó con energía:

—Allí, mi capitán: ¡hay dos hombres cerca del foso!

El capitán oteó en la oscuridad y vio dos puntos de luz en movimiento. Quienes llevaban aquellas antorchas recorrían la orilla opuesta al castillo y se dirigían hacia el este. La intimidación del guardia no parecía preocuparles.

—Dispara unos tiros de aviso muy por encima de sus cabezas —ordenó el oficial—, a ver si se asustan y se van a pasear a otra parte...

Avanzaban intentando no tropezar con las zarzas y la abundante maleza. Miraban bien dónde apoyaban los pies, manteniendo las antorchas levantadas.

Tan concentrados como estaban en avanzar, se sobresaltaron al oír el grito del guardia. Se detuvieron sin saber qué hacer. Pero enseguida Sebastian se echó a reír y guiñó el ojo a su compañero con aire divertido.

—Empiezo a entender...

—Yo también —dijo Hans, excitado.

No contestaron al alto. Al revés, siguieron caminando. Poco después, como preveían, oyeron el disparo.

—¡Aquí está el resplandor que puede dar la muerte! —exclamó Hans.

—Exacto —contestó el amigo con una amplia sonrisa—. Ahora vamos a pasarlo bien... ¡Aquel chiflado ya nos las pagará más tarde!

Y, sin más esperas, empezaron a correr y a agitar las antorchas. No hacia el espeso bosque a sus espaldas, sino a lo largo del foso, un lugar bien visible desde las murallas del castillo.

—¡Huyen! —comentó el soldado que había disparado.

—No —lo corrigió el capitán Heinkel apretando los labios—, nos provocan.

De hecho, los dos hombres corrían en la oscuridad pero sin ocultarse a su vista y parecían querer atraer la atención de toda la guarnición.

El oficial se volvió hacia el soldado que se encontraba en el puesto siguiente, mientras el que había disparado cargaba su fusil.

—Tú, tira un poco más cerca: que se asusten de verdad.

—¡Sí, mi capitán! —respondió el soldado. Apuntó y apretó el gatillo. Como resultado, desde la otra orilla del foso se oyeron gritos de burla en un perfecto alemán.

—¿Es esta la puntería de los soldados del emperador?

—¡Informaremos a su majestad!

Los dos gritaban a todo pulmón. El segundo proyectil había pasado por encima de sus cabezas y lo habían oído silbar. Pero aquel sonido, en lugar de asustarles, los había excitado aún más. Dejaron incluso de correr y se limitaron a avanzar a buen paso, mientras agitaban las antorchas, primero arriba y luego delante de ellos, a la derecha y a la izquierda; habrían sacado de quicio a cualquiera que intentara apuntarles con su fusil.

Un tercer y un cuarto disparo se escucharon aún más distantes que el segundo, y los nobles imaginaron la rabia del oficial, que ahora ya estaría ordenando disparar para acertar. Entonces arrojaron las antorchas a lo lejos y se apresuraron a bajar a oscuras hasta el fondo del foso.

Una ráfaga de proyectiles impactó en el terreno donde habían caído las luces,

mientras ellos se desternillaban tirados en el suelo.

Luego, mientras los soldados allí arriba recargaban las armas lo más rápido posible, los jóvenes corrieron a recuperar las antorchas.

—Ya está bien... —dijo Hans, más cauto, indicando el bosque donde podrían resguardarse.

Pero Sebastian, descontento, protestó:

—Pero ¿qué dices? ¿Y la torre de Dalibor?

—Llegaremos allí pasando por el bosque.

—Pero ¡así no vale!

En ese momento les disparó un soldado más rápido que los demás en recargar. El proyectil los rozó. Llevaban las antorchas en la mano. Se miraron: ya habían tenido suficiente.

Alzaron los brazos para tirar las antorchas, pero, justo en ese instante, Sebastian lanzó un alarido sofocado y, en lugar de deshacerse de su luz, cayó junto a ella hacia el centro del foso.

Hans lo vio desaparecer de su lado y pensó que se había tropezado. Se libró de la llama y algunos soldados dispararon hacia el punto donde la había arrojado. El joven empezó a descender a tientas a la vez que llamaba a su amigo.

—¡Sebastian! ¡Responde, maldita sea!

La antorcha de su compañero había caído más abajo. Hans se encaminó con prudencia en aquella dirección, pero de improviso su pie chocó contra algo que le impedía el paso. No era un tronco. Se arrodilló y lo palpó con la mano.

Era Sebastian.

Hans lo sacudió.

—¡Despierta! ¿Qué te pasa?

El otro no contestaba.

Desde las murallas resonaron nuevas órdenes. Por suerte, ya no disparaban.

No veía casi nada.

—¡Deja de bromear! ¡Ahora saldrán a buscarnos!

El joven intentó ayudar a su compañero a incorporarse y, al hacerlo, notó que algo le humedecía la mano. Se la llevó a los labios y percibió el sabor metálico de la sangre.

—¡Sebastian! —chilló asustado. Inspeccionó frenéticamente el cuerpo que ahora pesaba sobre sus piernas.

—¿Dónde te han dado? ¿Dónde?

De pronto, incrédulo y jadeante, Hans tocó un frío objeto metálico que sobresalía del pecho de su amigo: era la punta de una flecha que lo traspasaba desde la espalda hasta el esternón.

Un terror incontrolable se apoderó de él. Comprendió que el asesino se escondía

en el bosque y entonces se precipitó hacia el foso. Cayó y volvió a levantarse. Alcanzó el fondo donde corría un riachuelo. Avanzó en el agua y prosiguió, sin aliento, subiendo hacia los muros. No dejaba de gritar:

—¡Socorro, socorro!

Mientras remontaba la pendiente sabía que ofrecía la espalda a su enemigo. Este pensamiento le retorció las entrañas y paralizaba su cerebro. Pero confiaba en la oscuridad, en la distancia...

Cuando alcanzó la muralla del castillo, se volvió para mirar hacia el bosque.

Silencio.

Ni siquiera la voz de un ave nocturna.

No podía respirar.

En algún punto a lo largo del muro, no muy lejos de donde se encontraba, oyó a alguien que trajinaba intentando abrir una puerta.

En el interior oyó al oficial, que ordenaba a gritos:

—¡Los quiero aquí! ¡Traédme los aunque estén heridos!

Con los hombros pegados a la pared, se deslizó rápido en dirección a aquellos ruidos.

Cuando la puerta se abrió, él estaba allí delante.

Las antorchas de los soldados lo iluminaron.

Entrecerró los ojos, respiró hondo y abrió la boca.

Una pesada flecha de metal cruzó como un rayo y le traspasó el cuello, arrancándole el aliento, la luz, los pensamientos.

Escena Segunda

La angustia de una ciudad

1

Dos cuerpos ya fríos. Limpios y recompuestos. Von Weber reconoció enseguida a los dos nobles vieneses.

—¿Sabe quiénes son? —le interrogó el coronel Godei.

—Sí. Les conocí justamente ayer por la mañana. Se encontraban en el Teatro de los Estados Generales y acababan de llegar de la capital para asistir a los ensayos de la nueva ópera de Mozart. Este es el conde Kleber, y el otro, el conde Von Nyemer.

El oficial hizo un gesto de sorpresa.

—¿El conde Kleber? Pero ¡es una tragedia!

Von Weber observó la expresión del militar, que parecía sinceramente turbado.

—¿Sabe algo de este hombre?

—Conozco a su padre, uno de los consejeros personales de la emperatriz María Teresa. Ahora vive retirado en su residencia de las afueras de Viena. Aun así, sigue siendo un noble muy respetado.

Von Weber asintió y volvió a fijarse en los cadáveres. El hombre que había recibido la flecha por la espalda tenía la camisa y el chaleco empapados de sangre. El otro tenía el cuello desgarrado y quebrado; a los soldados que habían transportado y compuesto el cadáver les había costado conseguir que su cabeza, constreñida entre dos cojines, mantuviera una postura natural.

Al lado de cada una de las víctimas se hallaba la flecha de metal que había provocado su muerte. El intendente se acercó y cogió una. Era oscura como la noche. Un proyectil mortal.

—Nunca he visto utilizar nada parecido —comentó el coronel—. El asesino tiene pasión por las armas antiguas. La única arma de tiro capaz de arrojar una flecha parecida con esa fuerza y precisión es la ballesta.

El intendente asintió de nuevo e hizo ademán de agradecer la explicación. Volvió a colocar la flecha en su sitio y pensó que sería inútil inspeccionar las inmediaciones del foso de los Ciervos mientras aún era de noche. Antes podía interrogar al cochero, interceptado por los soldados que salían a toda prisa del castillo mientras se daba a la fuga por el camino del bosque, en dirección a la ciudad.

El coronel pareció leerle el pensamiento.

—¿Quiere ver al hombre al que tenemos retenido?

—Sí, ¿dónde está?

—En la habitación de al lado, bajo vigilancia. Pero antes... —dijo el oficial a la vez que tendía a Von Weber una pequeña hoja de pergamino— creo que debe ver esto. Estaba metido en uno de los bolsillos del hombre que falleció en primer lugar, ha aparecido cuando lo registrábamos para descubrir su identidad.

Von Weber desplegó la página y la examinó con atención.

Esta vez en el pergamino podía verse, junto a la habitual frase en el idioma misterioso, el dibujo de un hombre con una ballesta. Se encontraba en el centro de una serie de círculos, a lo largo de los cuales avanzaba una procesión de mujeres desnudas, con una estrella en la mano cada una.



El intendente notó que aquella frase también contenía el nombre con la mayúscula que se repetía en las anteriores.

«¿Es tu nombre?», se preguntó mientras pensaba en el asesino y apretaba la mandíbula.

Godei lo devolvió a la realidad. —¿Todo bien?— preguntó amablemente. Von Weber mostró una sonrisa amarga. —Todo bien. Vamos.

Jan estaba muy asustado. Se encontraba sentado pero no conseguía estarse quieto; se retorció las manos, se rascaba la cabeza.

—¿Es usted quien ha acompañado a aquellos dos caballeros hasta la orilla del foso?

—Sí, señor... sí, ¿qué otra cosa podía hacer? ¡Me lo pidieron ellos!

Von Weber intentó tranquilizar al pobre hombre. Ordenó que le trajeran una silla y pidió al coronel que el soldado que estaba de pie, detrás del prisionero, esperase fuera. El oficial hizo una señal al guardia, que se marchó enseguida.

El intendente continuó.

—Escúcheme. Soy el primer convencido de que usted no tiene nada que ver con

la muerte de esos señores. Pero ahora debe ayudarnos a encontrar al culpable, ¿lo entiende?

El hombre se cubrió el rostro con las manos.

—¡Les dije que era peligroso! —Entonces miró a Von Weber con expresión desesperada—. Creían que estaban jugando, ¿lo entiende? ¡Jugando!

—¿Y a qué jugaban? ¿Vinieron por su propia voluntad porque se les ocurrió provocar a los guardias del castillo?

Jan se concentró. Frunció el ceño y dijo:

—Seguían una indicaciones... unos mensajes... tenían que encontrar a un tal Mozart, que...

—¡Mozart! —El intendente dio un brinco—. ¿Ha dicho Mozart? ¿El músico?

El cochero se confundió.

—No sé... sí, el nombre era ese. Pero ninguno de ellos dijo que se trataba de un músico.

Von Weber intentó calmarse.

—De acuerdo, continúe: ¿ese Mozart les indicaba por medio de mensajes adonde debían ir?

Entonces Jan contó todo lo ocurrido desde el momento en que los dos nobles lo habían parado en la calle Celetná.

Cuando terminó, el intendente se quedó en silencio, mirando al vacío. Estaba decidiendo si actuar enseguida, sin esperar el amanecer.

—Eso fue lo que pasó, ¡tiene que creerme! —dijo el testigo malinterpretando la dura expresión del intendente.

Von Weber se levantó.

—Claro, no se preocupe. Hoy mismo le dejaremos en libertad.

Aun así, Jan protestó:

—No me basta, señor. ¡Tengo miedo! El asesino podría haberme visto. Mejor dicho: ¡estoy seguro de que me ha visto! Me buscará y me matará...

El coronel también miraba al intendente con aire dubitativo.

Von Weber contestó a ambos:

—Podemos asignarle una escolta y vigilar su domicilio durante un tiempo.

El oficial afirmó con la cabeza.

Sin embargo, antes de salir de la habitación, el magistrado concluyó:

—De todos modos, yo, en su lugar, no me preocuparía demasiado. Aquel ser malvado es demasiado listo y sabe que nunca podría reconocerle.

Antes del amanecer, el alcalde Fritz Walther también llegó al castillo.

Cuando lo vio avanzar por los pasillos, Von Weber tuvo la sensación de que ese pobre hombre estaba a punto de romper a llorar. Al ver los cadáveres, dejó caer los

brazos y encorvó la espalda, como si el peso de la ciudad se le estuviera haciendo insoportable.

—¡Qué desgracia, señor intendente! ¡Qué desgracia! ¡Dos nobles alemanes que frecuentaban la corte! ¡Graf von Spee llegará con no menos de dos regimientos para ocupar las calles!

El coronel no sabía cómo replicar.

Von Weber habló en un tono práctico.

—Eso no va a pasar, señor... Lo evitaremos.

—Pero ¿cómo?

—Capturando al asesino.

El alcalde se quedó mirando al magistrado. Se notaba que estaba intentando recuperar el control de sí mismo.

—Se lo ruego, dígame que tiene alguna pista, algún indicio que le lleve hasta él. Faltan diez días para la luna llena, ¡y ya hemos llegado al límite!

—Es posible —contestó Von Weber. Luego se le acercó—. Señor alcalde, hablemos claro; debo pedirle la más amplia libertad de acción.

El alcalde asintió resignado.

—En este caso —prosiguió Von Weber con voz cortante—, puedo darle una buena noticia: hoy mismo, antes de que la ciudad estalle bajo la presión del miedo y de las sospechas, y de que todos empiecen a acusarse unos a otros, encerraremos a un sospechoso. Todos lo sabrán y estarán pendientes del desarrollo de las investigaciones sobre esa persona. Unas investigaciones que no tardarán en dar resultados.

Las facciones del alcalde se relajaron en una expresión de alivio.

—¿Me está diciendo que tiene a alguien a quien detener? ¿Tiene argumentos de peso para hacerlo?

—Sí, pero se trata de un personaje conocido, apreciado, incluso admirado. Usted mismo, si me permite la observación, le ha estado protegiendo hasta ahora.

El alcalde aguzó la mirada, escudriñando la cara del magistrado. Estaba valorando los riesgos a los que se enfrentaba. Decidió tantear el terreno.

—¿Y quién es, si puede saberse?

Von Weber lanzó una mirada al coronel, que asistía mudo y curioso a aquella conversación, luego irguió la cabeza y, con el aire de quien actúa como acusación en un juicio, contestó:

—Se trata de herr Mozart, el célebre compositor.

—¡Mozart!

—Sí, señor. Con su permiso, y en el interés de la ley, procederé a su detención inmediata. Por orden mía, se encuentra desde ayer bajo estricta vigilancia. Tres de mis hombres no le quitan los ojos de encima. He tomado esta medida tras descubrir

que Mozart fue el último en ver con vida a la prostituta asesinada en la isla de Kampa y después de que me mintiera sobre su relación con Kozeluch, la segunda víctima de esta serie de homicidios. Ahora sé con toda seguridad que los dos nobles que ve aquí, bárbaramente asesinados, se fiaban de él hasta el punto de caer en una trampa mortal. Creían estar participando en un juego, pero el que conducía la partida era su compañero de diversión, el propio Mozart.

El alcalde reflexionó. «¿Por qué no?», pensó. Mozart: un hombre célebre, pero no un noble. Habría podido ser peor. Además, si al final aquello quedaba en nada, sería una manera como otra de ganar tiempo.

Von Weber callaba y seguía el hilo de los pensamientos del cauteloso alcalde. Decidió forzar su decisión.

—No he actuado antes contra él, señor, porque recibí la orden explícita de no molestarlo... ¿recuerda?

El alcalde prefirió cortar la conversación. Aquella indirecta le incomodaba.

—Que así sea —concluyó—. Quiero una acción rápida y limpia. Antes del mediodía toda la ciudad debe estar al tanto de la detención.

Von Weber recibió la orden inclinando la cabeza con un gesto marcial. Se despidió también del oficial y se dispuso a salir.

En la puerta le llegó de nuevo la voz del alcalde; se giró para escuchar su última recomendación.

—¡Intendente...! Solo una cosa más: no empleen la violencia contra el sospechoso sin consultarlo antes conmigo.

Von Weber volvió a asentir y salió con paso decidido. Le esperaba su berlina.

Y la acción. Al fin.

2

El Violinista dejó a un lado la ballesta y descansó. «Solo un minuto», se dijo a sí mismo.

No debía desaprovechar la inmensa energía que lo invadía, con cada vez más fuerza.

Antes del amanecer quería transmitírsela intacta a su instrumento, plasmarla en su madera y en sus vetas.

Cuando por fin tocara su música, su odio sonaría poderoso, firme, inimitable.

Se puso manos a la obra.

Cogió el mástil negro, tan brillante como una de las flechas con las que acababa de matar, y lo montó en la caja, ya terminada desde hacía días.

Había esculpido aquella parte con precisión y paciencia: había tallado la voluta en el duro arce de los Balcanes y preparado cuidadosamente el clavijero, con el que tendería las cuerdas y afinaría el instrumento. La madera para fabricar aquellas preciosas clavijas ya estaba lista: ébano, por supuesto, el mismo que utilizaría para el diapasón y el cordal.

Como siempre, las notas retumbaban en su mente mientras trabajaba.

Era verdad: la composición de la serenata y la construcción del instrumento avanzaban al unísono. Su mortífera obra liberaba sus energías, desplegaba su genialidad.

Una vez terminado el trabajo, dejó descansar su criatura mientras la contemplaba en silencio, como si admirara a su hijo en la cuna. Sí, pensó emocionado, el hijo que le obedecería, que lo resarciría por sus cuidados como se hace con un buen padre.

Al pensar eso se dio cuenta de que apretaba los dientes.

«Cálmate», se dijo a sí mismo. «Cálmate. Todo ha empezado y a estas alturas no va a parar. Ahora la justicia que has escogido para ti seguirá su curso.

»Basta que mantengas la calma.

»Para cuando le toque a la próxima víctima, las cuerdas ya estarán listas.

»Que se alboroten los demás. Que se alborote esta odiosa ciudad, donde todos están dispuestos a devorarse unos a otros.

»Que se perturbe la autoridad militar, a la que hoy he puesto en ridículo. Que se alteren los notables. Que se vuelva loco ese Von Weber, que piensa que podrá llegar a comprender un diseño más grande que él mismo».

En la plaza Malé, a poca distancia del centro de la Ciudad Vieja y a pocos centenares de metros del Teatro de los Estados Generales, se encontraba el puesto de policía en

el que Von Weber había situado a los tres hombres que debían vigilar a Mozart. Según lo establecido, cada uno de ellos, por turnos, se quedaría en esa comisaría para informar al intendente sobre los desplazamientos del sospechoso.

Cuando Von Weber irrumpió en la entrada, los dos policías de servicio se cuadraron de golpe; no se esperaban una visita tan temprano; además, su superior parecía haber acudido allí con la máxima urgencia.

—¿Quién de los tres que escogí ayer está aquí? —preguntó el intendente.

Antes de que los agentes pudieran contestar, de una pequeña oficina salió un hombre de paisano, con expresión alarmada. A su espalda aparecieron dos hombres más, cabizbajos.

—Estamos aquí, señor —dijo el primero, cuadrándose también. Los otros se quedaron atrás, temerosos.

Von Weber preguntó preocupado:

—¿Estáis aquí? ¡Los tres! ¿Y dónde está Mozart?

El hombre se aturulló.

—Bueno, señor... le buscamos... para avisarle. Pero no sabíamos dónde encontrarle.

El intendente levantó la voz:

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué ha pasado?

—Pues... lo hemos perdido, señor.

Al pronunciar aquellas palabras, el hombre mantuvo su postura marcial pero bajó ligeramente la mirada, al igual que los otros dos. Era evidente que esperaban una severa reprimenda.

Por el contrario, el magistrado casi pareció alegrarse al recibir la noticia. Agarró al policía por las solapas pero lo interrogó con un curioso tono de entusiasmo en la voz.

—¿Perdido? ¿Cuándo? ¡Quiero la hora exacta!

—Alrededor de la medianoche... No... no regresamos enseguida a avisarle porque antes intentamos localizar a Mozart durante un buen rato. Nos dividimos y luego nos estuvimos buscando casi toda la noche. Perdimos tiempo. Cuando llegué a su casa hace una hora, usted ya había salido y no sabíamos dónde estaba.

Von Weber soltó al policía y dirigió la mirada a la ventana que se abría sobre la plaza. La luz de la mañana empezaba a alumbrar la ciudad. Su mente corría a toda velocidad.

«¡Desde la medianoche!», se dijo, y se imaginó hablando a su presa, imaginó la expresión desconcertada que sustituiría por fin la eterna sonrisa en el rostro del músico.

—Agente Pavel —ordenó con voz firme.

El agente que le había informado de lo ocurrido contestó con presteza:

—¡Diga!

—Preparaos. Tú, los otros dos y... tres hombres más. Dentro de dos horas realizaremos una detención en el Teatro de los Estados Generales.

La espera fue interminable, pero Von Weber no tenía dudas. No ordenó buscar a Mozart en ningún otro lugar de la ciudad: no presentarse a los ensayos habría sido una admisión de culpabilidad; y de haber huido, no habría tenido paz en ningún rincón del imperio. Más aún, se repetía el intendente: de haber sido por él, ¡en ningún lugar de Europa!

Sobre las nueve, como esperaba, el hombre al que había ordenado vigilar discretamente el teatro llegó sin aliento para contarle que, como de costumbre, el compositor estaba allí. Había entrado por un acceso lateral sin aparentar preocupación alguna.

—Debo avisarle de que hay mucha gente en la calle Ovocny, frente al teatro; hoy es día de mercado.

La noticia no inquietó a Von Weber.

—Mucha gente, ¿has dicho? —Sonrió al policía—. Mejor, querido, ¡mucho mejor!

El alcalde esperaba que todo el mundo estuviera al tanto de la detención sobre el mediodía. «Se sabrá antes de las diez», pensó satisfecho.

Luego hizo una señal a la patrulla y se encaminaron con tranquilidad por la calle Zelezná, como si fuese una ronda ordinaria.

Al llegar cerca del teatro, empezaron a abrirse paso entre los puestos, de los que comenzaban a alzarse los gritos de los vendedores. Algunos de los campesinos y de los comerciantes los miraban con curiosidad. Que hubiera mucha policía en un día como aquel era algo habitual. Pero que al mando del grupo estuviera el jefe del Consejo de Justicia resultaba algo extraño. ¿Qué podía haber pasado?

Von Weber correspondía con pequeños gestos a algunos respetuosos saludos. Para sus adentros, daba las gracias de que la noticia de los dos asesinatos de la noche aún no hubiese trascendido. De lo contrario, le habrían acosado con mil preguntas.

«Bien», consideró complacido, «se enterarán de las muertes al mismo tiempo que de la detención».

Se dispusieron a rodear el teatro y apuntaron hacia el acceso lateral reservado a los artistas.

Llegaron a la puerta, donde el vigilante, al ver su determinación, sus uniformes y sus armas, ni siquiera intentó detenerles o pedirles a qué habían venido. Al contrario, les abrió la puerta haciéndoles incluso una pequeña reverencia. Justo en ese momento Von Weber, que precedía el grupo, fue arrollado por un hombre robusto, que salía del teatro como si tuviera algo muy urgente que hacer.

El intendente, que había estado a punto de acabar en el suelo, se quejó por la vehemencia de aquel hombre. Este hizo ademán de disculparse, pero, tras reconocerle, exclamó:

—¡Intendente! ¡Iba a buscarle!

Luego se fijó en los policías, que lo observaban con severidad. Se aturulló y volvió de nuevo la mirada hacia el magistrado.

—Pero... ¿qué están haciendo?

Era Karel Kovar, vestido con ropa civil.

Antes de que Von Weber pudiera contestarle, empezó a hablar otra vez. Estaba muy alterado.

—¡Señor! Como preveíamos, la posición de Mozart ha empeorado.

Von Weber contempló al policía con auténtica sorpresa.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé porque le he visto esta noche donde nunca hubiera creído encontrarle.

—¿Estabas en el foso de los Ciervos? —prorrumpió el magistrado con tono esperanzado.

Kovar vaciló.

—No... estaba al otro lado de la ciudad, al este, cerca de la puerta de la Pólvora, siguiendo la pista a los Hermanos Bohemios... como acordamos. Me encontraba en la Posada de la Torre, así la llaman. ¿La conoce? Es una de las más grandes de Praga y la frecuente gente del pueblo. ¿Sabe a quién vi allí? A Frantisek Kanka, de vuelta a la ciudad después de desaparecer la misma noche del robo de las municiones en el castillo. Había dos personas más con él; quien más quien menos, todos simpatizantes de aquella sociedad de conspiradores... Estaban sentados junto a una mesa apartada cuchicheando entre ellos. Me mantuve a cierta distancia para que no me reconocieran, pero no les quité los ojos de encima. Podría identificarlos a todos si los encontrara de nuevo...

Von Weber no parecía impresionado por aquel descubrimiento.

—Pero ¿qué tiene que ver Mozart en todo esto?

Kovar sonrió; era su momento de gloria y lo estaba disfrutando.

—Bueno, señor, para mi sorpresa, poco después de la medianoche llegó al local una persona escoltada por dos hombres de confianza de Kanka. Parecía un campesino. Un tipo de aspecto torpe, mal vestido y muy gordo. Pero era un disfraz. Después de que le dejaran entrar, desveló su identidad. Era Mozart, señor, estoy seguro. En un momento dado, se retiró con Kanka a una habitación interior. Volvieron a la sala principal al cabo de una hora y parecían muy alegres, como si se hubiesen hecho amigos. Una vez acabados los tragos y las charlas, Mozart se quedó a descansar en un cuarto que había sido preparado para él en la misma posada, no muy lejos de aquí...

—¿Y luego?

—Luego nada. Permanecí en la calle hasta el amanecer. Mis hombres me esperaban en el exterior, y juntos pudimos vigilar todas las salidas. Mozart ha reaparecido hace solo una media hora para venir aquí. Informé al portero de que era de la policía y entré para comprobar adonde iba. Ahora está allí, empezando los ensayos como si nada. Por eso iba corriendo a buscarle.

Von Weber miró al policía con una expresión curiosamente abatida.

El joven frunció el ceño.

—¿Hay algún problema? —preguntó preocupado. Esperaba recibir unos elogios entusiasmados, sin embargo...

El intendente se dio cuenta de su confusión, esbozó una sonrisa y le puso una mano en el hombro.

—Bien hecho, Kovar. Muchas gracias.

Entonces se dirigió a los otros policías que lo miraban inseguros.

—Podéis volver a vuestros puestos y retomar la actividad de vigilancia... Kovar y yo seguiremos con la investigación. —Irguió la cabeza y concluyó con autoridad—: He de pedir os que guardéis el más estricto silencio sobre lo ocurrido aquí y... sobre el control al que sometemos a herr Mozart... Consideraré responsable a toda la patrulla en caso de que se filtre alguna noticia, ¿entendido?

Los hombres asintieron serios y marcharon hacia la comisaría. Von Weber se quedó mirando cómo se alejaban y pensó con amargura que les esperaba un día horrible. Volvió en sí e intercambió con Kovar un gesto cómplice.

—Bien, agente, ¿te ves capaz de enfrentarte cara a cara con nuestro conspirador?

La platea estaba desierta. Evidentemente el grupo de invitados, amigos y admiradores habituales no aparecería hasta más tarde. Von Weber pensó que aquello era una suerte; mejor no dar demasiada publicidad a su charla con el Maestro.

Mozart no dejaba de dar indicaciones a la orquesta. Algo no iba bien y hablaba en un tono irritado:

—¿Siempre he de esperar que ustedes se dignen aparecer? ¿Dónde están todos los violines? ¿Qué hacen por la noche? ¿Se van a tocar hasta las tantas a las tabernas?

El magistrado y el policía se detuvieron respetuosamente detrás de Mozart. Uno de los músicos indicó al compositor que alguien necesitaba hablar con él.

—¿Qué pasa? —preguntó Mozart, contrariado; luego se giró con el mismo ímpetu y se encontró cara a cara con sus dos severos visitantes.

—¡Nooo! —exclamó levantando la mirada al cielo—. Lo siento, señor intendente, pero hoy no tengo tiempo para sus sospechas.

Von Weber no perdió su aplomo.

—Aun así, tendrá que atenderme, señor. He de comunicarle una grave noticia y

formularle algunas preguntas.

El tono con el que pronunció aquellas palabras impresionó al Maestro, que dejó de protestar enseguida. Hubo un instante de silencio y, al mirar al magistrado, Mozart se convenció de que era mejor hacerle caso. Se volvió hacia la orquesta y avisó:

—Puesto que aún no están todos aquí, me retiraré unos minutos a mi camerino. Mientras tanto, afinen los instrumentos; y usted, primer violín, encárguese de reprender a los que llegan con retraso. Una mañana más como esta e informaré de su conducta a la dirección del teatro.

Poco después, estaban todos reunidos en un pequeño cuarto.

—¿Qué más ha pasado? —preguntó Mozart.

Con semblante grave, Von Weber respondió:

—Vuestros amigos, los dos nobles caballeros que vinieron a verle ayer... fueron asesinados la pasada noche.

Al escuchar estas palabras, el compositor abrió los ojos como platos. Estaba asustado. Casi gritó:

—¡No puede ser!

—Se lo aseguro. Yo mismo vi sus cadáveres en una habitación del castillo hace un par de horas. Fueron atraídos con un engaño y heridos de muerte con unas flechas de metal, probablemente lanzadas con una ballesta.

Mozart se sentó. Estaba muy pálido. Una profunda angustia empezó a demudarle el rostro. El intendente se quedó impresionado.

—Mis... mis amigos... —gimió el músico.

Von Weber bajó la vista y continuó:

—Verá, señor, he venido a verle porque hay una circunstancia que, una vez más, parece relacionarle con los asesinatos.

—¿Qué circunstancia? —preguntó Mozart, confundido, sin conseguir salir de su aturdimiento.

—Tenemos un testigo, el cochero que los acompañó hasta el lugar donde fueron asesinados. Sostiene que los dos estaban convencidos de estar participando en un juego, y que era usted quien lo había organizado.

El músico seguía el discurso sin entender nada. Von Weber prosiguió:

—Seguían unas indicaciones en clave, unos acertijos.

—Sí. —Mozart pareció volver en sí—: Lo habíamos hecho otras veces, en Viena. Es decir que yo... habría...

Von Weber asintió.

—He venido para detenerle pero ahora no sé qué pensar. El agente Kovar, que se encuentra aquí conmigo, afirma con toda seguridad que a la hora del homicidio usted estaba muy lejos del castillo y... ocupado en otros asuntos.

El músico fijó la mirada en el policía.

—¿Me vigilaba?

Kovar negó con la cabeza.

—No le seguía a usted, señor. Seguía la pista de otras personas con las que se encontró ayer por la noche. Para ser exacto, con Frantisek Kanka, un peligroso alborotador.

Mozart se cubrió el rostro con las manos. Estaba desesperado. Von Weber casi pudo percibir la oscuridad en la que se estaba hundiendo.

De pronto lo comprendió. Había sido víctima de otra maniobra. Le habían inducido a pensar que era Mozart el responsable de los delitos, cuando en realidad era el objetivo.

Desde que había llegado a Praga, muchas de las personas con las que se relacionaba habían sido asesinadas.

Von Weber lo miró con ojos distintos. Aquel artista caprichoso seguía irritándole, pero tal vez fuera él quien estaba en peligro.

—Ha sido una suerte, herr Mozart, que usted se encontrara allí —dijo al final—, aunque tendrá que darnos explicaciones de su encuentro...

—¿Qué significa que ha sido una suerte?

—Significa que todo nos llevaba a creer que el asesino era usted, mientras que ahora tiene una coartada irrefutable... Además, su situación ha cambiado radicalmente, ya que, por lo que parece, usted es el objetivo...

El músico dirigió a Von Weber una mirada interrogativa.

—Tenía relación con las víctimas. El asesino debe de conocerle, estar al tanto de sus gustos y de sus costumbres. Como la de jugar con los acertijos...

Mozart parecía cada vez más nervioso. Se arrancó la peluca y la tiró a un rincón. Se desabrochó el cuello de la camisa. Parecía un animal enjaulado.

—Ahora intente calmarse. Nosotros le protegeremos. A usted y a su mujer. Pero tiene que colaborar, ¿comprende?

El compositor cerró los ojos y volvió a abrirlos en señal de asentimiento.

—Para empezar, háganos de su encuentro con Kanka —dijo Von Weber tras mirar a Kovar, que aguardaba en silencio.

Mozart introdujo la mano en uno de los bolsillos de su chaqueta, colgada en la pared. Sacó un par de hojas, dobladas de mala manera, y se las pasó al magistrado.

—Aquí tiene. Mire lo que me toca hacer para ganarme la vida.

El intendente se encontró unas partituras entre las manos. Sobre los pentagramas, el Maestro había trazado las notas de una de sus composiciones. Von Weber recurrió a su capacidad de lectura a primera vista, que no había vuelto a ejercitar desde las clases periódicas de música a las que obligaban a asistir a todo hijo de la pequeña burguesía que no quisiera desmerecer en sociedad.

Unos minutos después levantó la mirada algo sorprendido.

—Es...

—Una marcha —confirmó Mozart, aún conmocionado—. Una marcha patriótica que aquel exaltado de Kanka me ha encargado porque, según dice, la música tiene el poder de unir a la gente y de animarla, de infundirle valor...

Von Weber entregó las hojas a Kovar. El policía les echó un vistazo y luego confirmó la versión de su superior.

—Es cierto. Debajo hay unos versos en checo: «Bohemia, Bohemia, tierra de orgullo y de paciencia...».

—Ya es suficiente —ordenó el intendente—. ¿Usted es consciente de que ese hombre es miembro de una sociedad clandestina que amenaza la seguridad del Estado?

Mozart le miró como si la cosa no fuera con él.

—Señor, lo único de lo que soy consciente es de que quiere pagarme bien. Imagínese que me daría casi la mitad de lo que gano con el montaje de una nueva ópera. Esta es mi única culpa: no ganar lo suficiente para mantenernos con dignidad a mí y a mi familia.

Von Weber se conformó con aquella explicación. Lo que Mozart hiciera ahora, pasando por alto como un ingenuo la tensión que se respiraba en la ciudad, ya no tenía mucha importancia.

El magistrado y el policía se despidieron del músico con una mezcla de amabilidad y reparo. Incluso intentaron consolarle. Su dolor era sincero y Von Weber volvió a pensar en el comentario de su pobre amigo sobre el alma del músico, capaz de sumirse en la más profunda desazón.

Nada más salir, se dieron cuenta de que el gentío, por la calle y en el mercado, había aumentado mucho. El espectáculo de la muchedumbre todavía en calma había turbado al intendente. Lo asaltó el presagio de lo que iba a ocurrir.

—Dentro de poco estallará el pánico —dijo a Kovar, que caminaba a su lado—. Mientras tanto, coge a tus hombres y detén a todos los miembros de los Hermanos Bohemios que puedas encontrar. No me importa interrumpir el avance de tus investigaciones; actúa enseguida y captura a un buen número. Sobre todo, tráeme a Kanka: tenemos una cuenta pendiente con él.

El joven asintió y se alejó con rapidez en dirección a Nove Mesto.

3

La edición especial del *Prager Zeitung*, distribuida desde la tarde, se leía y se comentaba en voz alta por toda la ciudad. Bajo el título «Horror sin límites: el diabólico asesinato de dos nobles vieneses», el autor del artículo describía el homicidio cometido la noche anterior, y concluía:

Los cuerpos sin vida de dos nobles descansan ahora en las salas del castillo. Se espera que la noticia llegue a Viena, donde sin duda hundirá en la desesperación a las respetables familias de los fallecidos, a toda la nobleza de la capital y a la mismísima corte de su majestad.

Con un mensaje enviado a Viena hoy mismo al amanecer, el alcalde Fritz Walther ha expresado a las familias de las víctimas el pésame y la solidaridad de la ciudad de Praga, y se ha comprometido a hacer todo lo posible para identificar a los culpables.

Hoy, nuestro periódico puede dar a conocer a sus lectores una noticia de extrema gravedad, que la autoridad policial se niega a confirmar de forma oficial: los misteriosos asesinatos están relacionados entre sí por una serie de mensajes cifrados que el culpable deja en el lugar del crimen. Los textos están redactados en un idioma incomprensible.

Ahora el caso se complica y se vuelve perentorio. Sin embargo, la policía, encabezada por el jefe del Consejo de Justicia, Karl Maria von Weber, no parece estar cerca de la solución. Empiezan a escucharse voces que sostienen que el joven Von Weber, nombrado hace unas pocas semanas, no estaría a la altura de las circunstancias.

Un edicto fijado en los muros por las autoridades invita a todos los ciudadanos a mantener la calma y a colaborar con las investigaciones. Un llamamiento que resulta de lo más necesario, vista la oleada de temor que ha crecido entre la población, alimentada a su vez por una violencia gratuita y sin precedentes en la memoria de nuestra comunidad.

Von Weber estaba fuera de sí. La referencia a su supuesta incapacidad lo sacaba de quicio. Estaba seguro de que aquella parte del artículo había sido sugerida por alguno de sus enemigos, que esperaba en la sombra el momento de ver rodar su cabeza.

Las autoridades civiles ya empezaban a mostrarle su desconfianza.

Arrojó el periódico a un rincón del despacho e intentó tranquilizarse para no perder el control de la situación.

Después del fracaso del «plan Mozart» no podía esperarse que no cuestionaran su capacidad. Por eso, a la hora de redactar el edicto para la población, no habían seguido su consejo de limitarse a invitar a la calma sin mencionar la petición de colaboración.

«Ya se darán cuenta», pensó, «pero seré yo quien tenga que enfrentarse a las consecuencias».

Antes de que terminara el día, comprobó que tenía razón: impacientes por «colaborar», los praguenses no habían tardado en comenzar a delatarse sin reparo. Las comisarías y su propia oficina se vieron invadidas por solícitos ciudadanos que se empeñaban en denunciar los movimientos sospechosos o las reprobables costumbres de este o aquel conocido suyo. Todo testimonio quedaba registrado y la policía se comprometía a estudiar cada una de esas sugerencias.

Estaba claro que, de seguir así las cosas, las investigaciones se verían abocadas al fracaso. Aunque lo peor aún estaba por llegar. Desde la mañana del día siguiente ya empezaron a circular voces que no apuntaban a una sola persona, sino a grupos enteros. Algunos acusaban a los nacionalistas o a los Hermanos Bohemios, puesto que las víctimas eran nobles alemanes o personas que tenían alguna relación con los alemanes. En aquellas horas, siguiendo la orden de Von Weber, Kovar consiguió detener a un gran número de patriotas, preocupándose sobre todo por la cantidad y sin hacer muchas distinciones entre verdaderos conspiradores y simples simpatizantes. Pero, para gran descontento de su superior, se le escapó Kanka, el jefe del grupo, y la iniciativa acabó por exacerbar los ánimos de la población; de hecho, entre los checos prevalecía la convicción de que los culpables eran los propios alemanes, deseosos de minar la reciente autonomía de la ciudad.

A su vez, los alemanes acusaban a los checos de hacer un mal uso de las concesiones del soberano, quien, en su opinión, debería ocupar por las armas el centro de la ciudad.

Algunos echaban la culpa a las sociedades secretas, que parecían haberse multiplicado, pese a las últimas restricciones establecidas por el emperador.

Otros dejaban recaer sus sospechas sobre los jesuitas, la poderosa congregación religiosa que acababa de disolverse en los territorios del imperio, y que habría sido la primera interesada en crear un clima de terror e incertidumbre.

Hubo quien acusó a los husitas, la secta cuya existencia no se toleraba demasiado bien en una ciudad dominada casi por completo por el catolicismo.

Tampoco se libraron los gitanos, ni los campesinos que acudían a la ciudad con sus mercancías, aún esclavos de antiguas supersticiones rurales y de ritos paganos.

En pocas horas nacieron sociedades de socorro mutuo, que reunían a las distintas categorías de ciudadanos. Empezaron a salir armas de sótanos y desvanes, y se

organizaron rondas de vigilancia en los límites entre los distintos barrios.

Mientras la policía y la guarnición del ejército apenas conseguían mantener el orden e intentaban desalentar las iniciativas particulares, sobre las demás voces se alzó una que acabaría por poner de acuerdo a las distintas facciones. Lo que atrajo la atención general fue el detalle, ya de dominio público, de las extrañas frases que firmaban los delitos. Había trascendido que aquellos mensajes estaban redactados en un idioma desconocido y utilizando un alfabeto nunca visto. Era imposible no pensar en los oscuros caracteres de una lengua hebraica.

Con el paso de las horas, empezaron a tomar cuerpo las primeras sospechas sobre la numerosa comunidad del antiguo gueto. En dos días ya se habían convertido en certeza. Las preocupaciones y las miradas cargadas de desconfianza y de odio se centraron cada vez más en aquel barrio, en sus callejuelas estrechas y abarrotadas, en sus centenarias sinagogas, en su misterioso y atestado cementerio.

Hacía apenas tres años desde que el emperador —¡de nuevo él!, ¡con sus manías de progreso!— había suprimido las antiguas desigualdades que, ya en la Edad Media, mantenían aquellas calles separadas del resto de la vida ciudadana. Se habían echado abajo las barreras que, aunque solo de forma simbólica, regulaban la entrada y la salida; ya no se debía hablar de gueto, sino de un barrio como los demás, habitado por leales súbditos del imperio.

En señal de agradecimiento, los judíos habían bautizado su antiguo rincón de la ciudad con el nombre de aquel iluminado y tolerante emperador, y ahora eran los habitantes de «Josefov». El tiempo de las acusaciones más terribles y de las continuas persecuciones parecía haber acabado; ahora había llegado el momento de los negocios, porque, como sostenían algunos astutos comerciantes bohemios, «el dinero no tiene que rendir cuentas a ningún Dios».

Pese a todo, la presión de un miedo desconocido y de un enemigo invisible amenazaba con transformar el clima de tolerancia en el odio más ciego.

La noche del segundo día después de los últimos asesinatos se produjeron las primeras muestras de hostilidad: manifestaciones espontáneas de amenaza próximas al barrio bajo sospecha, lanzamiento de huevos podridos, mensajes ofensivos en los muros, negativas a establecer negocios con los miembros de la odiada comunidad.

A lo largo del tercer día, cuando ya empezaban a formarse grupos armados dispuestos a atacar a los judíos, Von Weber se presentó ante el alcalde.

Este miró a su colaborador con aire de suficiencia. Por enésima vez en aquellos días, volvía a considerar la posibilidad de convertir al jefe del Consejo de Justicia en un chivo expiatorio. En los momentos de insatisfacción no había nada mejor que la cabeza de alguna autoridad para calmar los ánimos. Por desgracia, los aspirantes al cargo de Von Weber, habitualmente tan numerosos, en aquellas horas parecían echarse atrás frente a la perspectiva de soportar tanta tensión.

De todos modos, pensó el viejo y taimado político, ese ambicioso señor hijo de un zapatero no podía permitirse más errores.

—¿Ha considerado la posibilidad de que entre los judíos se escondan unos exaltados y que la reciente política de tolerancia los haya alentado a seguir sus peores instintos? ¿Sabe que su rabino jefe, el tal Mordechai Avron, tiene fama de mago?

Von Weber se quedó impasible.

Aquel hombre no tenía derecho a decirle qué debía hacer o pensar.

Ya había expuesto su sospecha principal; una vez descartada la pista de Mozart, la más probable seguía siendo la de las sociedades secretas que actuaban en la sombra contra la ley. Sus hombres seguían vigilando a Casanova y él ya había dado la orden de que lo encontraran y lo trajeran a su presencia.

Si el principal sospechoso ya no podía ser el célebre músico, se conformaría, mientras tanto, con un aventurero.

En cuanto a los Hermanos Bohemios, el grupo ya no se encontraba en condiciones de hacer daño, al menos de momento, mientras la policía buscaba afanosamente a su líder, Kanka, que debía de encontrarse escondido en las colinas de Bohemia.

La de los judíos era la tercera pista que había decidido seguir, y no solo por conveniencia.

—Estoy al tanto, señor, de esta y de otras sospechas. Ya le he pedido al padre Ungar, mi asesor de confianza, que las estudie por mí.

—¡No hay tiempo que perder! —estalló Walther—. ¿Quiere que sean los ciudadanos de Praga los que se encarguen de hacer justicia? ¿Quiere esperar a que estalle la violencia o graves desórdenes? ¡Arreste enseguida a Mordechai junto con unos cuantos de sus correligionarios!

Von Weber sonrió.

—Señor alcalde, permítame observar que, como todos sabemos, en circunstancias como estas la gente quiere desahogarse. Los judíos son las víctimas designadas y para nosotros es mucho mejor que la tomen con ellos...

El otro asintió. Aquella demostración de cinismo calmaba su preocupación. El magistrado leyó en la mente de su superior y prosiguió.

—A su vez, no debe olvidar que yo, en nombre de la ley y de las autoridades legítimas de esta ciudad, me veo obligado al menos a fingir que actúo en defensa de todos los súbditos del imperio...

—¿Y cómo saldremos de esta situación? —preguntó Walther, angustiado.

Von Weber habló en un tono tranquilizador.

—Saldremos si conseguimos aprovechar al máximo todas las fuerzas de las que disponemos. Conviene que quien debe asustarse, es decir, el asesino, tiemble; que quien debe colaborar, soporte alguna presión, y que quien necesita desahogarse,

pueda hacerlo.

El alcalde volvió a mostrar su aprobación. La expresión astuta del magistrado lo convencía más que sus palabras. Despidió a su colaborador con una frase cargada de dobles sentidos:

—Váyase. Siga enviándome un informe sobre la situación de la ciudad cada dos horas, como de costumbre. No descuide la vigilancia y la protección que le corresponde a toda la comunidad de ciudadanos de bien. Y, sobre todo, ¡céntrese en las investigaciones!

Al salir de la oficina, Von Weber pensó que solo se le concedería otra oportunidad: en caso de fracasar de nuevo, sería sacrificado ante la furia del pueblo impotente.

«No me queda otra elección», se dijo, «solo puedo seguir y acabar destruyéndome, o salvarme a mí mismo».

Mientras atravesaba los pasillos del ayuntamiento bajo la mirada curiosa de los funcionarios y de los notables, tuvo la sensación de ser un muerto que caminaba delante de sus ojos.

Tras llegar a su mesa, mandó llamar a algunos funcionarios y les dio las disposiciones oportunas para contener los desórdenes y para poner en práctica alguna forma de disuasión contra las manifestaciones de intolerancia.

—Además, observaremos cómo reacciona la gente frente a las crecientes sospechas hacia los judíos —ordenó—, pero sin intervenir. Dejemos que las protestas y las medidas de vigilancia espontánea de los ciudadanos tengan el espacio que les corresponde.

Los hombres entendieron perfectamente: protección para todos, aunque un poco menos para los judíos.

Luego Von Weber pidió que le informaran sobre el avance de la búsqueda de Casanova. Le comunicaron con cierto embarazo que, con toda probabilidad, el caballero italiano había visto venir los problemas, porque había aprovechado esas horas para esconderse sin dejar rastro.

El magistrado se enfureció contra los dos policías que acababa de convocar.

—¡Cómo es posible! ¡Seguiais todos sus pasos!

—Verá, señor —contestó el mayor de los dos—, lo que pasa es que aquel hombre no para. La gente compite entre sí para tenerlo entre sus invitados, y nosotros nos limitamos a ver cómo entra y sale de las diferentes casas principales de la ciudad. Y nos quedamos esperando fuera hasta que él se decide a irse. A veces le perdemos la pista, pero luego basta con preguntar dónde será la siguiente fiesta, o concierto, o recepción, para volver a localizarlo. Le aseguro que esta vez tampoco tardaremos en encontrarlo...

—Más os vale. Quiero hablar con él hoy mismo, o, de lo contrario, os acusaré de retrasar la investigación. ¿Queda claro?

Los dos se despidieron y salieron con paso decidido.

Von Weber se quedó a solas y reanudó sus reflexiones.

Tenía un plan para los judíos, y también estaba decidido a actuar con rapidez contra Casanova y sus hermandades. Lo demás aún quedaba pendiente; no podía descuidar ninguna pista.

Con el padre Ungar había hablado aquella mañana, pero el pobre hombre ya no sabía qué contarle.

Solo le quedaba visitar al padre Erasmo, el cura de San Francisco de Asís que había recibido la confesión del hombre que se había culpado de los dos primeros homicidios. Desde la muerte de los dos vieneses, había dado la orden de vigilar la iglesia. Kovar se encontraba allí desde la mañana, pero un control en persona no estaría de más.

Se levantó y cogió el sombrero y el bastón.

«Y después, ¿qué?», se preguntó.

No se hacía ilusiones: el asesino no iba a dejar de matar. Debía de estar muy satisfecho con su demostración de omnipotencia: tenía la ciudad a sus pies.

Y si cometía otro asesinato, concluyó Von Weber, ya no sería él el encargado de darle caza.

4

Para Kovar, quedarse esperando de rodillas en la iglesia de San Francisco de Asís y levantarse de vez en cuando solo para encender un cirio o para acercarse en actitud penitente al confesionario, era una auténtica tortura.

Hacía horas que no perdía de vista el habitáculo ocupado por el padre Erasmo. Fuera, con la orden de vigilar a todas las personas que entraran y salieran del templo, otros dos hombres paseaban discretamente por la plazoleta de los Caballeros de la Cruz, en la que también se erguía el largo edificio del Clementinum y de donde salía el puente de Carlos.

Kovar entendía muy bien la importancia de aquella misión. Von Weber le había dicho que era muy probable que en esas horas se presentara un hombre con la intención de confesar los últimos delitos al buen fraile.

«El padre Erasmo no podrá o no querrá reconocer al asesino ni delatarle, pero si estamos atentos, conseguiremos capturarlo. De momento, procederemos a identificar a todos los hombres que salgan de la iglesia después de confesarse. Al fin y al cabo, no pueden ser muchos», había ordenado el intendente.

Sin embargo, ya desde el día anterior, Kovar se había desviado de las disposiciones de su jefe, que en ese momento estaba empeñado en otros asuntos: la situación en la ciudad estaba a punto de estallar y la búsqueda de Casanova, el caballero italiano, era igual de urgente. De modo que él había podido llegar a un acuerdo con el temeroso fraile:

—Padre, seamos francos: aquí estamos buscando a un asesino y usted tiene que colaborar. No le pido que se exponga demasiado, pero si hace lo que le digo, contribuirá a detener la mano de un malvado sin correr ningún riesgo. Yo mismo permaneceré en la iglesia junto con otro policía, y ninguno de los dos le quitará los ojos de encima, sobre todo cuando sea un hombre quien entre en su confesionario. Cuando reconozca a la persona que ya acudió a someterse a su juicio, deje que hable como si nada. Será suficiente que, cuando termine y el hombre se esté alejando, usted haga un sencillo gesto: se levantará, saldrá del confesionario y, al hacerlo, se quitará la estola. Nada más. El policía de guardia y yo entenderemos la señal y detendremos a esa persona en cuanto salga de la iglesia. ¿De acuerdo?

El padre Erasmo se encogió de hombros y asintió con mucha prudencia. Kovar pensó que aquel hombre santo tenía fama de excelente confesor, pero estaba claro que no iba sobrado de valentía. Aun así había accedido a colaborar, y el policía no dejaba de repetirse que su plan era sencillo y que no podía fallar.

Así que aquella mañana se encontraba allí, tras abandonar la pista de los Hermanos Bohemios y la búsqueda del italiano, entregado a las más sentidas

muestras de devoción en la bella iglesia barroca.

Pero las horas pasaban y no había rastro del misterioso personaje.

Como era de esperar, la mayoría de las personas que acudían a confesarse eran mujeres, y entre ellas prevalecían las ancianas de origen humilde. A primera hora, tal vez para cumplir con un voto impuesto por algún severo preceptor, se habían presentado dos jóvenes de la alta sociedad acompañadas por sus criados.

Según los informes, el día anterior las cosas no habían sido muy distintas.

Sobre las doce, Kovar se sacudió de encima la apatía que le estaba venciendo. Había entrado un hombre, un tipo robusto. Por la ropa que llevaba podría tratarse de un rico comerciante de paso por la ciudad. El individuo se quedó rezando por un tiempo que a Kovar le pareció infinito, después se aproximó al confesionario y se arrodilló en el lugar reservado a los penitentes.

La confesión duró un cuarto de hora, luego el hombre se santiguó. Por tanto, se dijo Kovar, había recibido la absolución. Ese detalle decepcionó al policía, que sabía cómo había acabado la anterior petición de perdón. De todos modos, no dejó de vigilar al desconocido, que, con toda tranquilidad, se encaminó hacia los bancos para luego arrodillarse en dirección al altar.

Sin embargo, mientras el hombre rezaba, el padre Erasmo no se movió de su sitio. El policía, apostado en una capilla lateral desde donde lo veía todo, resopló desanimado. Al no recibir la señal convenida, dejó salir al sospechoso; que lo identificaran los dos hombres en el exterior, a él ya no le interesaba.

Mientras tanto, la enésima viejecita había entrado al confesionario y había empezado a desgranar la letanía de sus tediosas faltas.

Kovar volvió a sentarse y a dirigir mudas plegarias a la imagen pintada encima del altar.

Pasaron unos minutos. La mujer fue a arrodillarse justo detrás del policía. El hombre la oía jadear, como si todo ese trajín le hubiera costado un gran esfuerzo. Ahora mascullaba unas oraciones. Kovar, con la cabeza entre las manos y la mirada en el suelo, se quedó escuchando aquella pesada respiración, aquellas frases incomprensibles.

No pensó ni por un momento en la posibilidad de mirar al confesionario. Poco después, y con el mismo esfuerzo, la mujer que se encontraba a su espalda se incorporó y se dirigió lentamente hacia la salida.

Kovar se levantó, se dio la vuelta despacio y la observó mientras abría la pesada puerta que daba a la plaza y era engullida por la luz del sol. Luego miró de nuevo hacia la iglesia y examinó una vez más todos sus rincones. Suspiró resignado y decidió recorrer de nuevo el interior: todavía le faltaba encender un cirio en uno de los altares laterales.

Una mujer entró, se persignó, permaneció un momento de pie frente al altar y se

encaminó, como todo el mundo, hacia el confesionario.

Casi al mismo tiempo, el policía, absorto en sus pensamientos, fue atraído por un grito de terror:

—¡Padre Erasmo! ¡Socorro!

Kovar se giró de golpe y se precipitó hacia el confesionario. La mujer no estaba de rodillas, sino que mantenía abierta la portezuela del habitáculo donde se encontraba el sacerdote y desde esa posición, paralizada por el miedo, observaba al policía, que se acercaba a toda velocidad.

—¡Está mal! ¡El padre Erasmo está mal!

Kovar apartó a la mujer y vio que el religioso, con el rostro pálido y la mirada ausente, se había deslizado hacia el suelo y mantenía una postura innatural, recostado en la silla y con la cabeza echada hacia atrás. En el confesionario flotaba un olor desagradable. Mientras arrastraba al exterior el cuerpo inanimado, el policía sintió un ligero vértigo.

La mujer lloraba y gemía. Kovar liberó el cuello del padre Erasmo para que pudiera respirar e intentó comprobar si aún estaba vivo. Pero de pronto la idea de lo que podría haber ocurrido cruzó por su mente a la velocidad de un relámpago. Se apresuró a dejar al fraile y alcanzó la salida.

Salió despedido y empezó a escudriñar la pequeña plaza de arriba abajo. Uno de sus compañeros lo vio y se le acercó.

—¿Qué pasa?

—¡Esa mujer! ¡Esa mujer que acaba de salir! ¿Dónde está?

El otro vaciló un instante.

—Se ha... ¡se ha ido por allá! —dijo indicando la calle Krizovnická, sin entender por qué era tan importante recordarlo.

«La calle más concurrida, por supuesto», pensó Kovar. Se lanzó en aquella dirección.

—¡Seguidme! ¡Tenemos que encontrarla!

Pero fue inútil. Dieron la vuelta a la ancha manzana ocupada por el Clementinum y por el Observatorio astronómico. Pararon y asustaron a dos ancianas que nada tenían que ver con los hechos y, diez minutos más tarde, volvieron a la iglesia con las manos vacías.

En el interior encontraron a Von Weber, que los vio llegar sudados y jadeantes. Junto a él, unos pocos feligreses algo conmocionados y el padre Erasmo, pálido y descompuesto, que estaba sentado en un banco y los observaba como si los dos hombres que acababan de entrar en su templo fueran a agredirle para asestarle el golpe de gracia.

Ordenaron a la gente que saliera de la iglesia, pues el sacerdote había sufrido un

desfallecimiento.

Pero la realidad era muy diferente.

—Tenía... llevaba un pañuelo empapado de alguna sustancia. No sé cuál. Tenía un olor penetrante. La cabeza empezó a darme vueltas enseguida y ya no vi nada más.

—Pero ¿era él? ¿Era el mismo hombre de la otra vez? —Von Weber azuzaba a su único testigo.

—Sí, era él. No me di cuenta enseguida porque no andaba de la misma forma y porque parecía una mujer de verdad.

—¿Se confesó?

El fraile asintió. Al recordarlo, el terror volvió a demudarle el rostro.

—¿Y qué le dijo?

—De los delitos, muy poco. Dijo que los había matado él y que... eso era lo correcto.

Von Weber lanzó una breve mirada a Kovar. El policía también estaba sorprendido.

—¿Qué quiere decir que eso era lo correcto?

El sacerdote intentó hilvanar sus pensamientos, como si le costara poner en orden lo que había oído.

—Deliraba. Estaba excitado, exaltado. Sostiene que ha hecho justicia y que la profecía del día de Yahvé se está cumpliendo... gracias a él.

—¿Qué profecía es esa?

—Citó al profeta Amós. Me dijo: «Lea Amos, capítulo 5, versículo 18...». —El religioso hizo una mueca contrariada—. «¡Ay de los que ansían el día de Yahvé! ¿Qué creéis que es el día de Yahvé? ¡Es tinieblas, que no luz! Como cuando uno huye del león y se topa con un oso, o, al entrar en casa, apoya una mano en la pared y le muerde una culebra... ¿No es tinieblas el día de Yahvé, y no luz, lóbrego y sin claridad?».

El hombre calló.

El intendente sintió que el peso de aquellas palabras se hacía insoportable en boca de un hombre que ya había matado cuatro veces. Dejó que el fraile se recuperara y luego preguntó:

—¿Cree que quiso citar a aquel profeta para darnos una pista, para que leyéramos aquel libro de la Biblia en concreto?

El hombre abrió los ojos, de nuevo asustado.

—No. Ese hombre reniega de Dios. Lee la Biblia pero hace lo mismo que los judíos: tiene otros libros que considera más sagrados. ¡Sigue unas escrituras que nada tienen que ver con las Sagradas Escrituras!

Von Weber no pudo ocultar su sorpresa.

—Y usted, ¿cómo lo sabe?

—Me lo ha dicho él. Intenté hacerle razonar, le expliqué que Dios viene para juzgar pero también para perdonar, para salvar, para curar las heridas...

—¿Y él?

—Se enfureció. Me interrumpió y me espetó: «¡No! El prepara en la sombra el fin de los haraganes y yo debo ejecutarlo... Yo los veo desde mi oscuridad y nadie se librará de mi mano. Tengo en mi poder la profecía definitiva, la que va a acabar con su despreocupación. No habrá perdón, sino verdad y lágrimas... hasta siete veces».

—¡Siete!

—Sí. Creo que quiere decir que su profecía se cumplirá con el séptimo asesinato. En la Biblia también es un número perfecto. El de los días de la creación del mundo.

Se hizo el silencio. Todo el mundo pensó lo mismo: tres muertes más antes de la luna llena.

El magistrado se quedó pensativo y luego se dirigió al sacerdote.

—¿Dijo algo más?

El hombre negó con un gesto. Luego volvió a hablar despacio, como si estuviera reconstruyendo cada detalle, uno por uno.

—Cuando empecé a notar el olor penetrante que me hizo perder el sentido, estaba hablando de la voz de Dios. Dijo... dijo que pronto la oiremos todos.

5

A lo largo de la tarde, las noticias que hablaban de aglomeraciones, circulación de armas y peticiones firmadas por grupos de ciudadanos parecieron disminuir por toda la ciudad, con la única excepción del barrio judío.

Muchos declararon estar convencidos de que, con el paso de las horas, la ansiedad y las tensiones desencadenadas por los bárbaros asesinatos se disolverían.

Pero Von Weber no se hacía ilusiones y examinaba con atención los informes puntuales que le llegaban de todos los rincones de Praga.

Mientras tanto, incluso el tiempo, que había sido bueno en los últimos días, estaba cambiando: unos negros nubarrones llegados del oeste adelantaban el caer de la noche.

Desde su despacho, el intendente oteaba el cielo y se decía que la lluvia y el frío jugarían a su favor: con un clima más riguroso, disminuirían las ganas de salir a la calle para buscar distracciones contra el miedo.

Llamaron a la puerta. El magistrado dio permiso para entrar y se encontró ante él al alcalde Walther. El hombre tomó asiento.

Si había acudido por una razón concreta, había decidido ocultarla.

—¿Aún no tenemos nada?

Von Weber abrió los brazos.

—Nada. La ciudad parece tranquilizarse, y eso ya es algo positivo...

—Se tranquilizará del todo —lo interrumpió el alcalde— con la llegada del contingente militar con el que Graf von Spee ha decidido reforzar nuestras defensas.

Al mismo tiempo que pronunciaba esas palabras, entregó al intendente un comunicado urgente que acababa de recibir.

Von Weber empezó a ojear el texto del breve mensaje.

—Ellos también temen lo peor —comentó el alcalde—, como nosotros, por otra parte. Además, no tienen más remedio que actuar: dos familias importantes lloran en Viena y claman venganza.

El intendente se quedó mirando a su interlocutor.

—Ahora tenemos a alguien a quien sacrificar para satisfacer su sed de venganza. Nos ayudarán a mantener el control sobre la ciudad y a presionar a los judíos y a las sociedades secretas. Y esto le bastará a la política. Graf von Spee nos encontrará ya activos en estos frentes...

El alcalde se creció.

—No, tenemos que hacer más. Proclamemos el toque de queda. ¡Nadie tiene que salir de casa después de las nueve de la noche!

Von Weber negó con la cabeza.

—¿Usted está dispuesto a bloquear la ciudad, los espectáculos, la actividad de los locales y de todos los lugares públicos como si estuviéramos en tiempos de guerra? ¿Es esto lo que quiere? Permítame, alcalde: deje que sean las autoridades imperiales quienes tomen estas medidas. Por lo menos la responsabilidad política recaerá sobre el gobierno central y no sobre nosotros.

Afuera empezaba a llover. Las gotas caían con intensidad, a un ritmo regular. El magistrado indicó la ventana.

Ahí tiene, señor, ahí tiene su toque de queda. Esperamos que llueva durante dos días seguidos; bastará para enfriar los ánimos y para disuadir a los alborotadores y a los violentos de salir a la calle...

En ese momento llamaron de nuevo a la puerta.

Tras recibir permiso para entrar, se asomó un portero que, nada más ver al alcalde, se quedó desorientado.

—Hable, Ozpetech, ¿hay alguna novedad? —le invitó el intendente.

—Parece que sí, señor. El agente Kovar solicita verle con urgencia. Dice que no se irá antes de hablar con usted.

Von Weber miró al alcalde y vio que su cara se iluminaba esperanzada.

—Dígale que pase enseguida —ordenó.

Kovar no pareció turbado por la presencia de la máxima autoridad civil. Tenía la expresión, que Von Weber conocía muy bien, de alguien que se siente investido de una misión y no se deja intimidar por nadie.

—Se trata del señor Casanova. Al fin lo hemos localizado... Con un poco de insistencia, también hemos conseguido que contestara a unas cuantas preguntas. Pero no ha querido acompañarme bajo ningún concepto.

El intendente se mostró preocupado.

—¿Le has dicho que soy yo quien necesita hablarle?

—Por supuesto, pero no parecía importarle. Es evidente que nos oculta algo, señor; y, vistas las circunstancias, he creído oportuno avisarle enseguida.

—¿Dónde se encuentra?

—En casa del conde Hugo von Waldstein, que le da alojamiento y... protección.

El alcalde saltó de la silla.

—¿Y se han atrevido a molestar a tan noble señor en su propia casa?

Von Weber no esperó la respuesta. Se levantó de su asiento, cruzó la habitación y se dispuso a ponerse el abrigo y el sombrero.

—Llévame hasta allí —dijo. Luego se detuvo y estudió a su subordinado para medir su reacción—. No le habrás asustado o maltratado, ¿verdad?

El policía se alarmó.

—No, señor, todo lo contrario. Pero parece estar agitado y nos ve como a sus perseguidores... Lo hemos estado buscando durante dos días, como nos ordenó, y

después de preguntar en todas partes, hemos dado con esa casa.

El intendente estaba listo para salir. Se detuvo para despedirse del alcalde.

—Señor, no se preocupe. Ese Casanova se encuentra en la ciudad desde hace un par de semanas. He pedido que lo buscaran porque ya ha hecho una pequeña contribución a la investigación por su propia iniciativa. Así que no corre ningún peligro, ni él ni el conde Waldstein, que, por lo que parece, es amigo suyo.

El alcalde asintió.

—Actúen con prudencia, ¡y denme resultados concretos!

La lluvia caía oblicua y abundante, arrastrada por un fuerte viento. Von Weber entró de un salto en la berlina de la policía y Kovar lo siguió.

Las calles estaban desiertas. Ese panorama alivió al intendente, quien se dirigió a su subordinado con una sonrisa.

—Un tipo interesante ese Casanova, ¿verdad? Un caballero algo presuntuoso. Yo también me he topado con él una sola vez y no me pareció que estuviera dispuesto a renunciar a sus privilegios. ¿De verdad estás convencido de que quiere ocultarnos algo acerca de los crímenes?

—No estoy seguro, señor. Lo cierto es que se esconde y está bastante asustado. El noble que le da alojamiento parece querer protegerlo también de nosotros.

Von Weber sonrió al oír esa queja encubierta.

—No te preocupes por eso. Ahora estoy yo, conozco al conde y no se negará a darnos explicaciones.

Pocos minutos después llegaron delante de la residencia de los Waldstein. Dos de sus hombres, mojados y temblorosos, esperaban fuera. Informaron a Von Weber de que el conde se había negado rotundamente a recibirlos en su casa. Esa muestra de descortesía le irritó.

Bajaron y llegaron corriendo hasta la entrada. Pasó un buen rato antes de que la puerta se entreabriera. El criado que los recibió no parecía tener prisa.

—¿Qué desean?

—Soy Karl Maria von Weber, intendente jefe del Consejo de Justicia. Tengo que ver con urgencia al conde Waldstein.

El hombre miró al visitante de arriba abajo e hizo una ligera mueca al reconocer al severo policía que lo acompañaba. Luego abrió la puerta y los dejó pasar al vestíbulo. Habían permanecido fuera menos de un minuto, protegiéndose como podían con los paraguas, pero había sido suficiente para que se empaparan los zapatos y los pantalones.

El criado pareció examinarlos con desaprobación. Luego, sin esforzarse mucho por ser amable, se despidió:

—Iré a ver si el conde puede recibirlos.

Von Weber observó al criado, que se alejaba comedido. Al magistrado le costaba contener su rabia. Llegó al punto de desear que el conde y Casanova ocultaran algo para poder actuar en su contra.

Luego se preparó a recorrer, como en su anterior visita, la larga sucesión de salones que por fin lo conducirían a la presencia del reticente noble. Sin embargo, para su gran sorpresa, ocurrió justo lo contrario: al poco rato, fue el conde quien llegó apresuradamente a su encuentro.

—¡Intendente! Me alegro de que haya venido a aclarar este malentendido —dijo dirigiendo una mirada de reproche a Kovar, que se mantenía a respetuosa distancia de su superior.

—¿De qué malentendido está hablando? —preguntó enseguida Von Weber sin dejarse amedrentar.

—Estos señores se creen que escondo nada más y nada menos que al asesino de la luna llena.

El funcionario dudó.

—Pero, señor... nosotros solo estamos buscando a...

—¡Usted se empeña en buscar a un hombre célebre y admirado, que me honora con su amistad! —Waldstein llegó incluso a apuntar a Von Weber con el dedo. Estaba furioso.

El magistrado intentó mantener la calma.

—Excelencia, dejemos las cosas claras: de ninguna manera el señor Casanova está acusado ni bajo sospecha por haber cometido aquellos asesinatos. Al contrario, su presencia en nuestra ciudad es muy grata. Además, quiero aclarar que le conozco, puesto que acudió a mí por su propia iniciativa para ayudarme en mis investigaciones. Por eso lo busco.

El otro lo interrumpió.

—Pero ¿qué dice? ¡Acabo de informarle de que usted está aquí y él me ha jurado que nunca le ha visto!

El intendente estaba desconcertado. ¿Qué estaba pasando?

—Debe de haber habido un error...

—No hay ningún error —insistió el noble—. Casanova no le conoce.

Von Weber ya no pudo controlarse.

—Conde, le tengo el máximo respeto a su casa y le pido perdón si mis hombres han sido demasiado indiscretos, pero ahora he de cumplir con mi deber y exijo que Casanova se persone ante nosotros para disipar cualquier duda.

De golpe se abrió una puerta lateral y apareció un hombre vestido con gran elegancia. Era evidente que había estado escuchando a escondidas toda la conversación.

El hombre avanzó por la habitación y habló con voz segura.

—Aquí estoy, señor. Tiene frente a usted a Gian Giacomo Casanova. ¿Puede saberse qué quiere de mí?

Von Weber se quedó en silencio durante un largo instante. Observaba a aquel hombre con estupor e incredulidad.

—Pero usted... —tartamudeó—, usted no es...

El otro pareció regocijarse en su incertidumbre.

—¿Lo ve? Usted mismo lo revela con su actitud: yo no le conozco, señor. Y usted no me conoce a mí.

El intendente dio un paso atrás, aturdido.

Estaba tan alterado que incluso el conde Waldstein le habló de forma comprensiva.

—¡Por Dios, señor! ¿Quién creía que era?

Pero el magistrado no escuchaba. Un pensamiento obsesivo retumbaba en su cabeza: otro hombre, tal vez el mismo asesino, lo había acompañado aquella noche hasta la sede de la secta secreta...

Kovar le tocó un brazo con un gesto respetuoso pero decidido.

—Señor... ¿se encuentra bien?

Von Weber volvió en sí. Esbozó una sonrisa y empezó a disculparse ante Casanova.

—Lo siento... Me han engañado. Pero entonces... ¿de qué tenía miedo? ¿Por qué se escondía? Si se hubiese presentado antes...

Casanova había abandonado su actitud socarrona.

—Después del asesinato de aquellos dos nobles señores me he dado cuenta de que en la ciudad circulaban rumores terribles sobre todo posible sospechoso. En estos casos, muchos suelen culpar a los extranjeros. Así que admito que, cuando supe que me buscaba, hice lo posible por borrar mi rastro hasta recibir la hospitalidad de este buen amigo.

Von Weber amagó una sonrisa.

—Ha hecho bien, diría yo, vistas las circunstancias... —No dejaba de observar el rostro del italiano. Tenía cierto parecido con el hombre que se había hecho pasar por él. También su estatura, su porte y su vestimenta eran parecidos.

Mientras seguía disculpándose, sin ni siquiera darse cuenta de lo que decía, y se despedía junto a Kovar, su mente trabajaba sin descanso.

Nada más salir, la lluvia empezó a azotarlos.

El policía se adelantó para abrir la puerta de la berlina.

Von Weber avanzó mecánicamente, subió y fijó la mirada en la ciudad que corría a su lado mientras regresaban al centro.

«¿Dónde estás?», pensó impresionado. «¿Me ves? ¿Te estás riendo de mí?».

Y con la mirada perdida en la noche, surcada por la lluvia, por primera vez sintió

que alguien le espiaba desde la oscuridad, como a una presa fácil perdida en medio de un bosque.

21 de octubre.

Cinco días para la luna llena.

Las más altas autoridades de la administración autonómica de Praga escuchaban apesadumbradas el informe del jefe del Consejo de Justicia.

Von Weber expuso a los notables un posible plan de acción, pero las palabras del magistrado no aliviaron sus preocupaciones. Estaba claro para todos que, en cualquier caso, salir de esa situación les costaría muy caro.

—Explíquese bien —intervino Konstantin Neurath, jefe del Consejo de Ley. Miraba al magistrado como a un hijo mayor que decide romper con toda convención social y merece una buena regañina—. ¿Nos está pidiendo permiso para investigar todas las libres sociedades de socorro mutuo creadas por los ciudadanos de Praga? ¿Sabe la cantidad de situaciones en las que se entrometería con su indiscreción y con cuántas resistencias se encontraría?

—Sin contar —añadió enseguida Baidur von Schirach, que controlaba el Consejo de Comercio— que algunas de ellas son... secretas, aunque aquí no estén muy bien vistas. En Viena el emperador ha puesto bajo vigilancia las logias masónicas, que pueden continuar sus actividades solo si hacen pública la lista de sus miembros. Pero este tipo de medidas, como bien sabe, acaba llevando a la creación de nuevos grupos, que actúan en la sombra y se inspiran en doctrinas aún más perversas.

Los argumentos de los dos altos responsables fueron acompañados por los gestos de aprobación de los otros cinco asistentes a aquel encuentro.

Von Weber miró al alcalde.

Con aire resignado, el hombre se dispuso a explicar el plan acordado con el intendente poco antes de la reunión.

—Señores, sus preocupaciones son más que comprensibles. Sin embargo, conocen la situación. La noticia de que el enviado del emperador, el duque Heinrich Graf von Spee, está a punto de llegar a la ciudad con un contingente de tropas para dar apoyo a la guarnición ya es de dominio público... —Hizo una pausa: quería subrayar que debía de haber sido uno de los presentes quien difundiera la información. Luego, seguro de que habían captado su indirecta, prosiguió—: Por tanto, las tensiones que parecían apaciguadas han vuelto a reavivarse con mayor intensidad, si cabe. El jefe del Consejo de Justicia y yo opinamos que, con las debidas cautelas, sería oportuno que indicáramos al enviado del emperador alguna... prioridad...

Hubo otro breve silencio. Todos los presentes en la sala reemplazaron la palabra

«prioridad» por la expresión «chivo expiatorio».

El alcalde asintió apenas con la cabeza al formular aquel pensamiento, que nadie se habría atrevido a expresar en voz alta, y continuó:

—Hasta ahora el intendente ha hecho todo lo posible, y su búsqueda prosigue en muchas direcciones. Pero la única conclusión plausible a la que hemos llegado es que nos encontramos frente al plan delirante de alguna secta secreta, que se cree investida de una... misión de castigo contra la ciudad entera. Es por esta razón que, junto con otros muchos diligentes ciudadanos, mantiene bajo presión el barrio judío y me ha prometido que las investigaciones en ese entorno pronto darán resultados inesperados.

La expresión partícipe de su audiencia reafirmó al alcalde en su intención de seguir aquella pista. A su lado, Von Weber permanecía imperturbable. La presión sobre los judíos estaba aumentando pero aún era insuficiente para permitir que su plan se pusiera en marcha.

El primer ciudadano de Praga prosiguió:

—¿Qué hay que hacer entonces? Vigilar, señores, nada más que esto. Publicaremos un edicto mediante el cual suspenderemos temporalmente las actividades de cualquier asociación o cofradía; interrogaremos a los responsables de cada logia o asociación en busca de noticias, haremos que todos los grupos noten la presión de nuestra vigilancia. Si el asesino es un miembro enloquecido de alguna sociedad secreta, creemos que sus miembros serán los primeros interesados en aislarlo y detenerlo. Pero deben sentir la necesidad de hacerlo. Como comprenderán, nuestro objetivo es avanzar en la investigación... Y al mismo tiempo demostraremos a la ciudadanía y a las autoridades superiores que seguimos adelante sin detenernos frente a nadie.

De nuevo hubo una larga pausa. De hecho, todos estaban pensando que las sociedades secretas más importantes estaban formadas por exponentes de la alta sociedad y burgueses deseosos de hacerse un nombre.

Von Weber estudió las caras de los representantes del poder local.

«Están calculando las pérdidas y las ganancias», pensó, «pero no tienen elección». Miró al alcalde, que seguía a la espera de una respuesta. El magistrado se congratuló consigo mismo: había instruido tan bien a aquel hombre prudente y asustadizo que ahora parecía de verdad el líder fuerte y capaz de asumir las graves responsabilidades que la ciudad reclamaba.

La propuesta se aprobó por unanimidad, aunque con numerosos matices.

Formaron un comité para redactar el edicto en el tono adecuado. Von Weber participó pero sin entrometerse: se trataba de ser diplomáticos, de explicarse bien pero sin amenazar o asustar a la población. Mientras los demás respetables señores discutían sobre las comas, él miraba por la ventana. La lluvia seguía golpeando la

ciudad.

El violín descansaba.

Tenía que secarse y convertirse en un cuerpo único y vibrante.

El Violinista podía dedicarse a las cuerdas.

Ya hacía tiempo que se había hecho con unos buenos intestinos de oveja, los había lavado con cuidado y tratado. Ahora tenía que enrollarlo con fuerza para formar un hilo fino pero resistente. Un trabajo que exigía concentración y fuerza física.

Él iba sobrado de las dos. Más aún: estaba demostrando una efectividad a la que nunca habría pensado poder aspirar.

«El desmesurado poder del odio», se dijo. Luego se detuvo; la intensidad de aquella idea lo había turbado de tal manera que le obligó a interrumpir su trabajo.

«No», se contestó a sí mismo, «no es el poder del odio sino el de la justicia, es decir, del bien supremo».

Siguió enrollando el hilo con el mismo ahínco que pronto utilizaría para añadir un escalón más al altar de la sentencia divina que estaba ejecutando.

En el silencio que, como de costumbre, lo envolvía resonó un silbido: de sus labios brotaba la melodía del gran día de la verdad.

Mientras seguía pensando en el manuscrito, en su orden antiguo y sapiente: mujeres, símbolo de una nueva vida; plantas desconocidas, que cubrían el terreno de un nuevo jardín del Edén; astros, que marcaban nuevos días.

Ahora estaba seguro. Todo aquello ya no existiría solo para él. Empezaba un nuevo mundo que dejaría a todos asombrados.

Un nuevo mundo. Un nuevo principio de cada cosa. Un nuevo soberano del universo.

Constanze se estiró en la mullida cama de su habitación en Villa Bertramka. La criada abrió las cortinas y ella pudo confirmar lo que sus oídos ya intuían.

—¡Está lloviendo a cántaros! —exclamó, frunciendo el ceño como una niña caprichosa. Por un momento se acurrucó entre las sábanas y se dejó vencer por la pereza que aquel clima le infundía.

—¿Vuelvo más tarde? —preguntó, solícita, la chica.

La mujer se quedó en silencio unos instantes, inmóvil, con la mirada fija en el techo. Parecía estar considerando la posibilidad de quedarse acostada todo el día.

Pero la cama estaba vacía, como, por otra parte, se esperaba. Su marido ya debía de haber ido al teatro.

Como si siguiera la cadena de sus pensamientos, la criada le avisó:

—Herr Mozart se encuentra en la habitación de al lado. Está trabajando y me ha

dicho que la salud de su parte.

Constanze se sentó de un salto. Aquella noticia era una grata sorpresa.

—¿Se ha quedado aquí? —quiso confirmar.

La sirvienta asintió.

—Entonces ve enseguida a advertirle de que me has encontrado en medio de una crisis. Dile que me encuentro mal y que necesito verle inmediatamente.

La orden no admitía réplicas y la criada salió.

Constanze se metió bajo las sábanas y empezó a desnudarse con gestos rápidos: fuera las pantuflas, la combinación, el negligé. Sentir el fresco contacto de las sábanas de seda en su piel, aún tibia por el sueño, llevó su excitación al climax.

Se quedó inmóvil, esperando, disfrutando del despertar de sus sentidos, de aquel leve escalofrío, de su respiración cada vez más agitada a medida que oía los pasos de Mozart acercarse por el pasillo.

Un momento después, él se asomó al cuarto.

—¡Stanziii! —llamó, siguiéndole el juego. Luego dio un paso adelante, despacio. Luego otro. La mujer permaneció en silencio, oculta, vibrando de impaciencia.

Solo uno de sus delicados piecitos sobresalía, con intención, de un extremo de la sábana.

Mozart acarició aquel maravilloso adelanto de las delicias que le esperaban. La mujer no se movió tras aquel contacto, que la inundaba de calor.

El recorrió con la mano la pantorrilla, llegó a la parte de atrás de la rodilla y empezó a intuir la sorpresa que tenía preparada al rozar la suave piel del interior de los muslos.

«Un excelente intermezzo», se dijo el músico mientras regresaba al trabajo. Su habitual facilidad para recuperar la concentración funcionó una vez más.

Se estaba enfrentando a la escena que cerraba su drama. Había llegado la hora de darle la forma que merecía.

El texto ya estaba listo hacía tiempo, y aquel final daba mucho que hablar entre curiosos y entendidos de la ópera.

Después de la pausa del Fígaro, el conde Nostitz, el director del teatro, había vuelto a manifestar su preocupación por el avance del nuevo trabajo. Faltaban pocos días: ahora el estreno estaba previsto para el 24.

Pocos días... y un final aún por ensayar.

Mozart sonrió. «No, querido Nostitz, no está por ensayar... está por escribir».

Da Ponte también había empezado a preocuparse, aunque lo disimulaba detrás de sus habituales chistes.

—¡Tampoco es tan complicado! Un gran estruendo, golpes y llamaradas, redoble de tambores, un par de trompetas y ya tenemos el juicio a Don Juan. Mejor aún: ¡el

Juicio Universal!

«No», pensó el músico. «Nada de estruendo. Y sobre todo nada de trompetas».

Las odiaba.

Empezó de nuevo a escribir. Un ritmo tenaz, obsesivo. La exclamación «¡Arrepiéntete!» repetida varias veces. Primero una orden, luego una imploración. Porque el espectáculo de un hombre que paga por sus culpas y es arrojado a las llamas del infierno no alegra ni siquiera a quien consigue así su justa venganza.

Las terribles palabras del fantasma del hombre asesinado por Don Juan, que volvía para perturbar la despreocupación del responsable, estaban allí, escritas en el papel:

*Don Juan, a cenar contigo me invitaste
y he venido...*

Y Don Juan, tembloroso:

Jamás lo habría creído...

Mozart mojó la pluma en el tintero. En su mente resonó el acorde decisivo: el re menor, sombrío y prolongado.

Estuvo escribiendo durante el resto de la mañana. Mientras avanzaba fue interrumpido por un único pensamiento, fugaz y doloroso, dedicado a sus amigos fallecidos: un rayo de sol menos en su dificultoso camino, antes de encontrarse a su vez frente a un juez en re menor.

El edicto de las autoridades civiles era tan ambiguo que despertaba en sus lectores las más justificadas inquietudes:

En consideración a las graves circunstancias que afectan a la ciudad, se prohíbe de forma temporal la participación en cualquier reunión y asamblea no aprobada expresamente por la autoridad policial. La prohibición se extiende a las reuniones en domicilios particulares y en sus dependencias, e incluye también las libres asociaciones de carácter reservado entre ciudadanos.

Los responsables de las sociedades de socorro mutuo están invitados a colaborar con las investigaciones en curso y a comunicar a la autoridad toda la información de la que dispongan sobre posibles actividades irregulares de sus miembros...

No se nombraba de forma explícita a ninguna congregación: la restricción podía aplicarse tanto a las cofradías católicas del Santísimo Sacramento como a las asambleas de los husitas, a los gremios de las diferentes profesiones, a la masonería, a los clubes de la nobleza y a las habituales tertulias que se celebraban en cualquiera de los cafés frecuentados por la burguesía ilustrada.

La referencia a las «posibles actividades irregulares de sus miembros» era intencionadamente vaga. Y todos se preguntaban el significado de aquellas palabras, que, más que indicar una sospecha clara, provocaban miles.

El día siguiente a la publicación, Von Weber y sus más estrechos colaboradores tuvieron que afrontar la difícil tarea de aclarar las dudas de representantes más o menos cualificados de esta o aquella sociedad.

En medio de aquel caos algo empezaba a trascender: las asociaciones religiosas sospechaban unas de otras, mientras que las profesionales se acusaban recíprocamente de gozar de privilegios injustificados. Sin embargo, era el mundo de la masonería el que sufría las más graves tensiones internas.

En un encuentro cara a cara, el conde Estherazy, miembro de una antigua familia y gran maestro de la más importante logia de la ciudad, habló sin ambages.

—Seré claro, señor intendente...

Von Weber lo escuchaba, atento a todos los detalles. Desde hacía dos días se preguntaba quién era el individuo que le había engañado haciéndose pasar por Casanova y a qué sociedad secreta lo había conducido.

Para que su explicación resultara más concreta, el noble extrajo del bolsillo interior de su elegante chaqueta una tabaquera de marfil decorada con los símbolos de

su hermandad.

—La masonería es, ante todo, culto de la razón. Nuestros signos de reconocimiento son el ojo de Dios creador y ordenador del universo, enmarcado en un triángulo, el compás y la escuadra, que miden el mundo, y las herramientas del albañil, que lo reconstruyen según un diseño inteligente. En todo esto no hay rastro de doctrinas esotéricas, de profecías o alquimia. Nosotros no pretendemos que la humanidad progrese mediante el descubrimiento de secretos reservados a unos pocos iniciados, y menos aún a través de poderes mágicos de cualquier naturaleza.

Von Weber asintió con respeto, pero no dejaba de pensar que todo aquello no era ninguna novedad, y no quería que ese ilustre personaje se tomara la libertad de darle una charla tan larga como inútil. Lo que esperaba era que hubiese acudido a él precisamente para alejar una sospecha que, vista la situación, podía estar algo fundamentada.

—Comprendo —intervino—. Pero dígame, ¿es posible que algunos de sus afiliados no estén conformes con la doctrina habitual y busquen un poco de misterio, algo de emoción que estimule la imaginación en lugar de la razón?

El hombre miró al magistrado con una expresión desconfiada.

—¿Tiene alguna... noticia en este sentido?

El intendente se inclinó ligeramente hacia delante. Quería que su pregunta surtiera todo el efecto deseado.

—¿Ha oído hablar de los rosacruces? ¿Y de los llamados Hermanos Asiáticos?

El conde Estherazy se mostró casi ofendido.

—No tenemos nada que ver con semejantes delirios.

—Sin embargo, aquellas sectas afirman ser las auténticas descendientes de los antiguos sabios y se dedican a ciencias ocultas a las que atribuyen una eficacia que vuestra racionalidad nunca tendrá. Yo mismo he sido atraído con el engaño hasta la sede de una sociedad secreta, donde, para asustarme y confundirme, me mostraron antiguos textos mágicos, uno de los cuales forma parte de un código usado por el asesino para desafiarnos. ¿Qué opina?

Hubo un momento de silencio. El noble estaba meditando sus palabras.

—No niego que existan asociaciones parecidas. La historia de Fraga rebosa de misterios. Pero el mundo evoluciona y mis hermanos y yo vivimos de la ciencia, señor. No nos dedicamos a otra cosa.

—¿No recuerda a nadie que, en los últimos años, haya participado en su asociación para luego alejarse de ella insatisfecho? Dicho de otra forma, ¿conoce a alguien que, a diferencia de ustedes, considere oportuno esconder algunos de sus descubrimientos a la sociedad y a las autoridades?

El conde escudriñó al magistrado y, con un tono solemne, intentó zanjar la cuestión:

—He de contestarle como Caín, señor: no soy el guardián de mis hermanos. Sé lo que veo y creo en lo que pienso. Que los demás se hagan responsables de sí mismos, como lo soy yo de mi persona.

Nada más.

A la petición de entregar la lista de los miembros de la logia, el gran maestro contestó evasivamente: antes de que terminara la tarde pediría que se la llevaran al intendente a su oficina.

Von Weber no se hizo ilusiones. Le llegaría una lista incompleta, en la que no aparecerían aquellos nombres que, por su naturaleza, la hermandad protegería de cualquier intromisión.

Después de que el respetable personaje abandonara su oficina, el intendente empezó a pensar que esa fase de las investigaciones tampoco daría resultados, aparte de distraer la atención de la mayoría; algo nada despreciable, por otro lado.

¿El culpable era quizá alguien importante? ¿Un intocable, tal vez?

Debía de tener medios: una cultura, un refugio seguro, tiempo para organizar los asesinatos. Puede que una doble vida. Lo cierto era que vigilaba sus movimientos y conseguía despistarle.

«Estás solo», se dijo el magistrado mientras oteaba el cielo, que iba escampando después de dos días de lluvia. «Estás solo y darás un paso en falso porque te sientes demasiado seguro de ti mismo. Es nuestra única esperanza».

Kovar irrumpió en la oficina alarmado.

—¡Señor! Vengo del barrio judío adonde había ido para interrogar a los responsables de la cofradía de las sepulturas, como usted me ordenó...

—¿Qué ocurre?

—Es imposible entrar, señor. ¡A menos que reunamos a nuestros efectivos! Alguien ha vuelto a soliviantar a la muchedumbre contra los judíos. ¡Creo que se están preparando para invadir el barrio!

El magistrado sorprendió a su subordinado.

—¡Bien! —exclamó—. ¡Estaba empezando a perder la paciencia!

Salieron enseguida. Pasaron dos controles policiales y llevaron consigo a los pocos hombres disponibles en ese momento, dejando disposiciones para que los demás se les unieran lo antes posible.

Cuando llegaron al comienzo de la calle Platnerská, que delimitaba Josefov en el lado sur y separaba el barrio judío del resto de la ciudad, el intendente vio lo que había alarmado a Kovar.

Una muchedumbre de al menos quinientas personas, con armas improvisadas pero también con algún que otro fusil, se había agolpado para escuchar los discursos de un orador acalorado, que hablaba de pie montado en un carruaje descubierto.

—¡Estos extranjeros nos esconden algo! ¡Siempre nos han odiado!

La gente mostraba su aprobación con alaridos y ovaciones.

—¿Quién es ese? —preguntó Von Weber.

—No lo sé, señor. Por el acento parece checo. Y no es noble.

—Hay que utilizarlo —dijo el magistrado mientras caminaba hacia el gentío.

Kovar se alarmó.

—¡Señor! ¡Esperemos a los refuerzos! ¡Somos demasiado pocos!

Era verdad. Ya se había reunido un número considerable de personas. Todos parecían estar de acuerdo y nadie se interponía entre la masa exasperada y las callejuelas, que en ese momento parecían desiertas. Mientras tanto, unos cuantos curiosos procedentes de las calles adyacentes se unían a la muchedumbre. La noticia de la concentración ya se había difundido por todo el centro.

Pero Von Weber no dudó.

—¡Venid conmigo! —ordenó a sus hombres. Y empezó a abrirse paso entre la turba de gente, seguido por el pequeño destacamento de uniformados.

Hubo un murmullo de desaprobación e incluso algún gesto desafiante. Pero Von Weber no se detuvo y empezó a gritar para que le oyeran.

—¡Policía! Estamos aquí para detener al rabino Mordechai Avron. ¡Están interfiriendo en nuestra operación!

—¿Qué ha dicho? —preguntó alguien.

—Dice que quieren detener al rabino.

—¿El rabino? ¿Van a llevarse al rabino?

En medio del desconcierto, Von Weber consiguió acercarse al carruaje sobre el que se erguía el improvisado orador.

Nada más ver a la patrulla policial, el hombre, en absoluto intimidado, empezó a protestar contra la autoridad.

—Ya está, ¿lo veis? El alcalde y los suyos intervienen enseguida para proteger a esta gente. Ahora puede que me detengan, ¡mientras los responsables de los peores delitos se ríen a nuestras espaldas detrás de esas persianas cerradas!

Von Weber hizo una señal a sus policías y continuó solo hasta montarse en el vehículo.

El cabecilla de la revuelta se le enfrentó, fortalecido gracias al apoyo del pueblo, que ya empezaba a silbar y a empujar a los agentes.

—Estamos aquí para detener al rabino —dijo Von Weber entre dientes con tono severo—. Pero ahora, por su culpa, ¡corremos el riesgo de que se nos escape!

El otro dudó solo un instante.

—¿Es él el culpable?

Von Weber, sin titubear, afirmó:

—Él, señor, él y solo él. Lo sabemos casi con certeza, pero debemos detenerlo e

interrogarlo.

El otro levantó la voz:

—Entonces, ¡vamos todos!

La gente que había alrededor del carruaje escuchaba atenta. Corrió la voz de lo que estaba ocurriendo.

El magistrado se dirigió a la muchedumbre y gritó:

—Tenemos sospechas fundadas y debemos detener al jefe de esta comunidad de extranjeros y aislar el barrio de los judíos. Les agradezco su presencia, nos serán de gran ayuda. Ustedes se encargarán de vigilar todos los accesos de Josefov; mis hombres y yo entraremos y nos llevaremos preso a ese hombre, que nos debe alguna explicación.

Hubo un momento de incertidumbre que Von Weber aprovechó para culminar su plan; apoyó una mano sobre la espalda del hombre que tenía al lado y en el silencio que se había creado añadió:

—Este ciudadano de bien nos acompañará, junto con algunos de los hombres más valientes. Los demás, como he dicho, se distribuirán alrededor del barrio para evitar que el culpable huya junto a sus cómplices. Saldremos con el rabino y lo pondremos bajo custodia, y ustedes y la policía seguirán controlando toda la zona. ¿Entendido?

Empezaron a verse los primeros gestos de aprobación y un murmullo de satisfacción recorrió el lugar. Von Weber animó a su vecino:

—¡Adelante! Escoja usted mismo a algunos voluntarios y sígame.

Pocos minutos después el magistrado guiaba al grupo por las callejuelas de Josefov. Sus pasos retumbaban entre portales clausurados y ventanas cerradas a cal y canto. Se adentraron hasta el corazón del barrio: la antigua sinagoga Vieja-Nueva.

Desde el interior del pequeño edificio se oían los cantos de los fieles reunidos en oración.

Por orden de Von Weber, policías y ciudadanos rodearon la manzana.

El magistrado entró solo en el templo y de golpe las miradas de todo el mundo se dirigieron hacia él, severas y atemorizadas a un tiempo. Eran los cerca de cincuenta cabezas de familia más importantes de la comunidad.

El rabino Avron presidía la asamblea. Von Weber avanzó y le habló con dureza.

—Sígame, señor. Usted solo. Es necesario si quiere salvar a su gente.

Los hombres que lo rodeaban estaban pálidos de miedo. Había hecho bien en dejar que aumentaran las sospechas y la tensión en su contra. Ahora la amenaza era explícita. No habría podido formularla de manera más directa.

Poco después, en medio de una multitud enfurecida que gritaba injurias y amenazas, Von Weber hacía subir a su berlina, encadenado, al primer detenido en la investigación sobre el asesino de la luna llena.

Mientras se alejaban, escoltados con dificultad por un grupo de policías que

habían conseguido llegar a tiempo, Von Weber estudiaba al respetable anciano. Pese a estar expuesto al desprecio público, no perdía ni la compostura ni la superioridad, aunque sin duda temía por el destino de sus hermanos.

De repente por la ventanilla penetró un objeto que golpeó al austero señor en la cara. Era una oreja de cerdo. El rabino la miró con repugnancia mientras rodaba sobre su cuerpo hasta caer al suelo.

«Bien», pensó el intendente, «por lo menos con este no perderé el tiempo».

Escena Tercera

El poder de un solo nombre

1

Una nueva noche hizo descender el silencio sobre los patios del castillo.

La vigilancia había sido reforzada, no tanto porque se temiera el ataque de enemigos externos, sino para custodiar debidamente a un prisionero.

Von Weber había decidido pedir ayuda a las autoridades militares aduciendo que el rabino detenido debía ser sometido a la más estricta vigilancia y no relacionarse con nadie, un objetivo que se conseguiría mejor en la fortaleza que en la cárcel de la ciudad. En realidad, el magistrado pretendía mantener al jefe de la comunidad judía bajo presión.

Como había ocurrido en el momento de su detención, el rabino Avron Mordechai aceptaba el encarcelamiento con calma y resignación. El guardia que había recibido la orden de no perderlo de vista se cansó muy pronto de mantener la mirada fija en aquel imponente anciano, que permanecía inmóvil y rezaba casi sin interrupción, sentado en su incómodo camastro.

Como el acusado, también la ciudad parecía mantenerse a la espera de los acontecimientos.

El intendente había pasado el resto del día asegurándose de que la paz volviera a reinar entre los ciudadanos. Ahora, tras recuperar la tranquilidad en las calles, nadie dudaba del efecto positivo de aquella detención.

Solo alrededor del barrio judío, un voluntarioso grupo de policías y ciudadanos mantenía una vigilancia estricta y amenazadora, y salpicada por cierta tensión. Ningún judío se atrevía a salir de casa.

Von Weber bajó a la entrada de la fortaleza y se identificó frente al piquete. El acuerdo alcanzado con el coronel Godei establecía que, vistas las graves circunstancias por las que atravesaban, él podría interrogar al prisionero en cualquier momento para no ralentizar las investigaciones.

Lo acompañaron por largos pasillos subterráneos, dejaron atrás la triste sala en la que apenas unos días antes yacían las últimas dos víctimas de una locura homicida aún inexplicable, y le permitieron entrar en la celda del austero hombre de estudios y religioso.

Mordechai contestó a su frío saludo levantando apenas la mirada y fijándola en la suya, pero sin interrumpir su letanía en voz baja.

Von Weber se sentó en la silla y esperó en silencio a que el rabino terminara su discreto ritual. Mientras tanto, miraba a su alrededor; había pedido expresamente una celda fría y húmeda y podía darse por satisfecho. Además, la estancia estaba mal iluminada, incluso durante el día; las únicas aberturas al exterior eran dos estrechas ranuras en la parte superior del cubículo, casi pegadas al techo.

El magistrado todavía estaba examinando cada detalle del cuartucho, cuando su atención fue atraída por la voz profunda del hombre sentado frente a él.

—Le agradezco su visita. Antes de contestar a sus preguntas, ¿puedo formularle yo una?

Von Weber asintió.

—¿Cómo está mi gente?

El intendente hizo una mueca.

—Puedo tranquilizarla, si esta es su principal preocupación. Josefov está rodeado y vigilado; nadie se atreverá a entrar y a atacar a sus habitantes, de momento. Claro que si hubiese otro asesinato...

El anciano arqueó una ceja, preocupado.

—No me sorprende tanta amenaza. El odio del que somos víctimas no conoce la vía de la razón.

Von Weber fingió ofenderse.

—¿Piensa que no me haría cargo de la seguridad de los judíos honrados?

El rabino le lanzó una mirada cargada de resentimiento.

—¿Estaba en Praga en 1772? ¿Sabe lo que pasó aquel año?

—No.

—Hubo una epidemia de cólera. La enfermedad se cebó con todos, cristianos y judíos. Aun así, alguien consiguió hacer creer a la gente que habíamos envenenado los pozos con emplastos que provocaban el mal. En Josefov hay familias que todavía lloran a las víctimas de aquella persecución insensata.

El intendente admiró la compostura con la que pronunciaba aquellas palabras. Eran la expresión de una sabiduría fraguada a través del dolor y de un profundo conocimiento del alma humana. Pero ahora no podía abandonarse a esos sentimientos.

—Por eso tiene que ayudarme —dijo al rabino sin más demoras—. Si conseguimos detener al culpable antes de que actúe de nuevo, volveremos a vivir todos seguros y en paz.

El hombre se puso serio.

—¿De verdad cree que puedo revelarle la identidad del asesino? No. Conozco muchos tipos de demonios, pero el que ha desencadenado un odio tan ciego es algo más que eso. Es un príncipe de los demonios, y a través del dolor y la muerte aspira al reconocimiento de su poder sobre el mundo. Esta es su clave: el reconocimiento. No lo ha obtenido mediante el amor ni la justicia, y lo busca con la fuerza.

Von Weber reflexionó un instante.

—¿Se aplacaría si se le atribuyera cierto reconocimiento? ¿Lis eso lo que intenta decir?

Mordechai afirmó con la cabeza.

—Está compitiendo con Dios y, por consiguiente, con el mundo entero. Por eso no hace distinciones a la hora de escoger a sus víctimas: una mujer, un burgués, dos nobles. El siguiente podría ser un militar, un príncipe o un joven inocente.

—Pero entonces... ¿sería del todo imprevisible!

—¿Por qué? —preguntó el anciano maestro—. He dicho que compite con Dios, así que tiene a una víctima precisa a la que intenta atacar por medio de las demás: otro hombre que, según él, habla en nombre de Dios, lo representa. A través del poder de la muerte y del miedo, el asesino intenta humillar a esa voz divina, silenciarla o, mejor aún, negar frente al mundo la verdad que esta proclama.

Von Weber se puso serio.

—Parece que le conoce, rabino Mordechai. ¿No cree que tengo motivos para sospechar de usted y de su gente? Dígame, ¿su objetivo es la Iglesia?, ¿la masonería?, ¿romper la paz del imperio?

El rabino se sulfuró.

—Pero ¿cómo puede dejarse arrastrar por el prejuicio? ¡Esas cosas déjeselas a los barqueros y a los cerveceros!

Von Weber agarró al viejo por la solapa y lo obligó a levantarse.

—¡No me dé lecciones, señor! Una palabra equivocada y ordenaré que la muchedumbre enfurecida se lance contra su barrio. ¿Recuerda algo más, aparte de la epidemia de 1772?

El anciano afirmó lentamente con la cabeza, bajando la mirada.

Luego se sentó.

—Ni yo ni ninguno de mis hermanos somos culpables de esos asesinatos. Puedo afirmarlo con total seguridad porque ya había empezado a temer lo peor y llevo muchos días reflexionando e investigando sobre lo ocurrido.

—Pero en cualquier grupo hay ovejas negras, ¿no cree?

¿Cómo puede estar tan seguro de que no tienen a una entre ustedes?

El rabino suspiró.

—Todo lo que puedo hacer es ayudarle —añadió resignado—. Piénselo bien. Lo que sabe de él, pero sobre todo lo que él le dice de sí mismo, ¿le hace pensar que quiera asumir un papel determinado?

—Parece querer presentarse como un profeta. Cita la Biblia pero dice poseer un libro aún más importante...

El rabino se indignó.

—¡Qué blasfemia! ¡Es un verdadero animal! —dijo entre dientes. Luego preguntó angustiada—: Pero ¿de qué libro está hablando?

Von Weber contestó sacando del bolsillo las hojas con las frases y los dibujos que firmaban los crímenes.

Mordechai estudió durante un buen rato las frases y sus extraños símbolos.

—Es un idioma que no conozco —comentó—. ¿Son los mensajes misteriosos que han hecho que sospecharan de nosotros?

—Sí —admitió el magistrado.

—Hay un nombre que se repite en cada frase —apuntó el anciano.

—Así es. Es su firma. Es el indicio que permitiría llegar hasta él.

Pero el rabino rebatió aquella contundente afirmación con una amarga sonrisa.

—No es su nombre. Es el nombre con el que le gustaría que le llamaran.

La frente de Von Weber se distendió.

—Quiere decir que se trata de... ¿su móvil?

—Su móvil, sí. Y también su demonio.

El intendente se levantó, intranquilo. Aquella forma de hablar tan enigmática le irritaba. Aun así...

Ahora el rabino callaba.

«Este hombre sabe demasiado», se dijo el intendente. «Demasiado para que sea casual».

—Siga reflexionando; le conviene. Volveré mañana y espero que tenga algo más que contarme —concluyó escuetamente al salir de la celda.

El Violinista se sorprendió al sentirse inquieto como no lo había estado en muchos días.

Se sentó.

Conocía aquella ansiedad.

Tenía que matar de nuevo. Necesitaba matar: era su nueva naturaleza.

¿Cómo había llegado a acumular tanta rabia en su interior? ¿Dónde la había guardado a lo largo de todos aquellos años?

Tenía que actuar, estaba claro. Si no, corría el riesgo de hacerlo a la luz del sol, arrollado por su misma energía.

Le habría gustado.

Pero no debía adelantarse a los acontecimientos.

El último asesinato, ese sí, se consumaría delante de un público numeroso, reunido para asistir a una obra de arte. Para disfrutar de una celestial armonía.

Apretó los puños. Se esforzó por concentrarse en la música que seguía componiendo.

El olor a cola y a resina empezaba a hacerse más débil en el antro subterráneo.

El violín estaba casi listo.

Una muerte más y lo completaría. Para tocar sus notas, las que Dios, aquel Dios que había renegado de él, no podría evitar escuchar.

Von Weber se precipitó de vuelta a la ciudad.

A la entrada de Josefov, una patrulla formada por un nutrido grupo de pragueños intentó detenerle.

Él se identificó y no ocultó que se encontraba allí para continuar las pesquisas sobre los judíos.

Aquellos buenos ciudadanos levantados en armas, solícitos y curiosos, se ofrecieron para escoltarle, como si por los callejones silenciosos del barrio bajo vigilancia alguien pudiera tenderle una emboscada.

Él explicó que quería echar un vistazo a los papeles del rabino sin llamar la atención y evitar así cualquier desorden o filtración de noticias.

Sus argumentos los convencieron y lo dejaron pasar.

El magistrado suspiró aliviado: nadie tenía que asistir al registro que pensaba realizar.

Mozart posó la pluma. Se sentía agotado pero feliz. Como siempre, su creatividad se renovaba cada vez que recurría a ella.

Además, de todos los personajes, el de Leporello, el temeroso sirviente que intentaba apañárselas como podía, le ponía de buen humor; y Felice Ponziani, el bajo cómico, le demostraba su amistad empeñándose a fondo en el papel.

En la escena final, el humilde y astuto compañero de aventuras de Don Juan rogaba a su amo que declarase estar arrepentido para obtener la gracia; un truco al que él se prestaría sin dudarlo para salvar el pellejo, pero que aquel orgulloso empedernido rechazaba con desprecio hasta el final.

«Leporello», se dijo el músico sonriendo. «Es él con quien me identifico. Se lo decía a Casanova, quien en cambio, a su edad, prefiere seguir creyéndose un Don Juan que nunca deberá rendir cuentas por su conducta».

La casa del rabino no era especialmente lujosa. Se encontraba en la segunda planta de uno de los abarrotados edificios de Josefov. Una entrada humilde, una escalera estrecha que el anciano debía de subir con dificultad, y un rellano oscuro delante de una angosta portezuela.

Von Weber la abrió con las llaves que le habían entregado en el castillo, y que habían sido confiscadas al prisionero en el momento de la detención.

Alumbrándose con una vela, avanzó hacia la librería que ocupaba la pared frente al vestíbulo, pero se detuvo nada más entrar. La habitación estaba sumida en el más completo desorden: había muchos libros y papeles esparcidos por el suelo, los cajones estaban abiertos y la alfombra al revés.

La pequeña ventana que daba al patio interior también estaba abierta de par en

par.

«¡Un ladrón!», pensó, e imaginó que el intruso había entrado y salido por ahí. Sin embargo, mientras todavía intentaba figurarse lo ocurrido, un leve crujido lo asustó.

Se dio la vuelta de golpe. El otro fue más rápido que él y le golpeó el mentón con un veloz movimiento.

La vela cayó al suelo, todo quedó a oscuras. Von Weber se tambaleó y sintió un leve vértigo, pero pudo lanzarse hacia delante con todas sus fuerzas y, a tientas, consiguió agarrar un extremo del vestido de su agresor.

Apretó fuerte. El extraño intentaba alcanzar la salida. Él lo aferró por los hombros, con rabia. Su adversario se giró y el magistrado le asestó un puñetazo que lo alcanzó con cierta fuerza.

Un gemido. Un objeto que caía al suelo.

En lugar de reaccionar a su golpe, el criminal se dobló: buscaba lo que había perdido.

Von Weber avanzó unos pasos y notó que pisaba algo. Tal vez un libro. O un cuaderno. Dio una violenta patada en la oscuridad y esta vez su enemigo cayó hacia atrás, maldiciendo.

Von Weber le habló con dureza:

—Levántate, canalla. ¿Quieres conocer el secreto del rabino Mordechai? Está debajo de mi pie: ¡ven a buscarlo!

Había subestimado a su contrincante, que con un salto lo alcanzó y lo golpeó en el estómago. Ahora fue él quien cayó, mientras el otro tanteaba el suelo para recuperar su tesoro.

En ese momento, alguien salió del piso de abajo y preguntó alarmado:

—¿Qué ocurre ahí arriba?

El ladrón vaciló. Von Weber rodó sobre sí mismo y asió con todas sus fuerzas el objeto que se había quedado en el suelo.

El otro prefirió huir precipitadamente por la escalera gritando con fuerza.

—¡Un ladrón! ¡Daos prisa! ¡Roban en la casa del rabino!

Von Weber tardó solo un instante en cruzar el umbral y asomarse por la escalera. El vecino le obstruía el paso subiendo con un palo en la mano, mientras el auténtico ladrón bajaba a toda velocidad.

El intendente descendió apresuradamente los escalones.

—¡Déjeme pasar! —gritó al otro—. ¡Soy de la policía!

—¿De la policía? A ver si consigues detenerme a mí también después de la paliza que te voy a dar...

Von Weber no se paró. Siguió bajando y dio un empujón al hombre, que se había inclinado hacia atrás para golpearlo. El judío perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer. El magistrado lo evitó, pero ya era demasiado tarde. Cuando salió del edificio,

la callejuela estaba silenciosa y no se oía ni el eco de los pasos del desconocido.

Sería inútil perseguirle.

Apretó el cuaderno entre las manos y se marchó, mientras empezaban a levantarse las voces de los inquilinos, asustados pero poco dispuestos a reaccionar en aquellas horas de tensión.

2

Cuando esa misma noche volvió a verlo aparecer con su cuaderno de notas, el rabino Mordechai apretó los labios en un gesto de indignación.

—¡No ha perdido el tiempo! —protestó—. ¿De verdad era necesario que se metiera en mi casa?

Von Weber dominó su ansiedad. Sentía que estaba cerca de conseguir algo y no iba a detenerse frente a ninguna amenaza ni a preocuparse por las formas.

—He hecho bien —contestó con sequedad al anciano prisionero—. Por desgracia he de comunicarle que su domicilio ha sido allanado por un ladrón al que he sorprendido mientras ponía patas arriba su estudio. Buscaba esto —dijo entregándole el cuaderno—, así que yo también pienso que es algo importante. Ahora me dirá enseguida el porqué, si no quiere que un voluntarioso ciudadano bohemio se sienta autorizado a entrar de nuevo en su casa, pero esta vez para quemar todos esos maléficos libros.

Mordechai bajó la vista hacia su cuaderno y empezó a hojearlo lentamente. Parecía no prestar atención a las amenazas del intendente.

—Así que han llegado hasta ese punto...

Von Weber no desaprovechó aquel resquicio.

—¿Quién? ¿Quién se ha atrevido a tanto? ¡Dígame la verdad!

El rabino estudió al intendente.

—Unos hombres que me han ofrecido importantes cantidades de dinero para hacerse con... nuestros secretos. Unas tradiciones que debería compartir solo con un selecto grupo de discípulos, pero que ellos no tuvieron la paciencia ni la humildad de aprender. Y, frente a mi negativa, han recurrido incluso a las amenazas.

—¿Quiénes son?

El anciano sacudió la cabeza.

—No sería capaz de identificarlos. Al principio me mandaban cartas. Luego unos mensajeros enmascarados empezaron a presentarse en mi casa por las noches para pasar desapercibidos.

El magistrado no se rindió.

—Pero reconocería la voz de esos mensajeros, ¿verdad?

—Creo que sí. Es más, ahora que lo pienso, creo que siempre se trataba de la misma persona. Vino tres veces en los últimos meses, hasta que empezaron los crímenes. Desde entonces no he vuelto a verlo.

—¿Y qué le interesaba exactamente? Habrá tenido predilección por algún tema.

De forma inesperada, Mordechai sonrió. Se puso en pie y alargó los brazos, como si quisiera ocupar todo el cuartucho con su figura y su sombra, proyectada en la pared

y en el techo por la única vela que alumbraba la celda.

—Por supuesto, intendente —contestó en un tono complacido—, el secreto de los secretos. El más grande misterio guardado por la comunidad judía de Praga y por su más célebre rabino: ¡el Golem!

Von Weber no entendía.

El rabino continuó.

—¿Desconoce Praga hasta el punto de ignorar sus históricos secretos?

El magistrado se sentó.

—Empiezan a parecerme demasiados, pero me interesan, puesto que le interesan a nuestro asesino.

El Violinista dejó de correr.

Estaba furioso.

Había esperado hacerse con el único secreto que podía amenazar el suyo, y había fracasado.

No había escuchado a quienes le recomendaban que se conformara con su manuscrito y con su preciosa doctrina.

Se detuvo jadeante y se apoyó en un árbol a orillas del río. El Moldava corría impetuoso. El espectáculo de aquella fuerza de la naturaleza pareció desafiarlo. Inhaló profundamente. No estaba lejos del lugar en el que el Golem había tomado forma. Allí estaba la arena arrastrada por la corriente, que había empezado a respirar gracias a las mágicas palabras del rabino Low.

Apartó esos pensamientos. Irguió la cabeza al sentir la brisa de la noche, que parecía empujar las aguas hacia el sur.

Él no iba a necesitar ninguna fórmula pronunciada por otro. Se estaba haciendo a sí mismo.

Y esa misma noche, más pronto que tarde, no regresaría a la oscuridad antes de haber actuado una vez más.

El rabino empezó a relatar su historia. Ahora su tono rebosaba de exaltación y orgullo.

—El rabino Jehuda Low ben Becalel fue maestro en Praga a comienzos del siglo XVII. Fue apreciado por judíos y cristianos por su erudición, y el mismísimo emperador Rodolfo II, ávido de conocimientos, quiso tenerlo en su corte para entretenerse con él en largas charlas. En aquellos tiempos esta ciudad vivió acontecimientos extraordinarios.

—Y el Golem fue uno de ellos.

—Claro que sí. Tal vez el más grande: la creación de un ser humano de la tierra a

imagen de su creador.

Von Weber se concentró.

—Explíquemelo.

—Es un antiguo sueño de mi pueblo. ¿Conoce la Biblia?, ¿el salmo ciento treinta y nueve de la numeración cristiana? En los versículos quince y dieciséis se lee: «Mis huesos no se te ocultaban, cuando era formado en lo secreto, tejido en las honduras de la tierra. Mi embrión veían tus ojos». El Golem es este embrión, en el que el Creador, bendito sea su nombre, ha visto al hombre y lo ha traído a la vida, moldeando aquella tierra e insuflando en ella el aliento, el alma y el intelecto a su imagen y semejanza.

—¿O sea que el Golem es el primer hombre?

—No. Adán es el primer hombre, creado por el Señor. El Golem es el segundo, creado por el hombre. Tampoco pasó por el vientre materno, sino que fue traído a la luz desde las profundidades de la tierra.

—¡Es un delirio! ¿Quién puede esperar tener semejante poder?

—El rabino Low lo tenía. No fue el único entre los antiguos maestros, pero él fue mejor que los demás. Creó a un ser vivo sin el auxilio de una mujer.

Von Weber perdió la paciencia.

—¡Lo que me cuenta son fábulas!

El rabino sonrió indulgente.

—No se enoje. Le conviene seguir escuchando. Es cierto, son fábulas, pero hay gente que se vuelve loca persiguiendo esas fantasías. Nuestro asesino no cree que este sea un cuento infantil; entonces, ¿por qué debería creerlo usted?

Luego, al ver que el intendente seguía escuchándolo serio, abrió el cuaderno y continuó.

—En teoría es algo sencillo: primero hay que purificarse, luego se debe plasmar un modelo de hombre con tierra extraída del subsuelo, que no haya estado expuesta a la luz en mucho tiempo. Hay que dar varias vueltas a su alrededor pronunciando distintas versiones de las cuatro letras que componen el nombre secreto del Señor. Finalmente, para que cobre vida, se traza en su frente la palabra *Emet*, que significa verdad, o se introduce en su boca un papelito que lleve escrito el nombre impronunciable del Señor.

El intendente lo miró con expresión severa.

—¿Y dónde está el misterio?

El rabino asintió paciente.

—El misterio, señor, está en el número de vueltas que hay que dar alrededor del muñeco... —dijo mientras hojeaba su cuaderno—, y en conocer el sonido del nombre del nuevo Adán.

Y sin más palabras, cogió de la mesa la hoja sobre la que Von Weber había copiado las misteriosas frases del asesino y empezó a cotejar aquellos signos con los

que había trazado él mismo.

El examen se prolongó durante varios minutos. El anciano pasó despacio las páginas del cuaderno, sin dejar de mirar el papel que tenía en la mano.

Finalmente se dirigió a Von Weber con un brillo en la mirada y la voz cargada de emoción.

—Aquí está, señor. Este es el nombre de pila de un Golem que no conocíamos hasta hoy —y al pronunciar esas palabras, invitó al intendente a que se sentara a su lado y, bajo la trémula luz de la vela, le mostró la correspondencia entre el oscuro nombre del pergamino y una de las centenares de versiones, en idiomas antiguos y modernos, conocidos o misteriosos, de un solo nombre.

Von Weber se quedó observando aquella única palabra. Luego levantó la mirada.

—Esta palabra, este nombre, significa «Adán» en un idioma desconocido...

—Sí —confirmó el maestro—. Desde hace más de treinta años recopilo traducciones y grafías del nombre «Adán» en todos los idiomas y dialectos del mundo, antiguos y modernos. Idiomas en los que a menudo, como en este caso, no conozco nada más que aquel único nombre. Heredé esta recopilación de uno de mis maestros, quien a su vez lo había heredado de un rabino más anciano. Hoy, por fin, saco algún partido de esta práctica.

—¿Y por qué lo ha hecho?

El rabino miró fijamente al intendente.

—Para obedecer a una antigua profecía: la ciencia completa del sonido de un solo nombre contiene todo el saber. Y si se trata de un nombre importante, como el término «Hombre»...

Sin embargo, Von Weber seguía el curso de otros pensamientos.

—Es decir, que nuestro asesino... ¿se llama Adán?

Mordechai negó con la cabeza.

—No lo creo. Más bien creo que este es el nombre que quiere adquirir a través de una nueva creación. Quiere salir de la oscuridad a la luz y... hacerse a sí mismo.

Von Weber no entendía.

—Pero, quien posee el secreto, ¿no debería utilizarlo para dar la vida a un amasijo de tierra, es decir, a otro ser?

El rabino bajó los ojos.

—En la tradición hebrea. Aquí nos encontramos frente a una tradición que compite con la nuestra. En la leyenda del Golem, la vida se da; nuestro hombre, como sabe, la quita. Esta es la diferencia que debería llevarle a dejar de sospechar de mí y de mi gente.

El intendente se levantó.

Una vez más en su mente se agolpaban las preguntas. Se volvió hacia Mordechai, quien lo observaba impaciente por conocer el efecto de sus palabras.

—Pero ¿qué cree que busca?

El rabino contestó con seguridad:

—Me parece que quiere la luz. La luz que le fue denegada por un creador que, al engendrarlo, habría tenido que pronunciar su nombre y no lo hizo.

Von Weber agarró su sombrero y se dispuso a salir.

—Ha dicho que aquel hombre vive en la oscuridad.

—Sí, se identifica con la tierra virgen a la espera de recibir la vida.

—¡Bien! —comentó el intendente—, a partir de ahora lo buscaremos allí.

Hizo ademán de levantarse.

El anciano intentó retenerlo.

—¿Me liberará ahora que le he ayudado?

Von Weber no sonrió. Miró fijamente a su interlocutor y contestó con firmeza.

—Desde que empezó esta historia, rabino, ya han intentado confundirme demasiadas veces. No ha sido el único al que he pedido hechos y me ha respondido con leyendas y misterios. Esta noche alguien quería hacerse con su cuaderno, lo cual demuestra que es importante. Pero me temo que deberá tener paciencia. Intentaré confirmar lo que me ha dicho. Luego, ya veremos.

Y sin dejar tiempo al prisionero para replicar, abandonó la celda.

Ya por la tarde, las palabras del rabino le habían sugerido una posibilidad. Una idea, hasta entonces oculta en un rincón de su cabeza, empezaba a tomar forma.

Una voz divina, se dijo mientras se alejaba del castillo.

Una voz divina.

Ahora veía algo: destellos de la mente del asesino.

Pensión Storch.

El Violinista recobró el control de sí mismo antes de entrar y despertar al portero, que a esas horas ya estaba adormilado.

Los últimos noctámbulos se habían retirado. Las calles de la ciudad, entre las cuatro y las seis, estaban desiertas.

Al cruzar el umbral se sintió invadido por la acostumbrada frialdad. Sería creíble y, como siempre, su víctima lo seguiría confiada.

Aquel hombre lo vería y conversaría con él cara a cara antes de morir. Un privilegio raro, del que no podría prescindir.

Ahora ya tenía prisa. Prisa y las ideas claras. Por ejemplo, había decidido que esta vez sería mejor no turbar su pacífica ciudad. Su plan se acercaba al final y no debía sufrir interferencias.

3

Cuando Von Weber llegó al Teatro de los Estados Generales, descubrió que no era el único que se encontraba sumido en una profunda agitación. Al entrar estuvo a punto de chocar con el conde Nostitz. Estaba fuera de sí y, nada más verlo, casi le agredió.

—¡Usted! ¡Justo lo que faltaba para completar el desastre!

Von Weber observó al ilustre personaje con cierto asombro. El conde parecía haber encontrado a la persona que necesitaba para desahogarse.

—No habrá venido para interrogar a Mozart, ¿verdad?

El intendente esbozó un sí.

—En ese caso —prosiguió el noble, tajante—, ¡debo avisarle que ese hombre tiene que afrontar problemas mucho más graves que sus... inútiles investigaciones!

Dicho esto, apenas se quitó el sombrero con un gesto apresurado y descortés, lo dejó allí plantado sin más explicaciones.

El magistrado lo miró alejarse, preguntándose qué debía de haber pasado para que se enojara hasta el punto de perder sus buenos modales.

Tras entrar y echar una ojeada al palco y a la orquesta, tuvo la respuesta.

De pie, delante de todo el inundo, con la camisa arremangada hasta los codos, Mozart estaba dando un discurso a sus colaboradores.

—Solo nos quedan dos días, ¡lo sé muy bien! Pero les repito que no tienen que preocuparse por la música que aún no han ensayado. Se trata de detalles.

—Pero ¡Maestro! —lo interrumpió el primer violín—. ¡No tenemos obertura! Pensábamos ensayarla hoy.

—¿Y las arias que nos prometió para reforzar nuestras partes? —apuntó Antonio Baglioni, el tenor.

Con amabilidad, pero con el mismo tono preocupado, también intervino Caterina Micelli, la soprano.

—Pensando en la música que ya conocemos, me parece que no podemos subir al escenario sin antes ensayar las partes orquestadas, que son tan... nuevas... extrañas...

Mozart escuchaba, pero demostraba su irritación con profundas inclinaciones de cabeza. En cuanto pudo, volvió a tomar la palabra.

—Esta misma noche lo terminaré todo. Ustedes son muy hábiles en la lectura a primera vista, unos auténticos profesionales, y sé que puedo contar con ello.

Pero la orquesta estaba sumida en la confusión. Se oyeron varias voces:

—¡Usted se aprovecha de nosotros!

—¡No se podrían hacer las cosas con calma al menos por una vez!

—El público de Praga será menos refinado que el de Viena, pero reconoce las

dudas, ¡y lo hace muy bien!

Luigi Bassi dio unos pasos adelante en el escenario. Von Weber, que asistía a la escena desde el centro de la platea sin que nadie lo hubiese notado, se acordó del enfrentamiento de hacía apenas unos días entre el músico y el barítono. Bassi también se mostraba muy molesto, pero esta vez no por él mismo.

—Además, ya deberíais estar ensayando, pero ¡Ponziani no aparece!

Se oyó un nuevo murmullo de desaprobación.

Mozart reaccionó.

—El conde Nostitz ha ido a buscarle. Siempre ha sido el más puntual... Puede que no se encuentre bien... En su casa no está. Habrá ido al médico.

—¡Mira qué bien! —comentó alguien.

El músico, que ya no sabía cómo seguir, se volvió nerviosamente hacia la sala y atisbo en la penumbra la silueta del magistrado.

—¡Von Weber! —dijo casi gritando. Luego se precipitó hacia el recién llegado con una expresión esperanzada en la cara.

—¡Menos mal que está aquí! —le dijo agitado—. Debe ayudarnos a encontrar a Ponziani. No se ha presentado. En la posada donde se aloja dicen que salió junto a un hombre poco antes del amanecer y...

Mientras el compositor exponía el problema, Von Weber sentía crecer dentro de sí un terrible presentimiento. Como si no hubiese escuchado las palabras que le estaba dirigiendo, hizo una extraña pregunta a Mozart.

—Estaba... ¿está satisfecho con aquel cantante? ¿Le tiene aprecio? ¿Es su... amigo?

El otro se interrumpió, algo perplejo.

—Pues, sí, por supuesto... Tal vez sea el mejor de esta compañía. ¿Por qué me lo pregunta?

Von Weber intentó librarse de la desagradable sensación que se había adueñado de él y de su interlocutor.

—No importa, perdóneme. Entonces, ¿ha desaparecido? Con lo que está pasando, conviene asegurarse de todo. ¿Usted y sus compañeros tienen una idea de los lugares que solía frecuentar Ponziani?

El Maestro, los cantantes y la orquesta dieron algunas indicaciones a Von Weber. Él los escuchó a todos con seriedad y se comprometió a emplear a sus hombres en la búsqueda del desaparecido. Pero antes de marcharse no pudo ignorar la razón que lo había llevado allí. Cogió a Mozart aparte y le dirigió otra extraña pregunta.

—Señor, en estas semanas le he atormentado con mis dudas y, seamos sinceros, también con mis sospechas. Pero ahora siento el deber de informarle de un aspecto de mi investigación que parece tener que ver con usted. ¿No tiene nada que decirme acerca de los asesinatos? ¿No se le ha ocurrido nada en estas últimas horas?

El músico frunció el ceño, perplejo. Miró atentamente al magistrado como si quisiera asegurarse de sus verdaderas intenciones, luego dio un paso atrás, asustado.

—Usted piensa que... también Ponziani...

Von Weber se apresuró a tranquilizarle.

—¡No, no! ¡No tema! Lo más probable es que su cantante se haya emborrachado con algún compañero...

Pero la agitada conversación fue interrumpida por el ujier, que apareció a sus espaldas.

—Permítanme, señores. Aquí fuera hay un muchacho que dice tener un mensaje para herr Mozart. Tiene el aspecto de un granuja y he pensado que podría ser una broma, pero él insiste. En efecto lleva una nota, así que...

Sin dejar que terminara, Mozart y Von Weber se dirigieron con rapidez hasta la entrada.

Después de que casi le echaran, el chico se sorprendió al encontrarse frente a dos caballeros que lo escuchaban expectantes. Los saludó, se aseguró de que uno de los dos fuera Mozart y le entregó un sobre sellado en el que se leía el nombre completo del músico. El Maestro agarró la misiva y la abrió enseguida.

Von Weber no quitó los ojos de las manos de Mozart y luego de la hoja, que, una vez desplegada, reveló el contenido que él esperaba ver.

Un dibujo: el tallo largo y delgado de una planta desconocida, con unas extrañas flores negras. La planta ocupaba la mitad de la página.



Arriba podía verse la enésima frase trazada con los misteriosos caracteres del antiguo manuscrito, en cuyo centro destacaba el nombre descifrado por el rabino Mordechai.

Finalmente, debajo de ese texto enigmático, un mensaje claro y legible:

También la vida del mayor de los artistas pende del hilo de la suerte. Ahora la cuerda está tensada y un amigo, que acudió para llorar un amargo destino, podrá tocarla hasta obtener una nota fúnebre de inigualable belleza.

Para que puedan mantener la paz en la ciudad (aunque ya tomarán la decisión que estimen más conveniente...), se presentarán en un lugar apartado, igual que he hecho yo. Es en el bosque que hay al norte de Josefov, a poca distancia del Moldava, donde lo encontrará.

—¡Nooo!

Mozart gimió desesperado.

Von Weber cogió el sobre y el mensaje para examinarlos.

En el sobre se leía:

Wolfgang Adam Mozart

El investigador se quedó pensativo.

—¿Adam? ¿Es su nombre?

Pero el Maestro no contestó. Inmóvil, pálido, se quedó mirando aquellas palabras en las que no había reparado antes. Von Weber lo observó.

—¿Qué le pasa? Esto... ¿de verdad le turba tanto?

—Yo... yo me llamo Amadeus. No es posible que el asesino...

Von Weber sintió el impulso de agarrar al músico por las solapas. Se controló, pero dijo entre dientes:

—¿Qué quiere decir? ¿A qué se refiere este «Adam»? ¡Dígamelo!

Mozart miró a su alrededor de forma instintiva, como si en ese momento los frisos del teatro pudieran oírlos. Contestó a la pregunta que se le había formulado, pero era como si estuviera pensando en voz alta, asombrado.

—Yo me llamé así una sola vez.

Von Weber le interrumpió enseguida.

—¿Se ha dado este nombre usted mismo? ¿Lo ha escogido?

Mozart miró al magistrado con sorpresa y temor.

—No puede ser una culpa tan grave, ¿verdad?

La reacción de Von Weber fue aún más dura.

—¡Déjeme decidir a mí lo que es grave y lo que no lo es! Usted y yo iremos de inmediato a recuperar el cadáver de aquel desgraciado antes de que lo descubra un cazador o una banda de muchachos. Mientras, ¡le ordeno que me revele el misterio de este nombre!

Diez minutos más tarde, con la excusa de haber descubierto una pista que los llevaría hasta Ponziani, Mozart y Von Weber se marcharon juntos. Tenían que cruzar la Ciudad Vieja y Josefov, pero lo harían a pie, sin involucrar a nadie más en su búsqueda.

Por el camino, Mozart pudo contárselo todo.

4

El Violinista había vuelto al trabajo.

El clavijero estaba firme. Ya estaban fijadas las cuerdas, que ahora se mantenían tensas por encima de la cejilla al principio del mástil. Luego atravesaban el diapasón, que sus dedos presionarían para variar las notas y su tonalidad, y de allí llegaban hasta el puente. Aquella pieza, una lámina vertical de madera destinada a descargar la tensión de las cuerdas en la caja armónica, era la última tarea de labrado a la que se había enfrentado en aquellos días.

Ahora todas las piezas estaban firmes. Aseguró las cuerdas al cordal, en un extremo de la caja, y luego se quedó contemplando su obra.

El instrumento estaba listo. Ahora podía afinarlo y, por fin, prepararse para interpretar la música divina que su mente preparaba desde hacía veinte años.

No sabía qué hora era. A su sótano no llegaba el repicar de ninguno de los campanarios de Praga.

Aun así, imaginó que en aquel momento Von Weber y Mozart ya habrían encontrado a su amigo, colgado de una cuerda tensada por el peso del cuerpo que sujetaba. Una cuerda robusta y delgada, hecha exclusivamente de fibras vegetales. A su manera, otra obra de arte.

Así que una más de las víctimas previstas se había ido.

Una voz menos en el ruidoso universo de los haraganes y de los hombres seguros de sí mismos y de su genio.

Pronto la verdad se desvelaría a todo el mundo.

Y el propio Dios presenciara la ejecución.

¡Qué inmensa doctrina se ocultaba en su mente genial!

Von Weber y Mozart hallaron el cadáver colgado de un árbol. La víctima había luchado inútilmente intentado liberarse de aquel agarre mortal. El dogal le apretaba el cuello, cubierto de arañazos ensangrentados. Los ojos estaban abiertos de par en par.

El ruido de las aguas penetraba a través del follaje, y desde ahí podían oír las voces procedentes de las calles que bordeaban el Moldava por el lado de Josefov.

A su pesar, el intendente apreció la prudencia del asesino. Era evidente que él también estaba molesto por el alboroto que se había creado tras la muerte de los dos jóvenes vieneses. Así que había matado en Praga, a poca distancia de la ciudad, pero en un lugar que permitía ocultar el asesinato, al menos de momento.

Escondieron lo mejor posible el cadáver bajo un montón de hojas, acumuladas en torno a los árboles del bosque.

—Mandaré enseguida a Kovar, mi colaborador de mayor confianza, para que lo traslade en secreto al castillo —dijo Von Weber en cuanto terminaron—. Necesitamos tener algo de paz y, por lo que parece, ocuparnos de su protección...

El músico asintió con tristeza. Lo que acababa de contar a Von Weber y lo ocurrido en esas horas no dejaba lugar a la duda sobre el peligro que lo amenazaba.

Mientras volvían cabizbajos a la ciudad, el magistrado resumió la situación.

—Estoy obligado a confiar en usted. No tengo tiempo para enviar a alguien a Viena y corroborar o desmentir su versión de los hechos. Así que, a ver si lo he entendido bien: hace cinco años se casó, sin el consentimiento de su padre, con Constanze Weber. El contrato de boda lo firmó con el nombre de Wolfgang Amadé Mozart, que es el auténtico, pero en el resto de la documentación relativa a la ceremonia escribió Wolfgang *Adam* Mozart, y esto es lo que figura en el registro de bodas de la catedral de San Esteban, en Viena, a fecha cuatro de agosto de 1782. ¿Correcto? —Sí.

—Aquel cambio de nombre, que ya no se repitió, no fue el resultado de un despiste, sino que respondía a una clara intención por su parte.

—Sí —confirmó el músico.

Von Weber lo observó. En ese momento intentaba penetrar en el secreto de aquel hombre. Una ardua tarea.

—Ahora llega el punto más oscuro, que usted no consigue explicarme.

Mozart protestó.

—Pero ¡si se lo he dicho! Lo que pretendía era mostrar que, con aquel matrimonio, mi vida cambiaba y me convertía en un hombre nuevo, un Adán que da sus primeros pasos en la tierra.

El intendente permanecía escéptico.

—¿Y todo esto solo porque se estaba casando?

El músico se detuvo. Se encontraban en una calle concurrida, hablaban en voz baja pero daban la impresión de estar peleándose.

—¡Intente comprender! Para mí, separarme de mi padre con aquel gesto de desobediencia, seguir mi instinto, responsabilizarme de mí mismo, era... ¡un nuevo inicio!

El intendente insistió:

—¿Y no tienen nada que ver su pertenencia a la masonería, las sociedades secretas, los textos y rituales esotéricos?

Mozart frunció el ceño.

—Sí. Me inspiré en los discursos que había oído en alguna logia... en la Biblia...

Von Weber arqueó una ceja.

—¿Unas referencias vagas a discursos muy habituales en aquellos ambientes? ¿Es esto lo que intenta hacerme creer? Pero hay algo más en juego. ¡Tiene que haberlo!

Mozart bajó la mirada.

—No, intendente. Es así, no sé nada más. Lo importante es que ya ha quedado claro que el asesino no está atacando a la ciudad. ¡Me está atacando a mí!

Von Weber se tranquilizó, pero, antes de reanudar la marcha, repitió la pregunta que lo atormentaba.

—Es esta la razón por la que debe intentar contestarme: ¿es usted Adán? Y, de ser así, ¿qué significa eso para su enemigo?

El músico abrió los brazos haciendo un gesto desconsolado.

—No sé nada. Yo solo me dedico a hacer música.

Llegaron al teatro.

Von Weber fue a buscar a Kovar.

Mozart entró para retomar la dirección de su ópera.

El Violinista estaba componiendo.

Durante años se había prohibido escribir notas en el papel. La música que lo obsesionaba y que solo él oía resonaba en su mente desde que había descubierto la verdad. La conocía como su respiración, como el olor de su ropa, como el perfil de su sombra en un día de sol. Era más suya aún que el sonido de su voz, que sus planes le obligaban a cambiar a menudo.

Era el eco de su odio; tenía su intensidad y su tuerza. Empezaba con aparente ligereza, parecía invitar a la serenidad, a dejarse llevar. Luego algo cambiaba: una intensidad imprevista, un motivo obsesivo, una vibración sombría que el instrumento crearía en el instante oportuno.

Había escuchado durante años. Ahora se trataba de poner en orden fragmentos dispersos.

Iba a interpretarla una sola vez. Y ninguna de las personas para las que se había creado aquella armonía sobreviviría tras haberla escuchado.

El Violinista ejecutó toda la pieza mentalmente. Por supuesto, la tonalidad era el *re* menor: la oscura melodía de la verdad, oculta durante tanto tiempo, resonaría en el aire durante unos pocos minutos de eternidad.

Sonrió. Aquellos hombres culpables disfrutarían de un privilegio único: oír el sonido de la voz de Dios antes de encontrarse con él en su Reino.

Sus amigos que se habían esforzado tanto en ayudarlo, no podían imaginar, allí afuera, hasta qué punto había llegado.

¿Quién dijo que el odio ciega? ¿Quién se atrevió a condenar el furor? «Son guías», se dijo, «guías seguros. Conducen a profundidades nunca antes imaginadas. Iluminan con luz negra, la única realmente pura, a toda criatura que se crea amada por Dios por el solo hecho de existir».

Se sintió más grande que nunca.

También el cantante, aquel simpático bajo cómico, había caído en su trampa sin sospechar nada. Una vez más, el nombre de Mozart había surtido el efecto deseado: todo el mundo conocía sus bromas, sus improvisaciones, la viveza de su imaginación. Lo creían el dueño de sus días y de sus noches. Le estaban agradecidos porque les había divertido y les había hecho sentir el estremecimiento de la belleza, de la novedad creada por el genio.

Faltaban dos víctimas.

Luego, por fin, la nueva creación. Y para conseguirlo hacía falta un dios, es decir, un ser que no tuviera padre.

El Violinista tanteó la larga mesa de trabajo en la oscuridad. El violín ya acabado

estaba ahora en sus manos.

Se puso a temblar. Se contuvo: no, no tocaría para sí mismo. Y no necesitaría ningún ensayo.

La ejecución sería perfecta.

Perfecta como su alma.

—¡Desaparecido! ¿Qué significa?

La exasperación del conde Nostitz había llegado al máximo.

Mozart mostró un ademán de desconsuelo.

—No puedo decirle mucho. Una cuestión de corazón. Nuestro Leporello se ha esfumado.

El empresario Bondini y Da Ponte estaban muy sorprendidos.

—¿Que Ponziani se ha ido corriendo detrás de unas faldas? —comentó el libretista—. Pero vamos, Wolfgang, ¡parece una escena sacada de nuestra ópera!

El músico sonrió.

—Solo es una hipótesis. No conozco razones de fuerza mayor más poderosas que el sentimiento.

Nostitz bufó.

—Pero ¿qué sentimiento? ¡Aquí tenemos a un público que paga para ver el espectáculo!

A continuación, el noble empezó a dar vueltas por la habitación retorciéndose las manos. Nadie se atrevió a interrumpir el curso de sus apesadumbrados pensamientos. De pronto se detuvo y se dirigió al músico.

—Herr Mozart, intente comprender. En este momento usted está en la cumbre del éxito aquí en Praga. Los carteles que anuncian la ópera para mañana se han colgado por toda la ciudad. Las entradas ya están vendidas. Habrá protestas...

Bondini lo interrumpió.

—Disculpe, conde Nostitz, pero en este momento es usted quien no entiende: la ópera acaba de perder a uno de sus protagonistas y es imposible que podamos sustituirlo en dos días. Incluso si ya tuviéramos a nuestra disposición a otro bajo con las mismas capacidades, debería aprender su parte, ensayar...

—Entonces, díganme una nueva fecha. ¡Una fecha segura!

Bondini miró a Mozart, Mozart a Da Ponte, y este miró al suelo y luego contestó:

—Cinco, seis días... Diría que la ópera podría estrenarse la noche del veintiocho o del veintinueve.

El conde fijó en Mozart una mirada cargada de hostilidad.

—Pero ¿ya está lista toda la música, señor? Porque he de confesar que esta historia me parece un montaje organizado junto a vuestro amigo Ponziani para ocultar el hecho de que, a dos días del estreno, la ópera aún no se ha completado.

Mozart se quedó mirando a su acusador. En aquel momento, cuando faltaban menos de dos días para el debut, todavía no había compuesto la obertura. Pero aquel pensamiento no lo turbó lo más mínimo y contestó en tono desafiante:

—Con todo el respeto le advierto, señor: no se atreva a ir por ahí repitiendo lo que acaba de decirme. Le aseguro que si yo tuviera una voz de bajo, la ópera se pondría en escena ahora mismo.

Nostitz pareció impresionado por aquellas palabras. En su mente asomó la terrible posibilidad de que aquel genio caprichoso pudiera no solo aplazar la representación de la ópera, sino llegar a abandonar el teatro y la ciudad. Intentó ser razonable.

—De acuerdo, herr Mozart. No se preocupe. Sé que este imprevisto también le perjudica a usted...

—Tampoco tanto —bromeó Da Ponte—: Cada retraso aumenta la expectación. Una semana más y el *Don Giovanni* se convertirá en leyenda aun antes de que alguien lo vea.

Los demás se rieron. El conde, de nuevo intranquilo, levantó los brazos.

—¡Nada de bromas, se lo ruego! ¡Nada de bromas!

Pero la tensión ya se había disipado, y los tres empezaron a burlarse del pobre director, sugiriendo la terrible posibilidad de nuevos, e intencionados, retrasos.

En ese momento llamaron a la puerta. Mozart dio permiso para entrar y apareció la carita empolvada de su mujer, sorprendida por encontrar tanta alegría en aquella reunión que se anunciaba tormentosa.

—¿Todo bien, Wolfi? —preguntó la mujer al marido con coquetería.

—Pasa, pasa —respondió él, alegre—. Le estábamos diciendo al conde Nostitz que mi nueva creación no saldrá perjudicada tras un nuevo retraso.

El conde prefirió abstenerse de cualquier comentario. Hizo un gesto de fastidio y, tras despedirse de la señora, salió diciendo que tenía que apresurarse en advertir al público de la novedad. Los demás también se dispusieron a seguirle.

Ya en la puerta, Bondini se dirigió a Mozart.

—¿Qué le parece Benucci? Está en la ciudad. No es tan bueno como Ponziani, pero...

La cara de Mozart se iluminó.

—Será perfecto. Además, mi música es tan hermosa que ni siquiera un asno podría estropearla.

El empresario miró a Constanze haciéndole un guiño:

—Siempre muy humilde, nuestro Orfeo.

Y salió.

En cuanto se quedaron a solas, la mujer abrazó a su marido.

—¡Wolfi, tengo miedo!

—¿De qué? —respondió él, sorprendido por aquel arrebato.

Constanze lo miró a los ojos.

—Von Weber, aquel policía, me ha dicho que quiere hablar conmigo, en privado. Oh, Wolfi, ¿qué pasa? ¿Has hecho algo malo? ¿Qué tengo que decirle?

Mozart pensó que el intendente no había perdido el tiempo.

—¿Está aquí? ¿En el teatro?

—Sí, está ahí fuera. Me ha visto y se me ha acercado enseguida para pedirme que habláramos. Le he dicho que antes tenía que consultarlo contigo.

Él la acarició.

—Tranquila. Todavía está intentando sacar algo en claro de aquella serie de homicidios y, aunque ya no sospecha de mí, espera descubrir quién podría tener algo en contra de Hans y Sebastian. Tú también los conocías, ¿no?

En las mejillas de la mujer apareció un leve sonrojo. Tiempo atrás, no había sido insensible a las atenciones del bueno de Sebastian. Y tal vez su marido lo supiera. Decidió dar por terminada la conversación.

—De acuerdo, hablaré con él. Pero no podrás enfadarte si acabo diciendo algo que despierte sus sospechas.

Él sonrió, ocultando a su mujer la preocupación que le había asaltado de repente.

—Colaboremos, Stanzi... Es lo mejor. No tenemos nada que ocultar y aquel hombre solo busca detener a un asesino.

No se lo contó todo. Estaba pensando que pronto el asesino podría estar a punto de arremeter contra alguien aún más cercano a él, a su corazón.

La vio salir y pensó que le diría al magistrado algo que él ignoraba. Mejor así: ¿cómo podría seguir con aquella mujer, a la que adoraba, sabiéndolo todo sobre ella?

Von Weber sonrió al notar el desconcierto de la señora Mozart. Le pidió que tomara asiento en una silla colocada en el centro del pequeño camerino y vio que el amplio vestido se ajustaba con dificultad a aquella exigua superficie. La circunstancia le resultaba ventajosa: sabía por experiencia que la resistencia de los testigos se debilitaba cuando los ponía en una situación incómoda.

Al intentar arreglar los pliegues del vestido, Constanze se inclinó hacia delante y él, de pie, no pudo evitar reparar en la suave generosidad de su escote, con los pechos apretados y levantados por el corpiño.

Así que, cuando la mujer volvió a incorporarse después de haberse acomodado lo mejor posible, la expresión de Von Weber se había vuelto incluso demasiado severa.

—Veamos, madame —comenzó—, su marido le ha dado el permiso de contestar a mis preguntas. ¿Puedo contar con su colaboración?

—Sí —confirmó ella—, aunque no sé muy bien qué puedo decirle. Apenas conocía a los dos nobles... a las víctimas...

Von Weber la interrumpió.

—No quiero que me hable de ellos. Necesito saber algo sobre usted y su marido. La mujer se mostró desconcertada.

—¿De Wolfi y de mí? ¿Y qué tenemos nosotros que le interese tanto?

El intendente notó la preocupación de la agraciada dama y decidió ir al grano.

—Por motivos que no puedo explicarle, debo preguntarle si alguna vez ha oído a su marido presentarse en sociedad con un nombre diferente. Un nombre de pila, quiero decir.

Constanze sonrió.

—¿Un nombre diferente? Pues ¡claro que sí! A mi marido le encantan las bromas, y no hay carta, nota o acertijo que no aproveche para alterar su nombre. ¡Es una auténtica obsesión!

Von Weber se quedó pensativo.

—Póngame algún ejemplo.

—Pues lo bautizaron Johannes Chrysostomus Wolfgangus Theophilus Mozart, pero hay veces en las que se hace llamar Amadeus, como siempre quiso su padre, o también Amadé, a la francesa, o Amedeo, a la italiana. Depende de la faceta de sí mismo que quiera resaltar.

—Y, piénselo bien antes de contestar, ¿alguna vez le dijo a alguien que le gustaría que le llamaran Adam?

Un gesto de sorpresa se dibujó en el rostro de Constanze.

—¿Adam?

El intendente estudió su reacción.

—Sí, señora. ¿Sabe de alguna circunstancia, pública o privada, en la que se hizo llamar o firmó como Wolfgang Adam Mozart?

Ella se arregló el pelo con movimientos nerviosos. Intentaba ganar tiempo. Esa pregunta parecía haberla cogido desprevenida.

—Adam... —titubeó, como si estuviera reflexionando—. ¿A usted cómo se le ha ocurrido esta posibilidad?

Era evidente que Constanze Mozart estaba tanteando el terreno antes de contestar.

El intentó sorprenderla de nuevo.

—Su marido me lo ha contado justo esta mañana, cuando hemos salido en busca de Ponziani —dijo. Luego observó aquellos bonitos ojos, algo atemorizados, se acercó un poco y continuó en un tono alusivo.

—Me ha asegurado que cree que se trata de un secreto... Lo considera una broma pero reservada a unos pocos, por decirlo así.

La mujer empezó a sonrojarse y, bajo la presión de aquella mirada inquisitoria, se aturulló.

—No pensará que yo... es decir... alguien...

El siguió presionándola.

—No pienso nada, madame. Dígame lo que sabe de ese Adam y, sobre todo, si ha hablado del tema con otras personas.

Ella dudó. Von Weber intuyó sus pensamientos.

—No crea que puede eludir esta pregunta. Su marido me ha dado el permiso para formularse y yo mantendré el secreto sobre su respuesta, como me impone mi deber profesional.

Constanze, que había hecho ademán de levantarse, miró hacia la puerta. No entendía muy bien en qué engaño había caído, pero se vio obligada a rendirse.

—Bueno, sí... Adam es una broma, o eso era lo que parecía. Pero para mi marido es algo muy importante, o lo era hace unos años.

—¿Por qué era importante?

—Quería usarlo como nombre secreto cuando fundara su propia logia masónica.

La frente de Von Weber se relajó.

—¿Una logia? ¿Está segura?

Ella se mostró prudente.

—Hace años que no comenta el tema. Puede que ni siquiera lo recuerde. Decía que quería llamarla La Gruta... o algo parecido. Y él la encabezaría con el nombre de Adam. Pero, como le he dicho, tiene tantas cosas en la cabeza... De esta se habrá olvidado. Lo que más le importa es su música.

Von Weber había dejado de escuchar. ¿Una nueva logia masónica? ¿Por qué no se lo había dicho Mozart?

Ella notó la agitación del magistrado y volvió a llamar su atención.

—Pero ¡escúcheme! Solía hablarme de ello cuando planeábamos nuestro matrimonio. Estaba convencido de que ese día el mundo entero tomaría un rumbo nuevo, precisamente porque su vida volvía a empezar. Yo pensaba que era muy dulce de su parte decir esas cosas... un poco alocadas, solo para complacerme. Luego lo olvidó. Por supuesto, aquello acabó en nada.

Von Weber la interrumpió.

—Y usted, madame, ¿se lo ha comentado a alguien alguna vez?

Constanze se encogió de hombros. Luego contestó, evasiva.

—Es posible...

—¿Es un sí?

Ella bajó los ojos.

—No lo recuerdo bien... Digamos que no puedo descartarlo.

Von Weber seguía allí, plantado delante de ella.

—Voy a formularle una pregunta precisa y exijo que la respuesta también lo sea: ¿algún hombre le ha pedido información sobre su marido y el pseudónimo Adam? Y de ser así, ¿puede decirme quién es?

Silencio.

Él decidió que no saldría de aquella habitación sin una respuesta.

Ella lo comprendió.

—Puede... asegurarme... pues, que mi marido...

No me interesa su relación, madame. Soy un caballero y un hombre de mundo. Solo necesito que me dé una pista, incluso la menos probable.

Ella suspiró. Luego se concentró e intentó recordar.

—Fue durante una fiesta de carnaval, en Venecia... hace dos años, creo... Un hombre entre muchos invitados, también disfrazado. No, ahora recuerdo: era un músico de la orquesta porque llevaba un violín en la mano, aunque no le vi tocar. Puede que eso también formara parte del disfraz.

—¿Y qué hizo?

—Me piropeó; todos estábamos alegres, ya sabe...

—Unos piropos. ¿Y qué más?

—Nada más. Ya sabía quién era. Empezó a hacerme preguntas sobre mi marido. Él estaba ahí, todo contento, tocando unas variaciones de un motivo alegre. Todos se reían de sus imitaciones de los demás músicos. Los parodiaba: a Bach, a Salieri, a Gluck... Todos se reían menos él, el hombre del violín. Estaba muy serio, lo noté por eso.

—¿Le vio la cara?

La mujer bajó de nuevo la mirada.

—De pasada. Pasamos a un reservado. El cuarto estaba iluminado a medias. Es más: él buscaba la oscuridad. Creo que aquel secretismo lo excitaba...

—¿Fue entonces cuando le hizo aquellas preguntas sobre el nombre Adam?

—Sí. Pensé que era un amigo de Wolfgang o un admirador, que quería saberlo todo sobre él. Habían pasado años desde aquellas ensoñaciones y él parecía no darles más importancia. Hablé sin pensar.

—¿Y él?

Constanze entrecerró los ojos; había un detalle que llamaba su atención.

—Él se volvió arisco. Casi violento. No me hizo daño, aunque hubo un momento en el que pensé que podría hacerlo. Y la cosa... perdóneme, pero... en esa situación no me desagradaba...

Von Weber se quedó mudo. Aquello era todo, evidentemente. Un hombre. Un violín. Un supuesto admirador del gran músico lleno de odio hacia él. Se había aprovechado de la mujer de su enemigo, pero no había sido una venganza suficiente. Tal vez porque no había dejado de ser un acto oscuro.

Oscuro como su vida.

La mujer se levantó y miró al intendente a los ojos. Ahora había recuperado el autocontrol.

—¿Tiene una mala opinión de mí? —preguntó en tono casi coqueto.

Él la observó desde aquel lugar remoto, la mente del asesino en la que intentaba penetrar. Volvió en sí y contestó con dureza:

—Ya hay alguien para juzgar estas conductas... y no soy yo.

Ella ignoró su tono y sonrió aliviada.

—Oh, pero ¡Dios es tan bueno! Yo me confieso a menudo, ¿sabe? ¡Y Wolfi también!

Y así terminó aquel insólito interrogatorio.

«Dios es bueno», repitió Von Weber para sus adentros mientras la elegante señora abandonaba el camerino. Dios es bueno, pero a veces sus siervos son terribles.

6

Kovar no entendía nada. Era el enésimo cambio de frente. Además, ¿por qué asignarle aquel encargo tan aburrido cuando era uno de los pocos en saber que el asesino de la luna llena había matado otra vez? Mientras interrogaba al décimo portero o al simple inquilino de uno de los grandes edificios del casco antiguo, y le preguntaba si conocía a alguien que, por alguna extraña razón, gustara de vivir en los sótanos, pensó que en pocos días había pasado de la caza de los Hermanos Bohemios a la búsqueda de Casanova, de la investigación sobre las sociedades secretas a informarse sobre los extraños hábitos de algún amante de la oscuridad.

Tras recibir, una vez más, respuestas negativas y alguna que otra mirada de desconfianza, bajó a la calle y vio que uno de sus compañeros acababa de interrogar a los vecinos del edificio de enfrente.

Los dos se intercambiaron algunas señas para confirmar que no habían descubierto nada y se dirigieron hacia el portal siguiente.

Igual que ellos, treinta hombres más habían recibido el mismo encargo.

Von Weber no había dado explicaciones. El día anterior, a última hora de la tarde, los había convocado para decirles que el misterioso asesino debía de tener un escondite en el centro, en la Ciudad Vieja o en Malá Strana, el pequeño barrio al oeste del Moldava, más allá de la isla de Kampa, donde había empezado todo. Y el escondite tenía que ser un lugar subterráneo y poco iluminado.

«Pero eso no era lo único raro», se dijo el policía mientras llamaba a la puerta y se preparaba para soltar la habitual retahíla de preguntas. En aquellas horas, junto con otros hombres, el mismo intendente interrogaba a todos los Violinistas de la ciudad, empezando por los componentes de la orquesta que estaba ensayando la nueva ópera de Mozart en el Teatro de los Estados Generales.

«¡Todos los Violinistas de la ciudad!», sonrió para sí. Casi imposible: Praga disputaba a Viena el título de ciudad de la música. Había orquestas, orquestitas, pequeños *ensemble* de música de cámara, hijos e hijas de las familias nobles que aprendían a tocar el violín como deber social. Había músicos de fuera e incluso bandas de gitanos, insuperables a la hora de animar las fiestas populares en cualquier esquina de la calle. Había lutieres, vendedores y afinadores de instrumentos.

Era casi como buscar una aguja en un pajar.

Llamó otra vez.

Se oyó una voz en el interior.

—¡Ya voy!

Una mujer.

«Mejor», pensó. «Esperemos que sea curiosa... y cotilla».

Von Weber dejó el teatro sobre el mediodía sin haber llegado a ninguna conclusión.

Había pasado la mañana formulando preguntas a todos los Violinistas de la orquesta. Lo acompañaban dos policías, que más tarde interrogarían a otros Violinistas de la ciudad. Y también estaba madame Mozart, que daba la impresión de encontrarse allí por una incontenible curiosidad femenina.

Constanze había estudiado en silencio a cada uno de aquellos hombres, había escuchado sus voces y observado sus actitudes y movimientos.

—¿Toca desde hace mucho? —preguntaba el intendente—. ¿Vive en Praga? ¿Estuvo en Viena alguna vez? ¿Dónde se aloja durante estas semanas?

Tras la sorpresa inicial, los músicos habían dado respuestas precisas, sin vacilar. La mujer había negado con la cabeza cada vez: ninguna de esas personas le recordaba su misterioso galán de una noche de fiesta.

Ahora el magistrado se dirigía hacia el castillo. Sus hombres seguirían con aquella paciente búsqueda, y estudiarían con lupa los hábitos de los hombres que vivían de la música en una de las ciudades de la música.

Como siempre, el rabino Mordechai Avron estaba meditando. No se sorprendió al ver entrar tan pronto al intendente. Comprendía bien la angustia que atormentaba al hombre de ley, sobre todo en aquellas horas en las que por fin se le había presentado una pista prometedora.

—Tengo otro cadáver —espetó a bocajarro el magistrado.

El anciano se apesadumbró.

—El Altísimo permite que este demonio actúe a sus anchas. Tal vez sea cierto que se aproxima su juicio...

—También tengo un primer perfil del culpable —prosiguió Von Weber— y no se aleja de sus intuiciones.

—¿Se está enfrentando a un falso profeta? ¿Un hombre que cree hablar por boca del Creador?

Von Weber se sentó y miró fijamente al rabino.

—Podríamos decir que es algo parecido. Es un músico, o por lo menos un apasionado del violín. Sabe ocultarse muy bien. Se camufla, se disfraza; en otras palabras: se mueve entre los demás sin dejarse reconocer. Actúa en la sombra y, como decía usted, es probable que también la habite.

El rabino asentía pensativo.

—Ha salido de la oscuridad y podría regresar a ella. Pero no antes de haber cumplido con su misión. Ha esperado durante años, por lo que parece. Ahora ha encontrado el valor para empezar y no se detendrá.

—Así es —afirmó el intendente—. Y también sé algo de esta... misión, como lo define usted.

—¿De verdad?

—Sí, y tengo que darle la razón: ha escogido una voz divina y quiere silenciarla. Odia a Mozart, el célebre músico que se encuentra en Praga para poner en escena su nueva ópera...

—El *Don Giovanni*... —dijo el anciano, y sonrió.

—¿Conoce la ópera?

—He oído hablar de ella. Aunque parezca que solo vivo entre mis pobres papeles y la sinagoga, estoy muy bien informado. Ese Mozart recibió un gran don de Dios. Toca como un profesional desde que era niño y crea una música de calidad insuperable a un ritmo prodigioso.

Von Weber reflexionaba.

—Un auténtico privilegiado, ¿no cree? Y al parecer su genialidad le hace sentirse muy seguro de sí mismo.

—Lo sé. Me encontré con él.

—¿Lo conoció en persona? —El magistrado se sorprendió.

El rabino sonrió de nuevo.

—Estos genios suelen despreciarnos, señor, pero también están convencidos de que poseemos saberes milenarios y de que somos concedores del alma humana.

El intendente se estremeció.

—¿Fue a verle para hacerle preguntas sobre el nombre *Adán*? ¿Por qué no me lo dijo?

—Porque no me las hizo. No me habló de eso, sino de su alma atormentada. Además, ¿por qué debería haberle interesado justo ese nombre?

Von Weber explicó al anciano maestro las historias de los documentos de matrimonio firmados por Mozart con el nombre de Adam.

El hombre escuchó atentamente y luego comentó.

—No lo sabía, pero encaja con el personaje.

—¿A qué se refiere?

El rabino dirigió a su visitante una mirada triste.

—Quienes no tienen nada, lamentan su pobreza y culpan al Altísimo. Quienes han recibido dones, presumen de ellos y aparentan seguridad. Pero se cuestionan en su interior y aspiran a comprender por qué la suerte parece haberles favorecido tanto. Mozart posee el poder de la armonía del universo y se consume pensando en que debería crear una música eterna, algo que transforme el mundo. Mientras tanto, malgasta sus días con cosas triviales: vicios, deudas, debilidades. Luego intenta elevarse con juegos esotéricos. Al mismo tiempo, debe defenderse de sus enemigos... y el tiempo va pasando...

Von Weber se concentró.

—Enemigos, claro. Debe de tener muchos. La genialidad despierta envidias e incomprensiones. Y más de uno cree que su fama es inmerecida... Sin pensar en quienes intentan utilizarlo para alcanzar sus objetivos, para dar prestigio a su familia, a su logia masónica, a su partido. Hace poco que frecuento a Mozart y a su círculo, pero ya me he hecho una idea. Aunque, de palabra, todo el mundo lo quiere.

—No dudaba de que se habría formado su opinión —dijo el rabino.

—El problema es que, entre tantos enemigos, es casi imposible identificar al asesino.

Mordechai bajó la vista. Transcurrió un largo rato en silencio. Luego volvió a fijar la mirada en su interlocutor.

—En mi opinión, no se trata simplemente de un hombre al que Mozart ha privado de la luz, de la gloria, de la admiración de muchos. Es alguien que, por culpa de Mozart, ha perdido su propio nombre, y por tanto la vida. Es un fantasma del pasado. Un muerto que resurge para vengar su destino de silencio y de olvido. Viene del Sheol, créame, el lugar al que ni siquiera el Altísimo tiene acceso. Parece que arriesga su vida al cometer sus fechorías, pero la verdad es que ya no tiene ninguna.

Von Weber sopesó aquellas palabras.

—¿Quiere decir que debo escarbar en el pasado del músico?

—Si le es posible...

—Es difícil, en efecto. Ese hombre se esconde. Cree que no hay nada realmente grave, nada definitivo. No es del todo sincero ni siquiera consigo mismo —comentó el intendente. Luego, después de una pausa, añadió—: Pero si hubiese causado un daño tan atroz a alguien, lo reconocería si lo tuviera delante, ¿no cree?

El rabino abrió los brazos.

—Líbranos, Señor, de las culpas que vemos... y de las que no vemos.

Más tarde, le tocó a Da Ponte ser interrogado.

—¿Enemigos? —contestó a Von Weber, casi sorprendido por la pregunta—. Por supuesto, herr Mozart tiene muchos: nobles que critican la elección del argumento de sus óperas, por ejemplo. En el *Fígaro* y en el *Don Giovanni*, como sabe, la nobleza no sale muy bien parada. En ambas, los aristócratas son retratados como hombres ridículos y sin virtudes. Luego están los demás músicos: en la corte se oyen voces sobre Salieri; en público, afirma apreciar a su joven colega, pero se rumorea que, en privado, hace todo lo posible para poner trabas a su carrera. Y no olvidemos a los eclesiásticos, que desaprueban su conducta libertina, su música masónica, su insumisión al príncipe arzobispo de Salzburgo. También hay que tener en cuenta la rivalidad soterrada entre logias, y el hecho de que Mozart no es ni alemán, ni italiano, ni francés... Se le reprochan infinidad de cosas.

—Estoy al tanto de todo esto —comentó Von Weber—. Pero usted, que es su amigo, ¿diría que alguien le odia hasta el punto de querer aplastarlo poco a poco a través del miedo? ¿E incluso pensar en matarlo?

El poeta se encogió de hombros.

—Bueno... me parece difícil. Mozart desagrada a muchos, a veces arma escándalo, pero ¿de ahí a matar a unos inocentes solo porque están de algún modo relacionados con él...!

Von Weber observó a su interlocutor.

—Sin embargo, señor, con tal de que me sintiera acosado y bajo control, alguien se hizo pasar por Casanova y me condujo una noche hasta una morada secreta para inducirme a creer que hay una organización entera dispuesta a turbar la paz de ese hombre.

Da Ponte se quedó pensativo. El intendente esperó haber dado en el clavo.

—¿No es cierto que el mismo artista a veces se atribuye poderes secretos y aspira a ponerse a la cabeza de nuevas sociedades?

El italiano no perdió la compostura.

—Estoy pensando en la estratagema de la que fue víctima. Casanova conoce a mucha gente y se ha movido en muchos ambientes distintos en toda Europa. También conoce a Mozart, a quien considera un genio excepcional, y de él sabe cosas que los demás ignoramos. Hable con Casanova. El instrumento empleado para engañarle no puede haber sido escogido al azar.

El magistrado pensó que se movía en un mundo extraño, cuyos límites se le escapaban.

Y mientras tanto, el reloj no dejaba de correr.

—Existe un solo hombre de quien Mozart tuvo miedo y que le hace sentirse culpable.

Von Weber casi no podía creerse que Casanova, quien solo unas noches antes se había mostrado tan hostil, le tuviera preparada ahora aquella pequeña sorpresa.

—¿Quién es ese hombre?

El italiano contestó con seguridad.

—Su padre, ¡por supuesto! Para Mozart, la admiración del mundo entero no vale tanto como un solo gesto cómplice de su padre. Es el hombre que lo ha creado, que descubrió y cultivó su genio cuando apenas tenía tres o cuatro años. El que lo ha guiado a cada paso, atento y prudente, hasta que él ha dado el salto y ha cortado toda relación con aquel déspota y con su entorno.

—Sabía que se ha casado sin el consentimiento de su padre...

—Oh, pero el padre le negó y le niega su consentimiento para todo: el traslado de Salzburgo a Viena, los clientes y los mecenas, las ganancias y las deudas, su estilo de vida, las diversiones y los amigos, la educación de los hijos, cualquier

desplazamiento, el idioma elegido para el libreto de la última ópera... ¡todo! Y aquel hombre terrible ni siquiera necesita escribirle o criticarle abiertamente. Le basta mantenerse alejado y en silencio. Es más: la ausencia es la mejor arma para su resentimiento. Desde aquella distancia, proyecta sobre el hijo un cono de sombra que nunca lo abandona.

Von Weber estaba impresionado.

—Así que usted piensa que el padre... es decir, ¿que el padre podría intentar hacerle daño de verdad?

Casanova se quedó mirando al intendente. La pregunta no lo había conmocionado ni escandalizado. El magistrado se dio cuenta de que estaba ponderando seriamente aquella posibilidad. Pero luego negó con la cabeza y contestó convencido:

—No, señor, no lo creo. Por lo menos hasta donde yo sé, aquel viejo quiere que le devuelvan a su chico, a su criatura. Pero lo quiere vivo. Porque en el fondo ha vivido a través de él, y el final de Amadeus sería el suyo.

«Ya», pensó Von Weber. «Quiere que se lo devuelvan, pero para obtenerlo podría querer hacer el vacío a su alrededor».

Dio las gracias al italiano y volvió a bajar a la calle. No dejaba de tener la impresión de que alguien lo seguía, lo espiaba. De vez en cuando se detenía y miraba a su espalda y a su alrededor.

Mientras tanto reflexionaba sin parar. La investigación avanzaba, pero quedaban muchos misterios por solucionar. Y no solo eso: los enigmas se multiplicaban, obligándole a formular las conjeturas más absurdas.

Anochece sobre Praga.

Mozart seguía escribiendo con una concentración insólita incluso para él, que siempre se sumía de pleno en su trabajo. Componía, se dijo, porque la música siempre había sido su único refugio seguro, la confirmación de que pertenecía a un mundo superior, de que estaba alejado de todo y de todos. Incluso de la muerte, que no dejaba de sentir como una presencia inminente.

Se levantó un momento de la mesa, asió el candelero y se acercó al espejo, valioso adorno de aquella habitación silenciosa.

Estudió su imagen e intentó penetrar su propia mirada.

«¿Quién eres?», preguntó con un hilo de voz.

Pronunciar aquellas palabras en medio del más completo silencio le produjo un escalofrío. Oyó el sonido de su voz como si saliera de un rincón. Como si alguien más estuviera allí con él.

Llegó incluso a darse la vuelta.

Ahora lo admitía: tenía miedo.

«Esta vez has venido de verdad», pensó, procurando no abrir la boca.

Las llamas de las velas temblaron, y unas sombras ligeras danzaron por toda la estancia.

Se miró de nuevo al espejo. Su rostro estaba triste.

¿Qué era lo que le angustiaba?

Pensó en su madre, muerta años atrás en un momento en el que estaba a su cuidado. La había dejado desatendida, preocupándose solo por su carrera. Nunca nadie se lo había reprochado abiertamente, pero él lo recordaba a veces. Cuando estaba solo. En la oscuridad. Cuando el maravilloso brotar de los acordes, de los ritmos y de los motivos no bastaba para ahuyentar el sonido de su alma.

Luego pensó en el futuro.

Inútil. No conseguía imaginarse a sí mismo con cuarenta o cincuenta años.

Tenía prisa. Y no sabía por qué.

O tal vez sí.

¡No era ningún nuevo Adán! Era la viva imagen de la más antigua humanidad, del hombre que huye de todo: en primer lugar, de sí mismo, de un sinfín de vilezas, pequeñas mentiras y astucias. Era inútil buscar una culpa más grande.

Volvió en sí.

«Nada de melancolía», se dijo. Se lo repitió. Lo dijo una vez más: «Nada de melancolía».

Reanudó la escritura.

¿Una nueva aria para el personaje de Don Octavio? La tenía, claro que sí, ¡allí estaba!

Luego retomaría el final. El ajuste de cuentas entre Don Juan y su culpa, antigua como el hombre: querer tenerlo todo, poseerlo todo. Querer ser Dios.

«Y yo, que tan solo querría encontrar la paz», se dijo.

La tinta teñía la pluma.

Otra nota. Otra manchita sobre el papel.

Otro milagro.

Llegó la noche.

Von Weber ya se había encargado de poner de nuevo bajo vigilancia al padre Erasmo, el cura que hasta ese momento había recibido las delirantes confesiones del asesino.

Más tarde el intendente volvió cansado a su apartamento. Se desvistió sin ayuda y se acostó. Cerró los ojos.

Había sido un día intenso.

Pero el tiempo apremiaba.

No dudaba de que, en algún lugar de Praga, su hombre estaba pensando en matar de nuevo.

Dos, tres días, antes de la luna llena.

ACTO TERCERO

Praga

25-30 de octubre de 1787

Escena Primera

El último desafío del asesino

1

El hombre observó el cielo de Praga.

Lo recordaba precisamente así: gris, plomizo, cargado de nubes. Porque también entonces había pasado por la capital bohemia en otoño.

Eran otros tiempos.

En aquella época todo dependía de él, todos le buscaban, era él el punto de referencia. No era la estrella. Pero la estrella aún no brillaba con una luz tan deslumbrante como para ensombrecerle.

También estaba solo durante aquel traslado.

Había sido un viaje muy breve, aunque lo había preparado a fondo; a través de amigos y admiradores, había conseguido encontrar a muchos personajes influyentes. Había sido el primero en conocer a los Hohenstein, a los Thun y a los Nostitz. En los ricos y nobles salones de la segunda ciudad del imperio, había estado tanteando la disponibilidad de financiar una gira de su prodigio por Praga. Muchas promesas y algunos compromisos que, sin embargo, nunca llegaron a concretarse.

Pero no por su culpa.

Había sido el chico, que ya empezaba a mostrarse inquieto, quien había escogido un camino diferente, obligándole por primera vez a seguirle. Por las cortes alemanas en lugar de hacia Praga. Entonces se había engañado creyendo que se trataba de un capricho. En realidad era la señal premonitoria que anunciaba su absoluta ingratitud, su prepotencia, su desproporcionada confianza en sí mismo. Tanta confianza, no lo dudaba, tarde o temprano lo llevaría a la ruina. Y él esperaba haber dejado ya este mundo cuando ocurriera, para no asistir al desastre.

La berlina se detuvo.

—Hemos llegado —dijo el cochero inclinándose hacia él.

El hombre se asomó para echar un vistazo a la baja fachada del edificio de la calle Jakubská. Sin duda se trataba de la vivienda de una familia acomodada, pero no rica. Ningún noble habría escogido una residencia tan anónima. ¿Qué hacía su hijo allí?

Bajó de la berlina sin esperar a recibir ayuda.

—Aguarde unos minutos. Un criado acudirá a recoger mi equipaje.

—De acuerdo, señor.

El hombre miró su reloj de bolsillo.

Eran las siete de la mañana. Lo sacaría de la cama; ese era el único momento del día en el que podía esperar encontrar en casa a aquel holgazán.

El viajero se sacudió el polvo de la ropa. Le dolía todo el cuerpo: había viajado durante un día y una noche por la carretera que llevaba de Salzburgo a Praga. No tenía tiempo que perder.

Subió la corta escalera que conducía al portal y llamó. Un criado lo miró de arriba abajo con evidente sorpresa.

Tras resoplar, el hombre ordenó:

—Soy Leopold Mozart, anúnciame a tu amo. Y si es necesario, despiértalo...

—¿Usted aquí? —Wolfgang Amadeus Mozart se quedó mirando a su padre con expresión atolondrada. Intentaba sacudirse el sueño. No estaba acostumbrado a levantarse tan pronto. Sobre todo teniendo en cuenta que se había acostado apenas tres horas antes.

—¿Otra noche de juerga? —preguntó Leopold, socarrón.

—No... —vaciló el joven—. Pasé la mitad de la noche intentando esbozar las últimas arias del *Don Giovanni*. El estreno será dentro de tres días.

Luego se desperezó y dio unos pasos hacia su padre.

Lo estrechó efusivamente, pero el abrazo que recibió a cambio no le transmitió el más mínimo afecto. El músico apretó más fuerte y besó al hombre en las mejillas con entusiasmo. Cuando se apartó, miró el rostro de Leopold. Dos lágrimas surcaban despacio sus pómulos.

—¿Cómo estás, hijo?

Mozart sonrió abriendo los brazos.

—Bien, ¡como siempre! Sobrecargado de trabajo, perseguido por los acreedores incluso en Praga, pero feliz. Feliz porque aquí me aman... —Luego asomó en su cara un semblante preocupado—. Pero aún no me ha dicho la razón que le ha traído aquí desde Salzburgo. ¿Tal vez Nannerl se encuentra mal?

El hombre negó sorprendido.

—No, no... Tu hermana está perfectamente. En cuanto a los motivos por los que he emprendido este viaje, deberías ser tú quien me los explique...

Tendió una hoja a Mozart.

—Tu carta llegó hace dos días y nada más leerla me subí a la berlina para venir aquí. Confieso que no entendí mucho. A menos que no se trate de una de tus bromas...

El músico cogió el escrito de las manos del padre y leyó:

Amado padre, unos hechos gravísimos están perturbando mi vida y la de Constanze aquí en Praga. Necesito urgentemente su ayuda. Le ruego que deje de lado todo rencor hacia mi persona y acuda en nuestro auxilio. No tema: no se trata de una estúpida cuestión de dinero o de trabajo. Es algo mucho más grave. ¿Puedo contar con su comprensión y con su amor? Firmado,

Su amado hijo, junto con la devota esposa,

El compositor se frotó los ojos dos veces, se sentó, observó a su padre y después, una vez más, la carta. Sin duda era su letra. Pero él no había enviado nada a Salzburgo.

—¿Entonces? —Leopold esperaba impaciente—. Dime qué diablos está pasando... ¿En qué lío te has metido?

—Padre —Mozart levantó la vista—, estas frases parecen escritas de mi puño y letra, pero le juro que no le pedí que viniera a Praga.

El hombre refunfuñó sin saber si debía creerle, y enseguida se apesadumbró.

—¡Espero que no hayas recurrido a este estúpido truco sabiendo que era la única forma de atraerme hasta aquí!

El músico negó con la cabeza.

—¡No! Pero tal vez debería haberlo hecho.

—¿Qué significa?

—La carta es falsa, pero es cierto que nuestras vidas están al borde del abismo. Siéntese y le contaré lo que ha sucedido estas semanas...

—¿Por qué no me dijo que la elección del nombre *Adam* tenía que ver con el proyecto de crear una secta secreta?

Von Weber no podía más.

Al principio de la investigación, la reticencia de Mozart le había dado más de un motivo para sospechar de él. Ahora que parecía ser el blanco del asesino, el compositor se obstinaba en mentir, en olvidar, en omitir detalles que habrían podido salvarle. Y el investigador tenía que trabajar el doble para llegar a la verdad.

El austríaco sacudió los hombros.

—No me pareció relevante...

—Soy yo quien decide lo que es importante y lo que no lo es —dijo el intendente levantando la voz—. Sin saberlo, podría haberse granjeado un enemigo mortal en el ambiente de las logias masónicas o de las hermandades.

Leopold Mozart resopló sarcástico.

—No llegará a nada con él, excelencia. Yo llevo intentándolo desde que era un niño, pero siempre acaba por hacer y decir lo que le da la gana...

Von Weber no le hizo caso y prosiguió:

—¿Entonces? ¿Qué era La Gruta? ¿Y cómo ha acabado?

Durante las últimas semanas el compositor no había abusado de la posibilidad que le había ofrecido Duschek de acudir a ese lugar. No quería alejarse de Villa Bertramka, donde residían sus amigos, ni dejar sola durante demasiado tiempo a Constanze. Aun así, en los últimos días había tenido que encerrarse en esa casa, pese

a que no soportaba la soledad. Si no ponía todo su empeño en terminar las partes de la obertura del *Don Giovanni* aún sin escribir, y no lo hacía rápido, acabarían estrenando una ópera coja. Cuando todavía se estaba preguntando cómo era posible que el misterioso remitente de la carta hubiera enviado allí a su padre, el jefe del Consejo de Justicia se había presentado como una furia frente al portal. Mozart se quedó sentado mientras el otro lo atosigaba con sus preguntas. Finalmente, decidió contestar.

—Era una de las muchas ideas que me daban vueltas en la cabeza. Me había hartado de depender de la aprobación de los demás. Desde los tiempos de mi afiliación a la logia Por la Beneficencia, en Viena, solo había tenido que obedecer. Pensé que si fundaba mi propia hermandad, podría imponer las reglas que más me gustaban y escoger yo mismo a los miembros...

—¿Qué pasó luego?

—Nada. El proyecto no salió adelante porque el momento no era oportuno. José II había prohibido el nacimiento de nuevas sectas. Se trataba de violar la ley, y lo último que quiero es ir en contra de mi más grande admirador. Sobre todo entendí una cosa...

Von Weber se quedó mirándolo expectante. El padre no se inmutó. Mozart suspiró.

—Al final comprendí que todo lo que tenía que decir podía expresarlo a través de la música. Esta música —y asíó la pila de hojas apoyada en el clavecín— es mi legado. Que los demás encuentren en ella lo que quieran. No tengo otra cosa que enseñar...

El intendente empezó a recorrer nerviosamente el amplio salón en el que se encontraban. Como siempre, algo no cuadraba en las respuestas de Mozart: parecían lógicas y coherentes pero no le satisfacían, como si hubiese quedado algo sin decir. Se volvió hacia el compositor.

—No creo que sea solo eso. He encontrado a un gran número de nobles en las últimas semanas, justo esos nobles que se cuentan por docenas en las listas de los afiliados a la masonería, y sé una cosa: Wolfgang Amadeus Mozart todavía no tiene el prestigio suficiente para fundar una logia secreta en la que participen los nombres más ilustres de la alta sociedad vienesa. Antes de renunciar a La Gruta, usted también debió de entenderlo...

El músico se sonrojó violentamente, mientras el padre estallaba en risas.

—¡Bien hecho, intendente! ¡Le ha dado donde más duele!

—En cuanto a usted, señor —añadió Von Weber dirigiéndose al padre del compositor—, le aconsejo que deje Praga de inmediato.

—¿Por qué razón?

—No solo está en peligro la vida de su hijo. Todos los que rodean al gran Mozart

corren el riesgo de convertirse en objetivos del asesino. Sobre todo las personas que le son más cercanas, como su padre o su esposa.

Leopold Mozart miró al magistrado de arriba abajo.

—No me iré antes de haber asistido al *Don Giovanni*. Wolfgang y yo no tenemos nada que decirnos desde hace años, pero queda algo sobre lo que aún nos entendemos sin necesidad de muchas palabras: la música. Me iré solo después de haber escuchado la que acaba de crear...

Antes de que el intendente pudiera replicar, intervino el músico.

—Von Weber tiene razón, padre. Quien ha enviado esta carta quería atraerle aquí por una razón. Y no creo que le tenga reservado el papel de simple espectador. ¿Y si hubiese decidido matarle?

—¡Déjenme en paz, los dos! —estalló Leopold—. Sé cuidar de mí mismo. No permitiré que ese loco me coja desprevenido. Después de todo lo que ha pasado —añadió con desprecio refiriéndose a Von Weber—, ¡no será un muerto más lo que empañe su expediente!

Esta vez fue el magistrado quien se sonrojó. Ahora entendía de quién había heredado tanta arrogancia el joven Mozart.

—Haga lo que estime oportuno. Yo no puedo obligarle a salir de la ciudad, pero es mi deber asignarle una escolta. Ordenaré a mis hombres que le sigan... a debida distancia, por supuesto, para no incordiarle...

El viejo Leopold se encogió de hombros, indiferente.

—Que así sea. Me quedaré a hacer compañía a Wolfgang hasta el estreno del *Don Giovanni*, luego me iré. Tal vez, tras pasar un tiempo con él, pueda convencer a mi hijo de que siente la cabeza. Después de todo, puede que su asesino esté rindiendo un buen servicio a la familia Mozart...

El intendente lo dudaba.

Pero no podía hacer nada para poner a raya a aquel par de testarudos.

Dio un taconazo y abandonó el apartamento.

2

Tal como Von Weber esperaba, la lista de los afiliados a la masonería que le había enviado el conde Estherazy no le resultó de gran ayuda. Con una desfachatez que decía mucho sobre la impunidad de la que gozaban los nobles de la ciudad, varios de los nombres habían sido tachados a mano, borrados con un simple trazo de pluma. Lo que quedaba era un listado de burgueses y barones: en otras palabras, los nuevos ricos y la baja nobleza del lugar. Personas que habían pagado a precio de oro la posibilidad de entrar en las logias secretas, que prodigaban todo tipo de favores a sus hermanos más ilustres, y que nunca eran informados de los rituales ocultos o de las decisiones realmente importantes tomadas por la sociedad. El intendente sabía que podría interrogarles durante días sin llegar a conocer los nombres de quienes componían el círculo interno de la masonería praguense. Y no tenía la autoridad necesaria para ordenar a Estherazy que le abriera las puertas de aquel mundo.

Estaba a punto de perder toda esperanza de avanzar en ese frente cuando el padre Ungar le proporcionó una ayuda inesperada. Llevaba días sin hablar con el sacerdote, aunque sabía que andaba muy ajetreado siguiendo la pista del manuscrito de Rodolfo II a través de los siglos. De alguna manera, había tenido que llegar a las manos del asesino y de quien le cubría las espaldas. Reconstruir las etapas de aquel recorrido parecía una tarea muy ardua, al igual que traducir el misterioso alfabeto del texto; los expertos de Viena a los que habían acudido no daban noticias. Hasta que la mañana del 27 de octubre una berlina, enviada por el propio padre Ungar, se presentó a las puertas del ayuntamiento y el cochero del Clementinum pidió al guardia que hiciera bajar enseguida a Von Weber. Tenía que llevarlo junto al sacerdote.

La berlina cruzó rápida el puente de Carlos y la plaza de Malá Strana. Luego se encaramó despacio a la colina que conducía al castillo. El intendente no tuvo si quiera tiempo de preguntarse qué habría podido encontrar el padre Ungar en el castillo cuando se dio cuenta de que lo habían dejado atrás. Lo mismo ocurrió con el santuario de Loreto, un poco más adelante. El magistrado se asomó inquieto hacia el cochero.

—¿Adónde diablos vamos?

—Ya casi hemos llegado —contestó el hombre sin darse la vuelta.

De hecho, al cabo de unos minutos, el caballo enfiló la puerta del monasterio premonstratense de Strahov. Su imponente mole se erguía detrás del castillo y rivalizaba con la de la morada de los soberanos checos. Era el único monasterio que José II había mantenido abierto en Praga pocos años antes, tras decretar la supresión

de los jesuitas y de otras órdenes religiosas. Von Weber nunca había entrado en aquel lugar. Sabía que estaba habitado por un exiguo grupo de monjes, y que sus inmensas alas habían quedado casi vacías. La institución parecía haber perdido buena parte del prestigio de antaño.

—¡Por fin ha llegado! —El padre Ungar salió de detrás de una estantería polvorienta y antes de estrechar la mano del intendente se la frotó en su hábito intentando limpiarla. El portero había conducido a Von Weber hasta un cuartucho oscuro al fondo de un pasillo, justo detrás de la iglesia de la Asunción. Las paredes de la pequeña estancia estaban cubiertas de anaqueles, atiborrados de papeles de toda forma y dimensión.

Sin mediar más palabra, el sacerdote tendió una carta al magistrado.

—Le he llamado para mostrarle esto.

Von Weber observó la misiva. Vio que estaba escrita en latín, en una caligrafía elaborada y llena de adornos. También notó que el sello de lacre, partido por la mitad por quien había recibido la carta mucho tiempo antes, llevaba impresa las siglas AK. Estaba fechada en 1667 y procedía de Roma.

—Explíquese —ordenó impaciente el magistrado.

—Muy sencillo, querido amigo —explicó Ungar—. Las siglas AK significan Athanasius Kircher, el jesuita que recibió el manuscrito de Rodolfo II en Roma, en el año 1666. ¿Recuerda que le hablé de él?

—¡Por supuesto! Pero también recuerdo que, según me dijo, aquel texto nunca volvió de Italia...

—¡Este escrito afirma lo contrario! —exclamó el sacerdote dando una palmada sobre de la hoja—. Después de un año de esfuerzos, el padre Kircher admitía que no había sido capaz de interpretar la misteriosa escritura. Sin embargo, como sabía que el libro tenía un gran valor, lo envió de vuelta a Praga...

—¿Cómo ha conseguido dar con esta carta? —preguntó sorprendido Von Weber.

Ungar sonrió.

—Ya le dije que solo era una cuestión de paciencia. Sabía que aquí, en Strahov, se encuentra parte del archivo de Rodolfo II. A finales del siglo pasado se dispersó por los continuos saqueos, y lo que quedaba se trasladó a Viena. Pero no todo el material dejó la ciudad. Es más, el hecho de que algún funcionario anónimo haya enviado aquí el fondo que incluía la carta me hace pensar que le atribuía un valor especial...

El intendente observaba la mirada triunfal del religioso.

Pero ya no había tiempo para abandonarse a fáciles entusiasmos, así que no tardó en llegar a una conclusión.

—¡Bien! Ahora sabemos que el manuscrito volvió a Praga. Ya no resulta tan increíble que haya acabado en manos de nuestro asesino. Pero ¿dónde se encuentra ahora el texto? Y, sobre todo, ¿qué sabemos de su extraño lenguaje?

El padre Ungar abrió los brazos.

—No tengo respuesta. Mi búsqueda, de momento, se detiene aquí.

Von Weber se dejó caer en una silla.

Faltaba poco para la luna llena. Si no lo detenía antes, el homicida llevaría a cabo su plan. Sin duda no iba a esperar los progresos del director de la biblioteca del Clementinum.

—De acuerdo —El magistrado se recuperó—. Esto es mejor que nada... —Se puso de pie—. ¿Me acompaña a la berlina?

Fue entonces, mientras se dirigían hacia la salida por el ala meridional del monasterio, cuando Von Weber reparó en un gran globo celeste de madera y bronce. Estaba junto a una pared en un pasillo lleno de puertas, todas cerradas. El intendente estaba seguro de que no era la primera vez que lo veía. Turbado, se acercó a la esfera e intentó hacer memoria.

—¿Ha encontrado algo, Karl?

El magistrado no contestó.

Empezó a girar el globo, cada vez más rápido, hasta que las constelaciones y los cuerpos celestes se confundieron bajo su mirada y se volvieron indistinguibles. Entonces recordó. Se abalanzó hacia la puerta más cercana y la abrió con ímpetu.

No podía equivocarse.

Era aquella.

La gran sala que se abría frente a él, repleta de estanterías y vitrinas e iluminada por altos ventanales, era la biblioteca en la que había estado con el falso Casanova. Cuando levantó la vista al techo no tuvo dudas: reconoció los frescos alegóricos. Había sido allí donde había visto el globo celeste.

Von Weber se giró hacia el padre Ungar.

—¡Mande venir al superior!

Sabía que la paciencia era la mejor virtud de un policía, y que nunca hay que dejarse llevar por el desaliento, ni siquiera después de un fracaso. Por esta razón, casi un mes después del comienzo de las investigaciones y tras peinar sin éxito la ciudad en busca del escondite del asesino, Karel Kovar perseveraba en su trabajo de vigilancia con la constancia y la atención del primer día: algo sacaría de todo aquello.

Por fin, la mañana del 27 de octubre, los hechos le dieron la razón.

Había dejado el ayuntamiento después de que saliera el intendente, convocado por el padre Ungar, y había tomado posición cerca de la casa de Mozart. Sobre las diez, lo vio salir y detenerse en la puerta junto a un anciano, que había vuelto a entrar de inmediato. Sin duda, el padre; «un hombre despótico», según las palabras de Von Weber. Observó al músico encaminarse hacia el centro de la ciudad, preparado para seguirlo hasta el Teatro de los Estados Generales. Sin embargo, Mozart lo cogió

desprevenido al subirse de un salto a una berlina con un gesto burlón hacia la escolta que le había asignado el intendente. Sorprendido, Kovar paró a un cochero y consiguió no perderle la pista, pese a que las calles estuvieran atestadas de gente y mercancías. Mozart cambió varias veces de dirección y, cuando estuvo seguro de que nadie le seguía, ordenó al cochero que parara. Bajó, echó un vistazo alrededor y se encaminó con toda tranquilidad hacia Nove Mesto, en dirección opuesta al teatro.

—¿Qué diablos iré a hacer a mi barrio? —se preguntó el policía.

Pronto tuvo la respuesta. De hecho, el músico caminó a buen ritmo durante una media hora y se detuvo poco después de superar la gran plaza de la Ciudad Nueva. Allí, en una esquina, se encontraba la que los praguenses conocían como la Casa de Fausto. Y fue precisamente allí donde entró el austríaco. El policía se escondió entre los árboles que sombreaban el lado corto de la plaza para observar las ventanas del edificio. Hasta donde él sabía, debía de estar vacío. Y desde hacía muchos años. Poco después, vio las siluetas de dos personas aproximarse a la cristalera que daba al balcón corrido del segundo piso.

—¡Que me parta un rayo! —exclamó Kovar. Había reconocido al hombre que estaba junto a Mozart.

El padre Hieronymus Kohl era alemán y dirigía a los premonstratenses de Strahov desde hacía diez años. Sus superiores lo habían enviado allí para presidir lo que quedaba de una de las mayores comunidades monásticas de la Edad Media. Azotada por los saqueos de los ejércitos, amenazada por la falta de vocación, hundida por los soberanos ilustrados, que le negaban cualquier ayuda y seguían exigiéndole nuevos impuestos, la familia de Strahov sobrevivía a sí misma. Con el tiempo, el padre Kohl había aprendido a apañárselas en medio de dificultades de todo tipo, incluida la animadversión entre etnias: sus escasos monjes era mitad checos y mitad alemanes, y era frecuente que se criticaran unos a otros. Sin embargo, cuando se encontró frente a Von Weber, perdió toda esperanza de que dialogar con un compatriota le resultaría más fácil. El magistrado era agresivo y de una arrogancia insoportable.

—¡No! ¡No es usted! —afirmó el intendente, contrariado, nada más ver aparecer al religioso.

—¿Quién debería ser?

El magistrado no contestó. Por un momento había esperado reconocer en el abad al hombre que le había herido el pecho a su llegada allí junto al falso Casanova.

—Convoque a todos sus monjes —ordenó—, ¡quiero mirarlos a la cara uno por uno!

Kohl se volvió hacia el padre Ungar, quien se encogió de hombros, avergonzado. Luego contestó con calma, intentando no perder la paciencia.

—Los religiosos están ocupados, unos trabajando, otros rezando...

—¡Ordene que se presenten enseguida! —gritó el intendente.

El abad negó con la cabeza.

—No antes de que me haya explicado qué está pasando.

Von Weber se acercó a una de las vitrinas que ocupaban el centro de la biblioteca y señaló la superficie de madera: estaba vacía.

—Aquí, hace menos de quince días, se encontraba una página del manuscrito en el que se inspira al asesino a quien buscamos desde hace semanas. Alguien me la mostró y yo me llevé una copia. ¿Dónde está el original? —Luego indicó las paredes y las ventanas—. Las cortinas estaban cerradas y la biblioteca a oscuras pero estas estanterías son inconfundibles...

Por último, dio un golpe con el pie sobre el duro suelo de madera y se agachó.

—Aquí vi unas alfombras cubiertas de extraños signos, y ahora no queda nada...

Miró con severidad al abad Kohl.

—¿Qué hacen en este monasterio? ¿A qué rituales secretos se dedican mientras en la ciudad todos creemos que están rezando?

El religioso retrocedió horrorizado.

—¿Qué está diciendo, señor? Hubo un tiempo en el que los monjes de Strahov se dedicaban incluso a la política. Pero aquella época pasó, y hoy nuestra vida transcurre entre las celdas, la iglesia, los campos...

Von Weber avanzó hacia el eclesiástico y lo agarró del brazo.

—¿Quiere que convenza a Graf von Spee para que cierre su casa y les eche a la calle? Dentro de unos días llegará a la ciudad junto a sus tropas, y un monasterio vacío es un lugar ideal para acuartelar a los soldados...

—¡Ya basta! —El padre Ungar obligó a Von Weber a que se calmara y se interpuso entre los dos hombres—. ¡Karl! Conozco al abad desde hace muchos años y puedo garantizar que no forma parte de ninguna logia secreta. Ni sus monjes tampoco. Por fortuna, en Strahov la fe cristiana se conserva íntegra, libre de los condicionamientos del siglo...

—Entonces, ¿quién me trajo aquí? ¿Quién?

—Alguien más poderoso que yo —contestó Kohl con el tono de quien enuncia una verdad ineluctable—. Alguien que puede entrar en mi monasterio y recrear para usted un ritual esotérico sin que yo me entere. Sea quien sea, mueve los hilos de la vida de Praga...

Von Weber se sentó.

Sentía que estaba a punto de volverse loco. Miró una vez más la vitrina en la que habían colocado la página del manuscrito de Rodolfo II con la intención de que él la viera. Para desafiarlo, para burlarse de sus esfuerzos o por simple vanagloria. Y por fin comprendió que no descubriría nada más.

Nadie hablaba. Nadie le abría las puertas secretas.

Si el asesino se escondía detrás de la masonería, nunca lo detendría.

Kovar aguardó unos minutos mientras reflexionaba sobre qué le convendría hacer. No podía ir a buscar refuerzos y correr el riesgo de dejar escapar a esos dos. Así que esperó que las circunstancias le favorecieran y que el edificio no tuviera otra salida. Fue afortunado. El primero en asomarse por el umbral de la Casa de Fausto fue Mozart, visiblemente satisfecho. Dejó que se fuera. Con él podría aclarar las cosas en otra ocasión. Luego, transcurrido un tiempo que al policía le pareció interminable, el segundo hombre salió a la calle.

Kovar se movió de prisa y se le acercó por detrás.

—¡Frantisele Kanka! ¡Queda usted detenido!

El checo se giró con calma. No daba la impresión de sentirse turbado.

Miró de arriba abajo al policía que le sujetaba el brazo y lo reconoció.

—Aquí está el hermano de Pilsen... o, mejor dicho, Joacquim Hrubesh, mi primo lejano. ¿Qué haces con ese uniforme?

Acto seguido se libró del apretón de Kovar y empezó a forcejear con una tabaquera de la que extrajo un pellizco de tabaco.

—Tranquilo... no voy a escaparme... ¿Qué quieres de mí?

El ayudante de Von Weber no se esperaba aquella reacción. Por un momento se quedó desorientado. Pero, tras vencer la incertidumbre, volvió a agarrar al prisionero, zarandeándolo.

—¡Está detenido, Kanka! ¡Sígame!

El otro no se movió. Al revés, empezó a reír.

—¡Ah, Karel! Si supieras... Ven, es mejor que conversemos lejos de miradas indiscretas.

El Violinista actuaría esa misma noche.

Por esa razón había cancelado todos sus compromisos, dejándose el día libre. Necesitaba concentrarse en su música, en su víctima. Pero sobre todo deseaba saborear su inminente victoria.

Porque esta vez su triunfo sería completo. Sin mediaciones. Vivido en primera persona. Esa noche su trampa no fallaría y él centraría su objetivo.

Era el único pensamiento que llenaba su mente, aquella mañana, mientras paseaba entre los puestos de fruta en pleno barrio de Staré Mesto.

Estaba totalmente concentrado en su plan.

Solo un encuentro fortuito lo distrajo.

Mientras iba de camino a casa, golpeando rítmicamente la punta del bastón sobre el empedrado, se cruzó con el jefe del Consejo de Justicia. Von Weber tenía una

expresión tan ensimismada que ni siquiera lo vio. Fue él quien lo paró.

—¡Intendente!

El magistrado se detuvo, sorprendido. Miró a su alrededor y lo reconoció.

—¡Ah! ¡Es usted! ¿Mis hombres siguen en su sitio?

—¡Como siempre! Allí los he dejado, en alerta... Su cara refleja preocupación... ¿Qué ha pasado?

Von Weber sacudió la cabeza.

—Vuelvo ahora del monasterio de Strahov, donde he tenido la prueba de que comprenderé demasiado tarde lo que se oculta en el corazón de esta ciudad. Pero dejémoslo aquí. No puedo decirle más...

—Le comprendo, créame... Al igual que usted, nací lejos de Praga y en todos estos años no he conseguido que su gente me aprecie.

—Claro, claro... —comentó con preocupación el magistrado. Acto seguido se despidió.

—Perdóneme. Ahora debo ir corriendo al despacho. Espero tener pronto noticias tuyas...

El Violinista hizo una reverencia.

—Yo también lo espero. De lo contrario, volveremos a vernos pasado mañana en el teatro...

Pero Von Weber, tras saludarle con un gesto de la mano, ya se había marchado.

«¡Estúpido arribista!», pensó el Violinista retomando su camino. «Te desvives sin saber contra quién combates. Pagarás las consecuencias de tus acciones... ¡y lo tendrás bien merecido!».

—¡Tuve que dejarle ir, señor!

Karel Kovar estaba de pie frente a Von Weber. La postura marcial no escondía su agitación. Su rostro estaba pálido y parecía estar a punto de derrumbarse de un momento a otro. El intendente nunca lo había visto en ese estado. Pero, fuera cual fuese la razón, no podría pasar por alto la grave falta que había cometido: el policía había dejado en libertad a uno de los criminales más buscados del reino.

—¡Habla, idiota! ¿Cómo consiguió convencerte?

Los ojos de Kovar estaban llenos de lágrimas.

—Sabía que nací en la calle Vodickova, y dónde viven mis padres. Sabía que se llaman Eliska y Jan. Sabía que les paso cada mes la mitad de mi sueldo. Sabía lo que hacen por las mañanas, por las tardes y por las noches. Sabía incluso en qué habitación duermen. Y me dijo que si lo obligaba a seguirme hasta aquí, mis padres morirían antes del anochecer...

La voz del hombre se quebró y las lágrimas empezaron a surcar su rostro.

—¡Señor, no tenía elección! Y ahora, si quiere, ¡deténgame!

El magistrado no daba crédito a lo que oía.

Los terroristas, con tal de salvarse, no dudarían en matar a sangre fría a dos pobres inocentes. Mientras que su subordinado, puesto en aprietos, demostraba no tener suficientes agallas.

—¿Detenerte? ¡Ni hablar! —bramó—. Ahora saldrás de aquí y harás como si no me hubieses contado nada. Me traerás a Kanka, lo quieras o no. Lo has encontrado una vez y volverás a hacerlo, ¡sobre todo ahora que cree tenerte en su poder! —De pronto Von Weber fue asaltado por una duda—: Dime una cosa. ¿Por qué has venido a contármelo en lugar de fingir que no había ocurrido nada?

El policía clavó su mirada en la del superior.

—Lo habría hecho de todos modos, por lealtad hacia usted...

—¿Y qué más...?

—Bueno, señor... En realidad Kanka quería mandarle un mensaje...

—¿Cuál? —preguntó el alemán, desorientado.

—Sus palabras exactas, señor, han sido: «Dile al intendente que no tiene que buscar a su asesino entre los Hermanos Bohemios, ni entre las sectas secretas de Praga, ni en el barrio judío de Josefov. Dile que está muy equivocado. Dile que tiene al asesino de la luna llena más cerca de lo que piensa»... Por eso he decidido contárselo todo, señor. Aquel hombre parece estar al menos tan bien informado como nosotros...

—¿Y tú te crees sus fanfarronadas?

Kovar tenía la vista fija en la pared delante de él y evitaba la mirada de su superior. Contestó con dureza.

—Era sarcástico, señor, pero no mentía. Sabía lo que estaba diciendo.

—Ya veremos —exclamó Von Weber. Luego concluyó en tono firme—: Tráeme a Kanka, Kovar. Sé que puedes hacerlo. Pide refuerzos, arréglatelas como quieras, pero tráemelo. O al menos oblígalo a recular. Para el día de la luna llena, hemos de tener bajo control a todos los elementos peligrosos, ¿comprendes?

—Sí.

El joven policía checo apretó los labios, esforzándose por controlar las lágrimas, y el magistrado intuyó lo que le pasaba por la cabeza.

—No te preocupes, nosotros nos encargaremos de tu gente. Ha llegado el momento de confiar en la ley, ¿entendido?

Kovar asintió débilmente, se despidió y dejó la habitación.

Una vez solo, el magistrado se sentó a su mesa con la cabeza entre las manos.

Habían transcurrido más de veinte días desde el primer asesinato, y aún no había conseguido nada. Y dondequiera que buscara, había alguien que sabía más que él.

Pero no podía rendirse.

Si no solucionaba el caso, las ambiciones del hijo del zapa tero de Gotinga

nafragarían para siempre.

Así que decidió volver a empezar por el asesino. Ya tenía preparado un cebo, y su nombre era Leopold Mozart.

3

Este, queridos lectores, es el mensaje que el editor del *Prager Zeitung* quiere dirigir a todos ustedes.

Lean y reflexionen.

Falta poco para la luna llena y lo único que podemos hacer es invitarles a que se encierren en sus casas. De hecho, después de la liberación del rabino Avron Mordechai, declarado inocente por las autoridades, y el estancamiento de las investigaciones, nadie puede considerarse a salvo del peligro. El asesino que aterroriza a la ciudad desde hace semanas podría atacar a cualquiera. El intendente del Consejo de Justicia, Von Weber, y el alcalde, Walther, se han limitado a contestar con el silencio a nuestras repetidas preguntas. Estamos seguros de que la ciudadanía se acordará de estos acontecimientos cuando lleguen las próximas elecciones. Será la ocasión para barrer del ayuntamiento a la panda de incompetentes que no han sido capaces de sacar a Praga de este embrollo.

Así que volvamos a mi invitación inicial: enciérrense en sus casas. O, si no pueden, guárdense las espaldas y no salgan nunca solos.

Es cierto que por fin se ha fijado el día 29 como fecha para el estreno del Don Giovanni de W. A. Mozart. Sabemos que muchos de ustedes no renunciarían a presenciarlo por nada en el mundo. Lo comprendemos. Pero no bajen la guardia.

Al despedirme hasta la próxima edición del diario, que saldrá el 30 de octubre, formulo el deseo de que por entonces podamos anunciar el final de esta pesadilla.

Que Dios y el emperador nos protejan a todos.

Leopold Mozart levantó los ojos del periódico local.

—¿No sería mejor hacer correr la voz de que el objetivo de aquel loco es Wolfgang?

El intendente negó con la cabeza.

—¿Cree que no lo he pensado? ¿Y si nos equivocáramos? No podemos arriesgarnos... Como usted mismo acaba de decir, estamos frente a un desequilibrado...

Von Weber y el anciano salzburgués se encontraban en los jardines del monte Petrin. Aquel encuentro había sido idea del magistrado. Dos policías los seguían de

cerca, para desanimar a cualquier malintencionado.

—Ahórreme el engorro de tener que ver de nuevo a su hijo. Nunca consigo que me diga toda la verdad. ¿Para qué se encontró con Kanka esta mañana?

En lugar de contestar, Leopold entregó a Von Weber dos partituras de música, cubiertas de notas apretujadas. El intendente las observó sorprendido.

—¿Se las ha quitado delante de sus ojos?

—No. Es una copia. La hice ayer por la tarde después de que me lo pidiera Wolfgang. Copiar, fechar y firmar es la única forma de certificar la propiedad de la música. Durante muchos años, mientras estuvimos viviendo juntos, yo me encargué de copiar sus originales.

—¿Fue a ver a Kanka para darle una nueva composición?

—Exacto.

Von Weber notó que la composición no tenía letra.

—¿Es otro himno a la patria checa? —preguntó dubitativo.

—No... Es una marcha fúnebre.

El intendente miró desconcertado al padre del músico.

—Le soy sincero, no lo entiendo.

Leopold no dio detalles.

—Wolfgang tampoco... No sabe en qué ocasión se tocará... Pero, una vez más, su Kanka debe de haberle pagado bien, porque mi hijo volvió de su cita con una bolsa llena de táleros de María Teresa...

Von Weber reflexionó rápidamente. Como de costumbre, Mozart no se preocupaba por la finalidad de su música. Quería hacer dinero, no necesitaba nada más. Pero ¿por qué el jefe de una organización nacionalista encargaba marchas fúnebres al más eminente compositor de la época?

—Es inútil que se devane los sesos... —le apremió Leopold—. Vayamos al grano. ¿Me ha convocado solo para preguntarme qué ha hecho mi hijo esta mañana?

El intendente volvió en sí.

—No. Me interesa más otra cosa. Usted debe de saber quién puede odiarle hasta el punto de desear su muerte... Usted es su padre, la persona que mejor lo conoce de todos.

El salzburgués fijó en el magistrado una mirada socarrona.

—Me gustaría que fuera cierto, señor, pero vivo alejado de mi hijo desde hace mucho tiempo. No conozco a las personas a las que frecuenta, con las que se emborracha y juega al billar. No conozco a los clientes que le encargan una composición o a los que da clases. No conozco a quienes le prestan dinero a intereses cada vez más altos.

Von Weber asintió.

—Efectivamente, el dinero parece ser su preocupación principal.

—No me sorprende. Hasta hace poco, en Viena vivía en un apartamento principesco. Lo vi con mis propios ojos atiborrarse de ostras y champán y tirar al perro bocados de carne que solo los hombres más ricos pueden permitirse. Pero la primavera pasada se mudó a las afueras. Sé, por mis amigos de la capital, que las cosas no le van tan bien como parece...

—¿Y eso por qué?

Leopold Mozart se detuvo. Habían llegado a la cima del monte, justo debajo de los muros del castillo. Desde allí dominaba el magnífico panorama de Malá Strana, el puente de Carlos y Staré Mesto.

—Los gustos de la gente cambian. Él sigue creando una música divina, pero el público se cansa rápido, pide cosas nuevas. Los compositores más exitosos del momento en Viena no llegan a la suela del zapato a Wolfgang...

—¿Entonces? ¿Quién podría odiarlo tanto?

El anciano midió sus palabras.

—Me cuesta creer que haya solo una persona que desee verle muerto. No me extrañaría que fueran muchos quienes desearan su muerte...

Incrédulo, Von Weber replicó.

—¿Qué dice?

—Mi hijo —explicó Leopold— es un vivo insulto al sentido común, a la medida, a la moralidad pública. Su conducta es ultrajosa. Pretende hacer lo que le da la gana, enfrentarse a las reglas. Incluso su música ofende a menudo el oído y el corazón de los poderosos. Es inevitable que todo esto acabe perjudicándole...

—No habla como un padre...

El austríaco irguió la espalda.

—Ayer por la mañana, cuando Wolfgang me contó lo que está pasando, tuve un momento de debilidad y lloré. Me recompuse enseguida. Mi hijo no merece comprensión. Un hombre que desprecia toda autoridad, empezando por la mía, no tiene padre, no tiene madre, y acaba por quedarse sin hermanos... Como usted ha podido comprobar, ahora está solo...

—Tiene a su mujer —objetó Von Weber—. Y aún le queda algún amigo, aunque muchos lo son solo de palabra...

Leopold Mozart rio sarcástico.

—Piense lo que quiera, intendente. Por lo que parece, se encuentra muy lejos de la resolución del caso... Y ahora, si no le importa, querría volver a casa...

—Como quiera... —El magistrado hizo una señal al policía más cercano y le indicó que acompañara el anciano a buscar una berlina. Von Weber estaba seguro de que la soberbia del austríaco le llevaría a exponerse al peligro inconscientemente. Su cometido era no perderlo de vista ni un solo instante.

En las horas siguientes, Mozart padre se preguntó si no había exagerado al hablar así de su hijo con el intendente. Pero aquella noche, cuando se sentó a la mesa, comprendió que había sido incluso demasiado blando. Detestaba instintivamente a todas las personas a las que Wolfgang había reunido en su honor en El Asno Blanco: «Te tendremos entre nosotros tan poco tiempo», había dicho, «que es justo que lo celebremos con todos los honores». Él había intentado eludir el compromiso, pero había sido imposible. Ahora se arrepentía de no haber insistido.

Leopold estaba sentado al lado de Constanze, una mujer frívola y proclive a la infidelidad, hija de un músico de tercera categoría. Leopold se había opuesto con todas sus fuerzas a ese matrimonio, sin resultado. De Casanova, a quien le habían presentado horas antes pero cuyas proezas conocía desde hacía décadas, mejor ni hablar. Aunque parecía tener un intelecto brillante, nada lo salvaría de la condena eterna: había causado más daños a la sociedad europea con su amoralidad que todos los soberanos con sus sangrientas guerras. Con respecto a Da Ponte, era el cómplice perfecto de Casanova y de su hijo, el paradigma del eclesiástico disoluto de aquellos tiempos malditos: se había alejado del mundo a través de los votos solo para volver a zambullirse en él hasta el cuello.

Sumido en aquellas reflexiones desde el comienzo de la cena, Leopold se había escudado en el silencio. Ni siquiera los repetidos esfuerzos de Wolfgang conseguían sacarlo de aquel mutismo.

—¡Un brindis por mi padre, señores! ¡Por el hombre que me ha enseñado todo lo que sé de música!

Los invitados se pusieron en pie y alzaron sus copas hacia el invitado de honor.

—¡Por Leopold!

Él elevó la suya en dirección a los comensales sentados a la mesa.

—Celebro su brindis, señores, pero he de precisar que ya hace mucho que dejé de dar lecciones a mi retoño. Hoy no comparto nada con mi hijo, menos aún la opinión sobre qué música deba considerarse buena o mala.

Casanova y Da Ponte acogieron aquella afirmación con unas risitas, pero la expresión de Mozart se ensombreció enseguida.

—Agradezco su franqueza, padre, pero podría intentar no ser tan arisco...

—¿De qué te quejas, hijo? Aquí tienes todo lo que mereces. Buenos amigos, una buena vida... y a una buena mujer —y señaló a los comensales, a la vez que le guiñaba el ojo a Constanze.

—Padre —Mozart se sonrojó—, no se extralimite...

—¿Qué ocurre, hijo? ¿Quieres darme lecciones de buenos modales? Juzgando por cómo vives, no parece que puedas dar ninguna...

Era una provocación abierta. Fue Casanova quien decidió romper las hostilidades, diciendo con afectación:

—¡Vamos, Wolfgang! ¿No dejará que un pobre viejo envidioso pueda con usted?

—¿Quién es el envidioso, sucio aventurero italiano? —estalló el anciano.

—Casanova tiene razón, papá —espetó Mozart, agarrando a su padre por el brazo—. A quien veo delante de mí es a un viejo envidioso. Un viejo incapaz de reconocer que su hijo ha llegado más lejos que él...

Leopold le sostuvo la mirada.

—A quien ves, hijo, es a un viejo que siempre intentó que comprendieras qué es lo que cuenta en la vida. Aunque sin duda tus amigos te enseñan cosas mejores...

Wolfgang estaba abriendo la boca para replicar cuando intervino Constanze.

—¡Escuchen!

Todos aguzaron el oído. A través de la ventana del mesón entraba una suave melodía.

En el local se hizo un silencio absoluto.

La música se había introducido furtivamente en sus cabezas y en sus corazones. En un primer momento no la había oído casi nadie. Ahora todos la escuchaban con la máxima concentración. Era suave y cautivadora, sin resultar banal o manida.

El mesonero corrió a la ventana y luego se volvió hacia la sala sacudiendo la cabeza.

—Aquí delante la calle está vacía. A saber dónde se habrá escondido...

Las notas del violín se difundían nítidas en el aire, seguras, creadas por una mano experta.

—¡Un músico excelente! —musitó Da Ponte.

Mozart asintió. Aquel no era un aficionado cualquiera de los muchos que llenaban las calles de Praga.

—¡Qué raro! —observó el compositor al cabo de unos segundos—. No reconozco al autor de la música...

El libretista negó a su vez. A él tampoco le decía nada aquella melodía. Era probable que se tratara de una composición original. Y fuera de lo común. No se parecía a nada de lo que Mozart conociera. «Quien la ha escrito», reflexionó el músico, «tiene un talento innato».

El *adagio* fue remplazado por un *presto, molto mosso*. Y la ternura transmitida por los primeros fragmentos de la composición se convirtió en un sentimiento impetuoso: de júbilo, pero también de impaciencia, de ansiedad. Por algo que iba a ocurrir. Mozart sintió una emoción profunda y vio que en los rostros de Constanze y Casanova asomaba la misma expectación, el mismo deseo. A través de aquella música, una mano divina tocaba su alma.

Invadido por la súbita necesidad de reconciliarse, Wolfgang se giró hacia Leopold. Y se sobresaltó.

—Padre, ¿qué le ocurre?

El hombre estaba pálido y le costaba respirar.

Mozart lo asió del brazo y lo sacudió.

—¡Padre! ¡Hable! ¿Qué le pasa?

Constanze, Casanova y Da Ponte se fijaron en Leopold. El hombre parecía aterrorizado. Su mano derecha, que sostenía la servilleta, temblaba. No paraba de morderse el labio inferior. No contestaba a su hijo y miraba hacia la ventana, aturdido. Luego se levantó de golpe, volcando la silla. Masculló algo ininteligible y agarró su capa.

En aquel momento la música dejó de inundar el local.

No se había interrumpido de golpe. Sencillamente, un movimiento se había acabado sin que empezara uno nuevo.

—¡Padre!

Aquella voz hizo que Leopold Mozart volviera en sí. Se vio a sí mismo, vio que estaba de pie y preparado para marcharse. Observó la mirada desconcertada de los comensales, de los demás parroquianos, de los policías que Von Weber había distribuido por el mesón para protegerle a él y a su familia. Respiró hondo, pero sin conseguir dominar el pánico. Y cuando habló, de su boca no salió ninguna explicación.

—Wolfgang —la voz le temblaba—, ¡ven conmigo! Dejemos Praga, vayámonos esta misma noche...

El músico se rio.

—Pero ¿qué dice? Tengo que dirigir mi ópera... ¡y usted prometió estar presente!

El anciano levantó la voz.

—¡Ven conmigo, te digo! ¡Si quieres seguir con vida, deja esta ciudad maldita!

Mozart escrutó a su padre, turbado.

—¿Qué ocurre? ¿La música le ha asustado?

Leopold no contestó. Aún pálido, hizo una rígida reverencia en dirección a los ocupantes de la mesa y farfulló un saludo. Luego apoyó una mano en el hombro de su hijo.

—¡Me iré en media hora! ¡No voy a esperar ni un minuto más! —y salió corriendo del lugar.

Mientras el halo de misterio creado por la extraña melodía para violín se disolvía y las voces volvían a animar el local, sobre la mesa de Mozart cayó el silencio.

Fue Constanze quien lo rompió con decisión.

—¡Wolfi! ¡Sigue a tu padre y pídele que te explique por qué está tan aterrorizado!

—¡No! —contestó con dureza el músico—. No me prestaré una vez más al juego de ese hombre. Lleva toda su vida intentando atraer la atención, y este solo es uno de

sus muchos trucos...

—No sea imprudente, mi joven amigo —intervino Casanova—. Se encuentra en una situación peligrosa y es posible que la alarma de su padre sea justificada...

Mozart negó con la cabeza, testarudo.

—Ya están Von Weber y sus hombres para encargarse de mi protección. Me disculpo en nombre de Leopold Mozart por los insultos que les ha dirigido antes de que esa música divina lo sobrecogiera. No merece que le ayudemos...

Levantó la copa.

—¡Por nosotros, que no nos dejamos intimidar por nada! ¡Por nuestra vida!

—¡Por nosotros!

La cena continuó. Pero la alegría inicial se había esfumado.

4

El Violinista guardó el instrumento en su funda. Tres antorchas alumbraban el antro de Vysehrad. Aquella noche quería luz, mucha luz.

Empezaba su renacimiento y sabía que a partir de ese día todo le parecería más claro.

Cuando había empezado a tocar, en El Asno Blanco reinaba la confusión. Los pedidos de los clientes se mezclaban con las charlas en las mesas. Los ruidos de la cocina se contundían con los de platos y cubiertos.

Aun así, en cuanto la música llenó el aire, el caos y el desorden desaparecieron. El talento del Violinista no podía recibir un reconocimiento mejor. Sus notas, sus manos y su instrumento habían hechizado al gentío plebeyo del mesón.

Había tenido el tiempo justo de ver al anciano maestro austríaco que salía corriendo y buscaba febrilmente una berlina. A esa hora, no lo dudaba, Leopold Mozart ya debía de encontrarse a muchos kilómetros de Praga.

La música en *re* menor preparada para aquella ocasión había funcionado: el viejo tenía buena memoria.

Ahora solo le quedaba esperar.

Los acontecimientos seguirían inevitablemente su curso.

En la bruma de la primera hora de la mañana, los dos caballos se detuvieron resoplando delante del edificio de la calle Jakubská.

—So, so...

El policía sentado en el pescante descendió de un salto y golpeó la puerta del vehículo.

—Ya estamos aquí —informó ansioso cuando le abrieron—. No hemos podido ir más rápido.

El compañero que se encontraba en el interior no contestó, y señaló al hombre recostado en el asiento frente al suyo. Sacudió la cabeza.

—Habríamos podido ahorrarnos la carrera. Ya está muerto...

—Y ahora, ¿qué hacemos?

El otro contestó sin rodeos.

—Lo que nos ha llevado hasta aquí. Pide que te abran y entreguemos el paquete...

El agente miró en dirección al elegante edificio. Se encogió bajo su capote, cansado y tiritando por el frío de la noche apenas concluida. Luego subió los pocos escalones que llevaban a la casa y llamó a la puerta con fuerza.

Eran las seis de la mañana y lo último que esperaba era encontrar a aquellos burgueses despiertos. Pero no quería pasar horas delante de su portal. Estuvo un buen

rato golpeando la puerta con la palma de la mano.

—¡Abran! ¡Policía! —gritó varias veces.

Por fin notó que alguien bajaba las escaleras.

Oyó cómo descorrían el cerrojo.

El hombre que se asomó aún no se había desperezado del todo.

—Estoy buscando a Wolfgang Amadeus Mozart.

—Soy yo... ¿Usted quién es?

—¡Policía! ¿No lo ha oído?

El músico pareció despertar. Miró al agente con aire contrariado.

—¿Por qué diablos Von Weber os obliga a salir por ahí a estas horas?

—No sé quién es ese tal Von Weber de quien me habla —replicó el otro—. Yo soy Mosteck, de la policía de Veltrusy, y le he traído a un hombre que nos entregó el oficial de la diligencia postal hacia las tres de la madrugada. Dice ser su padre...

—¿Mi padre?

Alarmado de repente, Mozart hizo ademán de bajar en bata y zapatillas. Sin embargo, el policía lo retuvo cogiéndole del hombro y obligándole a darse la vuelta.

—No tenga prisa, señor. Ese hombre ha muerto...

—Alguien lo ha deslizado debajo de la puerta esta mañana. Y no me pregunte quién era. Desde el amanecer no ha parado de entrar y salir gente.

Von Weber cogió la hoja de pergamino y la miró con atención. Sobre ella, escrita a mano con sumo cuidado, vio una frase incomprensible. Entre las palabras que la componían, reconoció el nombre *Adam*, la única parte de los mortíferos mensajes del asesino que habían conseguido descifrar. La frase iba acompañada de un extraño dibujo, que recordaba unos alambiques o unos botes de farmacia. O al menos esa era la impresión, ya que aquellos trazos parecían igual de misteriosos que la propia escritura.



—¿Dónde está su padre?

El músico, abatido en un sillón, no contestó, y se limitó a señalar la planta superior.

Von Weber subió por las escaleras y, una vez arriba, siguió las voces. Entró en uno de los dormitorios y vio que estaba lleno de gente. Se abrió camino entre los condes Nostitz y Waldstein, entre Da Ponte y Casanova, entre los Duschek y la misma multitud de amigos y conocidos que se había encontrado en la fiesta en Villa Bertramka. Sobre la gran cama, descansando en paz, se encontraba el cuerpo de Leopold Mozart. El hombre por fin parecía sereno. A su lado estaba sentada Constanze, que lloraba en silencio.

—Les ruego que salgan unos minutos —ordenó Von Weber. Como la mujer del músico lo miraba con incertidumbre, añadió—: Usted también, señora.

Cuando se encontró solo, y las puertas se cerraron silenciando el murmullo de la gente, el intendente se acercó al cadáver. No era médico y tampoco disponía de muchos recursos para comprender de qué había muerto el anciano padre de Mozart. Pero sabía que el hombre había fallecido horas después de una copiosa cena y que en la berlina, antes de perder el conocimiento, había estado quejándose por unos lacerantes dolores de estómago.

Introdujo dos dedos en la boca de Leopold y empujó la mandíbula hacia abajo. Por las ventanas no entraba luz suficiente y tuvo que recurrir a una vela. Vio que la lengua y las paredes internas de la boca estaban cubiertas de pequeñas manchas azules. Y confirmó lo que hasta entonces solo era una sospecha. Después del agua, el hierro y la cuerda, para matar a su nueva víctima el asesino había escogido el veneno.

Durante un largo momento observó el rostro del anciano músico... y algo se removió en su memoria, aunque no podía decir qué era. Un parecido que no conseguía identificar... Von Weber sonrió amargamente; continuaría viendo los rostros de los Mozart incluso mucho tiempo después de que acabara esa historia. Y pensó que no podría dejar de interrogarse inútilmente sobre sus secretos.

Se acercó a la puerta y ordenó a un policía que hiciera subir al hijo del difunto.

Wolfgang Amadeus Mozart llegó y se sentó sin decir una palabra a los pies de la cama. Estaba pálido, pero no había llorado. Si sentía dolor, no lo demostraba. El intendente recordó todas las lágrimas derramadas por los dos nobles amigos asesinados.

—Su padre ha sido envenenado —le informó.

El músico levantó la vista.

—Ayer cenamos en El Asno Blanco.

—Lo sé. Mis hombres los vigilaban...

Mozart observaba a su padre.

—Así que la música que tanto le asustó iba dirigida a él. Sin duda está relacionada con su muerte...

—Estoy de acuerdo...

—¿Los agentes se dieron cuenta de algo?

Von Weber encogió los hombros.

—Mis hombres oyeron la música y enseguida se pusieron a buscar al violinista. Pero paró antes de que lo encontraran. Cuando su padre salió, uno de los míos lo siguió, lo vio marcharse con su equipaje y no le quitó los ojos de encima hasta que lo vio subir a la diligencia postal de la noche. Pensó que a partir de ese momento estaría a salvo. Ya hemos investigado también en las cocinas del mesón: nadie notó ningún movimiento sospechoso. No entiendo cómo le suministró el veneno...

Mozart se aproximó al ventanal. Entreabrió las persianas. El insólito sol otoñal que iluminaba la mañana desentonaba con aquel momento lúgubre.

—¿A quién le tocará ahora?

El intendente no tenía dudas.

—El próximo será usted.

Escena Segunda

El rostro del violinista

1

Durante toda la mañana, en el Teatro de los Estados Generales el repicar de los martillos y las voces de los obreros sustituyeron los acordes de los instrumentos y las arias de los cantantes. La ausencia forzada del Maestro, afectado por un inesperado luto familiar, permitió a los escenógrafos completar su trabajo.

El conde Nostitz y Da Ponte supervisaban las obras. Acordaron cada detalle, incluidos los efectos de la escena final.

—La caída de Don Juan al infierno tendrá que ser un espectáculo de gran impacto —recordó el libretista—. El público de Praga ama los efectos sorprendentes. El fondo del escenario debe abrirse por completo...

—Ya nos hemos encargado de que así sea —confirmó el noble.

—Alrededor del cráter bailarían seis diablos que harán malabarismos con unas antorchas encendidas. ¿Estamos seguros de que no se desprenderá ninguna chispa?

—Utilizamos el mejor material ignífugo, señor. La seguridad del público y del teatro no corre ningún riesgo...

En aquel momento uno de los escenógrafos llamó su atención desde el escenario.

—¿Está bien este tono claro para el salón de la casa de Don Juan?

Todos miraron el telón que el artesano desplegaba frente a sí mismo con la ayuda de sus asistentes. El color de aquella pared había sido modificado hacía poco por voluntad del propio Mozart. Tenía que recordar una habitación decorada según la última moda de París, digna de la casa de un refinado hombre de la alta sociedad. El enésimo capricho, según el director; un ejemplo de escrúpulo profesional, en opinión del italiano.

—Bien —confirmó Da Ponte.

Nostitz no dijo nada. A esas alturas se mordía la lengua solo para poder llegar sano y salvo hasta la noche del día siguiente. Cuando le comunicaron que Leopold Mozart había muerto, temió lo peor. Pero, para su sorpresa, había sabido que el fallecimiento del padre no detendría el estreno de la ópera del compositor.

—La ejecutará precisamente en su honor, ya que se encontraba en Praga para verla —aseguró el italiano—. Luego le daremos el último adiós con la celebración de las exequias.

El conde se había quedado impasible al enterarse de aquel programa. Mil preguntas se agolpaban en su cabeza. No había formulado ni una.

—¿Tiene que oírse un gran estruendo cuando el suelo se abra bajo los pies del protagonista? —preguntó el carpintero.

—No. Nada de ruidos —contestó con seguridad Da Ponte—. La luz, el fuego y la danza deslumbrarán al público. De lo demás se encargará la intensidad de la música.

—¿No quieren que nadie descienda del techo? —preguntó un obrero—. Solemos colgar unos figurantes de las pasarelas encima del escenario...

—¡Faltaría más! —exclamó el libretista—. ¡En esta escena aparecen diablos, no ángeles!

El hombre miró hacia Nostitz, que asintió en silencio.

«A estas alturas ya todo me parece bien», se dijo para sus adentros el director, «con tal de que termine esta agonía».

2

Por la tarde se celebró el ensayo general.

—¿Y la obertura? —habían preguntado inquietos los músicos, nada más dar su pésame a Mozart.

El Maestro afirmó con la cabeza, comprensivo. Se mostraba serio pero su rostro no revelaba emoción alguna.

—La terminaré esta noche —contestó, como si estuviera compartiendo con ellos un gran secreto sobre su arte—. Ella sola valdrá todo el espectáculo. Será intensa y fuerte, desgarradora y ligera. Y ustedes, ustedes serán sus únicos e inolvidables primeros ejecutores.

Nadie hizo más preguntas. Presintieron que dedicarían la mañana antes del estreno a aprender aquella música sublime. Y buena parte de la tarde también.

El ensayo fue bien. Mozart estaba muy concentrado. La música siempre conseguía absorberle, pese a todo.

Los cantantes dieron lo mejor de sí mismos, y también la recién compuesta aria de Don Octavio, introducida por la insistencia del tenor Baglioni, resonó en la sala obteniendo el resultado esperado por su creador.

A nadie le gustaba estropearse la sorpresa que suponía un estreno, por ello ninguna de las personalidades más ilustres de la ciudad solía asistir al ensayo general. Sin embargo, aquella vez había acudido un buen número de distinguidos señores, sentados por aquí y por allá con el aire absorto de melómanos expertos.

Todos eran policías, enviados por Von Weber con la orden precisa de no perder nunca de vista a Mozart y de vigilar el interior y el exterior de cualquier lugar en el que se encontrara.

Cuando terminó la prueba, el músico, Da Ponte, los cantantes y el primer violín se entretuvieron un buen rato comentando todos los detalles que deberían perfeccionarse hasta el último momento.

Llegó el atardecer y todo el mundo estaba cansado.

—Vámonos, cualquier otro cambio sería perjudicial —dijeron los actores.

—La orquesta no resistiría más sorpresas —amenazó el primer violín.

—Todo está a punto —insistió Da Ponte.

Pero Mozart seguía comentando cada pequeño pasaje, buscando la aprobación de los demás a sus observaciones.

Sobre la hora de cenar, también apareció el intendente del Consejo de Justicia. Tras disponer el entierro de Leopold Mozart, había pasado la jornada estudiando el plan de protección del músico y repartiendo las tareas necesarias para ponerlo en marcha.

Una vez finalizado el trabajo, salieron del teatro todos juntos.

Era una bonita noche de finales de octubre, límpida y fría.

El mismo Von Weber acompañó a Mozart y a sus amigos hasta el edificio de la calle Jakubská.

—¿Qué opina? ¿Todo irá bien? —preguntó el artista al magistrado.

—Sin duda alguna —aseguró él, aunque se dio cuenta de que Mozart se refería más bien al efecto de su música que a la amenaza que se cernía sobre su persona—. Los praguenses le aman —añadió al final, intentando reconfortarlo sobre la cuestión que más le importaba.

Él le lanzó una mirada cargada de tristeza.

—¿Amor, dice? ¿Qué sabrá usted?

Von Weber vaciló.

—He... he visto el éxito que ha cosechado hasta este momento...

—Ya —concluyó el músico como si hablara consigo mismo—. El éxito...

Después de dejar al grupo, el intendente estuvo despierto hasta tarde, vigilando los alrededores del edificio junto a sus hombres y recibiendo informes de los aledaños del teatro y de las calles próximas al recorrido que lo unía a la casa de Mozart.

En el cielo brillaba una luna casi llena.

La cita era para la noche siguiente.

El asesino no dormiría.

Y él, tampoco.

Mozart cogió las hojas sobre las que, en los días anteriores, había esbozado la obertura y las arrojó al fuego.

Su padre aguardaba el reposo eterno en el subterráneo del edificio. La distancia creada por la muerte no le provocaba ni dolor, ni paz.

Se había acostumbrado a la ausencia del hombre que había ocupado cada pequeño recodo de su infancia. Comprendía que para él el padre ya había muerto hacía tiempo y, a la vez, nunca desaparecía de sus pensamientos, de sus recuerdos, de sus ansias más secretas.

Se sentó a la mesa de trabajo.

Tenía toda la noche, la última, para volver a escribir su obertura desde el principio. Ahora sabía lo que quería expresar. El tema obsesivo, apremiante, que anunciaba el oscuro final de la ópera, sonaría al comienzo, turbando la tranquilidad del público que había acudido al teatro con la esperanza de divertirse. Luego, en la segunda parte de la composición, debían abrirse paso la ligereza, la sonrisa, la ironía, que es la voz más auténtica del arte.

Repetía aquellas ideas en su mente, y trazaba sin parar claves, notas y acordes. Sintió en su interior la solemnidad de la amenaza inicial. Luego la rapidez del alivio producido por la fuga, por una carrera en pleno campo.

Transcurridas dos horas de trabajo, se conmovió a la hora de imponer a los violines la tarea de dar voz al júbilo y el entusiasmo.

En la música se encontraba el único paraíso que se le concedía alcanzar.

La sombra de su padre, silenciosa, protectora y, al fin, opresiva, estaba allí, a su lado.

Como siempre.

Ya era la una.

Von Weber paseaba por el puente de Carlos.

Las gaviotas, incansables, surcaban el espacio pocos metros por encima de su cabeza. Bajo sus pies, el Moldava corría impetuoso, engrosado por la lluvia de los últimos días.

Una luz blanca, fría, lo envolvía todo.

Recordó otras noches. Horas de espera, largos seguimientos de sospechosos por las callejuelas de las grandes ciudades donde había aprendido a ser policía. Recordó extensas sesiones de estudio del alma humana en compañía de filósofos que afirmaban conocer bien aquel misterio.

Había luchado contra el odio partidista, contra los intereses más mezquinos, contra los celos de los amantes y el orgullo de quien acostumbraba a tomarse la justicia por su mano. Y había ganado a menudo. Por esa razón se encontraba allí en ese momento, solo, mientras la ciudad dormía.

Pero ahora su tenacidad y su destreza lo habían llevado a un enfrentamiento con un enemigo hábil y feroz, que no parecía tener un objetivo claro.

«Mi última noche como jefe del Consejo de Justicia», se dijo a sí mismo. «O el principio de mi nueva vida».

3

Quiero tener grupos de seis hombres en los accesos al teatro, tanto los principales como los secundarios. Se unirán a los que ya llevan días allí. Hay que registrar a todo aquel que entre o salga.

La reunión se había convocado al amanecer. Delante de Von Weber estaban sentados cientos de policías.

—¿Registrarlos? ¿También a los nobles y a los notables? ¿Y a los oficiales del ejército? ¿Incluso a los eclesiásticos? —preguntó uno.

—¿Y a las damas?

En la sala se desató una risa espontánea.

Von Weber toleró aquella salida de tono. En el fondo era verdad: resultaba imposible comprobar las intenciones de gran parte del público que aquella noche acudiría en masa al estreno de *Don Giovanni*.

El intendente acalló el murmullo con un gesto de la mano.

—Tenéis razón, por supuesto. Lo único que os pido esta noche es que observéis con atención cualquier actitud que os parezca inusual, y que os encarguéis de registrar a cualquier extraño: forasteros, burgueses, personas que no tengan una posición social conocida por todos aquellos a quienes nos vemos obligados a excluir de la lista de sospechosos...

—Pero ¿qué le hace pensar que el asesino quiera actuar precisamente en el teatro? La última vez que vigilamos un espectáculo, los Hermanos Bohemios atacaron el castillo... —observó uno, más avisado que los demás.

Von Weber asintió serio.

—Este es el acontecimiento más importante de la noche de la luna llena, y vosotros debéis asegurar que se desarrolle con total tranquilidad. Hemos asignado otros hombres a la protección de la ciudad. Una vez finalizado el espectáculo, vosotros también os distribuiréis por las calles del centro...

Algunos acogieron la novedad con descontento.

Él no se dejó intimidar.

—... y seguiréis patrullando hasta el amanecer, junto a vuestros compañeros y a parte de los soldados que la guarnición del coronel Godei ha puesto a nuestra disposición.

Eran las mismas medidas preventivas que había descrito antes al alcalde Walther: proteger a los ciudadanos más ilustres, que aquella noche se reunirían en el teatro, y garantizar la paz en las calles del centro. Si las intensas investigaciones de los días precedentes habían conseguido desanimar al asesino, mucho mejor. Pero si se decidía a actuar, encontraría una Praga bajo una extrema vigilancia.

Más tarde Von Weber se pasó por el teatro.

La orquesta tocaba la obertura.

Después de la prolongada espera, la larga composición hechizó a los músicos por su fuerza y por la esperanza que parecía capaz de despertar. Más de uno atribuyó aquella pequeña obra maestra al íntimo sufrimiento del Maestro.

Von Weber escuchó, pero estaba demasiado distraído por el sinfín de responsabilidades que le correspondían en un día tan especial.

Durante todo el día no dejó de desplazarse entre el teatro, donde sus hombres no perdían de vista a Mozart, a su mujer y al círculo de sus amigos más íntimos, y los demás puntos estratégicos de la ciudad.

Encontró a muchas personas importantes, y todo el mundo le dio cita para aquella noche.

—Usted también estará, ¿verdad? —le preguntó el conde Waldstein, que acompañaba a su mujer a la última prueba de un vestido encargado expresamente para la ocasión.

—El *Fígaro* ha conocido su verdadero éxito en Praga, pero el *Don Giovanni* se ha escrito para ser representado por primera vez en nuestra ciudad. Es un honor, ¿no le parece?

Von Weber se mostraba condescendiente frente a ese tipo de afirmaciones. Poco a poco se dio cuenta de que la expectación levantada por el acontecimiento artístico sustituía la ansiedad provocada por la cita con el asesino. «El poder de la música», reflexionó. Y la necesidad de evadirse.

También el coronel Godei, dispuesto a colaborar aunque sin desguarnecer demasiado el castillo, tras confirmar sus órdenes, pasó a comentarle lo mucho que esperaba disfrutar de la velada, al igual que sus oficiales, con el ambicioso capitán Heinkel a la cabeza, y como todos los jóvenes en busca de promoción social.

Incluso el padre Ungar, a quien el intendente hizo una rápida visita en un último intento de obtener noticias útiles, le aseguró que no se perdería el espectáculo por nada del mundo.

—Irán todos los eclesiásticos de más renombre, por supuesto, y no solo su excelencia el obispo. Y estarán los profesores de la universidad al completo. ¡El mismo Schönfeld, por una noche, abandonará las estrellas del firmamento para aplaudir a las que pisarán el escenario! —Luego Ungar bajó el tono para añadir—: También acudirá el abad Khol...

Von Weber fingió pasar por alto aquella disimulada alusión a un personaje al que había ofendido y a quien, tarde o temprano, debería pedir disculpas.

Por otra parte, en aquellos días media ciudad se había visto revolucionada por sus actuaciones. Mientras abandonaba el Clementinum se acordó del conde Estherazy,

jefe de la más importante logia masónica de Praga.

«Él también irá», se dijo, «junto a todos sus hermanos». Tal vez el único que no se presentase sería el rabino Mordechai, aunque no le cabía duda de que algún rico mercader judío se reservaría un palco.

«Todos bajo mi protección», pensó. «Y nadie que los proteja de sí mismos».

4

—¡Yo nunca llego al teatro antes que el público!

En su elemento, Mozart retomaba enseguida aquel tono de chico caprichoso que se irrita con quienes no entienden sus necesidades más obvias.

—Pues esta noche sí. No tengo ninguna intención de seguirle arriba y abajo por toda Praga mientras se prepara como mejor le conviene para la representación, ¡y ofrece al asesino mil ocasiones para conseguir que nunca se celebre!

Von Weber estaba furioso. No había capturado al culpable, pero ese hombre no asesinaría a su última víctima. Incluso a costa de su propia vida.

—Así que —concluyó—, usted va a encerrarse en el Teatro de los Estados Generales dentro de una hora como mucho; y se quedará allí junto con todos sus amigos hasta después del espectáculo, cuando lo escoltaremos hasta la residencia de los Duschek. Eso será lo que haremos; de lo contrario, en calidad de autoridad policial, impondré el aplazamiento del estreno por razones de seguridad. ¿Le ha quedado claro?

Mozart miró hacia Da Ponte. El italiano abrió los brazos en señal de resignación.

—No es el momento para mostrarse supersticioso, querido. Olvídese de sus costumbres y adáptese a la situación...

—Que así sea... —cedió el compositor—. Espéreme abajo; me vestiré y dejaré que me acompañe al teatro.

A las cinco, Mozart, su mujer y toda su gente de confianza se encontraban en el Teatro de los Estados Generales, encerrados y protegidos como en una fortaleza.

Poco después llegaron los cantantes, los músicos, los técnicos de escena, todos ellos molestos por los minuciosos registros a los que los habían sometido.

A partir de las siete el público empezó a acudir según un estricto orden jerárquico. Primero los burgueses, con sus mejores galas y la preciada entrada que les garantizaba su plaza en los balcones más altos. Luego la baja nobleza, seguida por las autoridades civiles.

A partir de las ocho y media empezaron a llegar la nobleza, las autoridades eclesiásticas y los oficiales.

En el último momento provocó sensación el anuncio de la presencia del duque Graf von Spee, llegado a la ciudad con una pequeña avanzadilla de las fuerzas que había hecho marchar hasta allí desde Austria, y que estaban acampadas a pocos kilómetros de la ciudad. El noble hizo correr la voz de que se presentaba al teatro para demostrar su voluntad de permanecer en la ciudad como aliado de las

instituciones legítimas, y no como ocupante extranjero.

Durante todo ese tiempo, Von Weber observó la llegada del público, comprobó la escrupulosidad que seguían sus hombres, inspeccionó de nuevo el teatro y el escenario. Pidió que le informaran sobre el desarrollo de la ópera, la duración de los dos actos, la del intervalo y los principales movimientos en el escenario.

Registró los camerinos, escandalizando a las cantantes y a sus asistentes.

Luego dio a algunos de los suyos la orden de recorrer los pasillos, fisgonear en los palcos, vigilar cualquier actitud sospechosa desde las posiciones que tenían asignadas.

—¡Si cojo a alguien que durante la representación se fija en la ópera en lugar de en la sala le daré una lección! —amenazó.

Mientras tanto miraba el reloj.

A las ocho, un policía llegó apresurado desde el exterior.

Le entregó una nota.

En ella podía leerse un frase redactada a toda prisa.

Von Weber la leyó y tensó la frente, mientras un escalofrío le recorría la espalda. Volvió a leer las últimas palabras:

¡... así que venga enseguida!

El Violinista examinó detenidamente su plan.

No había dejado nada al azar. Una vez más, se había asegurado de cuáles serían las reacciones de sus enemigos antes de actuar.

Caminaba deprisa.

En el cielo ya se anunciaba la luna, la amiga de la noche que tantas veces se había prestado a escuchar sus desahogos.

En el bolsillo llevaba su retrato, como sabiamente lo había representado un antiguo maestro en el manuscrito: el verdadero centro del universo, que, como él, aquella noche ensombrecería el sol.

El Moldava corría impetuoso. Más tarde se convertiría en una larga cinta plateada, rebosante de energía.

Se preguntó si sus ojos, deslumbrados por el triunfo, seguirían siendo capaces de apreciar aquella media luz.

Von Weber no dejaba de mirar las palabras que le habían sido enviadas.

Se obligó a reflexionar:

«¿Este mensaje es auténtico?».

Parado frente a él, el policía, jadeante, rígido en posición de firmes y a la espera de una orden, parecía un intruso en aquel ambiente festivo, repleto de luces, seda y joyas. Más de uno se dio la vuelta y se fijó en ellos, en el magistrado y en su subordinado. Valoraron la impresión de eficiencia que transmitían con su concentración.

El intendente apretó los dientes. La cicatriz empezó a dolerle.

«¿Es un truco para alejarme de aquí?».

Arrugó la nota con la mano y se volvió hacia la sala, que iba llenándose de gente.

No faltaba nadie. Todos los conocidos que tenía en Praga, viejos y nuevos.

¿Todos excepto uno? ¿Salvo el que ya se había mofado de él una vez? ¿O más de una?

Llamó a un par de sus hombres. Les comunicó unas órdenes en tono seco y luego dijo:

—Volveré enseguida, ¿entendido? Aquí las cosas tienen que ir exactamente como he establecido. En caso de emergencia, os lo pido una vez más: ¡proteged a quien esté en peligro con vuestros propios cuerpos! ¿Entendido?

Los hombres asintieron, con la tensión pintada en sus rostros.

Nada más salir, rechazó la berlina y ordenó que le trajeran un caballo.

No había ni un minuto que perder.

La fortaleza de Vysehrad se erguía desde hacía ochocientos años sobre una colina, despuntando por encima del Moldava al sur de la ciudad. Era una fortificación cargada de historia, pero que había quedado abandonada.

Por ese motivo Kovar había pensado en aquel lugar cuando su búsqueda de Kanka se había revelado inútil.

Los subterráneos del castillo no habían sido utilizados ni visitados desde hacía mucho tiempo. Estaban demasiado aislados del exterior, y eran fríos y húmedos. Un escondite incómodo, pero seguro.

Mientras esperaba, el policía no dejaba de estudiar lo que había encontrado. Pocas cosas, pero suficientes para demostrar que en los últimos días había vivido alguien allí.

Además estaba ese extraño libro, lleno de frases oscuras y con dibujos muy parecidos a los del asesino. Había papel con el escudo de los Hermanos Bohemios. Un rollo de cuerda. Hierbas de diferentes colores dentro de frascos alineados.

Ropa: elegante, aunque muy común.

Y, finalmente, lo más importante: restos de explosivo, de eso no había duda.

Aún estaba mirando a su alrededor cuando oyó los pasos apresurados del hombre que había atraído con su mensaje.

—¿Y bien? —preguntó Von Weber, preso de la excitación, aunque aliviado al

constatar que el mensaje le había llegado del auténtico Kovar. Había cabalgado por las calles de la Ciudad Nueva, poniéndose en peligro a sí mismo y a su caballo, lanzado al galope sobre la dura calzada.

—¡Mire! —contestó el joven con aire triunfal.

Levantó de la mesa un puñado de aquel polvo fino. Lugo lo tiró hacia arriba y atravesó el aire con la llama de su antorcha. Hubo una llamarada que desprendió un humo acre, que hizo toser a ambos.

—Kanka estuvo aquí, no hay duda —dijo Kovar—. Él es el asesino de la luna llena. Él y sus cómplices. Lo han urdido todo: los homicidios, los mensajes, Mozart... para obligarnos a vigilar el teatro esta noche, mientras ellos preparan un atentado en la ciudad: por eso le he escrito que se olvidara enseguida del espectáculo...

Von Weber asintió. Él también empezó a observar todos los objetos esparcidos en aquel cuarto dispuesto tras un largo trabajo de acondicionamiento de las entrañas del castillo.

Hojeó el manuscrito. Allí estaba, por fin, el libro que había buscado durante tanto tiempo.

El asesino esperaba volver pronto. De lo contrario, no habría abandonado allí aquel valioso y antiguo documento. Vio la ropa, las hojas con el escudo de los Hermanos Bohemios. Un plano de la ciudad. La cuerda.

Algunas partituras sin rellenar.

Sin una sola nota.

Pasó una mano por la superficie de la mesa y descubrió una leve aspereza.

Restos de cola.

Suspiró.

Se sentó.

—Podría estar en cualquier sitio... —contestó el policía.

—Vámonos enseguida. Se lo repito, piensan que estamos todos en el teatro. El espectáculo empieza justo en este momento y durará casi tres horas. Tenemos tiempo suficiente para reunir nuestros efectivos en el ayuntamiento, dar la voz de alarma en el castillo, en la plaza central, en el puente de Carlos, en el Clementinum... sin contar el cordón policial que rodeará al público a la salida del Teatro de los Estados Generales...

Kovar seguía hablando.

Von Weber reflexionaba.

Cola.

¿Cola para madera?

—Yo mismo puedo encargarme de vigilar la universidad en menos de media hora...

Extendió de nuevo la mano sobre la superficie de la mesa, luego abrió el cajón.

Entonces la vio.

Una prenda inconfundible.

Su frente se relajó mientras extraía la larga tira de tela morada. Se la mostró al joven. Luego espetó:

—¡Al teatro! ¡Ahora mismo!

—Pero, señor... —El policía quería entender, pero su superior ya le daba la espalda.

—¡Al teatro! ¡Al teatro!

Oyó los aplausos desde el *foyer*. El primer acto había terminado.

Intentó ir lo más rápido posible, pero, como era de esperar, aquella carrera había hecho tropezar al caballo y él había caído al suelo. Faltó muy poco para que se precipitase al Moldava.

Al verlo así, cubierto de barro y jadeante, mientras irrumpía en el teatro y cruzaba el vestíbulo como una furia, sus hombres dudaron si empuñar o no las armas.

No saludó a nadie ni dio disposición alguna.

«¡Estás aquí!», se repetía excitado, «¡estás aquí!».

Repasaba mentalmente las butacas que, ante su mirada, había ocupado el público dos horas antes.

¿Cuál era el correcto? Un palco, lo recordaba. Pero ¿en qué piso? ¿Con qué número?

Avanzó dando largos pasos. Se asomó hacia la sala desde el mismo punto de observación que ocupaba antes de salir hacia Vysehrad.

Aplausos, luces y público en pie, que se disponía a disfrutar de la pausa.

Confusión.

Ahora sabía dónde dirigir la mirada y lo hizo hacia el palco del asesino.

Estaba vacío.

Desde la platea, el alcalde Walther, que se entretenía satisfecho con el duque Graf von Spee, lo vio y se sorprendió por su aspecto. Se despidió de su invitado y se apresuró a reunirse con él.

—¿Va todo bien? —susurró con algo de pánico en la voz y en la mirada, y la vista clavada en las manchas de barro sobre el traje del magistrado.

—No se preocupe —mintió Von Weber con una sonrisa—. He tenido que realizar una detención preventiva. Esos patriotas, ¿se acuerda? Pensaban poder repetir el golpe de la noche del *Fígaro*, pero esta vez no lo han conseguido...

—Era... ¿el golpe de la noche de la luna llena? —preguntó esperanzado.

—Creo que sí, señor. Pero no bajemos la guardia. ¿Qué tal el espectáculo?

Los ojos del alcalde se iluminaron.

—¡Superlativo! ¡Esta música sería capaz de hacer olvidar a un enfermo cualquier sufrimiento! Venga, cámbiese y únase al público, intendente.

«Idiota», pensó Von Weber. Pero sonrió de nuevo.

—Si me lo permite, seguiré inspeccionando el teatro y sus alrededores. No me quedaré tranquilo hasta que se acabe esta noche.

Un momento después se encontraba en el camerino de Mozart.

El músico estaba excitado. En cuanto lo vio entrar fue a su encuentro con una expresión satisfecha.

—Tenía razón: ¡me aman! ¡Ya verá cuando llegue el final!

Von Weber tuvo la tentación de arrancar la sonrisa de los labios de aquel hombre, completamente centrado en sí mismo. El asesino de su padre está aquí, quería decirle. Pero se contuvo.

La velada debía seguir su curso. Era su única esperanza de capturar al asesino.

«Además, él no sabe que yo lo sé», dijo para sus adentros, sin escuchar los vivaces comentarios del compositor.

—Todo está bajo control —aseguró con una leve reverencia.

Luego se dio la vuelta para salir y observar al público que regresaba a la sala.

Mientras recorría el pasillo a los lados de la platea en dirección al palco que ya tenía ubicado, escuchó a un espectador que informaba a un amigo.

—Ya verá el final: me han dicho que habrá una gran explosión, ¡algo realmente espectacular!

Apretó los dientes.

«Una gran explosión», pensó. «Algo realmente espectacular».

El Violinista se había confundido entre el gentío.

Estaba acostumbrado a que su presencia pasara desapercibida. Saludaba. Coincidió con los comentarios de los entendidos y con los de los necios.

Observaba.

¿Dónde estaba Von Weber?

Cuando sonó la campanilla que anunciaba el segundo acto, se dispuso a regresar a su sitio como todo el mundo.

Von Weber tenía que estar allí: el espectáculo también iba dirigido a él, el humilde e inútil representante de la justicia.

Empezó a subir la escalera.

La fuerza de la obertura lo había turbado y una duda había asaltado su mente.

Pero ya era demasiado tarde: Mozart debía morir y el mundo debía conocer la mano firme del todopoderoso.

Enfiló el pasillo sobre el que se abrían los accesos a los palcos. Saludó a algunos conocidos y se encaminó hacia su butaca.

La puerta estaba abierta.

De par en par.

Apretó el paso y superó la entrada, echando un rápido vistazo al interior.

¡Von Weber!

Se le paró el corazón.

Se apresuró aún más, apartando de mala manera a unas señoras que se entretenían con algún cotilleo.

Mucho después, se dio la vuelta.

El magistrado se había asomado al pasillo y observaba a la concurrencia.

Se agachó.

Alguien lo vio y aquel comportamiento le pareció ridículo.

—¡Pero bueno! ¿Qué le pasa?

No contestó; un momento más tarde ya se había metido en un escusado.

Se miró en el espejo.

Estaba aterrorizado.

Pero había llegado el momento.

Se reprochó de nuevo su vileza.

Empezó a desnudarse.

«¡Basta ya, bufón! ¡No me fastidies!».

Don Juan estaba enfrascado en un dúo con su criado.

Desde el palco vacío Von Weber observaba toda la sala.

Esperó aún unos instantes. Luego bajó al *foyer*, llamó a un par de sus hombres y los mandó arriba a vigilar.

—Palco treinta y seis. Retened a cualquiera que entre allí hasta que finalice la ópera, incluso amenazándolo con las armas si fuera necesario. Y enviad a alguien a buscarme si realizáis alguna detención.

Los hombres, cada vez más perplejos, no hicieron preguntas y se apresuraron a ocupar su nueva posición.

Von Weber salió del teatro y reunió a un grupo de seis policías.

—¡Seguidme! —ordenó.

Los condujo a lo largo del pasillo que flanqueaba la platea, indicó a todos que guardaran el máximo silencio y avanzaran con discreción a los lados de la orquesta y luego entre bastidores.

Mientras pasaban, Von Weber fijó la vista en Mozart, ocupado en la dirección. El músico le miró de reojo, sin distraerse.

Nada más subir, se deslizaron detrás del escenario. Cantantes y técnicos de escena los observaron sorprendidos. El magistrado hizo unos gestos tranquilizadores, a la vez que ordenaba a sus hombres que se dispersaran.

—Vosotros dos, colocaos tras el telón y controlad la escena y la orquesta desde el otro lado. Dos hombres se quedarán aquí haciendo lo mismo. Otros dos vendrán conmigo.

Con sus dos compañeros, se introdujo debajo del escenario a través de una puertezuela.

Se detuvieron durante un largo instante para acostumbrarse a la oscuridad.

Luego se percataron de que dos hombres los estaban observando, maravillados, desde el centro de aquel sótano oscuro.

Von Weber avanzó sin dudar.

—¿Quiénes sois? —preguntó expeditivo, como si los hubiese sorprendido mientras robaban.

—Somos... somos los que deben abrir el pavimento y ayudar a Don Juan cuando caiga al vacío —contestó uno de los dos.

—¡Enseñadme bien vuestras caras!

Los hombres no replicaron; se acercaron al magistrado y expusieron sus rostros a los resquicios de luz que penetraban entre las tablas del escenario. Von Weber los observó con atención antes de preguntar si había alguien más allí abajo con ellos.

—Nadie más, señor, salvo nosotros...

Él asintió, pero empezó a recorrer el espacio que los rodeaba y ordenó a sus hombres que hicieran lo mismo, bajo la temerosa mirada de los menestrales.

La inspección fue larga.

Desde arriba llegaba la voz insolente de Don Juan: ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! ¡Esta si que es buena! Que me busquen ahora. ¡Que bella noche!

Era la escena del cementerio. Von Weber recordó que la ópera se aproximaba a su trágico final. Hizo un gesto de rabia.

Ordenó a los dos hombres que se quedaran allí abajo para asegurarse de que nadie hubiera colocado un artefacto en alguna esquina.

—Os enviaré refuerzos para continuar la búsqueda —aseguró. Y se dispuso a salir.

El Violinista intentó calmar su ansiedad.

Von Weber estaba demostrando ser más listo de lo que había imaginado. Pero no lo suficiente.

Observaba desde arriba los movimientos del magistrado mientras se mantenía inmóvil, casi sin respirar. Una sombra en la oscuridad.

Apretó su arma, su última obra maestra.

El saco con la pez inflamable pesaba en su costado.

¡Qué bella noche!, cantaba, entusiasta, Don Juan.

¡Qué bella noche!, se repitió el Violinista.

Volvió a animarse.

Era su noche. Ahora la luz lo iluminaría todo.

En cuanto estuvo de nuevo entre bastidores, Von Weber vio a algunos bailarines vestidos de diablos, que se acercaban al escenario llevando unas antorchas apagadas.

—¡Alto! —ordenó—. Quiero ver las antorchas.

Se las acercaron. El extremo superior estaba empapado de una resina pegajosa.

—Quema bien —explicó uno de ellos—, y no se corre el riesgo de que la llama se expanda.

Von Weber las examinó una por una.

Nada que ver con el polvo inflamable que había encontrado en el escondrijo de Vysehrad.

Los bailarines le explicaron cómo y cuándo debían moverse. Los escuchó, estudió sus rostros y dejó que ocuparan sus sitios.

Se asomó hacia el escenario y miró arriba. Allí no había nadie.

Preguntó si estaba previsto algún efecto procedente del cielo y le aseguraron que no; ningún técnico o figurante debía subir allí.

Él miró de nuevo, en cada esquina.

Nadie.

En ese instante se oyó un ruido atronador y una luz invadió la escena. El aterrador espectro del Comendador había hecho su aparición: *Don Juan, a cenar contigo me invitaste, y he venido.*

La escena final se acercaba. La música iba in crescendo. El público estaba sobrecogido por el drama inminente e inesperado para la mayoría.

—¿Cómo se sube allí? —preguntó el intendente a un encargado que se encontraba a su lado y que miraba entusiasmado el efecto sorpresa que se había producido entre el público. No lo oyó.

—¿Cómo se sube allí? —repitió levantando la voz.

En ese momento tres diablos que se encontraban detrás de él encendieron sus antorchas.

Hubo unas pequeñas llamaradas.

Se dio la vuelta.

Uno de los demonios le apremió para que se apartara.

—Dentro de poco tendré que salir, ¡quítese de en medio!

Von Weber obedeció pero buscó con la mirada al hombre al que había formulado su inútil pregunta. Se había marchado. Se dirigió al bailarín.

—¿Cómo se sube hasta allí? —preguntó con impaciencia.

Al otro se le quedaron los ojos como platos.

—¡Y yo qué sé! ¡Déjeme pasar, se lo ruego!

Él arrancó de las manos del figurante la antorcha encendida y avanzó hacia el escenario.

El otro protestó.

—Pero ¿qué hace? ¡Está usted loco! ¡Ahora no!

Pero Von Weber no le escuchaba. Levantó la antorcha, con su llama bien viva, para alumbrar la parte superior del escenario. Y entonces lo vio: un hombre que llevaba un traje ceñido y negro, con una capucha en la cabeza. Se arrastraba despacio a lo largo de una viga que cruzaba por encima de la escena. Llevaba consigo un extraño artilugio, un saco del que sobresalía un tubo. En uno de sus extremos brillaba una luz.

Una mecha.

El bailarín luchaba con Von Weber para que le devolviera la antorcha. Él se la cedió, retrocedió y asió por las solapas al primer maquinista de escena que tuvo a su alcance.

—¿Cómo se sube hasta allí? —le gritó en la cara.

El otro, asustado, le indicó una portezuela cerrada, apenas visible en la débil luz entre bastidores.

¡Arrepiéntete!, se escuchó desde el escenario.

¡No!, fue la respuesta.

Tres *¡No!*, pensó Von Weber, y Don Juan se hundiría entre las llamas del infierno en medio de una danza desenfadada de seres demoníacos.

Se precipitó hacia la puerta, la abrió con violencia y avanzó a toda velocidad por una estrecha escalera de caracol. Daba brincos, subía los escalones de dos en dos. Se asomó al escenario desde arriba, jadeante, y miró al frente entre cuerdas y maquinaria de escena.

El asesino había alcanzado la posición más avanzada y apuntaba su arma hacia el centro de la orquesta, hacia Mozart.

«¡Los matará a todos!», pensó el intendente.

Avanzó decidido.

Debajo de él, Don Juan pronunció su segundo *¡No!*.

Irrumpieron los diablos, que empezaron a dar vueltas alrededor del noble impenitente.

Von Weber agarró por la espalda al hombre al que perseguía. Este se asustó y lanzó un grito. El intendente aferró el tubo y apagó la mecha apretándola entre los dedos.

El dolor de la quemadura fue intenso.

El asesino empezó a forcejear.

Se oyó el tercer *¡No!*, y abajo se desencadenó el apocalipsis. La orquesta ahogaba cualquier ruido.

—¡Se acabó! —gritó el magistrado—. ¡Ríndase!

Pero el asesino lo golpeó en la cara con fuerza.

Trastabilló hacia atrás. La cabeza empezó a darle vueltas. Su antigua herida

palpitaba. Creyó que se desmayaría.

El desconocido empuñó de nuevo su arma, pero la mecha se había apagado.

—¡Maldita sea! —gritó. Se deshizo de todo y se dio a la fuga.

—¡Deténgase! ¡Es inútil!

La sombra negra del fugitivo se proyectó en el techo. El hombre encontró la salida sin dificultad y se precipitó escalera abajo.

Von Weber lo persiguió.

Ahora la música se había aplacado. Los dos armaron un buen alboroto y alguien corrió para detenerlos.

El asesino parecía uno de los diablos que acababan de abandonar la escena. Se deslizó entre los técnicos y desapareció, rodeando la orquesta oculto en la oscuridad. Enfiló el pasillo y se dirigió al exterior.

Inmediatamente después, también Von Weber salió por ese lado ignorando las preguntas de cuantos intentaban detenerlo.

Él y Mozart cruzaron una mirada. En la cara del músico asomó una pregunta. Von Weber asintió y se fue.

Sus hombres lo vieron llegar al vestíbulo, jadeante y sucio.

—¡Un hombre! Parece un bailarín, va todo de negro, ¿lo habéis visto?

Los suyos titubearon, y entonces uno de ellos llamó su atención.

—¡Por allí!

—¡Seguidme! —gritó mientras echaba a correr.

Salieron a la plazoleta y escudriñaron los callejones oscuros que llevaban derechos a las entrañas de Praga. No se veía nada.

Pero había silencio.

Escucharon.

Alguien corría hacia el oeste.

Von Weber se lanzó en esa dirección. Pronto atisbo una sombra en movimiento. No le quitó la vista de encima. Ordenó a los suyos que rodearan al fugitivo y se quedó solo, con la mirada fija en su presa.

Corrían.

Superaron las calles que flanqueaban la plaza de Staré Mesto. Desde las puertas de las pocas tabernas abiertas, los parroquianos observaban a aquel gracioso personaje vestido completamente de negro que corría como alma que lleva el diablo, igual que si estuviera huyendo de la muerte.

Dejaron el centro de la ciudad a sus espaldas.

Se dirigían hacia el río.

Solo una vez llegados allí, el hombre se paró extenuado y se dio la vuelta para encararse con Von Weber.

Tenía un puñal que brilló bajo la luz de la luna llena.

El intendente se detuvo a unos pasos del asesino encapuchado.

—Puede quitarse el disfraz, padre Erasmo, ya no le hace falta.

El hombre dio un paso atrás, en dirección a la barandilla que los separaba de las aguas que oían rugir bajo sus pies.

Los policías empezaron a salir de las callejuelas cercanas.

El intendente les indicó que se mantuvieran a cierta distancia.

Avanzó despacio, apenas un paso.

—¿No tiene nada que decirme? Lo ha hecho todo bien, me ha tomado el pelo como ha querido. Si en Vysehrad no hubiera encontrado la estola que lleva puesta en las confesiones...

—¡Ingenuo e insignificante policía! —masculló el otro. Luego aulló—: ¡No se mueva! ¡También sé lanzar cuchillos! Conozco mil maneras de matar, ¿sabe?

—No lo dudo —admitió Von Weber—, pero ahora debe admitir que matarme no le serviría de nada, y el Moldava no perdona en esta época del año...

Detrás de él se oyó a alguien cargar un arma.

—¡Apártese! —gritó. Era la voz de Kovar.

—¡No disparéis! —ordenó el intendente.

El asesino comentó complacido:

—¿No me quiere muerto, señor? ¿Tal vez hay algo que le gustaría saber?

Luego, de pronto, cambió de tono y pareció asustarse.

—¡No! ¡Él no!

A orillas del río había aparecido Mozart, resollando.

Von Weber se giró para ver qué era lo que había turbado al asesino y reconoció al músico, que ahora se les acercaba avanzando lentamente. A la luz de la luna parecía un fantasma.

—¿Qué pasa? —preguntó Von Weber—, ¿no es él vuestra víctima?

Hubo un momento de silencio.

El padre Erasmo se quitó la capucha y mostró su rostro.

—Sí... mi víctima... —admitió, y retrocedió otro paso. Miraba la figura silenciosa del músico con aire embelesado.

—Es mi hermano —dijo con voz glacial.

Mozart se quedó de piedra.

Von Weber preguntó sorprendido:

—¿Su hermano?

—Sí. Yo soy el hijo que Leopold Mozart tuvo en su juventud y que repudió con todas sus fuerzas. Soy el desechado por aquel hombre enamorado del genio de este muchacho consentido...

Mozart volvió en sí. Su voz sonaba rota por la emoción.

—Yo... no lo sabía...

Se dobló sobre sí mismo y se llevó una mano a la cabeza, mientras se sentaba en el suelo.

—No conocía a mi padre, en realidad... —Levantó los ojos—. Ni tampoco te conocía a ti... —Luego recobró el ánimo movido por una súbita intuición—. ¡Fuiste tú quien compuso y tocó aquella música perfecta! Eres... ¡un Violinista y un compositor extraordinario!

En la cara de Erasmo se dibujó una mueca de desprecio.

—Sí, aquella música lleva en sí amor y muerte. Nace de un movimiento que nuestro padre compuso por la mujer a quien amaba. Mi madre... Pero ¡no quiero tus cumplidos! Y no me interesa competir contigo... —Con el pecho henchido, en sus ojos apareció una mirada desafiante—. Yo soy el Golem. El hombre que se crea sin necesidad del padre. —Luego miró al suelo—. El Adán que se eleva por encima de todos los mortales.

—¿Y el manuscrito? —preguntó Von Weber.

—¿El manuscrito, dice? Pobre hombre sin intelecto: ¡de verdad ha caído en todas y cada una de mis trampas! No hay manuscrito más antiguo que mi odio. En comparación, aquel libro no dice nada, ¡nada! —De pronto levantó el brazo y apuntó para arrojar el cuchillo contra su hermano.

Von Weber se lanzó hacia delante. El asesino cayó hacia atrás y se precipitó al agua.

Un salto.

El río lo envolvió por completo, lo dejó aflorar una vez más, lo hundió de nuevo y lo arrastró hacia el centro.

El hombre no pareció luchar contra las aguas.

Pronto lo perdieron de vista.

6

Del Prager Zeitung del 30 de octubre de 1787:

Extraordinario éxito de la nueva ópera de Wolfgang Amadeus Mozart y gran alivio para la ciudad después de la noche que acaba de concluir.

Las horas en las que Praga tenía que verse sumida en el miedo y en la violencia fueron marcadas por el triunfo de la armonía y del bel canto. El asesino de la luna llena no volvió a matar. El jefe de la policía, Karl Maria von Weber, nos ha asegurado que esto se debe al renovado compromiso de las fuerzas del orden, que han sido capaces de cumplir importantes avances en las investigaciones, aún bajo secreto.

Dediquémonos, pues, al justo homenaje que merece la música del compositor salzburgués, que parece escrita expresamente para librar el alma humana de toda preocupación y temor.

Largos aplausos saludaron el nacimiento de una obra maestra que quedará para siempre vinculada al nombre de nuestra ciudad. El autor no pudo recibirlos porque, por respeto a un riguroso luto, todavía llora el reciente fallecimiento del padre. En los últimos momentos de la ejecución, quiso ceder la dirección de la orquesta y se alejó con discreción del teatro: una demostración de delicadeza que pone de manifiesto su extraordinaria sensibilidad.

Hoy mismo, a las once, el cortejo fúnebre saldrá de la iglesia del santuario de Loreto, donde se celebrarán las exequias.

Von Weber dobló el periódico.

Contó al periodista del *Prager Zeitung* que él mismo había identificado y eliminado a un hombre. Era el asesino, aseguró, pero no quiso revelarle el nombre. Quería aclarar, de una vez por todas, los secretos de aquella ciudad. Mejor no descubrirse: tal vez en aquellas horas les fuera posible captar algún movimiento y descubrir quién había ayudado al enemigo del gran genio musical.

Para su sorpresa, el periodista no había insistido y la fórmula «aún bajo secreto» revelaba una prudencia inusual en aquel periódico siempre tan agresivo. Además, ¿por qué no contaban nada del hombre que habían intentado detener y que había muerto?

Misterios y más misterios.

Ni siquiera el alcalde Walther, satisfecho por cómo había transcurrido la velada, le había hecho más preguntas.

Se levantó del sillón y terminó de prepararse.
Había llegado la hora de despedirse.

El repicar de las campanas llenaba el aire de tristeza. Igual de desconsoladas aparecían las caras de la numerosa concurrencia.

Mozart y su mujer estaban rodeados por los amigos y por quienes habían contribuido a su éxito reciente. Por primera vez, Von Weber los veía como una familia: un grupo de gente empeñada en dar un toque de belleza al mundo. Hombres y mujeres vinculados a su papel: cantantes y músicos, como los Duschek; gente de teatro, como el empresario Bondini; escritores, como Da Ponte; pero también aventureros legendarios como Casanova, que siempre intentaba convertir el mundo que le rodeaba en un escenario para sus interpretaciones.

A su alrededor, los representantes del orden y de la jerarquía social: el alcalde Walther, los notables y los oficiales.

Incluso Graf von Spee había enviado una llamativa y pomposa corona de flores: en su nombre y en el de la familia imperial.

Entre los presentes destacaban también muchos nobles ilustres: el conde Waldstein, el conde Nostitz, el conde Hohenstein y el conde Thun. En medio de todos ellos se encontraba el conde Estherazy. Aquel conocido masón acataba con obediencia la liturgia católica de las exequias con tal de interpretar hasta el final su papel de respetable hombre de mundo.

Mozart parecía sufrir de verdad.

¿Fingía?

¿Recitaba?

Por suerte para todos, la liturgia, escrita desde hacía siglos, permitía a cada uno asistir con el debido recogimiento, a la vez que le garantizaba el justo reconocimiento en aquella comedia.

Von Weber, acostumbrado como siempre a estar alerta, notó que muchos de los presentes no se limitaban a recogerse en sí mismos, con la mente ocupada en sus asuntos. Incluso de lejos se notaba que unos cuantos intercambiaban gestos de complicidad.

Educados saludos, al principio.

Luego, discretas señales.

Se había reunido cierta multitud. Todos los estratos sociales de Praga contaban con una buena representación. «El poder de la música, que se entrega a cualquiera que tenga oídos para escucharla», pensó el magistrado.

Nadie daba la impresión de percatarse de la ausencia del asesino. O, mejor dicho, del hombre respetable que había fingido ser en medio de aquella muchedumbre, por las calles de la ciudad, en los encuentros sociales, en los momentos de culto.

Le pareció normal. Había sido uno de ellos, pero no tan importante como para que lo notaran.

Así lo había querido.

Cuando todo hubo terminado, el intendente dio un breve paseo junto a Mozart.

Desde lo alto del monte Petrin se disfrutaba de la vista de Praga, resplandeciente a plena luz del sol.

—Así que he enterrado a la vez a mi padre y a mi hermano —dijo el músico—. Un odio enconado y alimentado durante años estaba a punto de aniquilarme, pero la muerte a la que estaba destinado ha acabado por unirlos en un solo destino...

Von Weber asintió.

—Qué magnífico argumento para una obra dramática —exclamó Mozart con una amarga sonrisa. Luego miró al intendente—. Pero nunca la escribiré, ni tampoco desarrollaré la divina melodía que escuchamos en el mesón. Y usted mantendrá la promesa que hizo la pasada noche: dejará que los dos descansen en paz y no revelará su secreto. ¿Puedo confiar en usted?

—Por supuesto, Maestro —contestó el magistrado.

Estherazy hojeó el manuscrito. Estaba intacto.

—¿Fue difícil sacarlo de Vysehrad?

Kanka sonrió. Sentado al lado del poderoso señor de la ciudad, observaba el fuego de la chimenea a través de la copa de brandy.

—En absoluto —aseguró—. Nada más realizar su maldito descubrimiento, Von Weber y aquel policía checo que parece haberle jurado fidelidad se fueron corriendo. El magistrado llegó incluso a dejarlo atrás con tal de llegar antes a teatro.

Callaron.

Pensaron en el futuro.

Los tres.

Luego Waldstein rompió el silencio.

—Señor...

—¿Qué ocurre, conde? —contestó Estherazy—. ¿Está impaciente por extraer algún tipo de moral de los últimos acontecimientos?

Kanka se rió en voz baja.

—Lo comprendo. Todos los no iniciados piensan que una derrota de la profecía representa un paso atrás en nuestra misión...

Su anfitrión asintió. Luego se dirigió al noble anciano, que permanecía de pie, como si se preocupara por no ofender a los dos personajes que lo habían convocado.

—¿Desde hace cuánto tiempo forma parte de la Santa Hermandad de Rodolfo II, conde?

—Desde hace más de treinta años —se apresuró a contestar.

—¿Y aún no ha aprendido nada sobre sus poderes? ¿Sabe que tiene siglos de historia?

Waldstein se quedó mudo, cabizbajo.

Estherazy continuó.

—Mozart morirá de todos modos, y muy pronto. Realizaremos la profecía también en esta época: cualquiera que se presente al mundo como el nuevo Adán debe morir. Le habríamos destinado un instrumento de muerte que parecía perfecto. Pero el padre Erasmo tenía un problema: se creía superior a todo y no confiaba de verdad en el poder divino del manuscrito. Le hemos ayudado, pero él creía que le bastaría con su odio. Y miró al pasado, un error imperdonable: seguía los pasos del Golem, y en nombre de una absurda leyenda soñaba con elevarse él solo sobre la tierra. No sabía que somos nosotros quienes abrimos camino al progreso, y decidimos quién puede atribuirse el mérito.

Kanka se levantó.

—Mi misión continúa. Llevo conmigo la marcha fúnebre compuesta por Mozart para su propia muerte. La tocaremos de todos modos en su entierro.

—Sí —confirmó el noble—. Saldremos hoy mismo rumbo a Viena. Nuestro genio musical morirá allí, y a todo el mundo no le quedará más remedio que sospechar de sus envidiosos colegas, según lo establecido.

Ya estaba dicho.

Así ocurriría.

Al despedirse, Kanka lanzó una última mirada al manuscrito.

Hierbas. Y de las hierbas, un veneno. El arma de las intrigas. Y de los secretos.

Desde siempre.